EL JARDÍN DEL ESCÁNDALO
JENNIFER BLAKE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Ella salió como un espíritu de la casa iluminada. Cruzó, gritando, el porche delantero, y su voz, aguda y clara como la de una soprano, resonó por encima del gruñido del enorme pastor alemán negro. Cuando la vieja puerta de madera se cerró a su espalda, ella estaba ya en medio de la alta escalinata.

A medias hechicera, a medias Valquiria vengadora, corrió hacia él ataviada con un camisón a través del cual se filtraba la luz de la casa. Su pelo largo se movía y ondulaba a su alrededor, brillando con destellos dorados a la luz de la luna. Sus pies apenas tocaban el suelo. Delgada y etérea, con los rasgos puros del rostro crispados por la preocupación, era lo más bello que Alec Stanton había visto nunca.

—¡Sticks! ¡Aquí, pequeño! -gritó mientras se zambullía bajo el ramaje de un magnolio, apartando las ramas largas y retorcidas de una espirea. Miraba fijamente al perro que montaba guardia junto al camino de ladrillo cubierto de musgo.

El pastor alemán gruñó una advertencia que resonó profundamente en el pecho de Alec. El perro no le quitaba la vista de encima. Alzaba el hocico y enseñaba los dientes en señal de desafío. Cuando la mujer se acercó, el animal se movió para impedirle el paso.

-¿Qué pasa, chico? ¿Por qué te pones así? -ella aminoró el paso. En su voz había ansiedad, pero no temor. Entonces, vio a Alec.

Se detuvo tan bruscamente que su pelo voló impulsado hacia delante, cubriéndole los brazos como una capa de rayos de luna cautivos. Cerró los puños. Abrió los ojos de par en par. Cuadró los hombros y luego se quedó tan inmóvil que pareció transformarse en una estatua de mármol.

Alec se olvidó del perro. Y también olvidó por qué estaba allí, entre las zarzas enmarañadas, las enredaderas y la maleza exuberante que componían el jardín delantero de la mansión gótica llamada Ivywild. Avanzó y salió de la oscuridad, moviéndose como un sonámbulo.

El pastor alemán saltó sobre sus patas traseras y se lanzó directamente a su garganta.

—¡Abajo! ¡Abajo, Sticks! -el grito de la mujer se mezcló con el gruñido del perro. Pero no cabía esperar que el animal quisiera, o pudiera, obedecerla.

El instinto de Alec entró en acción. Se giró cuando el perro lo golpeó y, tambaleándose por la fuerza del impacto, se dejó llevar por la inercia para amortiguar el golpe, al tiempo que sujetaba la enorme y negra cabeza del animal con manos de hierro. Encontró los puntos de presión y los apretó fuertemente con los dedos. Luego, todavía girando, cayó de rodillas y, flexionando los músculos duros, describió un círculo completo.

Todo acabó enseguida. Cuando Alec se levantó, el animal estaba tendido en el camino entre la mujer y él, y apenas respiraba.

Ella gimió, se arrodilló y apoyó sobre el regazo la cabeza floja del perro guardián. La abrazó con fuerza y se balanceó adelante y atrás.

-Se pondrá bien -dijo Alec con voz suave y al mismo tiempo severa.

Ella no contestó. Él notó que contenía el aliento cuando el perro se agitó, gimiendo.

De pronto, la mujer levantó la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¡Podría haberlo matado!

—Si hubiera querido matarlo, ya estaría muerto. Solo lo he dejado fuera de combate unos minutos mientras nosotros hablamos -Alec podía haberle dicho que su precioso Sticks podía haberle desgarrado la garganta, pero no valía la pena el esfuerzo.

Ella hundió los dedos en el pelaje del animal, abrazándolo con fuerza.

-Esto es propiedad privada. Váyase inmediatamente o llamaré a la policía. ¿Le ha quedado claro?

No era así como debían haber sucedido las cosas. Él había pensado en llamar educadamente a la puerta y quedarse en el porche mientras lanzaba su discurso. No había esperado que la visión de una mujer vestida con un camisón suave como un susurro le agitaría el corazón, dejándolo sin aliento. Nunca hubiera imaginado que pudiera ocurrir tal cosa... Al menos a él y, sobre todo, en aquel lugar y con aquella mujer. Lo inesperado de la situación lo hacía sentirse incómodo, aunque no quisiera aceptarlo.

En cualquier caso, dejar fuera de combate al perro no era un buen comienzo, se mirara por donde se mirara.

-Siento haberle hecho daño a su perro -dijo.

-¡Oh, sí, claro! -ella le lanzó una mirada mordaz.

-No ha debido atacarme.

-Solo estaba... Solo intentaba protegerme.

Cauteloso y desconcertado, Alec volvió a intentarlo, buscando un lugar firme donde apoyarse.

-¿Usted es la señora Bancroft, Laurel Bancroft?

-¿Y qué si lo soy?

-Yo... quería hablar con usted -ese había sido su propósito inicial. Las cosas habían cambiado. Aunque le pesara.

Ella no cedió ni un ápice.

-No creo que tengamos nada de qué hablar.

-Su ama de llaves, Maisie Warfield, es una buena amiga de mi abuela. Me dijo que necesitaba ayuda para limpiar esta jungla, y que el jardín lleva más o menos abandonado desde la muerte de su marido -su abuela había dicho muchas más cosas. Debería haberle prestado más atención, pensó mientras añadía-: Yo tengo experiencia en esa clase de trabajo.

Ella lo miró varios segundos, con expresión intensa y penetrante. Luego dijo con incredulidad:

-¿Es el nieto de la señora Callie? -él asintió con la cabeza, dolido por la mordacidad de su voz—. ¡Pero usted no es jardinero!

Él sacudió la cabeza.

-Soy ingeniero. Pero trabajé como jardinero para pagarme los estudios -imprimió a sus palabras un suave filo, como si quisiera hacerle saber que no le importaban sus prejuicios.

-No puedo pagar a un ingeniero -dijo ella secamente.

Él pensó en decirle que no le cobraría nada por sus servicios..., por cualquier servicio que deseara, y en cualquier momento. Pero aquello no daría resultado, y él tenía el suficiente sentido común para saberlo.

-Lo que le ofrezco es trabajo manual al precio normal.

—¿Por qué?

Aquellas dos palabras quedaron suspendidas en el aire un instante. Sticks se levantó, se sacudió y volvió a echarse sobre el vientre. Alzó la mirada hacia Alec, pero la apartó enseguida, como si estuviera avergonzado. Gimiendo, se arrastró unos centímetros para lamer la mano de su ama en señal de disculpa.

Alec observó al animal con una sensación muy parecida a la envidia, y dijo:

-Por muchas razones, pero digamos solamente que necesito el dinero.

-Podría encontrar un trabajo mejor en cualquier parte.

-Necesito tener tiempo libre, no estar demasiado atado.

Ella acarició la cabeza del perro y luego se puso en pie.

-¿Es porque no le gusta llevar traje? ¿O es a su hermano a quien no le gusta?

-A ninguno de los dos nos gusta.

Hubiera debido imaginar que ella habría oído hablar de Gregory y de él. Aquella era una de las principales virtudes de los pueblos pequeños. Y también su mayor defecto.

Alec dejó que su mirada se deslizara sobre ella y luego miró hacia otro lado. Pero la delgada figura iluminada por la luna de aquella mujer siguió ardiendo en su cerebro como el resplandor de una vela. Tragó saliva con dificultad.

-Si espera mi compasión... -empezó a decir ella.

-No -él hizo un ademán brusco, cortante-. Nosotros no necesitamos compasión. Ninguno de los dos.

Ella se puso rígida.

-¡Mi situación no tiene nada que ver con usted!

Él la miró y habló suavemente, ladeando la cabeza.

-Me refería a mi hermano y a mí. Aunque supongo que también podría incluirla a usted.

Ella no respondió. Se quedó allí, mirándolo. La luz de la luna se derramaba sobre su semblante y acentuaba la límpida frescura de su piel, tan fina que cambiaba con cada emoción que se agitaba bajo su superficie. Él observó el azul de sus ojos, tan oscuro y profundo como el mar Egeo, y sin embargo cristalino. Aquella mujer parecía estar harta de la gente. Sobre todo, de los hombres y de sus bajas pasiones.

Alec pensó que acababa de salir de la ducha; sentía su olor suave y fresco a jabón y limpieza. Aquel olor era un afrodisíaco más potente que cualquier otro que hubiera imaginado. El solo hecho de compartir con ella el aire nocturno lo enervaba y lo excitaba más allá de toda lógica.

Ella parecía frágil y, no obstante, en su forma de dirigirse a él, a un extraño surgido de la oscuridad, había una especie de fortaleza interior. Era una mujer auténtica. Un tanto tímida, pero orgullosa hasta el punto de

parecer soberbia. No era perfecta: tenía arrugas en las comisuras de los ojos y su labio superior era bastante menos grueso que el inferior. Pero era casi perfecta, tan próxima a la belleza que casi resultaba imposible dejar de mirarla.

Aquello no saldría bien. Ella no querría saber nada del nieto hippie y californiano de Callie Stanton. Él debía de parecerle un jovencito con más músculos que cerebro. Lo cual, pensándolo bien, no dejaba de tener gracia. Sin embargo, Alec no se reía.

Laurel se estremecía ligeramente bajo la mirada de Alec Stanton. Este tenía los ojos muy negros; sus pupilas se extendían borrando todo color, dejando únicamente dos negros e inmóviles pozos de reflexión. Era alto y corpulento, una presencia sólida sosteniendo la noche que se agrupaba en torno a ellos. Laurel comprendió instintivamente que podría protegerla de cualquier peligro que acechara en la oscuridad. Sin embargo, no se sentía segura.

Él era demasiado grande, demasiado fuerte, demasiado rápido. Para defenderse de Sticks había utilizado algún tipo de arte marcial, ejecutada con peligrosa eficacia. Era, además, excesivamente exótico, con su pelo negro y largo atado en una coleta con una tira de cuero, con su rostro cuadrado, de rasgos duros, sus cejas y sus pestañas oscuras y espesas, y el brillo plateado del pendiente en forma de rayo que lucía en la oreja izquierda.

Iba completamente vestido de negro: botas, vaqueros y una camiseta sin mangas que acentuaba los músculos esculpidos de su torso y dejaba al descubierto la mancha multicolor del intrincado tatuaje de su hombro izquierdo, que en la penumbra parecía un dragón enroscado sobre su pectoral y alrededor de la parte superior de su brazo.

Laurel evitó su mirada negra. Sus ojos se posaron un instante sobre el tatuaje. Sintió el súbito impulso de tocar el dragón. Le temblaron los dedos y los apretó con más fuerza sobre las palmas de las manos. Tenía ganas de acariciar su piel cálida y suave y sentir la fuerza de los músculos que se movían bajo el dibujo. Si lo hacía, podría abarcarlo con la mano abierta y percibir el latido de su corazón bajo la muralla de su pecho.

Dejó escapar un profundo suspiro y apartó de su mente aquella imagen como si la quemara. Debía de estar loca. Tenía cuarenta y un años: diez más que él, al menos; alguno más, quizá.

Llevaba demasiado tiempo sola, eso estaba claro. Estaba tan acostumbrada a su soledad y a su aislamiento allí, en Ivywild, que había salido corriendo de la casa cubierta apenas con un camisón. Y, lo que era aún peor, estaba teniendo extrañas fantasías por el hecho de estar a solas con un hombre atractivo. Sin duda estaba perdiendo la razón.

La cálida noche de primavera parecía empujarla hacia el hombre que tenía frente a sí. Sentía la fragancia embriagadora de las magnolias del árbol que se alzaba sobre ellos. Un coro de insectos nocturnos entonaba un suave e incesante *appassionato* que parecía devolver el eco de las emociones que se agitaban dentro de ella.

A sus pies, Sticks se levantó con esfuerzo y dio un paso adelante para apretarse contra sus rodillas. El movimiento del perro le permitió liberarse al fin de la extraña rigidez que la atenazaba.

-Mire -dijo bruscamente, con la voz más áspera de lo que pretendía-, yo había pensado pagar a algún hombre mayor para que cortara un par de árboles, quitara la maleza, y tal vez plantara uno o dos macizos de rosas...

Él cortó sus palabras con tono incisivo.

-Yo puedo hacer el doble de cosas en la mitad de tiempo.

-Estoy convencida de ello, pero la cuestión es...

-La cuestión es que le doy miedo. No me ajusto a la idea anticuada y provinciana que tienen aquí, en Hillsboro, Luisiana, sobre el aspecto que debe tener un hombre. No soy el típico patán colorado y rapado al cero que no piensa más que en pescar, cazar y beber cerveza. O que, por lo menos, no tiene nada que compartir con una mujer. No me ajusto a la norma -su voz se suavizó-. Pero usted tampoco, Laurel Bancroft.

Los labios de ella se tensaron antes de que los abriera para hablar.

-No sé de qué me habla.

-¿De veras?

La sonrisa que acompañó a su pregunta duró solo un instante. Sin embargo, aquel fugaz movimiento de su boca alteró por completo los duros rasgos de su rostro, confiriéndole el atractivo devastador de un ángel perverso. En su sonrisa había una dulzura incisiva, y también una compresión ilimitada. Aquella sonrisa enaltecía la independencia de Laurel tanto como la deploraba; aplaudía su coraje, pese a su intransigencia; sondeaba su soledad, le ofrecía consuelo, prometía un final para todo aquello.

Pero enseguida desapareció. Ella contuvo un estremecimiento al ver que se extinguía. Que la perdía.

Dio un profundo suspiro y dijo:

—No se trata de eso... Yo, al menos, no creo ser tan remilgada. Pero por ahora no necesito más complicaciones.

-Usted necesita ayuda y yo necesito dinero. Eso es todo -sus palabras sonaron con sencillez, como una explicación, más que como una súplica.

Ella alzó una mano, irritada.

—¡No es tan simple!

-No, claro que no. Mi hermano tiene cáncer en fase terminal, ¿lo sabía? Yo he pedido una excedencia en la empresa para la que trabajaba en Los Angeles para venir con él a ver a la abuela Callie. Ahora, mi hermano quiere quedarse. Puede que la comida casera y la tranquilidad lo ayuden, o puede que no, pero merece la pena intentarlo. En cualquier caso, no estoy dispuesto a vivir a costa de mi abuela. Sí, podría conseguir un trabajo más estable y mucho mejor pagado. Pero tendría que pasarme fuera todo el día, y no quiero. Su casa está cerca, el trabajo no me quitaría mucho tiempo. Soy rápido, trabajo bien y no soy tan orgulloso que no sepa aceptar órdenes. Distingo una rosa de un geranio, y puedo poner ladrillos, tuberías, lo que sea. ¿Qué más quiere?

Sí, ¿Qué más quería? Nada, salvo escuchar eternamente el timbre sosegado y profundo de su voz. Lo cual era razón suficiente para tener cuidado.

-Es un proyecto muy pequeño -dijo ella-. Cuando el jardín esté despejado podría instalarse una fuente en medio de los rosales, pero realmente no merece la pena que malgaste usted su tiempo, y mucho menos su capacidad.

Su sonrisa apareció de nuevo, envolviéndola en su calor, seduciéndola contra su voluntad.

-Ahora mismo, ni mi tiempo ni mi capacidad valen tanto. Y valdrán todavía menos si usted los rechaza.

-No creo que...

-¿Sabe qué le digo? -dijo él, inclinándose hacia delante-. El primer día trabajaré gratis. Si decide que no le sirvo, asunto zanjado. Si le gusta lo que hago, empezaremos a partir de ahí.

-No puedo permitir que haga eso -protestó ella.

-Lo único que le pido es un juicio justo. Empezaré a las ocho de la mañana. ¿Qué me dice?

Sin duda estaba loca, pues todo aquello empezaba a parecerle casi razonable. ¿Qué diferencia había entre emplearlo a él o al viejo Pender, o incluso al joven Randy Nott, que hacía chapuzas para su suegra? Aquel hombre sería solo un trabajador a sueldo; una espalda fuerte y un par de brazos capaces. Más que capaces, probablemente. Un par de días, tal vez una semana, y luego se marcharía.

De pronto pareció tomar una decisión y dijo:

-Que sea a las siete. Así le dará tiempo a hacer mas cosas antes de que haga demasiado calor.

-Usted es la jefa.

Pero ella no se sentía como tal.

Él asintió con la cabeza y después se adentró en la oscuridad por la senda cubierta de maleza que desembocaba en la carretera. Al cabo de un momento. Laurel oyó el rugido distante de una motocicleta que se ponía en marcha. El ruido se desvaneció y de nuevo la noche quedó en silencio.

Un escalofrío la recorrió, a pesar de que la noche era calurosa. Cruzó los brazos, abrazándose fuerte. Sticks miró hacia arriba y gimió, como si percibiera el desasosiego de su ama.

-¿Tú qué crees, pequeño? -susurró ella-. ¿He cometido un error? -el perro movió débilmente la cola mirando hacia el lugar por donde había desaparecido Alec Stanton. Ella suspiró y cerró los ojos-. Yo creo que sí.

A la mañana siguiente, su nuevo empleado llegó puntualmente. Laurel acababa de ponerse unos vaqueros viejos y una camiseta amarilla desgastada cuando oyó su moto.

Maisie Warfield, su ama de llaves, no había llegado aún, pues antes de ir a Ivywild siempre llevaba al trabajo a su «viejo», como llamaba a su marido, que estaba casi en edad de jubilarse. En vez de esperar a que Alec Stanton llegara ante la puerta y pulsara el anticuado timbre de campanilla, Laurel recogió sus deportivas y se acercó, en calcetines, a la puerta lateral. Al menos, no tenía que preocuparse por Sticks. Se había pasado la noche en el porche cerrado de la parte de atrás, y allí seguía todavía.

Alec Stanton no estaba en la entrada de coches, donde había aparcado su reluciente Harley-Davidson roja, que parecía fuera de lugar frente a la vetusta casa tardovictoriana. Tampoco estaba en el enmarañado jardín delantero. Pero un ruido condujo a Laurel a un lado de la casa. Él ya estaba trabajando en aquella parte, apartando de la barandilla una cortina verde de zarzas y madreselvas.

Se dio la vuelta cuando ella se acercó. Hizo un breve gesto de saludo con la cabeza antes de decir:

-Habría que pintar toda la barandilla, pero primero habría que cambiar al menos una docena de listones. Se le caerán más si no hace algo pronto.

-Lo sé -dijo ella escuetamente.

-Yo podría...

-Yo puedo ocuparme de eso -dijo ella, cortando en seco el ofrecimiento que él estaba a punto de hacer-. Usted está aquí para ocuparse del jardín.

Él tiró de una larga maraña de zarzas y la dejó caer. Se quitó los guantes y se los metió en la cinturilla del pantalón vaquero. Miró con expresión crítica la casa que se alzaba sobre ellos con sus barandas abalaustradas y redondeadas en los extremos, al estilo de un barco de vapor, sus esbeltas columnas coronadas por adornos intrincados, como telas de araña cubiertas de helado, y la torre cónica colocada en medio del tejado.

-Es una casa muy grande y muy antigua -dijo él-. Sería una pena dejar que se convierta en una ruina.

-No tengo intención de hacerlo -respondió ella secamente-. Ahora, si le parece...

-Creo que mi abuela dijo que es la casa de la familia de su marido. ¿Cómo es que acabó en sus manos?

-Nadie más la quería.

Esa era la verdad exacta, pensó ella. Cuando la vio por primera vez, la casa estaba al borde de la ruina. La madre de su marido, Sadie Bancroft, se había marchado de allí poco después de que su marido la abandonara, allá por los años sesenta. A la hermana de su marido, Zelda, no le interesaba; de niña se había hartado del enorme caserón y no entendía por qué Laurel se había empeñado en comprársela a la familia después de casarse con Howard. Incluso éste había protestado a menudo por los gastos de conservación, y durante los quince años de su matrimonio a menudo había hablado de cambiarla por una casa pequeña y cómoda, de estilo ranchero. Pero todo se había reducido a eso: a hablar.

-Es excesivamente grande para una sola persona.

-Me gusta grande -dijo Laurel, y sintió que la cara se le cubría repentinamente de rubor. El espectro de una sonrisa apareció en la comisura de la boca de Alec Stanton.

-¿Por dónde empiezo?

-¿Qué?

Él ladeó la cabeza.

- Iba a decirme por dónde tenía que empezar a trabajar.

-Sí, sí, claro -dijo ella, y se dio la vuelta, tomando el camino que llevaba al jardín delantero.

Había pensado en ayudarlo, en parte para estar cerca cuando tuviera

que indicarle lo que quería conservar y lo que no. Pero pronto comprendió que no hacía falta. El conocía las plantas y los arbustos; se notaba que tenía experiencia como jardinero. Además, era eficiente. No empezó a trabajar hasta que hubo revisado, engrasado y afilado las herramientas que había en el cobertizo de detrás del paraje.

-Le vendrían bien unas tijeras de podar nuevas -sugirió, pasando un dedo encallecido por el filo de la ancha hoja-. Le facilitaría mucho el trabajo en el jardín.

Tenía razón, y ella lo sabía.

-Le diré a Maisie que las traiga la próxima vez que vaya a la ciudad.

-También hace falta gasolina para el cortacésped.

-Eso también puede traerlo Maisie.

Él la observó un momento, con ojos negros e impenetrables como la obsidiana.

-¿Sabe que su coche tiene una rueda pinchada? Y las demás están tan desgastadas que tendrá suerte si consigue salir de la finca con ellas.

— Yo no salgo mucho -dijo ella, evitando su mirada.

—No sale nunca, según dice mi abuela... Hace años que no deja la casa. Solo lee y hace cuencos de arcilla en el cobertizo de detrás del garaje. ¿Cuál es la razón?

—No hay ninguna. Únicamente que prefiero estar sola -le lanzó una mirada fría antes de darse la vuelta-. Estaré en la casa si necesita algo.

Retirarse era un gesto instintivo de protección. No tenía por qué darle explicaciones sobre su vida. Ciertamente, no era asunto de aquel hombre si ella salía o se quedaba en casa, trabajaba la arcilla o volaba a la luna montada en el palo de una escoba. Y tampoco necesitaba que nadie la observara y le diera consejos que no había pedido, entrometiéndose en su vida. Le pagaría aquella jornada, independientemente de lo que hiciera, y luego lo despediría. Se las había arreglado sin Alec Stanton hasta ese momento, y se las arreglaría sin él cuando se hubiera ido.

Sin embargo, a medida que avanzaba el día, él hacía progresos indiscutibles. Cortó las docenas de retoños de pino y sasafrás que crecían junto al antiguo cercado, dejando al descubierto las estacas despintadas a lo largo de casi todo el frontal del jardín. Rescató y podó el rosal Russell's Cottage que había en uno de los rincones, cortando para ello un amasijo de madreselvas que le llegaba a la altura de la cabeza. Desenterró de debajo de una cobertura de parras salvajes una pérgola y un banco de jardín de madera de ciprés pulida. Y fue amontonando los residuos que producían sus esfuerzos en una pila con la que hizo una hoguera verde, que ardía lentamente. Su palio de humo gris ascendió tan alto que emborronó el sol del mediodía.

Laurel procuraba no mirarlo. Pero, a pesar de sus buenas intenciones, parecía que todo cuanto hacía la llevaba junto a las ventanas delanteras de la casa. Era natural que mirara. Un impulso perfectamente corriente. Nada más.

Él se había quitado la camisa a media mañana. Un lustre de sudor satinaba la extensión bronceada de su espalda, que relucía con cada uno de sus movimientos, mientras polvo y fragmentos de hojas secas se le pegaban

a los músculos tensos de los brazos. El vello suave de su pecho relucía como terciopelo húmedo, formando un canal por el que discurría el sudor que bajaba por las elevaciones planas de su abdomen hasta la cinturilla de sus vaqueros. Estaba acalorado, sudoroso, sucio... y espléndido. A Laurel le desagradaba profundamente ser consciente de ello.

Lo último que quería era pensar en un hombre..., en cualquier hombre. Se las había arreglado bien sin acordarse del género masculino; apenas había pensado en el amor y el sexo desde que su marido había muerto. Que la forzaran a recordar todo aquello no le sería de ninguna ayuda. No lo haría, de ninguna manera.

-Hay asado de pollo frío y ensalada de frutas para comer -dijo Maisie detrás de ella-. ¿Quieres que os lo sirva fuera, en la terraza?

Laurel se giró para mirar a su ama de llaves y notó que un rubor culpable le subía a la cara. Maisie Warfield, rotunda y de pelo blanco, estaba junto a la puerta que comunicaba el comedor y el salón. Se secaba las manos húmedas en un paño de cocina mientras observaba a Laurel. Tenía una mirada sagaz y, alrededor de sus ojos intensamente azules, el regocijo había fruncido en ligeros pliegues su piel morena.

-No, creo que no -contestó Laurel-. A él... puedes llevarle un bocadillo y una bebida fría.

Maisie dejó de sonreír y apoyó la mano sonrosada que sostenía el paño de cocina sobre su cadera redondeada.

—¿Por qué? ¿Es que tienes algo contra Alec?

-Claro que no. Pero prefiero estar sola -Laurel se giró hacia la ventana, ignorando la mirada severa de la otra mujer.

-No va a morderte.

Una sonrisa seca curvó los labios de Laurel.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Qué has dicho?

Ella se giró y lanzó a su ama de llaves una mirada directa.

-He dicho que sí, que lo sé. Pero aun así no tengo ganas de comer con él.

-Prefieres quedarte encerrada en esta casa en vez de hacerle compañía.

-Eso es.

El ama de llaves se encogió de hombros.

-No sabes lo que te pierdes.

Laurel no contestó. La asustaba demasiado que Maisie tuviera razón.

2

Alec trabajaba como un poseso, podando, cortando y apilando matojos sin cesar. El sol ardía sobre su cabeza. El sudor se derramaba por su cuerpo formando corrientes. Se ató un pañuelo alrededor de la frente y siguió trabajando. Su camisa se empapó, pegándosele a la piel, constriñendo sus movimientos. Se la quitó y siguió trabajando. Su lucha con las ramas de doce metros de un viejo rosal salvaje le produjo largos arañazos en los brazos. Ignoró el escozor y siguió trabajando.

Nada de aquello le importaba. Le gustaba usar los músculos, sentir que se calentaban, que se estiraban y contraían incesantemente, respondiendo sin esfuerzo a sus necesidades. Le gustaba el calor del sol sobre su espalda, disfrutaba del olor de las ramas cortadas, de la tierra removida y del humo. Le producía una sensación de triunfo sacar a la luz los árboles y matorrales añosos, ver surgir una apariencia de orden de aquella confusa maraña.

Debía ponerse a prueba para conseguir aquel trabajo, pero había algo más en todo ello. Necesitaba demostrarle a Laurel Bancroft que podía hacer lo que ella quería tan bien como cualquier paleto de cuello rojo.

Al verla esa mañana, había pensado que trabajaría con él. Le apetecía la idea. Pero Laurel se había metido en la casa y había cerrado la puerta. Desde entonces, apenas había vuelto a verla.

Decían que se le daba bien esconderse. La abuela Callie le había dicho a Alec que ella apenas salía de su vieja casona desde la muerte de su marido. La gente parecía creer que se había vuelto un poco rara. No estaba exactamente loca, según decían, pero tampoco era una de esas jóvenes y remilgadas matronas que se dedicaban a ir de compras, visitar el club de campo y jugar al tenis.

El trabajo que Alec estaba haciendo requería poca concentración, y su mente tenía cierta tendencia a fantasear. Si se dejaba llevar por su imaginación, podía ver en Laurel Bancroft a una especie de princesa encantada por un hechizo. Tenía ese aire de fragilidad. Estaba encerrada en aquella vieja casona, tan parecida a un castillo, narcotizada y dormida mientras la vida pasaba sin rozarla. Y él era un caballero de otros tiempos, dispuesto a abrirse camino entre las zarzas y los espinos para salvarla.

En fin, debía de estar perdiendo la razón.

Un caballero, nada menos. Pero sin armadura, desde luego. Y armado con un par de tijeras de podar, en lugar de con una espada. E imperfecto, por supuesto. Además de definitivamente impuro.

Una puerta se cerró ruidosamente a un lado de la casa. Maisie dobló la esquina y se apoyó sobre la barandilla.

-Hora de comer, chico -dijo-. Te he llevado unos bocadillos ahí, a la terraza. ¿Quieres té o agua?

El se detuvo, quitándose el sudor de los ojos con el antebrazo antes de mirarla con el ceño fruncido.

-¿Chico?

Ella le lanzó una sonrisa irónica que frunció su cara en un millar de arrugas.

—¿Es que no te gusta que te llame así? Podría haberte llamado bestia por estar al sol con este calor y sin sombrero. ¿Agua o té?

-Agua -hubiera debido saber que no debía desafiar a una mujer que decía haberle cambiado los pañales cuando niño-. ¿Dónde está la señora Bancroft?

La mirada del ama de llaves se apartó de él.

-Ella no va a comer. Si quieres lavarte, hay un cuarto de baño junto a la cocina.

Parecía que Laurel Bancroft intentaba evitarlo. Alec ignoraba si debía tomárselo como una buena señal de que la turbaba, o como un indicio de que no podía soportarlo. En cualquier caso, tendría que hacer algo al respecto.

Maisie, al menos, no lo dejó solo. Le sacó ensalada de pollo y té a la mesa de la fresca terraza delantera. Mientras comía. Alec bromeó sobre el régimen que ella seguía y sobre lo mucho que su marido echaría de menos sus curvas cuando hubieran desaparecido. Al cabo de un rato, la conversación desembocó al fin en lo que realmente le interesaba.

-Bueno, ¿qué le pasa a la señora de la casa? ¿Es una reclusa o solo una estirada? -se recostó en la silla, quitando con un dedo el vapor condensado en las paredes de su vaso de agua. Intentaba no parecer aburrido y un tanto molesto.

Maisie lo miró con los ojos entornados.

—No le gusta mucho la gente, eso es todo.

—¿Y por qué?

-Su marido murió, ¿lo sabías? -él asintió y se masajeó los bíceps del brazo derecho, que habían empezado a tensársele-. ¿Sabías que fue ella quien lo mató? -preguntó la mujer.

Alec se puso en pie de la impresión.

—¿Pero qué…? ¡Eso es imposible!

-Lo hizo, bien sabe Dios que sí -dijo Maisie. sacudiendo la cabeza-. Pero no a propósito. Él se metió detrás de su coche mientras ella lo sacaba del garaje marcha atrás. Pero hubo gente que dijo que lo había hecho intencionadamente. La suegra, por ejemplo.

-Pero nadie lo creyó, ¿verdad? Solo hay que mirarla. ¿Cómo iba nadie a creer eso?

-Hay gente capaz de creerse cualquier cosa. Parece que Laurel y Howard tenían problemas. Además, había un seguro de vida muy alto.

-Pero la cosa no pasó de ahí, ¿no?

-Oficialmente, no. No hubo ninguna investigación. Sadie Bancroft, la madre del marido, decía que fue por culpa del sheriff Tanning, que había sido novio de Laurel. Puede que sí, puede que no. No lo sé. De todas formas, el asunto se desinfló.

-Salvo por los rumores.

-Sí, bueno, los rumores siempre persisten.

Él ladeó la cabeza.

-Así que se está escondiendo. ¿Pero por qué, si realmente no lo hizo a propósito?

-Eso tendrás que preguntárselo a ella.

Maisie evitaba su mirada. Alec se preguntaba por qué.

-¿Crees que me lo dirá?

-Puede -la mujer se levantó y empezó a recoger los platos-. Quizá dependa de cómo se lo preguntes y de por qué quieras saberlo -se alejó con su carga, dejándolo solo.

Alec se quedó sentado unos minutos. Se bebía el agua a medida que el hielo se derretía en su vaso, y observaba lo que había hecho en el jardín y lo que aún le quedaba por hacer. Desde donde estaba apenas se distinguían los trazos generales de lo que antaño había sido un típico jardín delantero. La cerca de estacas blancas que lo rodeaba, y que antaño lo preservaba de las vacas que pastaban libremente, tenía una entrada de coches que daba a la carretera que pasaba frente a la casa y luego describía una curva cerrada hacia la derecha en dirección al garaje adosado a la casa. Un camino recto de ladrillos llevaba de la puerta exterior a la escalinata, y varias sendas sinuosas conducían a la parte de atrás bordeando los extremos ovalados de la casa.

El jardín había sido plantado aparentemente al azar, a excepción de las grandes camelias arbóreas, los jazmines de los rincones de la cerca y los rosales que crecían junto a las estacas del cercado y sobre los arcos de las puertas. Alec había encontrado por doquier restos de bulbos de todas clases, desde narcisos a lirios y tulipanes. En un principio, los cuadrados de tierra que quedaban entre las plantas habían permanecido limpios de malas hierbas. En algún momento, probablemente en los años cuarenta o cincuenta, los espacios abiertos habían sido cubiertos con hierba de San Agustín. Aquí y allá podían verse aún parches del espeso césped, pero este estaba en su mayor parte cubierto de hierbajos, zarzas y enredaderas que formaban una pequeña selva.

Una selva que Alec debía desenmarañar. Apuró su vaso, recogió los guantes húmedos de sudor y volvió al trabajo.

Maisie se marchó a media tarde, saludándolo fugazmente con la mano mientras se alejaba en su destartalado coche. Alec dejó pasar algún tiempo mientras desenterraba las gruesas raíces de un rosal silvestre que trepaba por una columna. Cuando le pareció que no daría la impresión de haber estado esperando a que el ama de llaves se marchara, se puso la camisa, se acercó a la puerta y pulsó el viejo timbre de latón.

Su sonido estridente se extendió por la casa. En la parte de atrás, el pastor alemán de Laurel empezó a ladrar. Poco antes, Alec había visto a Sticks encerrado en el porche cerrado. Se habían mirado el uno al otro a través de la mampara de cristal. Ahora, apoyado en la jamba de la puerta, Alec se preguntaba si Laurel Bancroft lo protegía a él del perro o al perro de él.

Laurel no quería abrir la puerta. Se sentía amenazada, casi sitiada dentro de su propia casa. Deseaba no haberle mencionado a Maisie el asunto del jardín y que Alec Stanton no hubiera aparecido nunca. Podría haber continuado igual que durante los cinco años anteriores, en su confortable soledad, sin apenas contacto con el mundo exterior, más allá de

su ama de llaves, sus hijos ya mayores, y el hombre de la camioneta marrón que le llevaba sus compras por correo.

Los catálogos se habían convertido en su única ventana al mundo. Había sido un catálogo de rosas antiguas lo que le había hecho volver a pensar en el jardín después de tanto tiempo. Y aquello había sido un error.

Después del tercer timbrazo, abrió la puerta bruscamente, con una extraña mezcla de miedo e irritación. Con voz tensa y desabrida, dijo:

-¿Sí?

-Lamento molestarla, señora —dijo el hombre de pelo negro apoyado en el quicio de la puerta-, pero necesito hacerle un par de preguntas.

Laurel se dio cuenta de que no lo lamentaba en absoluto. Y no entendía por qué no había podido llamar a la puerta antes de que Maisie se marchara. Sintió un deseo tan fuerte de cerrarle la puerta en las narices que un estremecimiento le recorrió el brazo. Lo único que la detuvo fue la sospecha de que él se lo impediría si lo intentaba.

Con los labios apretados, preguntó:

-¿De qué se trata?

-Me preguntaba si podría enseñarme dónde quiere la fuente. Y me sería de gran ayuda saber cómo piensa colocar los macizos de rosas que mencionó. Además, no sé exactamente qué quiere conservar y de qué quiere deshacerse.

Ella miró más allá de él, hacia el jardín, con expresión de duda.

-Supongo que no habrá avanzado tanto. Pensaba que solo estaba limpiando y podando.

Él sonrió con un movimiento perezoso de sus labios sensuales que hizo que ella se quedara sin aliento.

-Siempre ayuda tener un plan. ¿Le importaría salir un minuto para aclararme un par de cosas?

¿Cómo podía ella rehusar una petición tan cortés y razonable? Negarse era evidentemente imposible. La intrigaba, además, la perspectiva que él había abierto al hacer retroceder la maleza a lo largo del camino, entre la escalinata y la puerta de la cerca.

Apenas sin darse cuenta, Laurel cruzó el porche y bajó por el camino de ladrillos. Alec hablaba, indicando el follaje de junquillos cortados que cubría el camino, preguntándole si quería conservar el jazmín trepador que, junto a la puerta lateral, se había abierto camino a través de una enorme espirea, y otras muchas cosas.

Ella respondía, pese a que la mortificaba estar allí fuera, al sol de la tarde, expuesta y vulnerable frente a otro ser humano. Al mismo tiempo, sentía una emoción creciente. Casi podía ver el jardín que había imaginado surgiendo de entre aquella maraña. En un solo día, aquel hombre había hecho reaparecer la disposición original del jardín, de forma que Laurel podía verlo como solía ser en otro tiempo y como deseaba que fuera otra vez.

Rosas. Quería rosas. No aquellas flores híbridas, tiesas, formales y casi perfectas en las que todo el mundo pensaba cuando oía la palabra «rosa», sino las antiguas rosas de China, las rosas de té, las Bourbon y las Gálicas de tiempos pasados. Eran supervivientes, aquellas rosas. Ásperas y agrestes, se aferraban a la vida y, al comenzar la primavera e incluso

durante los rigores del verano y el otoño, producían capullos de una belleza frágil e intrincada que, como si compartieran su alma, esparcían por el aire un perfume dulce.

De pie en medio del jardín, Laurel dijo:

—Quiero la fuente aquí, en medio del camino. He pensado que tal vez quedaría bien plantar un seto bajo de boj, de los que suele haber en los jardines franceses, y algunas plantas perennes como clavellinas rosas, salvia azul o margaritas africanas. Aparte de eso, solo rosas y más rosas.

Miró a Alec, temiendo en parte haber hablado de forma demasiado estrafalaria. Él la observaba con una expresión pensativa en sus ojos negros como la medianoche y una ligera sonrisa apuntándole en la comisura de la boca. Se quedó callado un momento. Luego, como si de pronto cayera en la cuenta de que ella estaba esperando, asintió rápidamente.

- Puedo hacerlo.

-¿Cree que quedará bien?

-Creo que quedará perfecto.

Parecía sincero, pero Laurel no sabía si podía fiarse de él.

-Lo dice solo porque sabe que eso le llevará semanas de trabajo.

La sonrisa de Alec se desvaneció.

-Yo no haría eso. En realidad, para mí es un alivio. Temía que quisiera plantar grandes setos de enebro, de esos que no necesitan mantenimiento y se rodean de gravilla gruesa.

Ella hizo una mueca.

-Eso es muy de la costa oeste.

-Exacto -dijo él, con una mirada cálida y sosegada.

Por un instante, Laurel sintió por el hombre que tenía enfrente una intensa empatía que la asustó. Alec y ella no se parecían, tenían poco en común y procedían de ambientes distintos, y, sin embargo, en ese momento parecían estar en la misma onda.

Tal vez aquello funcionara, después todo. Al menos, por supuesto, mientras sus relaciones se mantuvieran en un nivel simple y profesional. Laurel no solo quería un jardín: lo necesitaba. Últimamente había llegado a pensar que sin él tal vez un día entraría en su casa y ya nunca volvería a salir.

-Deje que le enseñe algo -dijo Alec, interrumpiendo sus pensamientos. Se dio la vuelta y siguió el camino que llevaba hacia la parte de atrás de la casa. Laurel aminoró el paso al ver hacia dónde se dirigía.

Alec apartó con el pie una maraña de zarzas y enredaderas que había cortado junto a una esquina de la casa. Debajo había un bordillo de ladrillo cubierto con una gruesa plancha de cemento. Él se inclinó y, moviéndose con agilidad, levantó la pesada tapa de cemento. Esta produjo un ruido áspero y chirriante al separarse del bordillo.

-¡No! —gritó ella, retrocediendo.

El se irguió y apoyó los puños en las caderas.

-¿Sabe lo que es?

-Un aljibe, por supuesto -respondió ella, irritada-. Pero mi marido nunca… Él siempre decía que era extremadamente peligroso. Nadie se acerca nunca a este lugar.

Alec frunció el ceño.

-Solo es un agujero forrado de ladrillos. Ya ni siquiera tiene agua.

-Howard siempre temió que los niños se cayeran dentro.

-Pues entonces debería haberlo cegado. Pero ahora podría usarse como alberca, si usted quiere. No costaría mucho sellar el recubrimiento de ladrillo para que no se filtre el agua.

-Es demasiado profundo -dijo ella.

-También lo son las piscinas -dijo él encogiéndose de hombros-, y la gente se baña en ellas. De todas formas, aquí ya no hay niños que puedan caerse dentro.

Ella sacudió la cabeza, reprimiendo un escalofrío.

-No. Prefiero que siga así.

-Como quiera. Era solo una idea.

Laurel pensó que parecía decepcionado. Él volvió a colocar en su sitio la plancha de cemento, pero el entusiasmo se había borrado de su cara y sus movimientos eran tensos. Ella le preguntó bruscamente:

-¿Ha visto el río?

-He visto uno que cruza la carretera un poco mas abajo. ¿Se refiere a ese?

Ella asintió y lo condujo hacia el sinuoso riachuelo que corría detrás de Ivywild entre hayas, morales y grupos de helechos. Estaban a medio camino cuando Laurel cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. Había salido del recinto vallado. Se estaba alejando de la seguridad que representaba cada palmo de su propiedad. ¿Cuánto tiempo hacía que no salía de allí con tanta facilidad?

La recorrió un escalofrío y se le erizó la piel de la nuca. Se sentía desnuda, como si hubiera abandonado un camuflaje protector. Sintió pánico, pero lo reprimió, respirando lentamente.

No, no le pasaría nada. El hombre que iba a su lado transmitía seguridad. Era sólido, como un muro o cercado que se interpusiera entre ella y cualquier peligro que acechara allí fuera. Laurel lo había sentido la noche anterior, y en ese momento lo sentía aún con mayor intensidad.

Pero allí fuera, en realidad, no había nada. El único peligro acechaba dentro de su cabeza, y sabía que debía librarse de él. Lo sabía, y estaba decidida a repetírselo hasta que se lo creyera. Sin embargo, solo permanecería alejada de la casa el tiempo justo para enseñarle el riachuelo a Alec Stanton.

Mientras avanzaba delante de él por la ladera cubierta de árboles y matorrales, siguiendo una tortuosa senda de animales, era consciente de la tibieza y la solidez del hombre que caminaba tras ella. El se movía sigilosamente, con la elegancia natural de un indio. Laurel pensó que, bajo la sombra fresca de los árboles, su piel bronceada poseía un tinte cobrizo.

Ambos seguían sintiéndose incómodos, pero su desasosiego había cambiado. Ella no recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan cerca de otro ser humano. Y tampoco recordaba la última vez que se había interesado por lo que sentía un hombre, aparte de su hijo adolescente.

Alec estaba impresionado por el riachuelo. Metido hasta la rodilla entre

los helechos, con el pelo húmedo de la coleta cayéndole por la espalda y las sombras de las hojas dibujando una filigrana de luces y sombras sobre su piel morena, se volvió hacia ella con una sonrisa deslumbrante. Con voz profunda y reflexiva, dijo:

-Esto tiene muchas posibilidades.

-Lo sé -dijo ella, y contuvo el aliento. De repente temió más aquellas posibilidades de lo que había temido cualquier otra cosa en cinco largo anos.

Él ladeó la cabeza; la oscuridad de sus ojos era tan profunda y dulce como el chocolate.

-¿Significa eso que me da el trabajo?

Alec había avanzado mucho en muy poco tiempo. Sería capaz de limpiar toda la maleza de Ivywild. Podría construir aquel jardín de rosas para ella. Si Laurel no se hubiera aventurado en el exterior para ver lo que había hecho, lo que era capaz de hacer, su respuesta hubiera sido distinta. Pero ya solo había una respuesta posible.

-Sí, yo… supongo que sí.

El placer iluminó fugazmente la cara de Alec.

-Bien -dijo suavemente-. Eso es fantástico.

Laurel no estaba segura de que lo fuera.

Y lo estaba aún menos cuando cayó la noche y por fin Alec se alejó montado en su Harley. Estaba acostumbrada a la soledad y, sin embargo, esa noche se sintió realmente sola por primera vez. La noche era calurosa, pero ella estaba helada. Se abrazó, preguntándose cómo sería volver a sentir el calor de los brazos de un hombre, un pecho firme que la sostuviera al apretarse contra él… Había pasado tanto tiempo…

Howard nunca había estado particularmente dotado para los afectos sencillos. Siempre que ella había intentado acurrucarse en sus brazos, normalmente solo había recibido sexo. Esa parte de su matrimonio había funcionado bien; no había sido especialmente satisfactoria, pero tampoco un desastre. Casi siempre hablaban de las cosas prácticas de las que solían hablar marido y mujer: la reparación de las cañerías, los progresos de los niños en la escuela, lo que había para cenar… A veces salían a comer fuera o a visitar a unos amigos y regresaban a casa en medio de un cómodo silencio. De vez en cuando, Howard la tomaba de la mano. Pero en general carecía del don de la ternura, no le interesaba el deseo desapasionado de abrazar a otra persona y aspirar su olor. Era una necedad, tal vez, añorar lo que nunca se había tenido.

Se sentía sola, eso era todo. La noche se extendía ante ella vacía, lúgubre y silenciosa. No había nada en la televisión que le interesara, y había leído todos los libros de las estanterías. No tenía sueño, ni siquiera estaba cansada.

No podía dejar de pensar en Alec Stanton. En la forma en que la miraba, en el modo en que su sonrisa afloraba a la comisura de su boca y luego se extendía por sus labios en una lentísima aurora; en sus ojos profundos; en los rasgos de su cara, que parecían despeñarse desde los altos riscos de sus pómulos confiriéndole el aspecto implacable de un antiguo guerrero; en la ligereza con que se movía; en su fuerza engañosa; en el brillo de su piel satinada por una pátina de sudor; en el movimiento suave

del dragón de su pecho cuando sus pectorales se contraían y se relajaban...

Era una estupidez fantasear como una adolescente acerca de un empleado..., de un joven empleado. Y más estúpido aún era estremecerse por una atracción tan ridícula. Si lograba ser objetiva, se reiría de la mala pasada que le había jugado su imaginación al soñar con una pareja tan inapropiada, como si fuera un canario contemplando la magnificencia iridiscente de un faisán.

Eran solo sus hormonas revueltas, nada más. Todo aquello acabaría pronto. Alec Stanton haría su trabajo, se marcharía y todo volvería ser como antes. Todo, salvo el jardín.

Tendría que contentarse con eso.

Tal vez había sido un error salir de la casa. Había muchas clases de seguridad, muchas clases de peligros. Pero ella saldría indemne si se quedaba encerrada hasta que Alec acabara el jardín.

¿Lo conseguiría?

3

Laurel Bancroft lo vigilaba desde las ventanas; Alec la había sorprendido varias veces, y aquello no le gustaba. Le desagradaba que se mantuviera alejada de él como si fuera un delincuente. O, peor aún, que no lo considerara lo bastante bueno para relacionarse con ella. Aquella situación duraba ya tres días. Alec empezaba a estar harto.

No le importaba que fuera una viuda, ni le importaba que hubiera matado a su marido y que tuviera buenas razones para pegarse un tiro. Ni siquiera le importaba que no viera a nadie, a parte de Maisie. Quería que saliera de la casa. Quería que hablara con él.

La furia que sentía mientras cavaba, podaba y arrancaba maleza del suelo era extraña, en cierto sentido. Hacía años que había dejado de importarle lo que la gente pensara o dijera de él. Pero Laurel Bancroft había reabierto viejas heridas. Le había hecho sentirse como un adolescente apocado. Había conseguido interesarle, lo cual era algo más que podía enarbolar en su contra.

Ignoraba por qué lo atraía tanto. No era solo porque fuera una mujer atractiva, pues había millones de ellas en California, y él había conocido a muchas. Tampoco se debía a que sintiera debilidad por las mujeres problemáticas, como a menudo decía su hermano. Él sentía la necesidad de echar una mano a quienes estaban en apuros, pero eso no tenía nada que ver con la dueña de Ivywild.

Allí estaba ella otra vez, tras las cortinas que cubrían la ventana del extremo de la casa. Estaba casi oculta tras el visillo, pero Alec había aprendido a distinguirla por el movimiento de las sombras.

Ya estaba bien.

Dejó la pala que estaba manejando, se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo de atrás del pantalón. No iba a permitir que siguiera espiándolo. O salía ella, o entraba él.

Maisie salió a abrirle la puerta cuando llamó al timbre. Sus cejas grises se alzaron casi hasta el arranque del pelo cuando vio la expresión torva de la cara de Alec. Se secó las manos en el delantal y le preguntó:

-¿Pasa algo?

Alec asintió secamente.

-Quiero hablar con la señora Bancroft un minuto.

-Está ocupada -respondió la mujer, sin moverse-. ¿Qué necesitas?

-Respuestas -dijo él-. ¿Puedes dármelas tú?

Maisie se quedó mirándolo y. finalmente, asintió.

-Espera aquí un minuto.

Alec apoyó las manos sobre las caderas mientras miraba al ama de llaves desaparecer en el interior de la casa. «Espera aquí», le había dicho. Como un buen chico. O como el jardinero. Sus labios se tensaron.

Al cabo de unos segundos, oyó un murmullo de voces y, después, un silencio seguido del roce de las zapatillas de Maisie. Mientras se acercaba, esta dijo:

-Dice que averigüe lo que quieres.

-Quiero -respondió él con severa suavidad- hablar con ella.

-Pues ella no quiere hablar contigo, así que no insistas.

-¿Y si lo hago? ¿Vas a detenerme tú? ¿O se lo contarás a la abuela Callie? -entró en el largo vestíbulo.

-Conseguirás que te despida -le advirtió Maisie, retrocediendo unos cuantos pasos.

-Bien. Que me despida.

-Pensaba que necesitabas el trabajo.

—¿Dónde está? -se internó algo más en la casa. Maisie se dio la vuelta y trotó tras él.

-En su dormitorio -respondió la mujer, casi sin aliento-. No puedes entrar ahí.

-Sí que puedo -dijo él, encaminándose a la puerta a la que se habían dirigido los ojos de Maisie.

-Bajo tu responsabilidad.

El ama de llaves se detuvo. En su voz había una advertencia, pero también algo parecido a la aprobación. Él no se paró a analizarlo. Hizo girar el pomo de la puerta y entró en el dormitorio.

La viuda Bancroft estaba sentada en un diván, apoyada sobre un montón de almohadones, con los pies cruzados y un libro en las manos. Al verlo, un suave rubor se extendió por su cara.

Alec pensó que la habitación se parecía a ella: una mezcolanza de colores crema, azul y rosa coral, de sólidos muebles victorianos y telas delicadas y sensuales. Era su refugio y él lo había profanado. Más aún, la había atrapado desprevenida e indefensa. Estaba descalza y casi con toda certeza no llevaba sujetador bajo la camiseta amplia y descolorida, a juego con unos pantalones cortos de color blanco. El pelo le caía, suelto, sobre el hombro izquierdo, y se movía con cada latido de su corazón. Ni una pizca de maquillaje oscurecía su tez clara, ni el suave bermellón de sus labios. Era la visión más turbadora que Alec había contemplado nunca.

Ella recuperó su aplomo al instante. Dejó el libro a un lado, se irguió en el diván y se levantó. Al hablar, su voz tenía un filo acerado.

—¿Qué ocurre? ¿Tiene algún problema?

-Podría decirse así. Quiero saber por qué me tiene miedo -no había pretendido soltarlo así, pero tampoco intentó rectificar.

-No le tengo miedo -dijo ella inmediatamente.

-A mí me parece que sí. A no ser que tenga alguna otra razón para esconderse aquí.

Ella lo miró un momento antes de hablar.

-¿Quién dice que me escondo? Solo porque no sienta la necesidad de supervisar todo lo que hace…

-Está dejando que haga el jardín yo solo, y lo sabe. Cuando acabe, no será su jardín, sino el mío.

Ella se encogió de hombros.

-Pues lo haré mío cuando se marche.

-No hace falta. Puede decirme lo que quiere ahora mismo. No tendrá que levantar ni un solo dedo, salvo para hacerme alguna indicación. Puede decirme qué quiere quitar y qué quiere conservar tal y como está, a qué

quiere darle forma y qué prefiere dejar en su estado natural. Me he deshecho de las zarzas y de las parras, y de todo lo que estorbaba, pero ahora ha llegado el momento de decidir.

-Pues decida usted -dijo ella a través de los labios apretados-. De todas formas, parece saber de esto más que yo.

-Pero no sé lo que quiere, ni lo que le gusta -dijo con sencillez, pero el énfasis que puso mentalmente en sus palabras hizo que se le pusieran las orejas coloradas.

-¡Haga lo que quiera!

Él la miró fijamente y se reprendió para sus adentros. Ella estaba hablando de flores y arbustos, no de otra cosa.

-Suponga que lo quito todo -dijo él-, y que dejo desnuda..., la tierra.

-¡No puede hacer eso!

-Sí que puedo -gruñó él con absoluta convicción-. Nada más fácil.

—Pero ahí fuera hay camelias que tienen más de ochenta años, y un olivo que... -se detuvo, entornando los ojos-. Pero eso ya lo sabe.

-Sé lo que hay ahí fuera -dijo él-. Pero no sé si a usted le importa.

-Puedo decirle...

-Enséñemelo -la interrumpió él.

Ella apretó los labios.

-No creo que...

-A no ser que se trate de mí -dijo él suavemente-. Ya que no me tiene miedo, debe de ser que no le gusta mi compañía.

La sorpresa y el desaliento brillaron en el intenso azul de los ojos de Laurel.

-No es eso en absoluto.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-¡Ninguno!

-No la creo.

Ella arqueó las cejas.

-Al menos, no es nada que tenga que ver con usted, nada que le importe. No entiendo por qué está tan preocupado.

-Quizá sea porque me gusta saber en qué posición estoy.

-Ahora mismo está donde no le corresponde: en mi cuarto -ella lo miró con irritación y se dio la vuelta otra vez.

-Dígame qué pasa y me iré -afirmó él con decisión.

Ella tensó los labios, cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró.

-No se trata de usted, ¿de acuerdo? Si de verdad quiere saberlo, se trata de mí. No me llevo bien con la gente.

-¿Es eso? -dijo él, alzando una ceja-. No tiene que llevarse bien conmigo, solo tiene que hablarme. No soy complicado, ni muerdo, pero odio que me ignoren.

-¡Yo no lo estoy ignorando!

-Entonces tal vez es que no me necesita.

-No se trata de eso. ¡Es que no sé qué decirle!

Él sonrió lentamente, se dirigió a la puerta, la abrió y se quedó esperándola.

-Siendo así, no tiene ninguna excusa, porque yo puedo hablar por los

dos, y no me molesta su compañía.

Laurel le lanzó una mirada fulminante, pero resignada. La había vencido, y lo sabía. Ella no era la clase de mujer que podía ser cruel solo para protegerse. Alec lo sospechaba; incluso había contado con ello. Lo cual no decía mucho en su favor, pero menos aún decía en favor de los idiotas que creían que ella era capaz de cometer un asesinato. Alec no dejó de mirarla mientras se ponía las sandalias y bajaba delante de él por el pasillo en penumbra.

Sí, había conseguido lo que quería. Había sacado a Laurel Bancroft de su habitación y de su casa. ¿Pero qué haría después?

Era una buena pregunta..., una pregunta que Alec se hizo a menudo durante la semana siguiente. Tal vez fuera un arrogante por pensar que sabía lo que le convenía a Laurel, pero no por ello iba a dejar de hacerlo.

Por lo menos había conseguido que ella saliera al jardín cada mañana. Ello le había costado muchas energías y muchas preguntas absurdas que podía haber contestado él mismo a poco que lo hubiera intentado. El sexto día, había logrado retenerla en el exterior el tiempo suficiente para que el sol coloreara su naricilla recta y bajo las uñas de sus largos dedos aristocráticos se acumulara el polvo.

Esa mañana, ella había salido de la casa con las manos enguantadas y un sombrero de paja en la cabeza.

Trabajar a su lado era al mismo tiempo un placer y un fastidio. Ella quería conservarlo todo, lo cual amenazaba con convertir el jardín en un espantoso revoltijo. Pero a él no le importaba. Y no tenía derecho a quejarse.

Además, Laurel sentía tal devoción por los seres vivos que intentaba salvar a cada tortuga, rana, lagarto o serpiente que se interponía en el camino del hacha o la pala de Alec. Esa mañana se había pasado una hora persiguiendo de un lado a otro del jardín a una cría de conejo, para asegurarse de que encontraba la salida del cercado.

Como premio a su paciencia, Alec podía permanecer a su lado mientras ella trabajaba y gozar del increíble olor a rosas, jazmín y cálida feminidad que exhalaba su piel. Había logrado que fuera ella en persona quien le diera las órdenes, órdenes que Laurel solía disfrazar de amables peticiones. Alec podía mirarla cuando ella se agachaba con sus pantalones vaqueros cortos y ajustados para arrancar un bulbo o quitar un par de paletadas de tierra. Había conseguido hablar con ella siempre que quería. Y a veces, cuando menos lo esperaba, Laurel le brindaba una sonrisa.

Era la clase de mujer por la que, en otro tiempo y en otro lugar, Alec podría haber dado la vida. Pero, tal y como estaban las cosas, se conformaba con sacarla de su exilio voluntario y ver que empezaba a vivir de nuevo. Ignoraba por qué aquello le interesaba tanto. Quizá fuera porque necesitaba distraerse y mantener la mente ocupada. O quizá porque odiaba que ella despilfarrara su vida.

Sí, y quizá fuera un idiota por pensar que era así de simple.

Estaban comiendo en la terraza. Alec tenía problemas para comerse la hamburguesa casera de Maisie, pese a que estaba buena. Se le cerraba la garganta cada vez que miraba a Laurel, sentada cómodamente a su lado. Estaba cansada y acalorada, y la camiseta mojada de sudor se le pegaba a

la piel en los sitios adecuados. Se le habían soltado algunos mechones de la larga trenza que le caía sobre la espalda, y tenía una mota de polvo en las pestañas rubias. Alec no había visto nada tan hermoso en toda su vida.

-Estese quieta -dijo, y extendió una mano, le rozó la mejilla y le cerró suavemente el párpado con un dedo para quitarle el pedacito de hoja seca de las pestañas.

Ella parpadeó, y luego le sonrío.

-Gracias.

Resultaba increíble que una sola palabra lo hiciera sentirse como un gigante, listo para saltar por encima de un rascacielos, salvar al mundo, o ejecutar sobre la mesa ejercicios lascivos que harían que ella lo pusiera de patitas en la calle en un abrir y cerrar de ojos.

Laurel lo miraba con expresión levemente inquisitiva. Alec pensó que debía de haberse ruborizado, pues la brisa que soplaba en la terraza le parecía repentinamente fría. Se quitó la brizna de hojarasca de los dedos con un soplido, tomó su vaso de agua y dio un largo trago.

-No come mucho, ¿verdad? -dijo ella en tono de suave reproche-. Por lo menos, en comparación con lo que trabaja.

-Como lo suficiente -dijo él escuetamente. Lo último que deseaba de Laurel era su preocupación maternal.

Ella frunció el ceño.

-Solo me preguntaba si lo hacía a propósito, por alguna de esas ideas californianas sobre la comida sana.

-Supongo que podría decirse así -dijo él finalmente-. El viejo para el que solía trabajar creía que comer en exceso causaba toda clase de problemas. Las ratas gordas mueren pronto, solía decir. Era chino y se reía de la dieta americana mientras removía sus extraños guisos de arroz y verduras. Pero tenía ochenta y seis años y la última vez que lo vi gozaba de buena salud.

-¿Trabajaba de jardinero para él?

Alec asintió rápidamente, contento de que ella recordara lo que le había dicho aquella primera noche.

-El señor Wu era jardinero. Él me enseñó todo lo que sé sobre plantas, además de muchas otras cosas.

Ella sonrió con ironía.

-¿La sabiduría de los venerables ancianos y todo eso?

-Usted ha visto demasiadas películas viejas de Charlie Chan -contestó él con una mueca-. El señor Wu sabía mucho de meditación zen y de artes marciales, pero nunca le oí citar a Confucio.

-¿Artes marciales? ¿Eso también se lo enseñó él?

El se encogió de hombros.

-Solo para hacer ejercicio.

-Yo pensaba que con la jardinería ya hacía suficiente ejercicio -dijo ella secamente, inclinando la cabeza.

-Eso creía yo también -contestó él con una leve risa. Su mirada se deslizó por los suaves pechos de Laurel, que se alzaron cuando ella giró la cabeza y arqueó la espalda para aliviar la tensión de los músculos. —Pero el señor Wu sabía cómo cambiar la mentalidad de una persona.

-Creo que echa de menos California. Me refiero a que esto debe de

parecerle muy distinto.

-La echaba de menos -contestó él, sacudiendo lentamente la cabeza mientras la miraba-. Pero ya no.

Ella evitó su mirada. Recogió con un dedo una semilla de sésamo que se había caído del pan de la hamburguesa.

-Pero volverá, supongo.

¿Volvería? Así lo creía antes. Ahora, ya no estaba tan seguro. Sintió que el cerebro se le pegaba al cráneo al verla ponerse la semilla de sésamo sobre la lengua rosada, y dijo:

-No creo que vuelva pronto.

-¿Por su hermano? ¿Es que él no quiere marcharse?

Ella evitaba hablar de lo que a él le interesaba, lo que significaba que lo comprendía mejor de lo que Alec suponía. Aunque tal vez solo fueran imaginaciones suyas. Al cabo de un momento, él dijo:

-Gregory está bien aquí. Por lo menos, todo lo bien que puede estar. No sé si se... marchará algún día.

-Eso está bien. Significa que esto le gusta.

Él la miró fijamente.

-Sí, pero no me refería a eso.

-Oh -ella levantó la cabeza-. ¿No querrá decir que...?

Él asintió lentamente y giró la cabeza justo a tiempo para ver a un arrendajo azul posándose en la baranda. En voz baja, dijo:

-No saldrá de esta.

El canto del arrendajo sonó con fuerza en medio del repentino silencio. Después de un momento, ella dijo suavemente:

-¿Él lo sabe? -Alec asintió con la cabeza, pues no se atrevía a hablar-. ¿Cuánto años...?

-En octubre cumplirá treinta y cinco. Cinco más que yo -dejó la cuestión de su edad sobre el tapete. Por la forma en que ella había vacilado al hacer la pregunta, había supuesto que era eso lo que quería saber.

-¿Él...? Quiero decir que si... ¿lo lleva bien?

-No -dijo Alec con firmeza-. Creo que no -en realidad, Gregory no lo llevaba nada bien, ¿y quién podía reprochárselo?

-Es afortunado por tenerlo a usted a su lado.

Era la última cosa que esperaba oírla decir. Lo sorprendió tanto que se echó a reír.

-No creo que él estuviera de acuerdo.

-Maisie me ha dicho que su abuela le ha contado que se queda usted con él toda la noche.

-Alguien tiene que cuidarlo y darle la medicación. Mi abuela se ocupa de él durante el día, pero necesita descansar -lo sorprendió que Laurel hubiera hablado con Maisie sobre él. Arqueó las cejas al preguntarse el porqué.

Ella se ruborizó ligeramente bajo su mirada.

-El primer día, lo vi echarse una siesta después de la comida. Maisie me dijo que probablemente lo necesitaba, y me contó la razón. No ha vuelto a hacerlo, así que solo quería decirle que no me importa que lo haga, si lo... necesita.

Lo que necesitaba tenía poco que ver con el dormir, aunque sí mucho con el acostarse.

-Se lo agradezco -dijo cautelosamente-, pero me echo un rato por la tarde, mientras la abuela Callie hace la cena.

-Como quiera -ella se encogió de hombros.

-¿Insinúa que estoy tan bajo de forma que no puedo pasar sin una siesta? -preguntó él en un débil intento por bromear y cambiar de tema.

La mirada de ella se deslizó por su pecho. Él se había dejado la camisa sin abrochar para estar más fresco. Laurel sonrió con ironía.

-No, claro que no.

Él apretó los labios para no sonreír. No le gustaban los cumplidos, pero tampoco era inmune a ellos.

Dejó su plato a un lado y se recostó en la silla. Su mirada se posó sobre la pintura desconchada de la barandilla del porche. y se agarró a aquel tema como a un salvavidas.

-¿Cuándo fue la última vez que pintó la casa?

Ella se encogió de hombros.

-Hace seis años, tal vez siete. Sé que lo necesita, pero…

-Ya le dije que es una pena que esto esté en este estado. Es una casa espléndida.

-Lo sé -dijo ella tristemente-. Pero resultaría muy engorroso.

-También le dije que yo podía hacerlo.

—Tardaría una eternidad.

«Exactamente», pensó él. Pero solo dijo;

-No tanto. Es sorprendente lo rápido que se avanza con una cuantas latas de pintura y un compresor.

—¿Un compresor?

Él alzó una ceja.

-No es nada nuevo.

-No, pero Howard siempre lo hacía a la manera tradicional, con un rodillo.

-Howard era su marido, ¿no?

Ella asintió, con la mirada fija en el plato. Dejó lo que le quedaba de la hamburguesa como si hubiera perdido el apetito. Alec notó que se ponía un poco pálida. No era de extrañar, teniendo en cuenta lo que Maisie le había contado.

-No es culpa suya que él muriera -dijo con voz grave-. No deje que eso la obsesione.

—Usted no sabe nada sobre ese asunto -sus ojos brillaron cuando lo miro.

—No, salvo lo que me han contado. Pero tengo el suficiente sentido común como para saber que una mujer que es incapaz de hacerle daño a una tortuga, jamás mataría a un hombre -allí estaba, expuesto a la luz del día. Alec esperó a que ella le dijera que desapareciera.

Laurel apartó la mirada y tragó saliva.

-Una cosa no excluye necesariamente a la otra.

-¿Quiere decir que de verdad lo mató?

—Puede que lo hiciera -tenía la cara colorada y una arruga había

aparecido entre sus cejas.

-Oh, sí, claro -Alec había esperado que ella estallara, que defendiera su inocencia.

-Puede que lo viera acercarse antes de sacar el coche del garaje marcha atrás. Tal vez hubiera podido pisar los frenos pero no lo hice.

Estaba mortalmente seria. Por extraño que pareciera, realmente creía que podía haber matado a su marido a propósito.

-Claro, y puede que pensara que él era lo bastante inteligente como para no ponerse en medio. Diablos, cualquiera lo pensaría.

-Pues no todo el mundo lo pensó.

-Olvídese de la gente y siga con su vida.

-Eso es fácil de decir, pero no puedo... -se detuvo, dio un profundo suspiro llevándose las manos a la cara, y luego volvió a bajarlas, como si apartara los recuerdos de aquel horror.

-No importa. De todas formas, no recuerdo a qué venía todo esto. Yo... Estábamos hablando de pintar la casa. Si realmente quiere hacerlo, puede comprar lo que necesite en la ferretería del pueblo y cargarlo a mi cuenta.

-Sí, pero también podríamos irnos ahora mismo al pueblo para que usted elija los colores -dijo él intencionadamente, y aguardó la respuesta con interés.

-Oh, no creo que sea necesario. El blanco servirá.

-Con las ventanas en verde, supongo -dijo con tono sarcástico, demostrando su decepción.

—¿Qué hay de malo en ello? Es lo tradicional. Así ha sido siempre.

-Es aburrido.

-Supongo que le gustaría pintarla como una de esas casas de colores de San Francisco.

Estaba tan asombrada que parecía animada y llena de vida. Y no se equivocaba respecto los gustos de Alec. Él dijo en su defensa:

-A los victorianos les gustaban mucho los colores.

-En esta zona, no. Después de la Guerra Civil, la gente solo podía permitirse pintar las casas de blanco, ¿lo sabía? Y así ha sido desde entonces.

-En fin, no quiera Dios que vayamos contra la tradición. ¿Quiere blanco envejecido o blanco brillante?

-Envejecido.

-Debería haberlo imaginado.

Ella se quedó callada un momento, mirándolo. Luego, se levantó.

-Bueno, creo que es hora de que volvamos al trabajo.

La tarde pasó rápidamente, al menos para Laurel. El sol estaba en lo alto un momento y, al momento siguiente, proyectaba largas sombras azuladas sobre la tierra. Laurel estaba luchando con una madreselva que se había abierto camino entre las ramas de un retoño de espirea. Ya había decidido que la única manera de deshacer aquel lío era cortar ambas plantas, cuando oyó un leve ruido justo a su espalda. Se giró con las tijeras de podar abiertas de par en par entre las manos.

Alec se apartó y descargó un golpe con la mano. Las tijeras cayeron al suelo y Laurel sintió las muñecas entumecidas bajo los guantes. Se agarró la mano izquierda con la derecha y se la apretó, mirando a Alec.

Este se acercó, maldiciendo en voz baja, y la tomó de las muñecas. Le quitó los guantes y los tiró al suelo. Le hizo girar las palmas hacia arriba y mover las articulaciones, observándole la cara en busca de algún signo de dolor. La tensión de su rostro se difuminó en parte al no ver ninguno. En voz baja, dijo:

-No quería hacerle daño. Solo ha sido un acto reflejo.

-Lo sé -contestó ella, reprimiendo un escalofrío al sentir el calor de sus manos morenas-. No me ha hecho daño. Solo me he asustado.

Él le lanzó una mirada rápida y penetrante.

-Sí, bueno, yo también. No sabía que estaba armada y era peligrosa.

Laurel podía enfadarse por aquello, o dejarlo pasar. Decidió no darle importancia.

-¿Quería algo?

Él apretó las manos sobre sus muñecas un instante y después la soltó.

—En realidad, sí. Iba a preguntarle si puede enseñarme dónde nace el arroyo. Necesito saber cómo es su área de drenaje al norte de aquí.

-Supongo que habrá alguna razón -al darse cuenta de que seguía frotándose la muñeca, hizo un esfuerzo por dejar de hacerlo.

Él inclinó la cabeza y le dirigió una sonrisa forzada.

-Estaba pensando en canalizar parte del agua del arroyo hacia su fuente.

-¿Pero para qué? -ella frunció el ceño-. ¿No bastaría con uno de esos aparatos que hacen circular el agua?

-Sí, pero tendría que renovar el agua constantemente, o la de la fuente se pudriría al cabo de un tiempo -reprimió una sonrisa-. Además, siento debilidad por los proyectos relacionados con el agua, ¿y qué sentido tiene ser ingeniero si eliges el camino más fácil?

-Dudo que quiera atravesar el bosque para seguir el curso del arroyo. Ahí detrás no hay más que maleza. Y serpientes.

-Me parece que es usted quien no quiere -dijo él-. Pero no importa. Usted solo tiene que indicarme el camino, y yo me haré una idea desde la moto.

-Si lo que quiere es que lo guíe con mi coche... -al ver que él sacudía la cabeza. Laurel se calló.

-Yo estaba pensando en llevarla conmigo en la moto.

-¡Ni lo sueñe! —ella se debatía entre el asombro, la incredulidad y la rabia, sin saber cuál de esas emociones dominaba su cabeza.

-¿Por qué? ¿Teme caerse?

-No, pero...

-Nada de peros. O confía en mí, o no confía en mí. ¿Cuál es el problema?

-Usted no lo entiende -dijo ella, un tanto ansiosa.

-Pues explíquemelo.

-A mí no me gustan las motos -miraba a los lejos, mas allá de él, mientras hablaba.

-No hace falta que le gusten. Solo tiene que montarse en una.

Ella apretó los labios.

-Esto es ridículo. No tengo que darle explicaciones. Sencillamente, no pienso ir.

-Es usted una cobarde -dijo él suavemente.

Laurel lo miró fijamente.

-No tiene derecho a decir eso. Usted no sabe lo que pasa cuando salgo de aquí. ¡No lo sabe!

-¿Por qué está tan segura? Usted no es la única que tiene problemas -dijo él, haciendo un fugaz ademán con la mano-. Sé una cosa, al menos, y es que salir de Ivywild le produce una especie de fobia. Si no se libra de ella, acabará encerrada dentro de la casa, y ya nunca podrá salir.

Ella se mordió el labio y luego dijo con voz casi inaudible:

—¿Y eso le parece tan malo?

-Sería un crimen -dijo él sin dudarlo-. Aún le queda mucha vida por delante. ¿Va a dejar que se le escape? ¿Va a permitir que el miedo le dicte lo que puede o no puede hacer?

Aquella idea era nueva para Laurel, que no estaba segura de que le quedara más vida, ni más valor, ni nada que valiera la pena.

-Escuche -empezó a decir.

-No, escuche usted -respondió él, apoyando los puños sobre las caderas-. Es solo un paseo en moto. Lo único que tiene que hacer es sujetarse. No iré muy rápido, no la tiraré y usted podrá elegir el camino. ¿Qué más quiere?

-Que me deje en paz -dijo ella dulcemente.

-Ni lo sueñe -dijo él con una sonrisa sesgada-. No, si quiere tener esa fuente.

Ella lo miró fijamente, preguntándose si la amenaza que parecían esconder sus palabras sería producto de su imaginación. ¿Sería capaz de abandonar el proyecto de la fuente si no lo acompañaba? Era muy posible que fuera así de terco.

Laurel no quería ponerlo a prueba, y ello le resultaba al mismo tiempo molesto y deprimente.

-De acuerdo -dijo, inclinándose para recoger los guantes que él había tirado-. ¿Cuándo quiere ir?

-Ahora mismo -dijo él al instante.

Estaba claro que pensaba que Laurel se echaría atrás si esperaban. Era posible que tuviera razón, aunque ella no lo admitiría nunca.

-Entonces, voy a decírselo a Maisie.

—Ya se lo he dicho yo -dijo él, y tuvo el valor de sonreír. Se dio la vuelta y caminó hacia donde se encontraba su Harley, en la entrada de coches.

Ella lo miró alejarse; observó el movimiento ligero y seguro de sus piernas, la forma en que sus vaqueros se ajustaban a las líneas tensas, atléticas de su espalda, el modo natural en que movía los brazos, como si se sintiera a gusto con su cuerpo. Él esperaba que lo siguiera, estaba sumamente seguro de que lo haría.

De entre todos los ejemplares de machos engreídos y arrogantes que Laurel había conocido, aquel se llevaba la palma. Y ella no estaba dispuesta

a salir trotando tras él como una doncella india azorada, acalorada y confusa solo porque él deseara su compañía.

Alec se giró, la miró con una sonrisa cálida, casi acariciante, y le tendió la mano.

-¿Viene?

Ella lo siguió. No sabía por qué, pero lo hizo. Era preferible a que la llamara cobarde.

Alec la condujo directamente a su motocicleta, sin darle tiempo a protestar. Pasó una pierna por encima de la máquina, la sujetó con fuerza apoyando los pies en el suelo, y ayudó a Laurel a subir tras él. Cuando ella se sentó, Alec le hizo poner las manos en su cintura. Pero ella las apartó enseguida. Él ladeó la cabeza para ocultar su decepción.

-Es más grande de lo que creía -dijo ella, casi sin aliento.

-¿Nunca había montado antes? -preguntó él, sonriendo un poco para sus adentros por el doble sentido de aquellas palabras.

-Nunca.

-Siempre hay una primera vez para todo. ¿Lista para cabalgar... por la carretera?

-Hágalo de una vez y deje de hablar tanto -dijo Laurel entre dientes.

Él la miró fugazmente por encima del hombro, preguntándose si Laurel sabría lo que estaba pensando. Pero no; ella tenía una expresión tensa y no se reía. Alec giró la llave de contacto, dejó que la moto rugiera, y arrancó.

Laurel se agarró al asiento, pero ello no bastó para mantenerla sujeta cuando la moto despegó. Dando un ligero gemido, pasó los brazos alrededor de Alec y se aferró a su camisa. Él sintió sus pechos apretados contra su espalda: una suavidad cálida, deliciosa. Laurel apoyó la mejilla entre sus homóplatos. «Perfecto», pensó él, y una sonrisa asomó a la comisura de sus labios. «Simplemente perfecto».

Se echó un poco hacia atrás y redujo la velocidad. Sin duda su pasajera se lo agradecería. Además, así el paseo se prolongaría.

Al cabo de un momento, Alec giró la cabeza y gritó:

-¿Voy demasiado deprisa?

-No, está bien -contestó ella por encima del ruido del motor, pero no parecía muy segura.

Sin embargo, Alec se estaba portando bien; como el espíritu mismo del comedimiento. Condujo por la carretera asfaltada y luego, sin un murmullo ni una vacilación, tomó el camino de arena y gravilla que ella le indicó. No se exhibía y mantenía la moto completamente derecha. Solo se detenía para mirar los acueductos y puentes que cruzaban el río a lo largo de su sinuoso descenso hacia Ivywild.

Era un riachuelo de tamaño mediano, cuya corriente alimentaban cierto número de arroyos que mantenían sus aguas frescas y limpias. En él desembocaban también varios cauces secos que, según supuso Alec, debían llevar aguas altas durante las lluvias de primavera e invierno. El río servía asimismo de desagüe a una serie de cerros bajos que bordeaba sus meandros a lo largo de varios kilómetros. El cauce había sido represado en

varios puntos, formando pequeños embalses que, sin embargo, apenas habían reducido la velocidad de sus aguas.

Alec comprendió enseguida que el río serviría para sus propósitos.

-Ya he visto suficiente -dijo cuando se pararon junto a una fragorosa cañería de hierro-. ¿Qué hacemos ahora?

-Volver a casa -contestó ella con firmeza.

Él asintió lentamente.

-De acuerdo. Pero antes quiero ver adónde lleva este camino.

Le pareció que ella protestaba, pero justo en ese momento arrancó la moto y no oyó lo que decía.

Era un camino polvoriento, una senda arenosa y abrupta que serpenteaba entre los bosques. Sobre cada promontorio había unos cuantos árboles viejos, que parecían haber estado alineados al lado de casas en otros tiempos. A fines del siglo XIX, toda aquella región había estado cubierta de granjas con pastos y campos de labor que se extendían sobre las colinas redondeadas hasta donde alcanzaba la vista. Eso al menos decía la abuela Callie, que aún recordaba muchos nombres de antiguas familias y podía decir quién lo dejó todo y se marchó a la ciudad para trabajar en una fábrica, quien emigró a Texas, y quién sirvió en la Gran Guerra, o en la Segunda Guerra Mundial, y nunca regresó. Resultaba extraño pensar en toda aquella gente que había vivido y trabajado, tenido hijos y desaparecido sin dejar otro vestigio que los árboles que habían dado sombra a sus vidas.

-¡Dé la vuelta! - le gritó Laurel al oído-. ¡Tenemos que volver!

El asintió, pero no le hizo caso se sentía libre, feliz y afortunado por estar vivo mientras serpenteaba por las revueltas del camino sin asfaltar, moviéndose sin cesar entre el sol brillante y la sombra oscura de los árboles. Deseaba seguir corriendo eternamente. No recordaba cuándo había sido la última vez que había sentido un placer semejante al de correr por aquel camino con Laurel Bancroft aferrada a él.

-¡Pare! -gritó ella zarandeándolo tan fuerte que la motocicleta se tambaleó-. Este camino lleva a la autopista. ¡Nos estamos acercando demasiado al pueblo!

Ella tenía razón. Doblaron una curva y, un poco más adelante, apareció un cruce con una señal roja de stop. Alec podía frenar bruscamente y derrapar, o podía frenar despacio y parar la moto a corta distancia de la carretera, por donde los coches pasaban a toda velocidad. Llevando a Laurel detrás, no le quedaba elección. Frenó lentamente.

Ella estaba temblando; Alec lo notó cuando detuvo la moto junto a la señal de stop. Laurel sentía un miedo irracional que escapaba a su voluntad. Alec se maldijo para sus adentros por haber sido tan imprudente.

-¿Qué quiere que hagamos? -preguntó por encima del hombro con suavidad-. ¿Volvemos por la autopista o por donde hemos venido?

Los coches pasaban en ambas direcciones frente a ellos. Sus ocupantes giraban la cabeza para mirarlos. Laurel hundió la cara contra la espalda de Alec.

-Por donde hemos venido -respondió, con voz trémula-. Por favor. Ahora mismo.

-Como quiera -describiendo un amplio círculo, él tomó el camino de

vuelta.

Cuando aparcaron frente a la casa, Laurel se encontraba mejor. Al menos, había dejado de temblar. Sin embargo, se bajó de la moto sin decir una sola palabra y se alejó a toda prisa. Atravesó el jardín y subió corriendo la escalinata. La puerta se cerró de golpe tras ella.

Alec maldijo suavemente, apretando con fuerza el manillar de la moto. Se había comportado como un imbécil. ¿Por qué no le había hecho caso? ¿Por qué no había regresado cuando ella se lo había pedido?

No había comprendido su estado. No había creído que aquella fobia de la que le había hablado fuera algo tan arraigado. Le había resultado fácil sacarla de la casa y, por alguna razón, había pensado que le resultaría igualmente fácil hacerla recorrer el resto del camino.

Pero, mientras contemplaba el jardín de Ivywild, comprendió que aquel recinto vallado era una especie de extensión de la casa. Laurel no podía soportar salir más allá de sus límites, o eso parecía.

Mirándolo bajo aquella luz, le pareció casi un milagro que hubiera accedido a acompañarlo en la moto.

Laurel había confiado en él más de lo que Alec creía; había confiado en que cuidaría de ella y la protegería, manteniéndola oculta.

Y la había defraudado.

Después de aquello, tendría suerte si volvía a sacarla de la casa otra vez. En realidad, tendría suerte si conservaba el trabajo.

Pero aquella idea le resultaba insoportable. Había estado demasiado cerca. Ahora tendría que empezar de nuevo.

Pero lo haría. Sí, lo haría. No le quedaba elección.

4

Laurel miraba hacia el exterior a través de los cristales laterales que rodeaban la puerta principal. La madre de su marido avanzaba por el camino. Gorda y con forma de pera, aquella mujer tenía el pelo de un color gris sucio. Su vestido era una especie de saco de poliéster. Bajo el brazo llevaba un bolso de piel de cocodrilo de imitación, y sus zapatos eran demasiado pequeños para sus pies hinchados. Escudriñaba el jardín con mirada penetrante. Sus labios pálidos y amorfos describían una línea tensa; su piel arrugada estaba salpicada de manchas oscuras.

El corazón de Laurel se aceleró hasta alcanzar un ritmo sofocante. Pero no sabía por qué; en realidad, esperaba aquella visita. Solo la sorprendía el hecho de que su suegra hubiera esperado a que Maisie y Alec se marcharan. Sadie Bancroft no solía malgastar saliva cuando nadie podía oírla.

Justo en ese momento, Sticks salió corriendo desde la parte de atrás de la casa, ladrando y gruñendo como si se hallara ante un enemigo jurado. Y al fin y al cabo así era, pues siendo aún un cachorro el perro había desarrollado una profunda antipatía hacia Mamá Bancroft. No había peligro de que la atacara. pero la anciana mujer parecía creer todo lo contrario, y cada vez que lo veía se apartaba de él chillando, lo cual, naturalmente, solo enfurecía aún más al animal.

Laurel abrió la puerta y llamó a Sticks; luego esperó a que su corpulenta suegra subiera trabajosamente los escalones y entrara. Sticks subió tras ella, pero Laurel le impidió el paso, si bien le acarició la cabeza para demostrarle que no estaba enfadada con él.

-Asqueroso animal -masculló Sadie Bancroft desde la seguridad del largo pasillo-. ¡No sé por qué no lo haces sacrificar!

Laurel ignoró aquella sugerencia. Cerró la puerta y dijo tan amablemente como pudo:

-¿Qué tal está, Mamá Bancroft? Hacía mucho tiempo que no venía por aquí.

-Demasiado, según veo. ¿Qué demonios has hecho con el jardín?

-Solo lo he limpiado un poco. Tendrá que reconocer que estaba un poco descuidado.

-Eso no es excusa para arrasar con todo -dijo la mujer-. Y no mc digas que lo has hecho tú sola, porque se muy bien que no es así.

Así pues, como Laurel había imaginado, ya sabía lo de Alec. Por otra parte, su suegra no podía dejar pasar la oportunidad de insinuar que Laurel era una perezosa. Pero aquel era un reproche tan viejo y gastado que ya no le escocía. Sadie siempre había deplorado el hecho de que Laurel conservara a Maisie después de que sus dos hijos dejaran de usar pañales. La señora Bancroft no tenía ayuda doméstica, y no entendía por qué diablos la necesitaba Laurel. Pero, desde luego, olvidaba convenientemente que ella se había mudado de Ivywild. la vieja casa de la familia de su marido, con sus inmensas habitaciones, sus delicados suelos de tarima y sus antigüedades que acumulaban polvo, en cuanto se había hecho evidente que el señor Bancroft la había dejado para siempre.

Cuando Laurel y Howard se casaron, la casa llevaba muchos años vacía. A Mamá Bancroft le había encantado la idea de que Laurel se hiciera cargo del viejo caserón, aunque, por supuesto, había mantenido su interés de antigua propietaria. Como este se traducía en una inspección quisquillosa de las instalaciones y en una forma de señalar cualquier negligencia que demostraba más acritud que tacto, nunca, ni siquiera en vida de Howard, había sido una invitada bien recibida.

-No pensaba decirte nada -masculló Laurel mientras cerraba la puerta.

La otra mujer se dio la vuelta.

-¿Qué has dicho?

-He dicho que si quieres beber algo. ¿Café? ¿Zumo? ¿Té helado?

-a sabes que a estas horas nunca bebo café, ni tampoco té. Supongo que no tendrás un agua de Perrier, verdad?

-No creo -dijo Laurel secamente.

-Entonces, olvídalo -Mamá Bancroft se dio la vuelta y se dirigió al salón. Se dejó caer sobre una silla muy tiesa, cruzó sus gruesos tobillos, dejó el bolso sobre su regazo y cerró las manos sobre él como si temiera que alguien fuera a robárselo . No puedo quedarme mucho tiempo -dijo, como si Laurel la estuviera agobiando con su hospitalidad-. Solo he venido porque creo que es mi deber hablarte de ese joven al que tienes por jardinero.

-¿Te refieres a Alec Stanton?

-¿A quién, si no? Supongo que no habrá otros jovencitos merodeando por aquí.

-No -dijo Laurel con sencillez. Sabía que la conversación las llevaría inevitablemente a aquella cuestión. Se dejó caer sobre el mullido sofá y esperó a ver qué decía la madre de Howard.

-Tiene que irse.

-Supongo que habrá alguna razón.

-Varias, en realidad -contestó la otra mujer con aspereza-. Para empezar, no es bueno para tu reputación que alguien como él ande rondando por la casa a su antojo.

-No creo que pueda decirse que «ronda a su antojo» por la casa cuando lo único que hace es su trabajo.

-Entra y sale cuando se le antoja, y además va montado en esa estrafalaria motocicleta, como si fuera una especie de Ángel del Infierno. El no es de nuestra clase.

-¿Y de qué clase es? -Laurel cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en el sofá.

-¿Y lo preguntas? Pero si está tan claro como la luz del día. No hay más que ver sus melenas y sus pendientes.

-Solo lleva un pendiente. Y ahora muchos hombres los llevan.

Su suegra añadió con desdén:

-Y, por si eso fuera poco, lleva un tatuaje. ¡Y lo exhibe para que todo el mundo pueda verlo!

-Sí, y además es de California -dijo Laurel con dulzura fingida.

-¡Exacto! Seguro que tiene la cabeza llena de ideas extrañas. Sobre política, religión...

-Sexo -añadió Laurel para ayudarla. Sabía que su suegra siempre había

tenido dificultades para pronunciar aquella palabra.

Mamá Bancroft lanzó un suspiro perfectamente audible.

-¿Y tú qué sabes de eso? ¿Qué habéis estado haciendo aquí los dos? Ya me imagino que nada bueno, siendo tú una viuda y él un... ¡un no sé qué!

Hacía mucho tiempo que Laurel no sentía aquella rabia casi dolorosa. Con la voz tensa, dijo:

-¿Un hombre joven y guapo?

El asco crispó la cara arrugada de la otra mujer.

-¡Aquí está pasando algo! Estoy segura.

-No seas ridícula -dijo Laurel secamente-. Aquí no pasa nada, salvo que estoy limpiando el jardín y plantando una rosaleda, y Alec me está echando una mano. Bueno, también va a pintar la casa, pero...

-¡Ahí lo tienes! ¿Lo ves? -exclamó triunfalmente la otra mujer-. Se está apoderando de ti. Encontrará más y más cosas que hacer hasta que no puedas librarte de él. Ese hombre es un buscón, Laurel.

-Oh, vamos, eso es absurdo.

-¿Es que no lo ves? ¿Tan ingenua eres que no te das cuenta de lo que pretende?

-Al parecer, sí. ¿Cómo es que estás tan segura si ni siquiera lo conoces?

Sadie Bancroft dio un hondo suspiro y agarró su bolso con sus dedos gordos y blanquecinos.

-Estoy segura de que te tiene hechizada. Esto es terrible. Acabará en tu cama, si no lo ha hecho ya. Empezará a pedirte dinero. Te sacará hasta el último penique que tengas.

-Oh, esto es ridículo -exclamó Laurel, enrojeciendo de indignación.

-¡Lo hará! Es un gigoló, ¿es que no te das cuenta? Se aprovecha de las mujeres mayores y solas. Puede que tú no seas tan vieja como otras a las que ha engañado, pero vives sola y no tienes amigos. Eres una presa fácil. Sonreirá y te hará toda clase de cumplidos, y luego se aprovechará de ti, a menos que te libres de él.

A Laurel no la sorprendió que su suegra pensara de aquel modo. Sadie Bancroft era la clase de mujer de la que se nutría la prensa sensacionalista. Le encantaban los telepredicadores y participaba en todas las campañas de cartas públicas promovidas por el ala derecha del partido conservador. A pesar de la repugnancia que le producía el sexo normal, sentía una morbosa atracción por los secretos de alcoba más lascivos y extravagantes, y siempre estaba dispuesta a creerse a pie juntillas las peores infamias sobre la gente más respetable.

Laurel replicó con voz tensa:

-No hay ni un ápice de verdad en lo que acabas de decir. Lo único que quieres es asegurarte de que en Ivywild no cambia nada, incluida yo misma. Te gustaría que no volviera a mirar a ningún hombre.

-¡Laurel!

-Es la verdad. Crees que debería enterrarme aquí porque Howard está muerto.

-¡Oh! --Mamá Bancroft se echó hacia atrás, llevándose una mano al pecho-. ¿Cómo puedes decir tal cosa?

-Porque es así. ¿Crees que no sé lo que piensas? ¿Crees que no me doy cuenta de que quieres que me encierre aquí como castigo por haber causado la muerte de Howard? ¡Siempre lo he sabido!

-Te estás poniendo histérica. Dices cosas que no sientes...

-Debería habértelo dicho hace mucho tiempo. Tú piensas que yo maté a Howard a propósito y llevas años diciéndoselo a todo el mundo. Crees que debería haber ido a prisión, y para ti Ivywild es un sustituto de la cárcel. No te importa a quién tengas que herir mientras puedas mantenerme encerrada aquí, en el lugar que me corresponde.

La mujer mayor se irguió lentamente. Con los ojos entrecerrados, dijo:

-De acuerdo, ya que quieres hablar de ello, hablemos. Sé que tú mataste a mi Howard. Nunca, ni siquiera al principio, fuiste una buena esposa para él. Tú te creías mejor que mi hijo, más guapa, más inteligente, y conseguiste que él también lo creyera. Siempre has sido indolente, fantasiosa y arrogante, siempre leyendo o encerrada en el cobertizo con ese barro asqueroso. Y lo que es peor, nunca fuiste una buena madre para tus hijos. No quiero ni pensar lo que dirán Marcia y Evan cuando se enteren de lo que estás haciendo.

-Y, naturalmente, tú te asegurarás de que se enteren -Laurel sintió una punzada en el pecho al pensar en que sus hijos oirían las cosas terribles que saldrían de la boca de su suegra.

-Tienen derecho a saberlo -dijo la mujer, apretando los labios-. Tú nunca fuiste más inteligente que mi Howard. Ni siquiera eres capaz de darte cuenta de lo que pretende ese tal Alec.

-No sabes lo que dices. No sabes nada de Alec, ni de su vida.

-Cualquier tonto se daría cuenta de lo que es. No hay más que oír las cosas que va diciendo por toda la ciudad su propio hermano.

El hermano de Alec. El temor a lo que podía seguir a continuación crispó los nervios de Laurel.

-¿Qué cosas?

-El propio Gregory Stanton le dijo a Zelda, en la peluquería, que tu Alec vivía con una mujer mayor que él en San Francisco. Al parecer empezó siendo su jardinero, pero luego consiguió mucho más. La muy estúpida hasta se casó con él. Y cuando murió, le dejó todo su dinero.

-Eso no es cierto -musitó Laurel. Pero a su protesta le faltaba convicción. Zelda, la hermana de Howard, era siempre la primera en enterarse de todo.

-Sí, sí lo es. Pregúntaselo a él si no me crees. ¡Pregúntaselo!

La otra mujer tenía una expresión de exultante triunfo. Laurel le dio la espalda. No podía desmentir aquellos rumores. ¿Cómo iba a hacerlo, si provenían del propio hermano de Alec, de aquel hermano que se estaba muriendo?

Cuando su suegra se marchó, Laurel vagó por la casa, demasiado nerviosa para pensar en la cena, incapaz de estarse quieta en ningún sitio. No quería creer lo que se decía de Alec y, sin embargo, todo parecía encajar fatalmente. ¿Por qué, si no, había aparecido él de la nada para ofrecerle su ayuda? ¿Por qué había trabajado tanto? La gente no hacía nada por nada; aquella era una de las sentencias preferidas de Howard. Y, a su pesar, a

menudo había resultado cierta.

Pensó en la preocupación y el afecto que le había parecido ver en los ojos de Alec. Todo mentira. ¿Por qué iba a sentir tales cosas por una mujer de su edad? No había ninguna razón, salvo que pretendiera conseguir algo de ella.

Laurel cruzó los brazos sobre el pecho y siguió dando vueltas. Casi había llegado a creerle, había estado a punto de dejar que la convenciera. Se sentía como una ingenua estúpida y sentimental.

Él tenía que marcharse. Le pagaría por lo que había hecho y lo despediría.

Pero aquello no le parecía suficiente. Se sentía traicionada y quería hacerle pagar por ello, por inspirarle emociones que no había querido volver a sentir nunca más.

Sin embargo, no estaba enamorada de él, ni nada parecido. ¿Cómo iba a estarlo? Apenas lo conocía.

Pero él había conseguido conmoverla. Por él, se había aventurado a salir de su soledad protectora.

Estaba furiosa. Sentía que la rabia circulaba por su sangre como un veneno. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía una emoción tan intensa? Casi lo había olvidado. En cierto sentido, se sentía bien, como si estuviera realmente viva.

Alec le había dicho que toda una vida se extendía frente a ella. Pero él era un embaucador de mujeres maduras, un gigoló.

Un gigoló. ¿Era posible?

Debía de serlo, tenía que serlo. No cabía otra explicación.

Se quitó la banda elástica que sujetaba su pelo y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros. Se pasó los dedos por el cabello abundante, como si ello pudiera ayudarla a calmarse. No, no despediría a Alec Stanton. Con despedirlo no le bastaba.

Le haría trabajar como una bestia, y a cambio no le daría más que su salario. Que siguiera adulándola y haciéndole cumplidos, que no conseguiría nada. Que perdiera el tiempo pensando que había otra ilusa deseando caer en sus brazos. Después, cuando hubiera acabado su trabajo en el jardín, ella sonreiría amablemente y se libraría de él.

Caer en sus brazos. Dios, qué idea más absurda. ¿Era eso realmente lo que Alec quería de ella? Si así era, tal vez pudiera darle alguna esperanza, jugar un poco con él para...

No. ¡Qué estúpida era!

Sin embargo, de esa forma, él pensaría que había conseguido su objetivo. Y después, cuando se librara de él, se sentiría tan utilizado y furioso como ella se sentía en ese momento.

¿Cómo lo haría? ¿Se atrevería?

Probablemente no, pero la idea le resultaba fascinante. Realmente fascinante. Lo cual sin duda significaba algo, aunque Laurel no sabía qué.

Al cruzar el comedor, se tropezó con su reflejo en uno de los ventanales que había detrás de la pesada mesa de caoba y de las sillas. Fuera había caído la noche sin que ella lo notara, convirtiendo la ventana en un espejo. Laurel vio que tenía la cara pálida y el pelo revuelto. Parecía enloquecida.

Quizá, al fin y al cabo, había sido una suerte que Alec no estuviera allí cuando había llegado su suegra. Si la hubiera visto en aquel estado, habría pensado que estaba loca.

Y tal vez fuera cierto. Laurel se acercó a la ventana, apoyó una mano contra su reflejo y observó sus ojos brillantes. Luego bajó los párpados e inclinó la cabeza para apoyar la frente contra el frío cristal.

No quería sentirse así, atrapada otra vez entre el dolor, la culpa y la desesperación. Creía haber dejado atrás todo aquello, haber conseguido sentirse a gusto en su aturdimiento.

Nunca había estado enamorada de Howard, desde luego. Se había fugado con él nada más acabar el instituto porque necesitaba escapar de su casa, de su madre, que se emborrachaba y les gritaba sin cesar a su padre y a ella. Irónicamente, sus padres habían muerto en un accidente de automóvil siete semanas después de su boda.

Howard. Sintió un peso en el corazón al pensar en él. La había amado con silenciosa y servil devoción, y ella se había mostrado agradecida. Se había quedado a su lado por afecto y compasión. A veces, se había preguntado por aquella pasión ciega, que desafiaba a la muerte, sobre la que leía en los libros pero que no se creía capaz de sentir.

Si cerraba los ojos, podía recordar la última discusión con su marido. Todo había empezado por una tontería, aunque en aquel momento les había parecido muy importante. Howard quería comprarle una camioneta a su hijo de quince años. No veía nada de malo en que Evan condujera por las carreteras secundarias antes de sacarse el permiso. Pero Laurel sabía que Evan no se conformaría con eso. Era un chico inmaduro y mimado, al que su abuela daba siempre todo lo que quería. Evan iría a toda velocidad por la autopista antes de que la camioneta hubiera cumplido una semana. Se mataría, o mataría a alguien.

Pero había sido Howard quien había muerto. Laurel lo había matado, y después se había sumergido en aquella soledad culpable. Pero ella sabía que la razón no era que la muerte de su marido le hubiera importado demasiado, sino que no le había importado lo suficiente.

Estaba muy cansada. Las lágrimas le quemaban los ojos como ácido. No intentó contenerlas.

¿Qué diablos ocurría?

Alec cerró la tapa de una lata de pintura y se hizo esa pregunta por enésima vez.

Había planeado empezar desde el principio con Laurel, utilizando toda clase de estratagemas para hacerla salir de la casa. Pero no había sido necesario. Cuando llegó a Ivywild, ella lo saludó con una brillante sonrisa, le dio una lista con aproximadamente un millón de cosas que hacer, y desapareció en el cobertizo de la parte trasera de la casa. Salía de vez en cuando, le indicaba los errores que había cometido o los problemas que debía resolver, y después se marchaba otra vez.

No comió con él en la terraza, pero se dejó caer por allí para supervisar sus progresos, como si él no fuera capaz de hacer nada sin que no lo

vigilara. Se mostraba correcta pero firme, y evitaba cualquier signo especial de consideración o amabilidad. Le daba órdenes y esperaba de él que las obedeciera. Nunca lo miraba a los ojos.

Alec no había trabajado tanto en toda su vida, y aun así ella no parecía darse por satisfecha. Estaba cansado de todo aquello.

Al menos, la casa ya casi estaba pintada. Solo le quedaba acabar una pared. Después podría limpiar el compresor y quitar el papel que cubría las ventanas. Y más tarde tendría una charla con la señora Bancroft.

La encontró en el cobertizo. El edificio, que se hallaba detrás del garaje, databa de la misma época que este y estaba construido con idéntica madera. La construcción se remontaba probablemente a fines de los años veinte o principios de los treinta. Era bastante grande y tenía hileras de pequeños ventanucos en tres de sus lados y un suelo de tablones de pino sin pintar.

Junto a la pared del fondo había un banco de carpintero cubierto de herramientas que debía de haber pertenecido al marido de Laurel. Una de las paredes laterales estaba recubierta enteramente por estanterías atestadas de bolsas y cajas de utensilios. Un gran horno negro ocupaba un rincón. En el centro había un torno de alfarero sobre el que estaba inclinada Laurel, con las manos hundidas en la arcilla.

Cuando Alec apareció en la puerta, Sticks, tendido junto a ella, alzó la enorme cabeza y empezó a gruñir. Alec se detuvo. Era la primera vez que veía al perro en muchos días.

Laurel levantó la cabeza y lo miró. El se quedó en el umbral, con la puerta abierta. Normalmente, cuando él se acercaba, Laurel le ordenaba al perro que se fuera. Sticks había aprendido a tolerarlo, siempre y cuando su ama le confirmara cada mañana que Alec era bien recibido. Esta vez, Laurel no abrió la boca.

Sticks se levantó. Con el pelo erizado, parecía el doble de grande. Avanzó un poco con el cuello estirado, gruñendo.

Alec se quedó donde estaba. No le temía particularmente al perro, pero no quería hacerle daño otra vez delante de Laurel.

Sticks siguió avanzando, mostrándole los colmillos, pero aminoró el paso. Se paró a unos metros de Alec y se agachó, gruñendo. Alec, inmóvil, le sostuvo la mirada. El perro gruñó una vez más y luego apartó la mirada. Gimió un poco y por fin se echó al suelo.

Alec se agachó y extendió una mano para que el perro se la lamiera.

-Buen chico -murmuro, hundiendo los dedos en el denso pelaje del animal-. Buen perro.

La arcilla a la que Laurel estaba dando forma se derrumbó bruscamente. Ella la aplastó sobre el torno con ambas manos, golpeando con saña la masa húmeda y maleable. Con voz fría le preguntó:

-¿Quería algo?

Él podía haberle dado muchas respuesta, pero no confiaba en que fueran civilizadas. Decidió comportarse con neutralidad.

-No sabía que era ceramista.

-Hay muchas cosas que no sabe sobre mí.

-Voy aprendiendo poco a poco -eso era verdad, quizá demasiado-. ¿Qué

está haciendo?

-Un cuenco.

Eso no le decía absolutamente nada. Alec se quedó mirándola un momento, con los ojos fijos en la expresiva claridad de su rostro. Lo que veía allí, estaba seguro, era desprecio.

—De acuerdo -dijo, tenso, poniéndose en pie y apoyando una mano en la jamba de la puerta-. ¿En qué me he equivocado?

Ella lo miró con tranquilidad.

-En nada, que yo sepa. ¿A usted se le ocurre algo?

-El otro día, cuando salimos con la moto, no di la vuelta cuando me lo pidió, y lo lamento. Entonces no la comprendía. Pero ahora sí, ¿de acuerdo?

Ella esbozó una sonrisa fugaz, fría y desprovista de significado.

-Desde luego. No piense más en ello.

-No pretendía molestarla, ni obligarla a hacer nada que no quisiera hacer.

-Usted no me obligó a hacer nada, Alec. Yo sé lo que hago.

El hecho de que hubiera empleado su nombre debería haberlo alegrado. Pero, en lugar de eso, lo hizo sentirse como un empleado a sueldo. Y eso era justamente lo que era, supuso él. Con voz seca, dijo:

-Si todo va bien, ¿por qué ha dejado de trabajar conmigo en el jardín?

-Prefiero hacer otras cosas.

Él no tenía derecho a quejarse; eso era lo que más lo irritaba. Quería tener aquel derecho. Pero si ella prefería que las cosas fueran así, también podría soportarlo.

-He acabado de pintar. A no ser que tenga otra idea, me gustaría empezar con la fuente.

Sin mirarlo, ella dijo:

-Creo que ese pino grande, el de al lado de la valla, da demasiada sombra. Podría cortarlo. Si es que sabe cómo hacerlo sin que caiga sobre la casa.

Esperaba que él se negara. Pero Alec no le daría esa satisfacción.

-De acuerdo. Primero tendré que cortar las ramas más grandes de la copa, así que necesitaré equipo de escalar para subir hasta arriba.

-El cinto y los clavos de mi marido están por ahí.

-¿Él escalaba?

Las manos de Laurel se detuvieron, enterradas en el barro que moldeaba con movimientos violentos y rápidos.

-Era técnico de la compañía telefónica... Y muy bueno.

«Tenía que preguntarlo», pensó él con resignación. Cambiando de tema ligeramente, preguntó:

-Y si tenía equipo de escalar, ¿por qué no cortó el árbol?

-A él le gustaba ese pino -ella lo miró un instante-. Tendrá que pedirle a Maisie la sierra mecánica. Creo que su marido tiene una para cortar leña.

Alec creía recordar que el marido de Maisie era mecánico y tenía toda clase de herramientas.

-Lo haré. Pero, mientras tanto, puedo empezar a reunir los materiales para la fuente. Necesitaré tubería de plástico, juntas, y otras cosas. Y debería alquilar un martillo hidráulico, o pagar a alguien para que haga el

trabajo.

Ella volvió a aplastar la arcilla.

-¿Intenta preguntarme si tengo dinero suficiente?

Su tono le hizo apretar los dientes. Crispado, replicó:

-Intento preguntarle si tengo su autorización para gastarlo.

—Sí, siempre y cuando me enseñe una copia de las facturas. Por lo demás, mis finanzas no le interesan.

-¿Qué se supone que significa eso? -preguntó él, frunciendo el ceño.

Laurel lo miró fijamente.

-¿He puesto el dedo en la llaga?

Ella lo sabía. Alec ignoraba cómo lo sabía, pero estaba seguro. Cielos. Creía haber dejado atrás todo aquello; pero no. Seguía arrastrándolo, como un pedazo del papel higiénico pegado al zapato. Aunque, en realidad, qué importaba. Ya había salido airoso una vez. Volvería a hacerlo.

-Para que lo sepa -dijo enérgicamente, empujando la puerta y alejándose-, no es su dinero lo que me interesa.

A la mañana siguiente, Alec encontró la ocasión de hablar con Maisie. Laurel acababa de encerrarse en la casa, después de darle instrucciones para que quitara las hojas manchadas de pintura de los arbustos. Como si él no supiera que había que hacerlo.

Ella no le había dicho ni una palabra sobre la pintura. Alec no esperaba exactamente un cumplido, pero le habría gustado que hiciera algún comentario.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó, irritado, al ama de llaves cuando esta le llevó un vaso de agua-. ¿Por qué no quiere ni darme la hora?

Maisie lo miró con sus hermosos ojos sagaces.

—A veces se pone así. Normalmente, cuando su suegra viene por aquí, o cuando viene Zelda..., su cuñada, ¿sabes?

—¿Por qué? ¿Es que la ponen nerviosa?

—Podría decirse así. Pero, sobre todo, la critican... Son las personas más criticonas y agoreras que he visto en toda mi vida. Nunca tienen nada bueno que decir sobre nada, ni sobre nadie.

Alec hizo girar su vaso de agua.

-¿Crees que le han hablado de mí?

-No me sorprendería. Y ellas tienen más que callar que nadie. Zelda Bancroft es una pobre diabla. Siempre lo ha sido. Pero le gusta causar problemas. En cuanto a la suegra, esa se la tiene jurada a Laurel.

-¿Por la muerte de Howard?

Maisie asintió.

-Hizo todo lo que pudo para que la arrestaran, llamó a todo el mundo, movió todos los hilos a su alcance. No consiguió nada, gracias al sheriff. Tanning siempre ha sido muy bueno con Laurel. Dijo que cualquier necio podía darse cuenta de que no mataría ni a una mosca.

-Pero ella cree que lo hizo. ¿Lo sabías?

Maisie asintió.

-Me extraña que te lo haya dicho. ¿,Te contó algo de sus hijos?

-No mucho.

-De eso tampoco suele hablar... Supongo que le duele demasiado. Ellos

también creen que lo hizo. La suegra les metió en la cabeza esa idea absurda -el ama de llaves se calló un momento, recordando-. Aunque, bueno, tal vez fue también la forma en que Laurel actuaba en aquella época. Ella nunca dijo que no hubiera querido hacerlo, ¿sabes? No fue capaz de explicar qué ocurrió exactamente.

-Qué raro.

-Sí -dijo Maisie, y suspiró profundamente-. Es extraño, pero no pudo abandonar a Howard mientras vivió, y tampoco puede dejarlo ahora que está muerto.

-¿Crees que quería hacerlo? Dejarlo, quiero decir -hizo la pregunta con demasiada ansiedad, sin poder evitarlo.

-Cualquier mujer lo habría dejado. Howard era un hombre sombrío. No era precisamente el alma de la fiesta. Siempre parecía atormentado, ¿comprendes? Pero lo que importa es que él estaba convencido de que Laurel quería abandonarlo. Por eso corrió tras ella aquel día.

—¿Ella te lo dijo?

-Cielos, chico, no hacía falta. Yo estaba allí.

Él la miró con asombro.

-¿Tú viste lo que ocurrió?

-Lo vi salir tras ella, vi la expresión de su cara. El resto, solo lo oí —sacudió su blanca cabeza-. Habían empezado a discutir por su hijo, Evan, por algo que Howard quería comprarle, pero luego se mezclaron otras cosas, como qué podía o no podía hacer Laurel en el jardín. Howard aullaba como un loco cuando salió tras el coche. Le decía que haría lo que ella quisiera si se quedaba. Daba lástima, la verdad.

Alec se quedó callado, intentando imaginarse cómo se sentiría si pensara que iba a perder a Laurel. Por supuesto, primero tenía que imaginar que la tenía. Ninguna de las dos cosas le resultaba fácil.

Respiró hondo y dijo con energía:

-Laurel quiere que corte ese pino de ahí, el de la valla. Dice que puede que tú tengas una sierra mecánica.

5

Fue idea de ha abuela Callie que Alec llevara a Gregory a Ivywild. Gregory debía salir de casa, dijo la abuela. Necesitaba olvidarse de sí mismo y de los síntomas y progresos de su enfermedad. Alec pensó que probablemente su abuela también necesitaba salir un rato. Había sido más que generosa al acogerlos, pero tenía su vida y sus costumbres, que ellos habían interrumpido, y sus propios amigos, a los que descuidaba por atenderlos a ellos. Alec hacía cuanto podía para facilitarle las cosas. No podía esperar que dedicara al enfermo todas las horas del día.

Gregory, sin embargo, no estaba postrado en cama. Podía valerse por sí mismo bastante bien, aunque estaba débil. Podía vestirse y desvestirse solo, y era capaz de tomar la medicación para el dolor a las horas precisas. Pero alguien tenía que vigilarlo para que no se tomara una dosis demasiado alta y para que comiera con regularidad y tomara el aire y el sol. Otra buena razón para llevárselo al trabajo.

Gregory parecía a gusto estando al aire libre. Caminaba despacio por el jardín de Laurel, parándose de vez en cuando para oler una flor o acariciar una hoja. Hasta intento ayudar un poco a Alec y agarró una azada para quitar un matojo de malas hierbas.

Alec miró a su hermano un momento para asegurarse de que estaba bien, y después empuñó de nuevo la pala con la que estaba cavando una zanja para la cañería que alimentaría la fuente. El terreno del jardín delimitado por la valla era demasiado reducido y estaba demasiado lleno de plantas para que entrara la excavadora que había alquilado. Solo podría utilizarla cuando hubiera llevado la conducción de agua hasta el otro lado de la valla, pero de momento debía cavar a mano, pues no quería destrozar nada que Laurel quisiera salvar.

De pronto, oyó una puerta cerrarse y a Laurel gritar su nombre. Se dio la vuelta y vio que Gregory empezaba a caerse, tambaleándose como un espantapájaros sin relleno. Soltó la pala y saltó hacia él, en un intento desesperado por agarrarlo. Estuvo a punto de no conseguirlo.

-Allí -dijo Laurel desde la escalinata-. A la sombra de la terraza.

Alec le agradeció de corazón el ofrecimiento. Debería haber impedido que Gregory hiciera cualquier esfuerzo excesivo, debería haber estado más atento. El problema era que Gregory no soportaba que lo vigilaran como a un chiquillo. Detestaba que le dijeran lo que podía o no podía hacer. Era orgulloso y susceptible, lo cual era bueno en cierto sentido, pero hacía difícil saber cuándo había que dejarlo en paz y cuándo había que intervenir por su propio bien.

Aquel momento de debilidad duró solo un segundo. Gregory se despabiló enseguida y maldijo a Alec cuando este se negó a dejarle que se acercara por su propio pie al gran balancín que había en un rincón de la terraza. Laurel, comprendiendo que a Gregory no le gustaría que viera que su hermano tenía que llevarlo en brazos, se metió en la casa. Regresó con un vaso de agua fría cuando Gregory ya estaba sentado.

Por un instante, Alec sintió una punzada de celos; Laurel nunca le

había llevado a él un vaso de agua, nunca se había mostrado tan preocupada por su salud. Pero, por supuesto, él tampoco se había desmayado nunca en su jardín.

Mirando a Gregory beberse el agua, observando la palidez macilenta de su cara, en la que crecía una barba dispersa, Alec le dijo con áspera firmeza:

-No he debido traerte. Descansa un minuto y luego te llevaré a casa.

-No te preocupes por mí, hermanito -respondió Gregory, irritado-. Estaré bien aquí. Tú sigue con tu trabajo.

-Mi trabajo es preocuparme por ti. Para eso estoy aquí -dijo Alec con paciencia, pero implacablemente-. Llevarte solo me costará unos minutos.

-He dicho que estoy bien. Me quedaré aquí sentado y te miraré ejercitar los músculos. Tal vez a esta amable señora no le importe hacerme compañía.

Alec temía que así fuera. Por eso, entre otras razones, estaba decidido a llevar a Gregory a casa. Sin mirar a Laurel, dijo:

-La señora Bancroft está ocupada. Venga, vámonos.

-No estoy ocupada -lo corrigió ella con voz clara-. Estaré encantada de sentarme un rato.

-No tiene por qué hacerlo —dijo él, con voz crispada, y por fin se atrevió a mirar los rasgos fríos y hermosos de la cara de Laurel, el brillo dorado de su pelo, la larga y flotante falda de algodón de color lavanda que llevaba con una fresca blusa sin mangas.

Ella le lanzó una breve sonrisa sin mirarlo a los ojos y contestó:

-Lo sé.

Gregory miraba a uno y a otro, como si empezara a percibir las corrientes ocultas que fluían entre ellos.

-¿Lo ves? -dijo con satisfacción, haciendo un vago ademán hacia Alec-. Lárgate. No te necesitamos.

Alec sintió que los músculos del estómago se le contraían como si anticiparan un golpe, pero no podía hacer nada. Giró sobre sus talones y regresó al jardín, bajo el sol implacable.

Laurel, al ver alejarse a Alec, pensó que estaba irritado. Lo preocupaba su hermano, ¿y quién podía reprochárselo? Pero también estaba enfadado porque ella le hubiera llevado la contraria. Peor para él. Como diría Maisie, que se fuera con viento fresco. Laurel quería hablar con Gregory.

Mirando a su alrededor, agarró una mecedora y la acercó al balancín. Mientras se sentaba, dijo con ligereza:

-Estos últimos días ha hecho un calor insoportable. Realmente no sé cómo Alec aguanta todo el día al sol.

Gregory miró a su hermano con un destello de orgullo en los ojos.

-Es fuerte como un elefante, puede aguantar cualquier cosa.

-La mayor parte del tiempo ni siquiera lleva la camisa puesta.

Él la miró, con una expresión dulce en sus ojos de color ámbar.

-A él, el sol no le afecta como a usted o como a mí. Alec tiene sangre india en las venas.

Cuando se hizo evidente que él no iba a explicarse, Laurel dijo:

-¿Quiere decir que su padre era un nativo americano?

-El mío no, solo el de Alec -su sonrisa era débil, como si hubiera esperado de ella una reacción que no había recibido-. En realidad, creo que era un mestizo, pero quién sabe. No se quedó el tiempo suficiente para que alguien averiguara algo sobre él.

-Comprendo —dijo Laurel. Comprendía, sobre todo, que él intentaba impresionarla. Pero no estaba dispuesta a dejar que se divirtiera a su costa. Sin perder el aplomo, deslizó la mirada de Alec a Gregory. Había pensado que su delgadez y su tez pálida se debían a la enfermedad, pero al parecer se había equivocado, al menos en parte. Sin embargo, tampoco creía que Alec fuera inmune a los efectos del sol.

Gregory estudió la cara de Laurel con expresión sarcástica.

-No, Alec y yo no nos parecemos mucho, ¿verdad? Mi padre era el típico blanco anglosajón protestante, una especie de viajante de la costa oeste que alejó a nuestra querida madre de todo esto -movió una mano con un ademán vago que pretendía abarcar Hillsboro, el estado de Luisiana, y los bosques que rodeaban la casa-. El padre de nuestra hermana pequeña, Mita, era un asiático. Mi madre era una mujer típica de los años sesenta y setenta, y estaba decidida a demostrar su falta de prejuicios. Quería tener hijos de todas las variedades, o eso decía. Se metió de lleno en el papel de madre nutricia y soltera. No le importaba que los padres se quedaran o se fueran.

-Debía de ser una mujer poco común.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa.

-Lo era, a su manera. Murió intentando dar a luz a un niño latino. Algo salió mal y ni ella ni el niño sobrevivieron. Supongo que se estaba haciendo mayor, porque por aquel entonces yo ya tenía dieciocho años.

-Yo... lo lamento -dijo Laurel, sin saber si lo decía por la pérdida de Gregory o por su impulso de fisgonear, que la había conducido hasta una historia tan íntima.

Él desvió la mirada.

—Supongo que no importa. Eso fue hace mucho tiempo.

Ella pensó que a Alec y a él sí les importaba, que posiblemente siempre les había importado, pero no se atrevió a decirlo. En vez de eso, dijo:

-Era usted muy joven para asumir tanta responsabilidad.

-¿Yo? ¿Responsable, yo? —él se rió, con un sonido áspero y hueco-. Se equivoca de persona.

- Bueno, he supuesto que no había otro hombre en la familia.

-No lo había, aparte de Alec.

Ella recostó la cabeza contra el alto respaldo de la mecedora, balanceándose un poco mientras fruncía el ceño, pensativa.

-Pero él debía de tener, ¿cuántos? ¿Trece años? ¿Catorce?

-Más o menos. Pero nuestro hombrecito siempre fue muy fuerte y muy maduro para su edad.

-No entiendo qué trata de decir -dejó de balancearse.

-No, claro -contestó él con un filo de dureza, mirando a su alrededor-. Me imagino que usted siempre ha sido respetable. Apuesto a que no ha pasado hambre, hambre de verdad, ni un solo día en toda su vida. Siempre

ha sabido exactamente quién era, de dónde venía, y cuál era su lugar en el mundo. Sin dudas, sin deseos salvajes, sin buscarse a si misma en el fondo de una botella o en el polvo blanco de alguna droga cuyo nombre ni siquiera sabe pronunciar...

Se calló, pero Laurel comprendió al fin. A los dieciocho años, Gregory era adicto a las drogas, de modo que Alec había tenido que asumir la responsabilidad de sacar adelante a la familia.

-Seguramente alguna institución estatal podría haberlos ayudado -aventuró ella.

-Oh, sí. Habrían separado a Alec y a Mita para meterlos en hogares de acogida, eso habrían hecho. No, de ninguna manera. Cuando vinieron a llevárselos, Alec los engañó. Puede que sea un bastardo, pero es un bastardo muy listo. Pero, naturalmente, para entonces ya tenía a la vieja señora Chadwick.

Laurel sintió un escalofrío. La compasión que sentía por Alec, por todos ellos, casi le había hecho olvidar la clave de todas sus preguntas. Con los labios apretados, dijo:

-¿La señora Chadwick? ¿Quién era?

-Nuestra casera, después de que Alec nos sacara a todos del asqueroso apartamento en el que vivíamos -Gregory hizo una mueca-. Tenía una casa enorme, con piscina, pistas de tenis, campo de golf, casa de invitados, casa para los guardeses, y hasta un chofer y un jardinero chino.

-El señor Wu - dijo ella en voz baja.

-¿Alec le ha hablado de él? Claro. Aquel viejo era su ídolo. Antes de que nos mudáramos, vivía en nuestra misma calle, en los límites del barrio chino. Decía que prefería vivir allí a vivir en la mansión de la señora Chadwick. Creo que admiraba la sensatez de Alec. En cualquier caso, el señor Wu le daba algún dinero por ayudarlo en casa de la vieja dama después del colegio, siempre que Alec conseguía que alguien lo llevara hasta allí haciendo autoestop.

Laurel, mirando los tensos movimientos de Alec mientras este manejaba la pala, pensó que sabía que estaban hablando de él, aunque no pudiera oírlos. La luz del sol oscilaba sobre su pelo, tan negro y brillante como las plumas de un cuervo. El pelo negro y brillante de un indio.

De pronto, comprendiendo que Gregory la observaba con sonrisa maliciosa, reunió sus pensamientos dispersos. Como si la pregunta concentrara toda su atención, dijo:

-El señor Wu, ¿no tendría algo que ver con Mita, por casualidad?

-¿Quiere decir que si era su padre? Cielos, no. Era un anciano con el pelo blanco y una barba hasta aquí -se llevó una mano a la altura del ombligo-. A Mita le tenía mucho cariño, y yo salí un par de veces con su hijo mayor. En cualquier caso, después de la muerte de mamá, Alec tuvo el valor de preguntarle a la vieja señora Chadwick si podíamos quedarnos en la casa de los guardeses, en la parte de atrás de la finca, ya que el señor Wu no la usaba.

-Se mudaron para burlar a las autoridades -dijo ella, aclarándose a sí misma la situación.

Él asintió.

-Alec dijo que a nadie se le ocurriría ir a molestarnos allí. Y resultó que tenía razón. A la vieja. naturalmente, solo le dijo que mamá estaba enferma, en el hospital. Ella se lo creyó durante tres meses o más... Durante el tiempo suficiente, en fin.

Laurel ni siquiera trató de disfrazar su aguda curiosidad.

-¿Suficiente para qué?

-Para ganársela. Nuestro Alec tiene mucho encanto, ¿o no lo ha notado? -la miró con una leve sonrisa jugueteando en sus rasgos delgados y una mirada sugerente en los ojos.

-Creía que había dicho que por aquel entonces tenía trece anos.

—Y así es.

-Pero esa mujer...

-Entonces nos parecía muy vieja -dijo él con ligereza--, pero supongo que debía de tener, eh, más o menos la edad que tiene usted ahora.

Edad suficiente para ser la madre de Alec; casi treinta años mayor de lo que él era entonces. Laurel frunció el ceño. Esa tal señora Chadwick no podía ser la mujer con la que se había casado. ¿O sí?

-Usted ya ha oído esta historia, ¿verdad? -adivinó Gregory-. Pero no creo que haya sido Alec quien se la ha contado. A él le da demasiada vergüenza hablar de ello.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y a usted no?

Él sacudió la cabeza.

-No, pero yo no tengo modales, ni vergüenza, ¿sabe? La señora Chadwick nunca me prestó mucha atención, ni siquiera cuando andaba por allí, lo cual no ocurría muy a menudo. A Mita, en cambio, la trataba como a una muñeca, le compraba vestidos, la sacaba por ahí... Pero su verdadero amorcito era Alec.

—Por como lo dice, da la impresión de que había algo malo en ello -no se atrevía a decir claramente lo que pensaba.

-Sí, ¿verdad? Y lo había, en cierto sentido. Yo no soy perfecto, pero Alec tampoco. Él también comete errores. Y, como yo, paga por ellos. Con intereses.

Laurel percibió la amargura que subyacía en sus palabras. Pero estaba tan interesada en la vida de Alec que apenas le dedicó a los sentimientos de Gregory un pensamiento fugaz.

-¿Cuál fue exactamente su error?

-Decir que sí cuando la señora Chadwick le pidió que se casara con ella.

Así que era cierto. Y, además, peor de lo que ella había imaginado. Una mujer lo bastante mayor para ser su madre. Cielo santo.

Sintió una náusea y comprendió que hasta ese momento no lo había creído. Por alguna razón, había creído que hablar con Gregory Stanton le demostraría que Mamá Bancroft había mentido, o que había tergiversado algún rumor menos dañino.

Se había equivocado. Completamente.

-Supongo -dijo con suavidad- que todos cometemos errores.

-Unos más que otros -dijo Gregory con un débil suspiro.

Laurel quería ser absolutamente justa. Con suma delicadeza, dijo:

-Alec no parece haberse beneficiado mucho de ese extraño matrimonio.

-Depende de cómo lo mire. Gracias al dinero de la Chadwick, él pudo convertirse en ingeniero y Mita consiguió acabar los ocho años de la carrera de medicina y ahora es pediatra. En cuanto a mí... Bueno, durante mucho tiempo no tuve que preocuparme de buscar comida y techo. Solo de mantener mi hábito.

-Vivía a costa de Alec -habló sin pensar, y al instante deseó no haberlo hecho.

-Sí -contestó él, desviando la mirada-. Vivía a su costa.

Eso explicaba muchas cosas.

-Aun así, da la impresión de que Alec no consiguió mucho a cambio de su libertad, sobre todo teniendo en cuenta el tamaño de la propiedad que usted ha mencionado.

Él se encogió de hombros.

-Hubo algunos problemas con los hijos de la señora Chadwick después de su muerte, pero aun así Alec se ocupó de todo el mundo. Y todavía se... -Gregory se detuvo.

Y todavía se ocupaba de él, concluyó Laurel mentalmente.

-Usted le guarda rencor por aquello -dijo, comprendiendo de pronto-. Preferiría que se hubiera quedado con todo el dinero. Preferiría que no estuviera aquí, con usted.

-Nadie le ha pedido que sea tan tremendamente generoso -dijo Gregory con aspereza-. No necesito que cuide de mí. No lo necesito para nada.

Sí, sí lo necesitaba, comprendió Laurel; y su amargura era directamente proporcional a su necesidad. ¿Lo sabía Alec? Sí, debía de saberlo, pues Gregory no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Alec, sin embargo, permanecía a su lado. Le estaba prestando a su hermano su fortaleza porque tenía más que suficiente para compartir. Lo estaba ayudando a vivir porque tenía vida de sobra.

Laurel no quería pensar así. No quería sentir simpatía, ni admiración, por Alec, pues ello le dificultaría lo que debía hacer.

Pero lo haría. Ella no era una vieja ilusa dispuesta a dejarse engatusar por su encanto y sus músculos morenos. Ya veía lo que podía ocurrir. Le sería muy fácil llegar a depender de él, buscar en él fuerza y consuelo, aprender a añorar su sonrisa y su buen humor. Porque Alec estaba lleno de vida, y ella anhelaba un poco de ese calor para aliviar el frío que sentía. Por alguna extraña razón que no llegaba a entender, necesitaba desesperadamente sentir el gozo de estar vivo que latía dentro de Alec.

Ignoraba cuánto tiempo podría mantenerse apartada de él, teniéndolo tan cerca. Apenas habían trabajado juntos en el jardín unos días, pero Laurel ya echaba de menos su conversación, añoraba el estímulo de su compañía. No había ningún placer en mantenerlo a distancia, en darle órdenes y hacerle trabajar hasta que los vaqueros se le empapaban de sudor. En realidad, se sentía mezquina y avergonzada.

Al cabo de un momento de silencio. Gregory dijo en tono cansino:

-Creo que es hora de volver a casa, después de todo. Estoy muy... cansado. ¿Podría decírselo usted a Alec?

-¿Se refiere a la casa de su abuela, o a California? -preguntó Laurel.

Gregory tenía una mirada sombría.

-Las tres o cuatro veces que vinimos a visitar a la abuela Callie fueron los mejores momentos de mi niñez. Mamá solía volver a Luisiana cuando atravesaba un mal momento, por lo general cuando acababa de tener otro hijo. Una vez nos dejó con la abuela todo un verano. Lástima que no regresara para quedarse.

-No lo dice en serio.

-¿Usted cree? -la comisura de su boca se curvó-. De haber sido así, ahora yo sería un paleto sureño fuerte como un toro, en vez de un drogadicto con un pie en la tumba. Y Alec sería... -se interrumpió y tomó aire-. ¿Le importaría llamarlo, por favor?

Quería que Laurel hiciera aquel pequeño esfuerzo por él. ¿Por qué? ¿Para que no pareciera que estaba agotado? ¿Para que pareciera idea de Laurel? ¿O tal vez pensaba que a Alec lo molestaría tener que obedecerla delante de él? ¿Sería otra forma de socavar a su hermano?

Ella se puso en pie y se acercó a la barandilla. Alzó la voz y lo llamó:

-¿Alec? -al oír su voz, él alzó la mirada de la zanja que estaba cavando, y sus ojos negros brillaron como la obsidiana a la luz del sol. Enarcó una ceja inquisitivamente-. Creo que su hermano agradecería que lo llevara a casa.

Él la miró a los ojos un momento antes de asentir lentamente con la cabeza. Tal vez aquel gesto no fuera mas que una señal de asentimiento, pero pareció un instante de intensa comunicación. Ambos, pensó Laurel, se entendían muy bien el uno al otro. Tal vez demasiado bien.

Oyó que Gregory maldecía tras ella, pero no le importó.

Más tarde, cuando Alec regresó de llevar a su hermano a casa. Laurel percibió el retumbar lejano de un trueno. Levantó la mirada del catálogo en el que estaba leyendo acerca de Monsieur Tillier, una antigua variedad de rosa de té que pensaba encargar para su jardín. El trueno retumbó otra vez: mas cerca, y más alto, como si quisiera que lo tomaran en serio. Por el rabillo del ojo, Laurel vio el fulgor de un relámpago a través de las cortinas de encaje que cubrían las ventanas. Contó solo hasta cinco antes de que el trueno resonara de nuevo. La tormenta estaba cerca.

¿Estaría Alec trabajando aún en el jardín? Tal vez se hubiera resguardado en la terraza. O hubiera buscado refugio en el garaje, si estaba en aquel lado del jardín.

Tendría que dejarlo entrar en la casa si el viento soplaba demasiado fuerte. En la terraza se empaparía, pues a veces la lluvia entraba bajo la cornisa del tejado, mojando todo el suelo hasta la pared de la casa. El garaje era, desde luego, bastante sólido y perfectamente seguro, en caso de que Alec tuviera la sensatez de refugiarse allí.

Por otra parte, habiendo crecido en California, quizá no supiera cómo eran las tormentas de fines de la primavera en Luisiana. Era enteramente posible que ignorara lo rápidamente que se desencadenaban y lo fuertes que podían llegar a ser. Laurel vaciló, agitando con nerviosismo el bolígrafo entre los dedos, mientras consideraba si debía ir a buscarlo.

Pero él era un hombre adulto, por el amor de Dios. Podía cuidar de sí

mismo. No necesitaba que ella lo protegiera, ¿o sí?

¿No era eso lo que se suponía que buscaban los hombres jóvenes en las mujeres mayores? Alec podía ser un caso típico, pues había perdido a su madre siendo aún muy joven, y se había visto obligado a cuidar a otros cuando era él quien necesitaba cuidados.

Sí. Y tal vez la atracción que Laurel sentía por él no fuera más que una forma de sustituir a sus hijos, a los que Mamá Bancroft le había arrebatado. O alguna otra engañifa psicológica de ese estilo. Sí, tal vez fuera así.

Oyó las primeras gotas de lluvia que se estrellaban contra las hojas satinadas de un magnolio, más allá de la ventana. Echó hacia atrás la silla con repentina decisión y se dirigió apresuradamente a la puerta principal.

Alec no estaba en el jardín delantero. Laurel se quedó parada un momento, absorbiendo la frescura húmeda de la lluvia, escuchando su tamborileo sobre el tejado e inhalando el olor a tierra mojada. El viento empujaba su pelo y giraba bajo su falda, refrescándola. Después, en la distancia, oyó el rumor del aguacero que marchaba sobre los bosques en dirección a la casa. Miró hacia el lugar de donde provenía aquel sonido y vio una densa y pesada cortina de lluvia,

Corrió hacia la escalinata y la bajó a toda prisa, inclinando la cabeza contra la lluvia que caía desde el tejado. Al llegar al último peldaño, giró a la derecha y siguió el umbral sinuoso que llevaba a la parte lateral del jardín. Al llegar a la puerta de la verja, se inclinó para mirar hacia el garaje.

Estaba vacío. Alec no estaba allí.

Volvió corriendo por el mismo camino y tomó el sendero que llevaba al otro lado de la casa. Allí, ninguna puerta bloqueaba el caminito de ladrillo que rodeaba el extremo curvo de la terraza y proseguía hasta la parte de atrás. La lluvia empezó a arreciar, y Laurel echó a correr.

Entonces lo vio, y se quedó completamente inmóvil.

Estaba sentado encima del aljibe, balanceándose sobre su cubierta de cemento con las piernas cruzadas y las manos apoyadas sobre las rodillas dobladas, en lo que a Laurel le pareció reconocer vagamente como la postura del loto. Tenía los dedos ligeramente curvados, los ojos cerrados, la cara perfectamente serena y vuelta hacia la lluvia que caía sobre él, empapándole el pelo, derramándose sobre sus hombros y corriendo en remolinos sobre su pecho desnudo y la plana superficie de su abdomen. La lluvia relucía, extendiéndose como una pátina sobre sus músculos y las venas prominentes de su cuerpo, vertiéndose sobre él con la misma naturalidad que si hubiera sido un poste de la valla o un árbol. El viento había refrescado el aire, pero él parecía no sentir el frío. Su piel brillaba, suave y morena, a diferencia de la de Laurel, erizada por el frío.

Paz. Placer. Apasionada alegría. Todas aquellas cosas irradiaban de él en olas que se extendían hacia ella como si quisieran arrastrarla. Laurel dio un paso. Y luego otro.

De repente, él abrió los ojos. Y las emociones que Laurel sentía se multiplicaron por cien. Alec le sostuvo la mirada, y la intensidad de aquellas emociones la asustó. Pero lo que más la asustaba era su deseo de responder, su profunda necesidad de ir hacia él y acompañarlo en aquel baño de lluvia. En su calor y en su paz. En su ardiente pasión por la vida.

Allí, de pie, se olvidó de respirar. Luego tomó aire, dando un ligero gemido. La cordura regresó al mismo tiempo que el aire a sus pulmones. Se dio la vuelta y su falda empapada giró sobre sus piernas, salpicando agua. Inclinó la cabeza contra la lluvia y corrió a refugiarse en la casa.

6

Laurel observó la vasija que acababa de sacar del horno. Era muy ancha y poco profunda. Primero la había cocido por fuera y después la había esmaltado por dentro con un barniz verdeazulado, cristalino y ondulante. Estaba orgullosa del resultado. En realidad, era una de las mejores piezas que había hecho desde que, en los años que siguieron a la muerte de Howard, había empezado a dedicarse en serio a la cerámica.

A Howard nunca le había gustado que «perdiera el tiempo con sus cacharros», como solía decir. Parecía tener celos del tiempo que invertía en ellos, aunque Laurel intentaba mantenerse alejada del cobertizo salvo cuando él estaba trabajando. Howard decía también que la arcilla le resecaba las manos, volviéndolas ásperas y obligándola a llevar las uñas demasiado cortas. Pero, por encima de todo, lo avergonzaban sus veleidades artísticas. Las mujeres de Hillsboro no solían dedicarse a la cerámica en su tiempo libre. La jardinería estaba bien siempre y cuando sirviera para algo práctico, como plantar verduras; Howard podía al menos tolerar ese pasatiempo tradicionalmente femenino. Podía haber aceptado que Laurel se dedicara a bordar, a hacer punto, o incluso a pintar. ¿Pero qué sacaba de sus cuencos?, solía preguntarle.

Ella nunca había podido darle una respuesta tranquilizadora. Simplemente, le gustaba dar forma al barro suave y sensual, disfrutaba viéndolo tomar vida bajo sus manos, adoraba el momento en que abría el horno y veía cómo había transformado el fuego los colores y los dibujos. La cerámica la hacía sentirse segura y creativa, y en cierta forma satisfecha de sí misma.

El cobertizo era también su retiro, aunque tampoco podía explicar esa necesidad. Howard la habría considerado una afectación ridícula; y, sin embargo, él había sido una de las personas más retraídas que Laurel había conocido nunca. Durante su matrimonio, él apenas salía, salvo para ir al trabajo. No le gustaba hacer nada en su tiempo libre, ni alternar con la gente. Era tan casero que a veces Laurel pensaba que Ivywild era para él una especie de santuario, como lo había sido para ella más tarde.

Esa semana, Laurel utilizó el cobertizo principalmente para mantenerse alejada de Alec. De cuando en cuando lo veía a través de los ventanucos, manejando el martillo hidráulico o tendiendo la cañería. En sus idas y venidas de la casa al cobertizo y del cobertizo a la casa, podía comprobar sus progresos con la fuente. En cierto sentido, podía tomar parte en lo que Alec hacía y, al mismo tiempo, mantenerse oculta.

Por lo menos había vuelto a trabajar con la cerámica después de muchos días sin tocarla. Esbozando una sonrisa, paso los dedos por el interior de la vasija, que todavía conservaba el calor del horno, y percibió la pátina suave del esmalte. Había pensado plantar en ella unas crasas y ponerla junto a la puerta trasera, pero le pareció una pena que la tierra ocultara su hermoso color. La dejaría sobre la mesa para que se enfriara mientras pensaba qué otro uso podía darle. Algo se le ocurriría, como siempre.

Volvió a su banco de trabajo y miró el gran óvalo de arcilla que había preparado con anterioridad. A su lado había desplegado la página de un catálogo de objetos de cerámica que mostraba un medallón inspirado en la *Bocca della Verità*, o «boca de la verdad». La reproducción, tomada del original de la iglesia de Santa María in Cosmedin de Roma, mostraba la cara de un hombre, semejante a la de una gárgola, con la boca abierta, la lengua fuera y el pelo y la barba formados por hojas estilizadas. Según la leyenda, la boca del original italiano se cerraba sobre la mano de aquel que dijera una mentira mientras tocaba su lengua. La ilustración recordaba también al sátiro de la tradición europea. Aquella cara esculpida representaba los aspectos más lujuriosos de la noche de Belanus, la noche del primero de mayo, durante la cual los antiguos paganos celebraban la fecundidad de la naturaleza.

La cara, y la idea que se ocultaba tras ella, había intrigado a Laurel desde el mismo momento en que la había visto. Igual de fascinante le resultaba la idea de esculpirla en barro. En lugar de encargar uno de aquellos medallones del catálogo, haría uno ella misma.

Puso las manos sobre la arcilla y empezó a aplastarla y a darle forma. No copiaba la imagen del catálogo, sino que la usaba más bien como muestra del tamaño y las proporciones. Le producía un intenso placer ver formarse aquella cara bajo la fuerte presión de sus dedos. Hundía los dedos en agua, acariciaba y apretaba, formando el relieve de la nariz, y las cejas. Con una paleta y un escalpelo, labraba las curvas y los surcos de las delicadas hojas.

El tiempo perdió su significado mientras se esforzaba en refinar y perfeccionar los rasgos de aquella cara de barro, formando texturas, creando contrastes. Se olvidó de que Sticks estaba tumbado a sus pies, de que tenía hambre, y del calor sofocante que iba haciendo en el cobertizo a medida que avanzaba el día. Estaba contenta. Hacía años que no se sentía tan feliz.

A media tarde. Maisie le llevó un aperitivo, refunfuñando sin cesar porque Laurel no había comido. Esta le dio las gracias distraídamente, se comió un pedazo de queso y dio un par de mordiscos a una manzana mientras observaba la plancha de barro. Después, dejó la manzana en el suelo para perfilar una curva. Cuando volvió a levantar la mirada, Maisie se había ido y la manzana estaba cubierta de hormigas.

Algún tiempo después, una sombra se movió en el umbral. Sticks levantó la vista, movió la cola y volvió a apoyar la cabeza sobre las patas. Alec. No podía ser nadie más.

Cuando entró, Laurel lo miró por encima del hombro. Él esbozó una sonrisa. Al ver el placer que contenía aquella sonrisa, ella recordó vivamente la tarde de la tormenta… y se sintió inquieta.

Volvió la mirada hacia la arcilla esculpida que tenía frente a ella. Sintió un estremecimiento de emoción. Sus dedos se crisparon alrededor de la paleta que todavía sujetaba, apretándola con fuerza.

La cara del fauno, que tan afanosamente había labrado en el barro suave y maleable, tenía un sorprendente parecido con Alec. Eran su amplia frente, sus cejas espesas y sus pómulos altos los que Laurel había plasmado allí, su pelo el que fluía en suaves ondas mezclándose con las hojas de

parra. Su gozosa y fulgurante aunque serena vitalidad estaba labrada en la arcilla tal y como Laurel la había visto cuando él la miró a través de la lluvia. Pero había también algo que Laurel había percibido en Alec aquella primera noche, cuando había surgido de entre la maleza del jardín: en los labios ligeramente entreabiertos de la cálida sonrisa del sátiro se insinuaba un peligro latente, una promesa de placeres raros y prohibidos.

Laurel dejó la herramienta que sostenía, metió las manos en agua y tomó una toalla. Se secó las manos con fingida despreocupación, y luego extendió la toalla sobre la plancha de barro. Solo entonces se volvió hacia él.

-¿Ya ha terminado por hoy? -dijo con ligereza-. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

Él inclinó la cabeza.

-Hay algo que quiero enseñarle. Si es que puede parar un momento.

—Sí, claro —el alivio de tener una excusa para alejarlo del cobertizo la empujó a mostrarse más cordial que en los días anteriores.

Sin embargo, en lugar de darse la vuelta para salir, Alec dio un paso adelante.

-¿Qué es eso?

Ella se puso rígida un instante, pero enseguida vio que se refería a la vasija que acababa de sacar del horno. Se movió para impedirle que viera lo que había sobre el banco de trabajo, tomó la vasija y se la enseñó mientras le daba una explicación.

—¿De veras lo ha hecho usted? -preguntó él, alzando la vasija hacia la luz, y le dirigió una mirada de sorprendida admiración.

-Con mis propias manos -dijo ella, algo tensa.

-Fantástico -musitó él, sacudiendo la cabeza.

Laurel sintió una satisfacción tan absurda como difícil de explicar.

-Solo era un experimento con el color.

-Me recuerda al fondo del mar -dijo él-. Las ondas de la arena y el sol refulgiendo a través del agua.

Ella comprendió que eso era exactamente lo que parecía, pero la sorprendió la total falta de afectación de sus palabras.

-Un puro accidente. En realidad, solo me interesaba el dibujo.

-A veces, las mejores cosas ocurren así, por accidente.

-¿Le interesa la cerámica? -comprendió que su asombro no resultaba tan halagüeño como el que había mostrado él.

Alec se encogió de hombros.

-He hecho algunas cosas. Sobre todo cosas grandes: urnas, pilas, columnas...

-Supongo que le enseñó el señor Wu.

-Sí -una seca sonrisa apareció en la comisura de su boca-. Al viejo le gustaban las glorietas, los pequeños estanques y esas cosas. Decía que eran el esqueleto de un jardín. No solía gustarle lo que encontraba en los viveros y en las tiendas de jardinería, y además los precios eran prohibitivos. Debería haber oído lo que decía al respecto, sobre todo en chino. Hizo traer una o dos piezas de Europa o de Asia, pero casi todo lo construía él mismo.

-Un hombre sorprendente.

-Sí -dijo él, bajando los párpados sobre su expresión como escudos

protectorcs. Al cabo de un instante, dijo-. Tengo una idea para su vasija.

-¿Cuál?

-Prefiero enseñársela cuando esté acabada. Si no le gusta, solo tiene que decirlo.

Ella le lanzó una mirada dubitativa.

—¿No irá a hacerle un agujero?

-Ni lo sueñe.

La firmeza de su voz la reconfortó. Alec siempre había demostrado un instinto excelente. Además. Laurel tenía curiosidad por ver qué iba a hacer.

-De acuerdo -dijo, y luego añadió ásperamente-. Bueno. ¿Qué quería enseñarme?

La expresión de Alec cambió al percibir su tono. Dejó la vasija sobre la mesa.

-Sí, señora -dijo con logrado acento sureño mientras extendía una mano hacia la puerta-. Por aquí, señora.

Ella echó a andar delante de él, y descubrió que no la molestaba aquella broma. En cierto sentido, incluso se la agradecía. Sin embargo, también comprendía que entre las bromas y la familiaridad solo había un paso, y que ese paso tal vez la llevaría demasiado lejos.

Oyó, antes de verlo, lo que él quería enseñarle. Le lanzó una mirada y vio corroboración en sus ojos. Laurel se apresuró hacia la puerta de la parte lateral de la cerca. La atravesó y rodeó el extremo ovalado de la casa.

Allí estaba su fuente. El agua brotaba del delicado manantial, reluciendo a la luz declinante del atardecer, y se arqueaba saltando con líquida gracia, bailando bajo los rayos del sol y proyectando un arco iris antes de precipitarse en el cuadrado de ladrillo que Alec había construido. Su música acuática murmuraba en el aire con un sonido dulce y natural. La fuente, una corriente incesante, límpida y pura, apresada y sin embargo libre, albergaba el espíritu del río. Era todo cuanto Laurel había deseado, y sin embargo mucho más de lo que esperaba. Una sensación de plenitud estalló en su pecho. No podía dejar de sonreír.

Alec, acercándose a su lado, observó el fulgor de alegría que había aparecido en su rostro. El cansancio agotador de los últimos días se evaporó, como si nunca hubiera existido. Había conseguido su recompensa. Aunque Laurel no le dijera una sola palabra de gratitud, siempre recordaría aquel momento y sentiría que había merecido la pena.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa tan radiante, una expresión tan diáfana y cándida que Alec sintió que el corazón se le contraía en el pecho. No lo impulsó ninguna decisión consciente, ninguna sucesión lógica de causa y efecto. Fue puro instinto lo que le hizo dar un paso hacia delante con los brazos abiertos.

Siempre recordaría la forma en que Laurel se precipitó en sus brazos, temblando. Contuvo el aliento y estrechó su cuerpo esbelto, flexible y suave, amoldándose a sus curvas y concavidades como si sus cuerpos fueran dos mitades de una misma cosa. Cerró los ojos y saboreó aquella sensación de plenitud sintiendo que la esencia de Laurel penetraba hasta el núcleo

mismo de su ser. Después inhaló lenta y profundamente, y el perfume dulce y sensual de las rosas, los jazmines y el cuerpo cálido de Laurel penetró en su cerebro hasta dejarlo aturdido.

Aturdido y febril. Deseaba desesperadamente algo más.

Había creído que con una sonrisa de Laurel le bastaría.

Paciencia, paciencia. No debía precipitar las cosas. Debía soltarla, tenía que hacerlo inmediatamente. Debía retroceder. Ocultar el pálpito de su sangre. Decir algo, cualquier cosa, para relajar la tensión que se apoderaría de ellos en cuanto ella cayera en la cuenta de lo que había pasado.

Dios, pero la deseaba tanto... Deseaba que sonriera eternamente. Espontánea. Confiada. En sus brazos.

¿Era mucho pedir?

Un débil grito inarticulado de protesta brotó de la garganta de Laurel. Alec sintió que se disipaba el hechizo. Su expresión se suavizó, y la soltó. Enarcó una ceja, sonriendo mientras decía:

—¿Quiere hacer alguna otra fuente?

El azul de los ojos de Laurel parecía casi índigo. La suave tela vaquera de la camisa que llevaba vibraba al compás del latido de su corazón. Ella parecía al borde mismo de las lágrimas. Pero quizás aquellas lágrimas fueran de rabia: Alec no podía decirlo. Y en realidad no quería saberlo.

El suspiro de Laurel resonó en la quietud perfecta de la tarde. Con voz áspera, dijo:

-Esta es más que suficiente. Es maravillosa. Exactamente como la veía en mi cabeza, aunque no sé cómo ha podido adivinarlo.

Alec pensó en todas las cosas que Laurel sabía de él, en las cosas que Gregory le había contado. No podía explicárselas porque ella no le había preguntado, y, si le ofrecía sin más una explicación, parecería que pensaba que a ella todo aquello le importaba: o que pensaba tener derecho a esperar que lo creyera.

Pero, a pesar de todo lo que tenía contra él, Laurel se había mostrado generosa y dispuesta a perdonar, y lo suficientemente honesta como para no culparlo a él por sus propios impulsos, o condenarlo por aprovecharse deslealmente de su arrebato de gratitud.

Le estaba agradecida. Eso era todo.

En aquel momento, Alec comprendió lo que ya sabía: que Laurel Bancroft era inalcanzable. Pero también era algo más. Era hermosa y discreta y superior a todo cuanto él había imaginado. Y no era para él. Nunca lo sería.

Se tragó aquella amarga verdad. Luego asintió con el cuello rígido y dijo con serenidad:

-Me alegro de que le guste.

-Me encanta -dijo ella con la misma suave seguridad.

Él empezó a retroceder. Tenía que hacerlo, antes de hacer o decir algo completamente absurdo. Le dolía el pecho. Tenía los músculos agarrotados.

-Entonces, la veré mañana.

-El lunes -lo corrigió ella distraídamente, como si su mente estuviera en otra parte-. Hoy es viernes

-Sí, claro. El lunes, entonces.

Se volvió rápidamente, alcanzó la moto en unas pocas zancadas y se subió a ella. Salió a toda prisa, como si llevara atado a la espalda un cartucho de dinamita.

A la mañana siguiente. Laurel metió en el horno la plancha de barro. Por la tarde apagó el fuego y la dejó enfriarse toda la noche. Había pensado en destruirla, en borrar su insensatez comprimiendo de nuevo la arcilla en una bola suave e informe. Pero no pudo hacerlo. Tal vez fuera ridículo o supersticioso, pero tenía la impresión de que habría sido como destruir a Alec.

La plancha soportó el fuego sorprendentemente bien, teniendo en cuenta cuánto tiempo hacía que Laurel no realizaba una escultura en barro, y su inexperiencia. No tenía grietas, ni muescas en los bordes. Al día siguiente, mirándola con ojo crítico, Laurel pensó que podía haber labrado con mayor perfección algunas zonas, pero en general se sintió satisfecha.

Tenía, en realidad, el acabado que muchos ceramistas y escultores consideraban un signo del buen hacer, pensó Laurel, acariciando la recia mandíbula de la cara con la yema de los dedos. Tenía ganas de tocarla. Había plasmado el hoyuelo que aparecía en la mejilla de Alec cuando sonreía, y los pliegues en forma de abanico que se formaban en las comisuras de sus párpados. Sí, y las curvas sensuales de su boca no solo estaban bien moldeadas, sino que casi parecían reales, como si pudieran despertar a la vida en cualquier momento, moverse contra su propia boca y …

Apartó la mano y la cerró en un puño. Al cabo de un momento, con gran esfuerzo, tomó la caja ancha y plana que había dejado a un lado. Puso dentro la plancha de barro, llevó la caja a la gran estantería que cubría una de las paredes del cobertizo y la colocó en la balda más alta. La empujó hacia atrás cuanto pudo, fuera del alcance de la vista. Se dio la vuelta, salió del cobertizo y cerró la puerta tras ella.

Pero no era tan fácil cerrarle la puerta al recuerdo de lo que había ocurrido el viernes por la tarde. Si cerraba los ojos, aún podía sentir los brazos de Alec a su alrededor, el instante perturbador en que se había apretado contra la dura calidez de su cuerpo. Había sido como hallarse en el centro de una tormenta eléctrica, atrapada en la llamarada de un calor blanco y ardiente, de una luz cegadora y una energía avasalladora. Nada la había preparado para aquella conflagración, ni para la oleada de deseo que había despertado en ella. Se había quedado asombrada, paralizada por sentimientos que había mantenido reprimidos tanto tiempo que ya apenas recordaba su existencia. Si es que alguna vez los había conocido.

Ignoraba si así era. Incluso en los primeros días de su matrimonio, cuando el amor era algo extraño y nuevo, no se había sentido tan vehemente, ni tan insegura de sus reacciones, de su voluntad.

Si un solo abrazo poseía tanta fuerza, ¿Qué efecto no le causaría un beso? Y si un beso era incluso más intenso, ¿cómo podría sobrevivir al poder sobrecogedor de…?

No. No pensaría en ello. Olvidaría que había tocado a Alec Stanton. Y

rezaría para que él hiciera lo mismo.

Esa tarde, a última hora, Marcia y Evan fueron a verla. Sticks salió a recibirlos brincando y gimiendo de alegría. El perro había sido un regalo de Navidad para los niños cuando Marcia tenía diez años y Evan ocho, de modo que había compartido su infancia y su adolescencia. Pero había sido Laurel quien siempre le había dado de comer, lo cepillaba, lo sacaba a dar largos paseos por el bosque que había detrás de la casa, de tal forma que había acabado convirtiéndose en su perro.

Laurel estaba tan contenta de ver a sus hijos como Sticks, tal vez incluso más. Salió a recibirlos a la escalinata y los envolvió en un cálido abrazo. Se parecían más a Howard que a ella: tenían su mismo pelo pajizo y sus ojos castaños, que él había heredado de su madre. Evan poseía la complexión rechoncha de Howard, pero Marcia tenía el cuerpo de Laurel. Era delgada, pálida y frágil en exceso, pensó Laurel.

Marcia no parecía feliz. Laurel hubiera querido preguntarle qué le sucedía, pero sabía que era inútil hacerlo.

Mientras los llevaba hacia la cocina, el sitio natural para hablar y relajarse, se le ocurrió que sus saludos habían sido más torpes que de costumbre. Intentó convencerse de que era normal. Hacía al menos, ¿cuánto?, ¿tres semanas desde la última vez que se habían visto?

Ellos estaban siempre tan ocupados: Evan con los cursos de la universidad y los amigos. Marcia trabajando en el bufete de abogados y ocupándose de su casa y su marido. Laurel los llamaba cuando creía que podía encontrarlos, lo cual no sucedía muy a menudo. Era normal que no hubiera confianza entre ellos; no habían estado muy unidos desde la muerte de su padre.

Excusas. Buscaba excusas para disculparlos. Lo sabía, pero no quería afrontarlo.

Cuando se sentaron en torno a la mesa, las primeras palabras de Marcia dejaron inmediatamente clara la situación.

-Veo que la abuela tenía razón -dijo en tono de reproche-. Has destrozado el jardín.

-Pensaba que estaba arreglándolo, ocupándome de algunas cosas que había que hacer hace mucho tiempo.

La dolorosa certeza de que Marcia y Evan estaban allí solamente porque su abuela había hablado con ellos hizo que su voz sonara baja y apagada.

—¿Era necesario poner una fuente?

Laurel se quedó mirándolos un momento, con expresión serena. Evan desvió la mirada, pero Marcia la observó con semblante implacable. Laurel contestó suavemente:

-No, pero me apetecía tenerla.

—¿Pero por qué diablos...?

-Llámalo un capricho —dijo Laurel secamente. El tono capcioso de su hija empezaba a crisparle los nervios.

-Un capricho muy caro, diría yo -comentó Marcia, con gesto de desaprobación-. ¿De dónde sale el dinero para pagar la pintura de la casa y los ladrillos y las cañerías, por no mencionar la mano de obra?

Laurel ladeó la cabeza.

-¿Qué es lo que te irrita más, cariño? ¿Los gastos de la obra o el hombre al que pago por hacer el trabajo?

-¡La abuela nos dijo que no te mostrarías razonable, y no la creí! -un color bilioso se extendió por la cara y el cuello de su hija, haciéndola parecer casi enferma.

-Dime, ¿por qué debería mostrarme razonable? No puedo creer que te quejes de que haya decidido limpiar el jardín, ni que te parezca mal que haya pintado la casa para impedir que se desmorone a mi alrededor.

Evan se aclaró la garganta y lanzó a su hermana una mirada apaciguadora.

—A nadie le parece mal que limpies un poco el jardín y pintes la casa, madre.

El tono excesivamente razonable de su voz, rayano en el paternalismo, tan parecido al que empleaba Howard cuando pensaba que Laurel empezaba a enfadarse, hizo que Laurel apretara los dientes. No quería ayudarlos en aquella absurda discusión.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

Evan estiró los hombros, sin atreverse a mirarla a los ojos, y se inclinó sobre la mesa de la cocina.

-La abuela está un poco enfadada por todo esto. Detesta que las cosas cambien en Ivywild, ya lo sabes. Dice que si te puedes permitir todas estas reformas, también podrás permitirte pagar mis gastos de la universidad.

-Sí, claro -dijo Laurel inmediatamente-. Tú sabes que lo habría hecho encantada si ella no se hubiera empeñado en asumir esa responsabilidad.

-Lo sé, pero no se trata solo de la matrícula. Están los gastos de la residencia y del coche, y los gastos diarios. La abuela iba a comprarme un Mazda nuevo antes de que pasara todo esto. Ahora, bueno... -se encogió de hombros.

La madre de Howard se estaba apoyando en Evan, utilizando la generosa asignación que le daba y la promesa de un coche nuevo para persuadirlo de que se pusiera en contra de Laurel. Lo más repugnante de todo era que su hijo había cedido a la presión.

No, no debía pensar así. Evan se hallaba dividido entre ellas dos, como lo habían estado él y Marcia desde la muerte de su padre. Al día siguiente del funeral, Mamá Bancroft se los había llevado a su casa. Había dicho que era por el bien de Laurel, para darle tiempo a que se recobrara sin que la molestaran las idas y venidas de un par de adolescentes. Laurel estaba demasiado confusa y aturdida para discutir: a duras penas había conseguido soportar el entierro. Sin embargo, habría querido estar al lado de sus hijos, poder abrazarlos y que ellos la abrazaran, para aliviar la pena y el horror que todos ellos sentían. Pero se los arrebataron, y pasaron semanas antes de que volviera a verlos. Cuando por fin los vio, la miraron con ojos acusadores. Desde entonces, nunca habían vuelto a actuar, ni a sentir, como el hijo y la hija que eran, como los chicos a los que ella tanto había querido antes del accidente.

-Me quedaba algo de dinero de mis padres -dijo-, y estos últimos años he tenido muy pocos gastos.. El dinero del seguro de... que recibí por la

muerte de vuestro padre todavía está en el banco. Así que puedo pagar los gastos que Mamá Bancroft no pueda permitirse, Evan. Incluso podría comprarte ese coche. Pero dime una cosa. ¿De veras crees que tu abuela va a castigarte por lo que ella considera mis faltas?

-No lo sé -musitó él.

-Yo tampoco -dijo Laurel-, pero preferiría pensar que no.

Marcia dijo:

-Hay algo más de lo que tenemos que hablar, madre. Es una completa vergüenza que ese chico, ese tal Stanton, ande rondando por aquí.

El tono remilgado de su hija resultaba casi cómico, pero Laurel no se rió.

-Ese chico, como tú lo llamas, es unos cuantos años mayor que tú.

-Sí, ya, ¡pero es bastante más joven que tú!

-¿Y qué? No anda rondando por aquí, ¿sabes? Trabaja para mí, y mucho, además. Y te darías cuenta si dejaras de pensar en el dinero y miraras a tu alrededor.

-Sí, ya veo que debe de resultarte de gran ayuda. En más de un sentido, seguramente.

-¡Marcia!

-¿Qué, madre? ¿Sabes lo que parece todo eso? ¿Tienes idea de lo que dice la gente? Yo siento vergüenza, y Jimmy está absolutamente indignado. Ha rezado de rodillas todas las noches de esta semana para que abandones esta relación pecaminosa y encuentres la redención en el Señor. Incluso se levantó el miércoles en la iglesia y le pidió a la congregación que se uniera a él para pedirle a Dios por ti...

-¡Qué! - Laurel levantó la cabeza, atónita y furiosa.

Marcia parpadeó rápidamente.

-Bueno. ¿Qué esperabas? ¿Es que creías que íbamos a ignorar lo que ocurre? ¿Que podías hacer lo que se te antojara sin que nadie dijera una sola palabra?

-Creía —dijo Laurel con voz clara- que mis hijos sentían algún respeto por mí. Creo que al menos alguien debería haberme preguntado si me estoy acostando con un hombre antes de empezar a rezar en público para que deje de hacerlo.

Los ojos de su hija adquirieron un brillo defensivo.

—Fue Jimmy, no yo. Ya sabes cómo es.

Laurel lo sabía. El marido de Marcia, hijo mayor de una familia que pertenecía a una de las iglesias no confesionales más conservadoras, se tenía por un hombre profundamente religioso. Desaprobaba a la madre de su mujer porque ya no asistía a la iglesia. A Laurel le parecía un perfecto fanático. Pero nadie le había pedido su opinión cuando Marcia se había casado con él dos años antes.

-Jimmy difícilmente podría haberse enterado de todo esto si tú no se lo hubieras contado -dijo Laurel-. No tiene ninguna razón para creer que Alec esté haciendo nada más que su trabajo, y no la tendría si tú, u otra persona, no lo hubierais convencido de lo contrario.

Marcia lanzó una risa chillona.

-¡Así que hace algo más que su trabajo!

-Yo no he dicho eso.

-Pero es cierto, ¿no? Por lo menos podrías admitirlo.

Laurel miró a su hija, asqueada porque las cosas hubieran llegado a aquel extremo, pero incapaz de ver cómo podía haberlo evitado. Con voz firme, dijo:

-Si me lo tienes que preguntar, es que no mereces que te conteste.

-Una respuesta muy cómoda, ¿no te parece? Sobre todo, si prefieres no mentir. Y tú nunca mientes, ¿verdad, madre? Nunca jamás.

-Basta ya, Marcia -fue Evan quien habló, cortando el comentario sarcástico de su hermana. Pero no miró a Laurel a la cara.

Las palabras de Marcia sugerían que Laurel había mentido la tarde en que su padre había muerto. Laurel sabía que eso era lo que pensaban sus hijos, pero nunca antes se lo habían dejado tan claro.

Cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto de defensa, y alzó la barbilla. Miró a Evan y a Marcia y dijo:

-Pensad lo que queráis, a mí me da igual. Pero recordad esto. Soy viuda y no tengo que rendirle cuentas a nadie. Lo que yo haga no es asunto vuestro.

Marcia abrió la boca, pero Evan le hizo un gesto tajante para impedir que contestara. Con mirada seria, dijo:

-Confía un poco en nosotros, ¿quieres, mamá? Nos preocupamos por ti sinceramente, de veras. Pero no puedes esperar que nos quedemos de brazos cruzados cuando está en juego tu seguridad.

-Mi seguridad -dijo ella en tono neutro.

-Sabemos quién es ese tipo y qué es lo que busca. Además, me he tomado la molestia de hacer algunas averiguaciones, y no me parece la clase de hombre con el que querrías relacionarte, aunque solo fuera para... eso.

Laurel dijo con desagrado:

—¿Para qué?

—No quiero ponerme desagradable, mamá, pero afrontémoslo. Los de su clase se aprovechan de mujeres solitarias y mayores como tú.

Ella no sabía si sentirse ofendida o echarse a reír.

-Te aseguro, Evan, que aún no tengo un pie en la tumba, y creo que todavía soy lo bastante lúcida como para saber cuándo alguien intenta aprovecharse de mí. Créeme cuando digo que Alec Stanton no ha intentado nunca sacarme dinero, ni de palabra ni de obra, y que no ha hecho o dicho nada que me lleve a pensar que podría intentarlo -era, pensó, la verdad exacta. Lo cual resultaba sorprendente, si se paraba a pensarlo.

-No, ya me lo imagino. Es demasiado listo.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

-Esperará hasta después de que os caséis -respondió Evan con aspereza.

Laurel levantó las manos.

—¡Ya me habéis casado con él! Bueno, supongo que al menos Jimmy se alegrará. Así dejará de aburrir a Dios con sus plegarias para que yo deje de vivir en pecado.

-O, tal vez -prosiguió Evan con agria insistencia- ese tal Stanton esperará hasta que te mueras.

La irritación de Laurel se convirtió en fría rabia.

—Se acabó -dijo-. No aguanto que calumniéis a alguien a quien ni siquiera conocéis y que no os ha hecho nada a ninguno de vosotros.

-Mamá -dijo Evan-, si quisieras escucharnos...

-He oído todo lo que necesitaba oír, muchas gracias. ¿Qué os hace pensar que podéis venir aquí y entrometeros en mi vida?

-¿Entrometernos? - rió Marcia-. Vaya, no te preocupes, que no volveremos a hacerlo. Vámonos. Evan.

-Cállate, Marcia -dijo Evan sin mirar a su hermana-. Mamá, la primera mujer de Alec Stanton, una mujer madura, como tú, murió en California.

-Lo sé y, para tu información, era mucho mayor que yo, casi...

-¿Sabías que a él lo arrestaron por su asesinato?

Laurel sintió que la sangre se le retiraba de la cara. Se quedó súbitamente fría, helada hasta la médula de los huesos. Un escalofrío la recorrió, erizándole la piel.

-No -musitó.

-Lo suponía -dijo Evan con satisfacción.

-No -repitió Laurel, pero no en respuesta al comentario engreído de su hijo. Fue una negación pura y simple. No quería que Alec fuera un asesino. No podía soportar que aquello fuera verdad.

7

Alec no fue a trabajar el lunes por la mañana. El domingo por la noche, Gregory empeoró y fue ingresado en la sala de urgencias del hospital local. Estaba bajo observación. Cuando, a primera hora de la mañana, la abuela Callie dejó la habitación de Gregory para ir a casa y descansar un poco, Alec le pidió que llamara a Laurel y se lo explicara. Después, se pasó el resto del día con Gregory mientras lo sometían a toda clase de pruebas agotadoras.

No había dudas sobre el diagnóstico básico, ni tampoco sobre las causas de su más reciente colapso: alimentación insuficiente combinada con medicación excesiva. Los médicos cambiaron la prescripción de su medicación contra el dolor y lo mandaron otra vez a casa.

El martes, cuando Alec aparcó frente a Ivywild, todo estaba extrañamente tranquilo y silencioso. Por fuera, todo parecía perfectamente normal. El coche de Maisie estaba en su lugar habitual, en el garaje, detrás del viejo Buick de Laurel, y un olor a cebolla y ajo frito indicaba que el ama de llaves estaba haciendo algo apetitoso para comer. Alec vislumbró a Laurel a través de una ventana del cobertizo, atareada en sus cuencos. La fuente funcionaba a la perfección, y el agua saltaba y caía con un sonido semejante al de la lluvia cayendo desde un tejado.

Pero a Alec le hubiera gustado que alguien saliera a recibirlo. Sticks, por lo menos, podía haberle dado la bienvenida ladrando.

Sticks, eso era lo que faltaba. El gran pastor alemán no había aparecido en la terraza para advertir a su ama de que un vehículo aparcaba en la entrada, no había salido corriendo a recibirlo, en busca de una palabra amable y una caricia, como hacía últimamente. Debía de estar con Laurel, montando guardia como un buen perro. O bien ella lo había encerrado otra vez, por alguna razón. Pero, naturalmente, también podía estar por ahí, cazando conejos o visitando a alguna novia.

Dejó de pensar en el perro al notar que Laurel había empezado a atar un hermoso rosal trepador de la variedad Zéphrine Drouhin a la pérgola que había sobre la puerta lateral, que él había reparado la semana anterior. Recogió la cinta adhesiva verde que Laurel había estado usando y se dispuso a acabar la tarea.

El rosal estaba cubierto de rocío, pero la cinta estaba seca. Alec frunció el ceño al darse cuenta de que el rollo de cinta verde no llevaba mucho tiempo junto al rosal. ¿Habría interrumpido Laurel la labor por la llegada de Maisie, o tal vez una llamada telefónica? ¿o tal vez lo había oído llegar y había huido al cobertizo porque no se atrevía a mirarlo a la cara después de lo que había ocurrido el viernes por la tarde?

No, seguramente no. Probablemente ella no había vuelto a pensar en aquel fugaz abrazo. El hecho de que él se hubiera pasado el fin de semana fantaseando sobre aquel incidente no significaba que a ella le importara lo más mínimo, de una manera o de otra. No había ninguna razón para pensar que Laurel se tomaría la molestia de evitarlo deliberadamente.

Cuando acabó con el rosal, se acercó al enorme pino que Laurel quería cortar, y alzó la vista hacia sus ramas inmensas, que se destacaban contra

el cielo. Todavía no había revisado el equipo de escalada, ni le había vuelto a recordar a Maisie lo de la sierra mecánica. Por otra parte, las rosas que Laurel había encargado para los nuevos macizos tampoco habían llegado. El árbol podía esperar.

Se dirigió hacia el garaje, rodeó el destartalado coche de Laurel y abrió el capó. No estaba tan mal como había pensado. Una buena limpieza, un cambio de aceite, un par de correas nuevas, un poco de agua y de cera, y quedaría como nuevo. Unos minutos después, estaba metido hasta los codos entre manguitos resecos y filtros llenos de grasa, preguntándose qué diría Laurel cuando descubriera en qué estaba gastando el tiempo.

Primero, haría funcionar el coche; luego, haría que Laurel se montara en él. Quizás ella nunca sería suya, pero no podía soportar verla encerrada allí. La casa era antigua y hermosa, y él sabía que la adoraba; pero había vida más allá de sus altos muros. Tener un jardín no era suficiente; se lo haría comprender a Laurel, por mucho que le costara. Iba a sacarla de Ivywild aunque tuviera que dejarse la vida en el empeño.

Estaba de rodillas, quitando un neumático deshinchado, cuando oyó un ruido. Se detuvo para escuchar.

Volvió a oírlo: un suave gemido. Dejó el neumático, se puso en pie y salió del garaje. Observó el jardín, girando la cabeza lentamente mientras escuchaba.

Nada. Sin embargo, estaba casi seguro de haber oído al perro de Laurel.

-¿Sticks? -lo llamó en voz alta, y luego dio un silbido.

El perro respondió con un gemido. El sonido procedía de la arboleda que bordeaba el río, en la parte trasera de la casa. Alec salió corriendo en aquella dirección.

Sticks intentaba arrastrarse, escarbando con sus grandes patas entre la maleza y el fango. Movió débilmente la cola al ver a Alec. Había dolor en la negrura insondable de sus ojos. No podía levantar la cabeza. El hedor que exhalaba y la baba que festoneaba su hocico no dejaban lugar a dudas.

-¿Qué ha pasado, pequeño? -dijo Alec suavemente, agachándose a su lado-. ¿Quién te ha hecho esto?

El perro emitió un sonido débil y sacó la lengua. Tenía sed. Alec extendió una mano hacia su cabeza, con la intención de tomarlo en brazos y llevarlo corriendo al veterinario. Pero, al girar el cuello inerte del animal, vio que los grandes y suaves ojos del animal empezaban a apagarse.

-Oh, Sticks -musitó, acongojado, y le acarició suavemente la cabeza-. ¿Qué va a decir Laurel? ¿Cómo se lo tornará? ¿Qué va hacer sin ti?

Justo entonces, oyó que Laurel gritaba. Se giró y vio que corría hacia él desde el cobertizo. Su primer impulso fue mantenerla alejada, impedirle que viera al perro, pero ya era demasiado tarde. Estaba pálida y sus ojos parecían enormes. Miraba fijamente el cuerpo tendido, oscuro, del animal.

Cayó de rodillas al lado de Alec. Este se apartó. Ella tendió los brazos hacia el perro, pero le temblaban las manos. Vio sus ojos vacíos, las moscas que empezaban a arremolinarse a su alrededor. Un insoportable gemido de dolor salió de su garganta.

Sticks le lamió los dedos una vez. Sus costados palpitaron en un último y trabajoso estertor. Después, murió.

Laurel se giró hacia Alec con los ojos llenos de rabia y de dolor.

-¿Por qué lo has hecho? -gritó-. ¿Por qué has tenido que matarlo?

Alec se quedó paralizado unos segundos, como si se hubiera vuelto de piedra. Luego se puso en pie.

Laurel sintió que el aliento se le helaba en la garganta cuando él se irguió lentamente sobre ella. Tenía la amargura petrificada en el rostro, los labios tensos; el cuerpo rígido por la rabia contenida, los músculos contraídos.

-Su perro ha sido envenenado -dijo con implacable serenidad-. Ocurrió hace horas. Yo no estaba aquí -le dio la espalda con tenso aplomo y empezó a alejarse.

Envenenado. Laurel miró el cuerpo de Sticks, comprendiendo súbitamente. Sí. Oh, Dios, sí. Las pruebas eran evidentes: la espuma alrededor del hocico, el rictus que dejaba al aire los dientes apretados, aquel hedor intolerable. Ella había crecido en el campo, hubiera podido reconocer aquellos síntomas si no la hubiera cegado la sospecha. Se quedó sin aliento, como si las breves palabras que Alec había dicho en su defensa hubieran sido golpes asestados contra su pecho.

- ¡Alec! -él no se detuvo, no se dio la vuelta, fingió no haberla oído-. ¡Alec, espera! Te oí llamarlo. Cuando me asomé, te vi inclinado sobre él. Pensé que...

Su explicación entrecortada no surtió efecto. Él siguió caminando.

¿Por qué iba a escucharla? Ella lo había juzgado y hallado culpable en cuestión de segundos, sin ninguna prueba, sin molestarse siquiera en pensar que tal vez las cosas no fueran lo que parecían. Y todo porque una vez lo había visto derribar a Sticks en un abrir y cerrar de ojos.

Pero no solo era eso, claro. Las cosas terribles que se decían de él habían contribuido a sus sospechas.

Un gigoló que se aprovechaba de mujeres mayores. Arrestado por asesinato.

Laurel no podía quitarse aquellas cosas de la cabeza. Si él era capaz de matar a una mujer, ¿por qué no a un perro?

Sí, ¿pero y si todos se equivocaban... Mamá Bancroft y Evan, y hasta Gregory Stanton? Aquella idea la perseguía sin cesar. Ella misma había sido juzgada y condenada *in absentia* por las habladurías de sus vecinos y familiares. ¿Por qué no iba a sucederle lo mismo a Alec? Y, si así era, si él era inocente, ella había cometido un terrible error.

Laurel sabía lo que era ser injustamente acusada. Conocía el dolor y la rabia inútil que llevaba como un peso sobre los hombros. Conocía la humillación de no ser creída; estaba familiarizada con la soledad, su única defensa contra la infamia, contra quienes la miraban con ojos acusadores.

Se puso en pie y corrió tras Alec. Cuando lo alcanzó, lo agarró del brazo y lo hizo girarse.

-Alec, lo siento -dijo, buscando sus ojos, oscuros como el chocolate amargo-. No quería decir eso. Por favor, yo... -se le quebró la voz, anegada por la llegada repentina de las lágrimas. De pronto sentía ganas de llorar por

Alec, por ella misma, y también por Sticks y por todo lo que había significado para ella.

Alec sintió que la compasión lo embargaba. Su expresión cambió.

-No llores -musitó, extendiendo una mano para enjugarle las lágrimas.

-No puedo evitarlo -dijo ella, frotándose las mejillas con la mano-. Todo es tan... tan terrible.

-Sí -él tomó aliento y suspiró. Apartó la vista de ella, cuadró los hombros-. Entra en la casa. Yo iré por una pala.

No hacía falta preguntar para qué.

—No puedo dejar que lo hagas solo. Sticks era mío, era mi responsabilidad. Ojalá... Lo dejé salir anoche, de madrugada, y sabía que no había vuelto esta mañana, pero no le di importancia porque a veces se iba y tardaba en volver.

-¿Lo dejaste salir? ¿Por qué?

-Creo que oyó algo, porque ladraba y arañaba la puerta.

-No debiste... - se calló, apretando los labios como si quisiera impedir que salieran las palabras.

-Lo sé —gritó ella, pasándose la mano por el pelo, aturdida-. No debí dejarlo salir, ¿pero como iba a imaginar que pasaría esto?

-Iba a decir que no debiste abrir la puerta. ¿Y si quienquiera que estuviera ahí fuera estaba esperando a que Sticks saliera de la casa?

Ella lo miró fijamente.

-No lo había pensado.

-Pues piénsalo —dijo él con aspereza.

-Y, ahora, Sticks está muerto.

-Exacto -dijo con voz seca-. Sticks está muerto -desvió la mirada-. Bueno, ¿me traes una manta, o voy yo por ella?

Envolvieron al gran pastor alemán en una colcha vieja y lo enterraron bajo un roble viejo y enorme, no muy lejos del riachuelo. Era un lugar agradable, un pequeño claro donde crecía la madreselva y la brisa soplaba, cantando, entre las ramas oscuras. Aunque Laurel no era especialmente devota, pronunció en silencio una plegaria. Alec señaló la tumba con una piedra de pizarra plana colocada de canto y clavada en el suelo. Después, regresaron a la casa en medio de la cálida quietud del día de primavera.

Alec apenas había hablado, pero se había mostrado amable y eficiente, y le había evitado a Laurel los aspectos más duros del enterramiento. Mientras caminaba a su lado, ella sentía la compasión y el afecto que emanaban de él en oleadas, envolviéndola con una sensación de inagotable consuelo.

Laurel no podía evitar preguntarse qué habría ocurrido si Alec hubiera estado allí cuando murió Howard, si hubiera podido contar con su comprensión y su fortaleza cuando todos los demás la habían abandonado. Debía reconocer que era extraño pensar así de un hombre que podía ser un asesino.

Pero sin duda no lo era. Si lo hubieran condenado por la muerte de su mujer, estaría en la cárcel. A no ser, por supuesto, que hubiera recibido una de esas sentencias suaves por las que era célebre la justicia de la muy liberal California. En ese caso, sin duda habría habido circunstancias

atenuantes.

Y, aunque todo lo que la gente decía fuera cierto, lo único que ella tenía que hacer para protegerse era evitar rendirse a los encantos de Alec.

Debía abandonar su absurda idea de hacerlo trabajar y después despedirlo sin ninguna compensación. Para empezar, aquella idea ponía en peligro su serenidad mental. Pero, sobre todo, no le ofrecía ninguna garantía. Alec no le había dado ninguna razón para pensar que tuviera segundas intenciones en lo que a ella concernía, y era ridículo concederle crédito a las cosas que contaba Sadie Bancroft. Alec se merecía una oportunidad. Era lo menos que podía hacer para demostrarle su gratitud por la ayuda que le había prestado.

Cuando llegaron a la puerta lateral, Laurel se volvió para mirarlo. Él le devolvió la mirada con expresión vacía; deliberadamente vacía, pensó ella, y se preguntó en qué estaría pensando, qué vería cuando la miraba así.

La pregunta que surgió de sus labios sonó áspera, brusca, imprecisa.

-¿Te quedarás?

Él la miró con un fugaz destello de afecto.

-¿Por qué iba a marcharme?

El corazón de Laurel se aceleró, poseído por el más puro terror. Debía de estar loca por lo que acababa de decir, por lo que pensaba hacer. Pero no se sentía loca. Se sentía firme, desafiante. Sentía una profunda empatía que le era completamente desconocida, una profunda compasión por un ser humano al que todo el mundo quería convertir en un excluido. Como habían hecho con ella.

-Por lo que dije antes -contestó al cabo de un momento.

Él miró a lo lejos distraídamente.

-Tenías tus razones.

-Debería haberte preguntado qué pasaba, haberte escuchado.

-¿Lo harás la próxima vez? —preguntó él secamente.

-Sí, por supuesto -era mentira, y ella nunca mentía. Pero había veces en que era demasiado peligroso decir la verdad.

-Entonces -dijo Alec suavemente-, me quedaré mientras me necesites.

Aquello era lo que ella quería oír. A veces, valía la pena arriesgarse.

Laurel dejó a Alec junto a la puerta y entró en la casa. Él estaba trabajando en algo. Laurel pensó que probablemente estaba reparando el cortacésped, pues tenía las manos manchadas de grasa.

Maisie estaba en la cocina; Laurel oyó el murmullo bajo de la radio que el ama de llaves solía tener encendida, y el ruido del agua en el fregadero. Caminó en aquella dirección, sintiéndose cansada y abatida.

Maisie, que estaba frente al fregadero, se dio la vuelta al oírla entrar y la miró con preocupación.

-¿Ya lo habéis enterrado? -Laurel asintió tristemente-. ¿Y tú? ¿Te encuentras bien?

Laurel se encogió de hombros y suspiró.

-Me siento como si hubiera perdido a un miembro de mi familia.

-Y así es, en cierto modo. Sticks ha sido casi tu única compañía estos últimos años.

Laurel no contestó; se acercó a un armario y sacó una taza, se sirvió un

café de la cafetera que siempre estaba lista, y se lo llevó a la mesa.

-Has debido preguntarle a Alec si quería un café.

-Él nunca toma café, ¿no lo has notado? -Laurel hizo una mueca-. Y yo también debería dejar de tomarlo.

Maisie se secó las manos con un paño y se acercó a mirar el guiso que cocía en una cacerola negra de hierro.

-Pero si ese es el único vicio que tienes…

-Podías sentarte y hacerme compañía - sugirió Laurel.

-Si quieres -dijo la mujer mayor, con cierta aspereza.

Laurel observó a su ama de llaves mientras ésta se preparaba una taza de café. Sintió que se le crispaban los nervios cuando Maisie finalmente se sentó frente a ella, sirviéndose azúcar con un movimiento preciso que hizo repicar musicalmente la cucharilla contra las paredes de la taza. Por fin, Laurel dijo:

—Hay algo que te preocupa, ¿no? Algo que yo debería saber.

-Tú ya tienes bastante de qué preocuparte -dijo Maisie, sacudiendo la cabeza-. No quiero darte más quebraderos de cabeza.

Con voz tensa, Laurel le preguntó:

-¿Es sobre Alec?

-Sí. Bueno, en realidad, es sobre ti y sobre Alec, y también sobre Gregory. Circulan tantos chismes por ahí, que es difícil saber a quién se refieren.

Laurel se cubrió los ojos con los dedos; empezaba a dolerle la cabeza.

-Creo que será mejor que me lo digas.

-¿No has notado que últimamente hay más tráfico por aquí?

-¿Sí? Ah, supongo que te refieres a esos dos o tres coches que han pasado delante de la casa.

-Más de dos o tres, y eso sin contar los que reducen la velocidad para echar un vistazo. Buitres, eso es lo que son, esperando ver si la moto de Alec está aparcada ahí fuera, aunque no sé qué diablos pretenden averiguar con eso -Maisie sacudió la cabeza sin mirar a Laurel a los ojos-. Y, además, parece que ese idiota de tu yerno le pidió a Dios que te perdonara por cometer fornicio con…

-Eso lo sé -la interrumpió Laurel.

-Entonces, supongo que te imaginarás que esto es lo más excitante que ha pasado en esa iglesia desde que sorprendieron al director del coro con la mujer del diácono en la vicaría. Esas viejas arpías echan espumarajos por la boca con solo pensarlo.

Laurel no pudo evitar sonreír, que era posiblemente lo que pretendía su ama de llaves. Sacudió la cabeza ligeramente y dijo:

-Ya se les pasará.

-Lo dudo -dijo Maisie con tristeza. Laurel ladeó la cabeza inquisitivamente-. Parece que hay alguien empeñado en que este asunto no se olvide. Ayer por la tarde, me pararon dos personas en la tienda para preguntarme si había visto una copia de la carta que anda circulando por ahí.

Laurel se quedó callada un momento. Por fin preguntó:

-¿Qué carta?

-Yo diría que una carta envenenada, en la que, según dicen, se llama al pan pan y al vino vino, y se habla del ya sabes qué. Y la cosa no acaba ahí.

-¿Qué quieres decir? -el dolor de cabeza de Laurel se había convertido en una aguda punzada.

-La carta dice que Gregory tiene sida. Que ha venido a morir aquí.

Laurel masculló una maldición. ¿Cómo podía alguien escribir una carta semejante? Debían de estar locos. No había otra explicación. ¿O sí?

-Supongo que no habrá forma de impedir que Alec se entere.

-Lo dudo. De todas formas, imagino que él ya sabrá a lo que se enfrenta, ¿no te parece?

-Creo que sí. Pero todo esto es tan... -se interrumpió; le faltaban las palabras para expresar su abatimiento y su aseo.

-¿Vergonzoso? -dijo Maisie-. Pues sí.

-Me refiero a que las habladurías ya son bastante feas por sí solas, pero ponerlas por escrito y meter a Gregory de por medio es añadir el insulto a la infamia. Gregory está muy enfermo. ¿Cómo va a sentarle todo esto? Y, además, alguien ha envenenado a Sticks -Laurel se pasó la mano derecha por el pelo-. ¿Qué está ocurriendo, Maisie? Yo no lo entiendo.

El ama de llaves sacudió la cabeza.

-Yo tampoco, sinceramente -hizo una pausa-. ¿Quién crees que habrá escrito esa carta?

La pregunta, Laurel lo sabía, era retórica. Al mirar los ojos azules de la mujer que tenía frente a ella, comprendió que ambas estaban pensando en la misma persona. Dijo lentamente:

—Sin duda cree que hay algo entre Alec y yo. —Maisie asintió.

—Sí, y no le gusta nada que le plantes cara.

-Siempre le ha gustado meter cizaña utilizando el correo. Según decía Howard, le encanta mandar cartas a los periódicos y unirse a campañas contra toda clase de fechorías.

-No hay nadie más santurrón que un pecador reformado -masculló Maisie, haciendo una mueca.

-¿Cómo dices?

La otra mujer pareció sorprendida.

-Bueno, ¿y qué dirías tú que es, si no?

-¿Estamos hablando de Mamá Bancroft? -preguntó Laurel, vacilante.

-No sé tú, pero yo sí.

-Pero ella siempre ha despreciado a los que se apartaban del buen camino, siempre habla de ellos como si fueran lo más bajo sobre la faz de la tierra.

-Pura hipocresía -dijo Maisie dando un bufido-. Yo podría contarte un par de cosas que te pondrían los pelos de punta.

Por lo común, Laurel sentía escasa inclinación por el chismorreo. Siendo tan celosa de su intimidad, le desagradaba husmear en las vidas de los demás. Pero también era cierto que sentía poco interés por ellas. Los libros y las ideas siempre le habían parecido más importantes. Pero aquel caso era distinto. Ahora, ella estaba personalmente involucrada, quisiera o no.

Con mirada firme, le preguntó a Maisie:

-¿Cómo qué, por ejemplo?

-Bueno -comenzó a decir el ama de llaves, y alzó una mano para atusarse los rizos blancos; después, se alisó el delantal sobre su rotundo vientre-, puede que no lo creas, pero allá por los años cincuenta yo era todo un torbellino. Hacía poco que había terminado la guerra, ¿sabes?, y las chicas nos volvíamos locas por cualquier cosa que llevara uniforme. Solíamos juntarnos en pandilla para ir a Leesville. Quedábamos con soldados de Fort Polk y nos íbamos a cualquier club donde tocara una banda. ¡Si nos hubieras visto bailar! Eso sí que era baile, y no esos brincos que se dan hoy en día.

Sonriendo. Laurel pregunto:

-¿Mamá Bancroft era de tu pandilla?

—No, claro que no. Ella ya estaba casada y tenía dos niños pequeños. Su marido y ella tenían toda clase de problemas, andaban siempre como el perro y el gato. Él bebía a escondidas, o eso decían, y ella tenía muy mal genio. A él le gustaban las faldas, y ella era terriblemente celosa. Recuerdo que una vez hasta tuvo que intervenir la policía. Al parecer, se pelearon porque él había bebido. El marido no quería discutir, así que se fue a la cama. Y ella calentó el aceite en el que había estado friendo patatas para la cena, y se lo vertió en el oído.

—¡Uf! —dijo Laurel, estremeciéndose.

-Sí, esa mujer era todo un carácter, ya lo creo -dijo Maisie, sacudiendo la cabeza -. Pero yo pensaba más bien en otra forma que tenía de vengarse de él. Su marido era camionero y de vez en cuando trabajaba de noche. Y, cuando eso sucedía, solíamos encontrárnosla en los bares de Leesville, siempre acompañada de algún soldado. No sé si lo hacía por gusto o si de esa forma se ganaba algún dinero extra, pero de lo que estoy segura es de que no estaba en casa, cuidando de Howard y Zelda.

Laurel puso el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la palma de la mano, mirando a Maisie. Al cabo de un momento, dijo:

-No puedo creerlo. Sencillamente... no puedo creerlo.

-Lo sé, pero a menudo la gente no es lo que parece. En cualquier caso, su marido la dejó al poco tiempo; simplemente se fue una noche y ya no regresó nunca. Alguien dijo que había escrito una vez, por el cumpleaños de Howard, pero después, nada. Al cabo de un tiempo. Sadie sentó la cabeza, se marchó de esta casa. se compró otra en el pueblo y se entregó a la religión. Lo demás, ya lo sabes —Laurel sacudió la cabeza, asombrada. Luego frunció el ceño-. ¿Qué pasa? -preguntó Maisie.

Laurel quitó el codo de la mesa y tomó un sorbo de caté. Hizo una mueca y dijo:

- Sólo estaba pensando que una mujer capaz de verter aceite hirviendo en el oído de su marido sería capaz de cualquier cosa.

-Yo también lo creo -dijo Maisie. Laurel vaciló.

-¿Incluso de matar a Sticks?

-A ella nunca le gustó el perro, ¿verdad?

Eso era cierto, pero Mamá Bancroft siempre había temido a Sticks. Le

costaba imaginarse a su suegra acercándose a él con una hamburguesa envenenada. Lo cual no significaba, por supuesto, que no la hubiera dejado fuera mientras el perro estaba encerrado en la casa, a fin de que la encontrara más tarde.

Sintió un escalofrío y sacudió la cabeza para alejar aquella imagen. No quería pensar en ello. Con voz tensa, preguntó:

-¿Qué voy a hacer?

-Creo que podrías empezar por conseguir una de esas cartas.

-Dudo que alguien quiera darme una.

-No -dijo Maisie-. Pero puede que a mí me dejen echarle un vistazo, hacer una fotocopia.

-¿Y luego qué? -preguntó Laurel-. Si resulta que ha sido Mamá Bancroft, ¿qué puedo hacer? ¿Denunciarla por uso indebido del correo, o algo así? ¿Demandarla por difamación?

-Yo diría que se asustaría si creyera que sospechamos que está detrás de todo esto.

Laurel se frotó las sienes, aturdida por el dolor.

-Entonces, ¿debo ir a hablar con ella? Supongo que podría hacerlo.

-Sería mejor que quedarse de brazos cruzados.

Lo cual era una verdad innegable.

Maisie apuró su café, echó hacia atrás la silla y se levantó para llevar la taza al fregadero. Por encima del hombro, dijo:

-Por fin encontré esa sierra que quería Alec. ¿Puedes decirle que la saque del maletero de mi coche antes de que me vaya?

-Sí, claro.

-Deberías tomarte algo para el dolor de cabeza -añadió Maisie en tono severo.

-Lo haré -dijo Laurel, percibiendo la preocupación que se ocultaba tras la brusquedad de su ama de llaves. Pero aún pasó algún tiempo antes de que pudiera moverse.

8

A Laurel le resultaba insoportable mirar.

Alec se había subido a la copa del pino. Estaba colgado a unos quince metros del suelo. Solo lo sostenían sus botas de escalada con clavos y el ancho cinto que rodeaba al mismo tiempo el enorme tronco del árbol y su cintura. Demostraba una confianza sorprendente en su equipamiento al estirarse para maniobrar con la sierra mecánica sobre una gruesa rama. Los músculos de su espalda se contraían y la camisa se le tensaba sobre los hombros. Tenía un aspecto poderoso, magnífico. Pero parecía estar en peligro.

Esa mañana, el ruido ensordecedor de la sierra mecánica había arrancado a Laurel de la cama. Cuando salió a ver qué pasaba, Alec ya había cortado una rama, que se había estrellado pesadamente contra el suelo, y se disponía a cortar la siguiente.

La tarde anterior, le había explicado a Laurel que primero cortaría las ramas más bajas, y después se subiría a lo alto de la copa para ir cortando el tronco por secciones, empezando desde arriba, para asegurarse de que el árbol no se desplomaría sobre la casa, el garaje, la valla o los arbustos del jardín. Laurel sabía que tenía que trepar hasta la copa del enorme pino para hacerlo. Pero no había comprendido el riesgo que aquello implicaba.

Sentía el impulso de gritarle que se bajara. Pero él no podría oírla con el ruido de la sierra, y seguramente, aunque la oyera, tampoco le haría caso.

La sierra despedía una lluvia de astillas y serrín amarillo. El olor resinoso del pino flotaba, denso, en el ambiente. La rama crujió y, cuando Alec retiró la hoja de la sierra, cayo pesadamente, silbando. Golpeó el suelo con un ruido ensordecedor. Laurel, de pie en la escalinata, notó que la tierra vibraba.

Alec podía caerse y estrellarse contra el suelo de la misma manera. O podía resbalar y la sierra mecánica cercenaría su carne cálida en décimas de segundo.

No, no podía mirar; sus nervios no lo soportaban. Se dio la vuelta y entró en la casa.

Aguantó dentro unos cinco minutos, pero tampoco soportaba estar allí, sin saber qué ocurría. Sacó del armario un par de vaqueros negros y una camiseta de cuello de caja y rayas blanquinegras y se los puso. Todavía era temprano. Maisie aún no había llegado. Laurel tomó un melocotón del frutero de la cocina y se dirigió al cobertizo.

La noche anterior, después de que Alec y Maisie se marcharan, había empezarlo a hacer otro fauno; aquello le había parecido preferible a vagar sola por la casa. Trabajó en él hasta muy tarde, intentando agotarse para no quedarse despierta pensando en Sticks y atenta a todos los crujidos de la noche. Hasta entonces, gracias al perro, se había sentido segura en la vieja casona; pero Sticks ya no estaba.

Aquella nueva plancha de barro, mucho más cercana al espíritu de la *Bocca della Verità*, representaba el rostro de un viejo con la boca abierta. Pero Laurel había prescindido de la fiereza del original y la había sustituido

por un gesto de bondadosa probidad. El hombre del relieve parecía suponer que le dirían la verdad, en lugar de amenazar con las aciagas consecuencias que amenazaban a quien le mintiera.

La plancha estaba casi terminada. Y, de todas formas, Laurel no podía concentrarse. Estaba atenta a los largos silencios que se producían entre el zumbido de la sierra y los golpes secos de las ramas que caían al suelo. Pero, no obstante, podía encender el horno y preparar la plancha de barro para el fuego.

Al apartarse del gran horno, notó que faltaba la vasija azulada. Seguramente Alec se la había llevado para hacer algo con ella; fuera lo que fuera, había guardarlo el mayor secreto al respecto. ¿Pero dónde la había puesto? Laurel salió del cobertizo, en busca de la vasija.

Cuando por fin la encontró, apenas la reconoció. Alec la había convertido en un pequeño estanque. O quizás esa no fuera la palabra adecuada, pensó Laurel. En realidad, parecía mas bien un espejo de agua.

Alec la había puesto sobre el tocón de un árbol junto al que crecían helechos, musgo y una vieja yedra que trepaba por un arco de hierro. Estaba llena de agua hasta el borde, y por un lado reflejaba las ramas enmarañadas y nudosas de la yedra, y por el otro devolvía únicamente el azul claro del cielo. Colocada en perfecto equilibrio sobre el tocón, el agua que contenía reflejaba una quietud inmaculada. De cuando en cuando, una brisa rizaba su superficie y la sombra de una nube pasaba sobre ella. Mientras Laurel la miraba, parecía irradiar calma y paz infinitas. Ni el rugido ensordecedor de la sierra mecánica, ni el denso aroma de la madera recién cortada atenuaban su efecto.

Era tan simple: solo una vasija llena de agua. Y, sin embargo, el lugar que ocupaba y la intención con que había sido colocada la transformaban en algo parecido a una obra de arte. Laurel se dio la vuelta lentamente, buscando la copa del altísimo pino que sobresalía por encima del tejado de la casa para mirar a Alec.

Este se encontraba ya en lo más alto del árbol, con un pie apoyado en el tocón de una rama que había cortado minutos antes. Con los músculos crispados por la tensión, sujeto por el cinturón de seguridad, se apartaba del tronco para hacer un corte horizontal en él. Los brazos le temblaban por el traqueteo de la sierra. De la hoja de la sierra salían despedidas esquirlas de madera que rebotaban contra su cuerpo, se quedaban prendidas a su pelo, cubrían su pecho y sus brazos y las perneras de sus pantalones, y después caían como confeti fuertemente aromático.

Laurel oyó un ruido seco. La sección del árbol que Alec intentaba derribar se estaba desgarrando. Crujió al empezar a ladearse. Se balanceó, lista para caer. Alec apartó la sierra y la apagó. Se echó hacia atrás y hacia un lado, dejando que el cinturón de seguridad aguantara todo su peso, y se estiró cuanto pudo para apartarse del fragmento de tronco que comenzaba a desplomarse.

Por fin se partió. La sección cercenada golpeó contra el tronco y cayó pesadamente. El árbol se estremeció y osciló, meciendo a Alec de un lado para otro.

De pronto, el grueso cinturón que lo sujetaba se soltó, convirtiéndose

en una serpiente marrón que se curvó contra el cielo. La sierra, sujeta al cinto, se columpió un instante y luego cayó, arrastrando con ella la faja de cuero.

Laurel contuvo el aliento. A través de la calina de sus ojos, vio que Alec se agitaba en el aire, estirando los músculos para aferrarse al tocón de una rama cortada. Se quedó colgado de una mano y se balanceó para intentar abrazarse al tronco, intentando al mismo tiempo sujetarse a él con los clavos de las botas.

Los clavos rasparon la corteza y resbalaron. Alec se soltó. Cayó erguido y desapareció tras el tejado de la casa, tras la copa cortada del árbol.

Laurel gritó: un sonido agudo, nítido, que se perdió bajo el retumbar del tronco que golpeaba contra el suelo. Luego echó a correr hacia la parte delantera de la casa.

En su mente bullía una escena espantosa teñida del color de la sangre. El aliento le raspaba la garganta dolorida. Una punzada como de cuchillo le traspasaba el costado, pero la ignoró y dobló velozmente la esquina de la casa. Mientras se deslizaba entre el garaje y la pared de la casa, intentaba alejar de su mente aquellas terribles imágenes en las que veía a Alec destrozado, empalado en una estaca de la cerca, o aplastado por la copa del árbol, o mutilado por la sierra mecánica...

Entonces, lo vio. Estaba tendido en un lecho de oscuras ramas de pino. Estaba tumbado con los brazos abiertos, arañado, magullado y medio enterrado entre pinochas, esquirlas de madera y fragmentos de corteza. Tenía los párpados cerrados y mortalmente quietos.

Laurel dejó escapar un sollozo y cayó de rodillas. ¿Qué debía hacer? ¿Llamar al número de emergencias? ¿Llamar al hospital para que mandaran una ambulancia? ¿O sería más rápido arrastrarlo hasta la motocicleta e intentar...? No, no podía hacerlo. No debía moverlo. Una ambulancia, entonces, cuanto antes.

Mientras esos pensamientos se agolpaban en su mente, extendió las manos temblorosas para quitarle los fragmentos de corteza de los párpados, la nariz, el hoyuelo de la mejilla... Miró sus piernas y sus brazos. No parecía tener nada roto. El montón de ramas cortadas había amortiguado la caída, pero debajo de Alec había una rama que podía haberle roto la espalda.

Le desabrochó apresuradamente la camisa manchada de sangre. Puso la mano sobre la superficie dura y arañada de su pecho, hundiendo los dedos en la suave mata de vello y apoyando la palma sobre su corazón.

Latía. Gracias a Dios.

Pero entonces sintió que su pecho vibraba con un movimiento parecido al de la risa.

La voz de Alec sonó baja y entrecortada.

-Creo que el boca a boca me vendría bien para reanimarme, si quieres intentarlo.

Ella cerró los ojos y sintió las lágrimas en los párpados. Luego los abrió de golpe. Cerró el puño y le dio un puñetazo en el pecho.

-Maldito seas -dijo con los dientes apretados-. ¡Me has dado un susto de muerte!

-Eh, que yo también me he asustado -él la agarró de la muñeca cuando

ella ya se disponía a golpearlo otra vez. Ten cuidado con los arañazos, ¿quieres?

Ella se estiró, con los ojos muy abiertos, y lo recorrió otra vez con la mirada.

-¿Seguro que no estás herido?

Él le lanzó una mirada cansada y burlona.

-¿Vas a pegarme otra vez si no lo estoy?

-Podría ser.

-Pues, entonces, tengo un golpe en la rodilla, una contracción en el hombro y un chichón en la parte de atrás de la cabeza del tamaño de un balón de baloncesto. ¿Puedes prestarme tu botiquín?

Con la cara tensa, ella dijo:

-Quizá, si de verdad lo necesitas.

-Me alegro, porque creo que sí lo necesito -hizo una mueca, se apoyó sobre un codo y le apretó la muñeca-. Puedes empezar ayudándome a levantarme.

Le dolieron todos los huesos del cuerpo cuando se incorporó. No recordaba la última vez que se había encontrado tan dolorido, excepto, tal vez, tras su primera pelea callejera, cuando tres tipos el doble de grandes le dieron una soberana paliza.

Había estado a punto de matarse. Solo había tenido un instante para elegir el lugar de aterrizaje. Después de golpear el suelo, había estado inconsciente un par de segundos. Pero podía haber sido peor, pensó, aturdido, mientras Laurel le pasaba un brazo alrededor de la cintura.

-¿Qué ha pasado ahí arriba? -preguntó Laurel.

Alec apoyó ligeramente una pierna para ver si podía caminar.

-Se rompió el cinto -logró decir entre dientes. Su hombro estaba bien, pero la rodilla tardaría varios días en recuperarse.

Ella le lanzó una mirada penetrante.

-Pensaba que lo habías revisado.

-Y lo hice. Hace un día o dos -esa mañana, no había vuelto a revisar el equipo. ¿Para qué, si parecía en perfecto estado?

Ella se quedó callada unos minutos mientras avanzaban lentamente por el caminito que llevaba a la escalinata. Luego dijo, irritada:

—No debí pedirte que cortaras ese estúpido árbol.

-No ha sido culpa tuya -dijo él suavemente, agradeciéndole su preocupación pese a que le estaba costando mucho esfuerzo subir los escalones-. Debería haber tenido más cuidado.

-Sí, eso es verdad -dijo ella con aspereza.

Él sonrió, sin poder evitarlo. Laurel parecía enfadada, pero en realidad su enfado era ficticio, y él lo sabía.

Ella tenía la mano estirada sobre su piel desnuda, metida bajo la camisa abierta, y las suaves curvas de sus pechos rozaban las costillas de Alec cada vez que daba un paso, renqueando.

Y, además, por fin iba a entrar invitado en la casa, aunque casi había tenido que matarse para lograrlo.

Ella lo llevó al cuarto de baño y le hizo sentarse sobre la tapa del inodoro. Era una habitación amplia y cuadrada, con un ventanal alto de cristales opacos, una bañera sin empotrar, un lavabo con pedestal, un radiador y una mecedora junto a la que había un revistero y un tiesto con un helecho. Alec lo recorrió todo con la mirada y después se quedó quieto, mirando a Laurel mientras esta llenaba el lavabo con agua caliente y sacaba un par de cosas de un armario poco profundo que colgaba de la pared. Empapó una toalla, la frotó con jabón y se volvió hacia él.

-Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me lavaron como si fuera un niño -dijo Alec, disfrutando de la expresión compungida de Laurel.

—Y pasará mucho más si no te callas - lo informó ella.

-Sí, señora.

—No hagas eso -dijo, tensando los labios.

-¿Qué, señora? - su mirada era sumamente inocente.

—Comportarte como un sirviente cuando sabes perfectamente que no lo eres.

—Sí, señora, no lo haré más.

Ella apretó la mandíbula, pero no respondió.

Puso dos dedos bajo la barbilla de Alec y le pasó la toalla caliente por la cara, teniendo cuidado con los arañazos que le había dejado su breve pero íntimo encuentro con el tronco del árbol. Alec pensó que no le costaría acostumbrarse a aquello y suspiró de forma inaudible.

Ella, por supuesto, intentaba apartarse de él cuanto podía, estirando los brazos sobre los largos muslos de Alec. Este separó las rodillas y agarró a Laurel por la cintura para colocarla entre sus piernas. Ella estaba tan concentrada limpiándole la cara que apenas pareció notarlo. Alec dejó las manos sobre su cintura.

El cuerpo de Laurel era suave y flexible bajo la ligera camisa de algodón. Olía a jabón, a jazmín y a sol, y también, ligeramente, al aroma ácido de la arcilla. Alec tensó los dedos un instante, y luego la soltó con gran esfuerzo. Necesitaba pensar en otra cosa.

Dijo con voz levemente ronca:

-Lo haces muy bien.

-¿Podrías quedarte callado mientras te lavo la cara?

-Sí, señora.

-Te he dicho que no me llames señora -tenía una mirada furiosa.

-¿Por qué? ¿Es que te hace sentir como si fueras mi madre, o algo así?

-No -dijo ella, impaciente.

-Me alegro. Porque, de todas formas, no eres tan mayor como para ser mi madre.

-¿Ah, no? -exclamó ella-. Tengo por lo menos diez años más que tú.

-¿De veras? Bueno, dicen que no son los años lo que cuenta, sino el camino recorrido, y yo te llevo unos cuantos miles de kilómetros de ventaja, o tal vez más -dijo, satisfecho por haber encontrado una excusa para explicarle aquella peculiar teoría-. Además, pareces una niña. Es como si el tiempo se hubiera olvidado de ti mientras estabas aquí encerrada. Supongo que eso nos hace casi de la misma edad.

Ella se detuvo, y lo miró con asombro.

-Qué idea más absurda.

-Pues es mía -dijo él, sosteniéndole la mirada-. Llevo algún tiempo dándole vueltas.

Ella no respondió y volvió a su tarea, pero una sombra de rojo vivo subió por el cuello abierto de su camisa y oscureció sus mejillas. Su rubor era tan intenso que parecía que se le había ido la mano con el colorete. Pero no llevaba ni una pizca de maquillaje. Su tez era fresca y clara y tan delicada que Alec podía ver las leves sombras de las venas de sus sienes y de su cuello. El olor dulcemente reconfortante que emanaba de ella se le subió a la cabeza como un trago de buen whisky.

Él también empezaba a oler a jazmín, bajo el olor a sudor y resina de pino, pues Laurel lo estaba lavando con su jabón perfumado. A Alec le encantaba. En realidad, estaba disfrutando de todo aquello en exceso, pensó cuando Laurel se inclinó, le quitó la camisa y empezó a quitarle esquirlas de madera, arena y manchas de sangre del pecho.

Las manos de Laurel se posaron junto a su pecho izquierdo. Mientras observaba la expresión fascinada de su rostro, Alec notó que trazaba con un dedo la forma de su tatuaje. Con voz apagada, ella dijo:

-Puede que tu dragón pierda la cola.

-Le crecerá otra vez -eso esperaba, al menos. Recordaba haberse golpeado el hombro contra el tronco del árbol mientras buscaba un buen sitio donde aterrizar.

-¿Significa algo? Quiero decir que por qué elegiste un dragón.

-Por varias razones, pero sobre todo porque trae buena suerte -dijo él-. El dragón es el símbolo oriental de la regeneración, de la posibilidad siempre presente de emprender una nueva vida y hallar la felicidad. Por eso representa la esperanza eterna.

-¿Y qué más?

-Bueno, también está la tradición de la lucha oriental, según la cual el dragón combate con paciencia e inteligencia, en oposición al tigre, por ejemplo, que utiliza la valentía y la fuerza. Además, antiguamente se creía que los dragones eran los guardianes de los tesoros y de los lugares sagrados. Luchaban hasta la muerte para proteger lo que custodiaban.

-¿Te dolió? Cuando te lo hicieron, quiero decir.

El se encogió de hombros.

-Un poco.

—¿Y, entonces, por qué te lo hiciste?

-Porque algunas cosas importan más que el dolor.

Laurel le lanzó una mirada comprensiva, y se azoró. Se dio la vuelta, se estiró para mojar la toalla, y después se giró, se inclinó sobre él y empezó a limpiarle los arañazos del abdomen. Él la agarró de la cintura con ambas manos para echarla un poco hacia atrás.

-Espera, deja que me levante -dijo él-. Estás en una postura muy incómoda.

Ella se apartó y le indicó el lavabo.

-Será mejor que te acerques aquí.

El se apoyó de costado contra la fría porcelana del lavabo. Al darse cuenta de que su pecho quedaba demasiado alto para que Laurel estuviera

cómoda, abrió las piernas y se agachó un poco. Colocándola entre sus muslos, le preguntó:

-¿Mejor así?

-Creo que sí -respondió ella, pero mantuvo la mirada baja para no ver sus ojos. Todavía tenía las mejillas coloradas.

Siguió limpiándole el pecho. El roce suave de la toalla caliente sobre la piel despertaba la libido de Alec. Este notaba en los oídos los latidos de su corazón, y estaba casi tan aturdido como después de caerse del árbol. Intentó controlar su reacción, pero el esfuerzo le produjo un escalofrío involuntario que le puso la piel de gallina.

Ella le lanzó una mirada fugaz. Después volvió a su tarea, mordiéndose el labio.

La toalla rozó uno de los pezones de Alec, que al instante se endureció hasta parecer un borrador de lápiz de color marrón rojizo. Cuando Laurel volvió a levantar la mirada, él sacudió la cabeza con una media sonrisa. Haciendo su mejor imitación de Bogart en La Reina de África, dijo:

-No puedo hacer nada al respecto, señora.

Ella dejó la toalla y tomó un bote de alcohol y una gasa. Humedeció abundantemente la gasa y se la aplicó sobre el pecho.

-¡Ay! -exclamó él. Estaba tan concentrado en las curvas tensas, pero dulces de la boca de Laurel, que lo había pillado desprevenido.

-Te está bien empleado -musitó ella, frotando sin piedad los cortes y arañazos.

-Eso crees, ¿eh? ¿No estarás intentando que me resfríe?

Ella lo miró con impaciencia.

-Estoy intentando evitar que se te infecte.

-Un millón de gracias, pero creo que... ¡Ay! -exclamó, indignado, cuando ella le pasó la gasa por una zona particularmente arañada.

-¡No seas crío! -dijo Laurel con mirada desafiante.

-De acuerdo -replicó él, y la agarró por la parte superior de los brazos—. ¿Quieres que me comporte como un niño mayor, eh? ¿Tal vez incluso como un hombre?

Al ver la expresión de Alec, Laurel se alarmó. Entreabrió los labios y dijo:

-No, yo no...

Pero era demasiado tarde. Él la atrajo hacia sí, hundió los dedos en su pelo sedoso y la besó.

Laurel tenía un sabor delicioso: una mezcla de vaselina con aroma a manzana, un día de primavera y una mujer dulce, muy dulce. Sabía tan bien como Alec había imaginado, y su boca era igual de cálida y suave. Y él estaba loco. Pero hasta los locos tenían suerte algunas veces.

Laurel quería hacerse la ofendida, quería mantenerse fría y firme. Pero sabía que había provocado a Alec, que incluso lo había hecho a sabiendas. De modo que, cuando extendió las manos sobre la piel satinada de Alec, sintió fluir a través de ella una mezcla de ricas sensaciones y remordimientos. Entre la hilera de toallas rosas, frascos de sales de baño y

bandejas llenas de jabones perfumados, él parecía muy sólido, fuerte y avasallador. ¿Cómo podía ella resistirse a un hechizo tan poderoso, a un abrazo tan firme y sin embargo tan suave, a un deseo tan intenso...?

La magia del beso de Alec, ardiente y aniquiladora como el fuego del dragón, quemaba sus dudas, encendiendo un deseo largamente enterrado. Laurel se movió contra él, emitiendo un suave murmullo, y sintió la presión de la lengua tersa de Alec.

Este la estrechó más fuerte entre sus brazos. Ella deslizó los dedos sobre su pelo, le quitó la tira de cuero que sujetaba su coleta, y cerró los puños sobre aquella seda negra, al tiempo que se apretaba contra sus muslos. Deseaba, necesitaba sentir su dureza. Su calor era como un bálsamo; su firmeza, una incitación insoportable.

Él acarició con la lengua las delicadas superficies del interior de sus labios, y jugó suavemente con la lengua de Laurel. Sus caricias cuidadosas, delicadas, arrebatadoras, avivaron el fuego dulce y mágico que ardía dentro de ella hasta que sus pensamientos alentaron peligrosas esperanzas. Ambos respiraban el mismo aire, mezclaban sus olores y el latido de sus corazones. Y él era su compañero, su igual en la vivencia y el deseo, su alma gemela, la otra mitad de un todo.

Sí, y ella era una viuda tan ingenua y necesitada que no solamente había sucumbido a los encantos de Alec Stanton sin apenas presentar resistencia, sino que además ni siquiera había sido capaz de darse cuenta a tiempo de lo que iba a ocurrir.

Gimió suavemente, puso las manos sobre los hombros de Alec y se apartó. Tenía los ojos muy abiertos, y los labios le temblaban. Buscó su mirada, esperando encontrar allí una expresión de triunfo o de complacencia por haberla llevado a su terreno.

Pero en sus ojos no había nada. Nada, salvo, quizá, valentía, paciencia y arrepentimiento.

Fue él quien, para disgusto de Laurel, pareció recobrarse primero.

-Vaya, señora Bancroft -dijo con una leve sonrisa, y sacudió lentamente la cabeza-. Había oído hablar del poder curativo de los besos, pero no tenía ni idea de que fuera tan eficaz. Si esto no me cura, nada podrá hacerlo.

9

—Bueno, ¿qué tal te va con la hermosa viuda?

La pregunta surgió de la penumbra del atardecer; Gregory estaba sentado al otro lado del porche de la casa de la abuela Callie. Alec giró la cabeza en aquella dirección, pero solo vio la fina silueta de su hermano. Si cualquier otra persona le hubiera hecho aquella pregunta, no se habría molestado en contestar.

- No me va de ninguna manera.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Estás perdiendo tu encanto?

Alec no quería recordar lo que había ocurrido en el cuarto de baño de Ivywild. Había salido al porche en busca de un poco de paz y tranquilidad. Estaba oscureciendo; olía a las chuletas de cerdo que su abuela estaba friendo en la cocina, y el canto de un chotacabras resonaba a lo lejos, en el bosque.

—Quizá - respondió finalmente, en tono burlón.

-No te lo tomes tan mal. Tendría que ser una mujer muy valiente para aceptarte después de conocer tus pecados.

—De lo cual tú te encargaste —dijo Alec suavemente—, ¿verdad?

-Solo intentaba ayudarte.

-Sí, claro.

-Eh, a las mujeres les encantan los aventureros, ¿no lo sabías? -dijo Gregory con sorna.

Alec le lanzó una dura mirada.

-Sí, pero la idea de que intenten aprovecharse de ellas no les parece tan romántica.

Gregory dejó escapar una risa apagada y dijo:

-Creo que tendrás que esforzarte un poquito más. Así resultará más interesante.

-¿Y quién quería que fuera interesante? -dijo Alec con rabia contenida.

-Vaya, sí que estás irritable. ¿Qué ha pasado? ¿Se resistió a tus atenciones viriles? ¿Fue ella quien te hizo todos esos arañazos?

-No tiene gracia -Alec miró hacia el otro lado del porche.

Su hermano se movió en su asiento; luego, suspiró.

-Sí, supongo que tienes razón. Olvídalo, ¿quieres?

Alec se recostó en su vieja tumbona metálica y no respondió. Podía sentir bajo su mano las capas de pintura que cubrían el brazo de la silla. El mismo la había pintado varias veces durante sus visitas de verano. Contando las capas de pintura, uno podía hacerse una idea aproximada de lo viejas que eran las sillas del porche.

Gregory habló de nuevo desde la penumbra.

-¿Qué ocurrió?

Alec se lo contó. Sabía que su hermano necesitaba distraerse y escuchar el sonido de una voz humana para recordar que no estaba solo. Por eso habían ido a casa de la abuela Callie. Gregory no soportaba el silencio de su apartamento de California.

-Cielo santo, Alec -dijo su hermano cuando acabó-, no hacía falta que

intentaras matarte para impresionar a esa mujer.

Bajo el ácido desdén de la voz de su hermano había preocupación, o eso le pareció a Alec; resultaba difícil saberlo, tratándose de Gregory. En realidad, había muchas cosas que Alec no sabía de él. Hacía años que apenas se trataban. Gregory había vivido solo desde que Mita y Alec se mudaron a la casita de la mansión Chadwick. Hasta que cayó enfermo.

—No habría sido especialmente peligroso, si todo hubiera estado tal y como lo dejé -dijo Alec.

—¿Y no lo estaba?

—No exactamente -dijo, sin ninguna entonación-. Alguien había cortado el cinturón de seguridad.

Gregory lo miró a través de la oscuridad. Por fin dijo en tono incisivo:

—¿La viuda?

—No seas absurdo.

-Entones, ¿piensas que alguien quiere quitarte del medio?

-Eso parece.

—Bueno, y entonces, ¿por qué no te vas? Dile a la señora que lo dejas.

-Lo haría -dijo Alec lentamente-, si no fuera porque ella podría encontrar a otro.

Su hermano se echó a reír.

-¡Tiene gracia! ¿Y a quién iba a encontrar?

-No sé. A ti, por ejemplo.

-Ojalá -Gregory se quedó callado un momento. Luego dijo-. Vamos, ella ni siquiera me miraría, y tú lo sabes.

-Quizá sí, quizá no. Pero por eso le contaste los detalles más sórdidos de mi pasado, ¿no es cierto? Se trataba de eso. Desearías que ella o que cualquier otra mujer pudiera verte tal y como eras antes.

-Cielo santo, Alec -en el tono de su hermano había un dolor real. Demasiado real.

Alec respiró hondo y soltó el aire lentamente. Se frotó la mejilla, cuya piel arañada empezaba a cicatrizar.

-Olvida lo que he dicho, ¿quieres?

-No, tienes razón -dijo Gregory con brusquedad desde su lado del porche-. Supongo que a veces adopto esa actitud, y empiezo a pensar que, ya que yo no puedo ver la luz, todo el mundo debería quedarse a oscuras. Tengo celos de ti porque eres fuerte y sano, y siempre sales bien parado, sea lo que sea a lo que te enfrentes. Así que, sí, le conté a la viuda algunas cosas sobre ti. ¿Te he causado algún problema?

-No, no -dijo Alec, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta de la casa-. Nada que no pueda arreglar.

Gregory, mirándolo marchar, dijo para sí:

-Justo lo que pensaba.

La abuela Callie estaba mezclando los ingredientes para hacer pan de maíz en un gran cuenco de barro azul. Se volvió al oír entrar a Alec. Pequeña y nerviosa como una gallinita, su pelo castaño y canoso, muy corto, parecía rodear su cara como un suave plumón. Sus ojos, inteligentes y vivaces, sostuvieron la mirada de su nieto un instante, antes de volver a su

tarea.

Por encima del hombro, le preguntó:

-¿Ya habéis vuelto a discutir Gregory y tú?

-Supongo que sí -contestó él con morosa resignación-. A veces no sé lo que le pasa.

-Hace lo que puede. Ataca a todo el mundo, como si así pudiera atacar también a la enfermedad -dijo-. A veces, las cosas son así.

Alec sabía que tenía razón, pero no por ello se sentía mejor. Cambió deliberadamente de tema.

-¿Quieres que te ayude con la cena?

-Lo tengo todo bajo control -dijo mientras colocaba la masa del pan de maíz en una bandeja y la metía en el horno-. Siéntate y cuéntame algo. He oído lo que le estabas diciendo a Gregory sobre tu caída.

-Debería habérmelo imaginado -dijo él con divertida resignación. Pero en lugar de hacer lo que ella le pedía, se acercó a un armario y empezó a sacar platos y vasos para poner la mesa-. En fin, ¿tienes alguna idea de quién podría querer quitarme del medio?

Ella se acercó al fregadero y puso en remojo el cuenco que había usado para mezclar la masa.

-En realidad, no. Pero esta tarde he hablado con Maisie.

-¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho?

-Quería asegurarse de que estaba al corriente de los últimos rumores que corren por el pueblo.

Alec le lanzó una rápida mirada. Había percibido una vaga insinuación en su voz.

Su abuela le habló de la carta difamatoria y del revuelo que se había armado en la iglesia del yerno de Laurel. Él empezó a maldecir por lo bajo, pero ella continuó:

—Maisie no me lo dijo, pero en la peluquería oí a un par de mujeres que hablaban de ese asunto de la muerte del marido de Laurel. Decían que en todo eso había algo muy raro.

-Juicio por chismorreo -dijo él desdeñosamente.

—Así somos los americanos -comentó ella.

Alec se volvió hacia la mesa y colocó cuidadosamente los tenedores a la izquierda de los platos. Evitó mirarla a los ojos.

-¿Crees que debería retirarme, dejar en paz a esa mujer?

Ella chasqueó la lengua suavemente.

-No sé. A mí me parece que aquí se está cociendo algo.

Alce sonrió.

-¿A qué te refieres?

—Ya sabes, chico listo -contestó ella con sarcástico afecto - . En cualquier caso, es difícil saber si tú eres el remedio o la enfermedad. Pero no creo que vayas a dejarlo hasta que lo averigües.

-Sí, ese no es mi estilo —dijo él, sacudiendo la cabeza-. Un rasgo que heredé de ti, supongo.

Su abuela tampoco desistía fácilmente. Nunca había abandonado a su hija, ni a sus nietos. A pesar de lo lejos que estaban, siempre había velado por ellos.

Ella se acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos para darle un rápido abrazo.

—Eres un buen hombre, Alec —dijo-. Siempre he estado orgullosa de ti.

-Gracias, abuela -se apoyó contra ella, agradecido por su afecto y su comprensión, y le puso una mano sobre las muñecas, que ella había apoyado sobre la hebilla de su cinturón. El abrazo lo reconfortó.

-Solo me pregunto... -se detuvo.

Percibiendo algo extraño en su voz, Alec sintió que se le contraían los músculos del estómago.

-¿Qué?

-¿Estás seguro de que sabes lo que haces? No sé. ¿Qué es lo que te retiene realmente en casa de los Bancroft? ¿Es el trabajo, el dinero? ¿La mujer? ¿O es que la historia se repite, como suele decirse?

El se quedó inmóvil.

—¿Tú crees que tengo algo que demostrar?

-Creo que te obsesiona conseguir que las cosas salgan bien, para variar.

-Puede ser -dijo él, mirando a lo lejos, ausente-. O quizá sea una mezcla de todo eso.

-Sea lo que sea, ten cuidado, ¿quieres? Yo... no quisiera que te ocurriera nada.

-Tendré cuidado.

-Más te vale -dijo ella con firmeza, y luego se aclaró la garganta. Dio un paso atrás, tomó entre las manos la melena de Alec, que le colgaba suelta entre los hombros, y le dio un tirón—. ¿Qué te parece si te corto el pelo después de cenar?

No era la primera vez que le hacía esa sugerencia, Y no sería la última. Él le lanzó una mirada blanda por encima del hombro.

-Ni lo sueñes.

-No me lo digas, déjame adivinar. A las chicas les gusta.

-A algunas, sí -dijo él, sintiendo otra vez el placer estremecedor de los dedos de Laurel entre su pelo.

-Estarías guapísimo con el pelo corto -dijo ella en tono lisonjero.

Él esbozó una media sonrisa.

-¿Y ahora no?

-Ahora pareces un pordiosero -comentó ella.

-Pero tú me quieres de todas formas, ¿verdad?

Ella suspiró.

—¿Y no te queremos todas?

-No, no todas -se rió con un sonido breve, suave.

-Bah, no te preocupes por eso -dijo ella, frotándole suavemente la espalda antes de alejarse para echarle un vistazo al pan de maíz, que empezaba a perfumar el aire-. Solo es cuestión de tiempo.

Él la miró, preguntándose si era tan fácil adivinar lo que pensaba. O si tal vez su abuela creía que había algo de verdad en las habladurías que circulaban sobre él y la viuda Bancroft.

Si hasta su abuela empezaba a creerlo, ¿qué no pensarían las gentes de Hillsboro? Alec no lo sabía.

A la mañana siguiente, en Ivywild, lo primero que oyó cuando apagó su moto fue el sonido de un martillo. Procedía de la parte de atrás de la casa. Aquel ruido lo llevó hasta el jardín trasero.

Laurel estaba allí. Estaba intentando clavar un clavo en una estaca del cercado, con más energía que eficacia. Pero no fue eso lo que hizo que Alec se parara en seco.

Laurel llevaba unos pantalones cortos de punto de color turquesa, una camiseta a juego sin sujetador y unas sandalias de tiras tan ligeras que parecía ir descalza. El pelo, recogido en una trenza, le caía por la espalda casi hasta la cintura. Tenía la piel humedecida por el esfuerzo, y la camiseta se le ajustaba de tal forma a los pechos redondos y firmes que podía percibirse cada uno de sus movimientos. Parecía tener dieciséis años. Estaba deliciosa.

Alec se acercó a ella por detrás. Extendió una mano hacia el martillo y dijo:

-Espera, deja que lo haga yo.

Ella dio un chillido y se giró. Alec agarró el martillo justo a tiempo para evitar que lo golpeara. Por su propia seguridad, tendría que andar con más cuidado cuando se acercara a ella.

Laurel se calmó inmediatamente y dejó escapar un suspiro de alivio. Luego se estiró y, con una mirada furiosa, dijo:

-¿Pero por qué demonios apareces detrás de mí de esta manera?

-Iba a echarte una mano -dijo él blandamente, pero no pudo evitar sonreír.

El recuerdo del beso del día anterior se agitó entre ellos un instante. Estaba allí, en medio del tenso silencio, en la forma en que se estremecían los dedos y los labios de Alec, en el modo en que se entreabría la boca de Laurel. Al fin, él desvió la mirada. Laurel hizo lo mismo. Alec pensó que seguramente, al igual que él, había decidido que era preferible ignorar lo sucedido. Que tal vez lo olvidarían si no le daban importancia.

Pero al apartar la mirada, sus ojos se posaron sobre la camiseta de Laurel. Le costó un gran esfuerzo mantener las manos quietas al ver cómo se movían las suaves turgencias de sus pechos bajo la tela de algodón. Metió una mano en el bolsillo de atrás de su pantalón y con la otra apretó el martillo.

-No te esperaba al menos hasta dentro de una hora -dijo ella con cierto tono de reproche-. ¿Por qué has venido tan temprano?

Alec había querido sorprenderla. Se había imaginado que se levantaría al alba para trabajar en el jardín, y que se retiraría al interior de la casa en cuanto él apareciera. Pero, en ese momento, confesárselo no le pareció una buena idea. Así que dijo:

-Ayer no hice la jornada completa.

Ella frunció el ceño y lo miró de arriba abajo.

-¿Seguro que estás en condiciones de trabajar?

-Claro. Yo me recupero enseguida.

-No tienes por qué hacerlo. El trabajo puede esperar. Seguirá estando

aquí cuando estés listo.

-Ya estoy listo -contestó él, sonriendo para sus adentros por el doble sentido de sus palabras-. Estoy preparado... Quiero decir que estoy bien. Perfectamente -miró hacia otro lado, sintiéndose incómodo bajo la mirada de Laurel. Reparó en la caja que había en el suelo. Parecía contener una pieza de terracota esculpida-. ¿Qué es eso?

Laurel se lo dijo, aunque parecía algo azorada y un poco reticente, como si esperara algún comentario adulador.

-Una Boca de la Verdad, claro -dijo él, arrodillándose para mirar la pieza-. He visto otros relieves de faunos inspirados en Baco o en las cuatro estaciones, pero ninguno como este. Este tiene tu estilo. Es más suave, menos agresivo -temiendo haber hablado de más, señaló con la cabeza el clavo que ella había intentado clavar en el poste-. ¿Vas a colgarlo ahí?

Ella asintió con la cabeza. Alec se puso en pie, se acercó al poste y, con un par de golpes de martillo, colocó el clavo a la profundidad adecuada.

-Exhibicionista -masculló ella.

Él le lanzó una media sonrisa. Alzó la pesada plancha de terracota y la colgó, ajustándola según las indicaciones que Laurel le daba desde la distancia. Luego retrocedió hasta donde ella estaba para admirar la pieza. Parecía haber estado siempre allí, salvo por el hecho de que estaba demasiado nueva y limpia. Alec tuvo una idea.

-¿Sabes lo que necesitas?

-No, pero supongo que vas a decírmelo.

Él no hizo caso y añadió:

-Unas columnas.

-¿Unas columnas? -repitió ella, atónita.

-Sí, ya sabes, unos fustes altos. Al estilo griego, romano o tal vez maya -cuando Laurel pareció comprender, él continuó-. Las columnas son fantásticas para poner plantas colgantes, y podríamos utilizar una para poner un surtidor. Se cubriría de musgo antes de que te dieras cuenta. Un dintel y un par de columnas, y ya tienes un pórtico, una entrada para cualquier espacio ajardinado que quieras delimitar... Quizás algo con reminiscencias italianas, o españolas.

-O inglesas, si le das el aspecto de Stonehenge.

-Exacto -dijo él, contento de que hubiera seguido su explicación con tanta facilidad.

-¿Y de dónde vamos a sacar nosotros las columnas?

A él le gustó que dijera «nosotros».

-Podemos hacerlas de piedra artificial, con un encofrado de acero y cemento para las más altas. No costaría mucho, si lo hacemos entre los dos.

Ella le lanzó una larga mirada, como si supiera, o sospechara, qué estaba tramando. Alec se preguntaba si sería una buena estrategia psicológica intentar sacarla de la casa y ampliar sus horizontes. En su opinión, no podía hacerle ningún daño.

-¿Sabes dónde se pueden encontrar los materiales? —preguntó ella al fin.

Él asintió, ocultando una sonrisa.

-Claro. Déjamelo a mí.

Laurel no volvió a entrar en la casa. Se puso un par de guantes de faena y ayudó a Alec a apilar y quemar las ramas del pino cortado. El no sabía si lo hacía porque sabía lo vapuleado y dolorido que se encontraba, o porque se sentía culpable. Pero no tenía nada que objetar. Le gustaba su compañía, aunque fuera también una tortura.

Se sentía aturdido al mirarla recoger brazadas de ramas. Cada vez que Laurel se agachaba, los pantalones cortos se le subían por los muslos, poniendo a prueba su cordura.

Pensó en volver a trepar al árbol y acabar de cortarlo para huir de aquella tentación. Pero no estaba seguro de que su rodilla lo soportara. Abandonó la idea e intentó dejar de mirar a Laurel.

La tentación desapareció, de todos modos, con la llegada de Maisie. Laurel entró con ella en la casa para hablar del menú de la comida, y ya no volvió. A Alec, aquello lo molestó. Le dio la impresión de que Laurel había estado buscando una excusa para escapar de su lado.

Acabó de apilar las últimas ramas de pino sobre la hoguera. Después, como podía vigilar el fuego desde el garaje, retomó la puesta a punto del coche, que había abandonado la semana anterior. Tenía ganas de acabarla. Al día siguiente compraría los neumáticos; sus finanzas podían permitirse aquel pequeño dispendio.

Fue después de la comida cuando encontró la pisada. Estaba impresa en la tierra que había bajo la ventana del cuarto de Laurel, allí donde él mismo había arrancado de raíz una mata de sasafrás. Parecía la huella de una zapatilla deportiva. Apoyó sobre ella su bota de trabajo para asegurarse de que no era de su pie. No lo era, desde luego. La pisada era mucho más pequeña, y sus contornos eran completamente diferentes. Por otra parte, era demasiado grande para ser de Laurel, y Maisie usaba siempre zapatos de suela plana de los que solían llevar las enfermeras y las camareras.

Alguien espiaba a Laurel.

¿Debía decírselo? No quería asustarla, pero no tenía elección.

Ella abrió la puerta y arqueó una ceja. Alec le preguntó enseguida:

-¿Tienes un minuto para ver una cosa?

-¿Qué estás tramando ahora? -contestó ella, apoyando una mano sobre la cadera.

Él ya se había dado la vuelta. Se giró de nuevo hacia ella.

-Nada -dijo, cortante-. Ven y echa un vistazo.

-Arréglatelas tú solo. Yo estoy ocupada -empezó a cerrar la puerta.

Él extendió una mano para impedirle que la cerrara del todo. No estaba de humor para juegos. Con voz dura, le dijo:

-Esto no es una broma, ni un truco para hacerte salir. Quiero que veas una cosa. O vienes por propia voluntad, o te llevo. Lo que tú quieras.

A Laurel casi le parecía que Alec Stanton tenía dos personalidades distintas y que podía pasar de una a otra en un instante. A veces era un chico con una luz maliciosa en la mirada, y otras era duro y agresivo, y parecía tener mil años. En cualquier caso, la desconcertaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Entornó los ojos y dijo:

-No voy a ir a ninguna parte hasta que me digas qué es tan importante que ni siquiera puedes comportante civilizadamente... ¡Eh!

Se quedó sin aliento; Alec la levantó como si fuera una pluma. Se dio la vuelta, bajó los escalones con ella en brazos y rodeó la esquina de la casa. Cojeaba ligeramente por la herida de la rodilla, pero la noche de descanso parecía haberle sentado de maravilla. Ella le pasó un brazo alrededor del cuello y se aferró con una mano a su camisa. Al mismo tiempo, intentaba controlar el latido errático de su corazón y el lento fluir de una sensación que corría por sus venas y parecía terror, pero no lo era.

Era evidente que había cometido un error. Pero no iba a comerte otro resistiéndose. Dignidad, eso era lo que necesitaba. Dignidad, compostura y aplomo para dominar la situación.

Con voz suave y dulce, a pocos centímetros de su oído, dijo:

-Estás despedido.

Él dio un respingo, pero respondió sin inmutarse:

-No puedes despedirme porque me marcho.

-Bien.

-Bien. Pero la próxima vez que contrates a alguien, podrías al menos no intentar esconderte.

Ella se puso tensa.

-¡Yo no me escondo!

-A mí no me engañas. ¿Por qué te encierras, si no?

-Puedo elegir no ver a nadie sin que eso signifique que me escondo.

-¿Ah, sí? Yo creo que tienes miedo.

-¡No seas ridículo!

-Temes que la gente te vea. Te da pánico lo que digan, aunque sabes que solo hablan de ti porque sus vidas son tan mezquinas y aburridas que ni siquiera merecen un comentario.

-¡Eso no es cierto!

-¿Ah, no? -replicó él, lanzándole una mirada sagaz-. Pues entonces es que tienes miedo de mí.

-Eso sí que es absurdo. Tú eres la única persona, aparte de Maisie, que no me hace sentir...

-¿Cómo? -preguntó él cuando ella se calló-. ¿Como si no tuvieras derecho a vivir porque tu marido murió? ¿Como si debieras encerrarte a cal y canto, como una criminal, porque no mereces andar por ahí libremente?

-Yo no me siento así -dijo ella ásperamente.

-Yo creo que sí. ¿Pero quién hace que te sientas así, si no somos ni Maisie, ni yo? ¿Tu suegra? Ella no debería tener tanto poder sobre ti. ¿Tus hijos? ¿Por qué te preocupas tanto por ellos cuando ellos piensan tan poco en ti?

Ella estaba temblando.

-Me gusta estar sola -dijo, alzando la barbilla-, y me gusta mi casa. Aquí tengo todo lo que necesito.

-Te hace sentirte segura -contestó él.

-Exacto -exclamó ella, triunfante.

-Pues no te sientas tan segura -dijo él. Se detuvo junto a la ventana del

cuarto de Laurel y la dejó en el suelo.

Al principio, ella no comprendió a qué se refería. Luego, con un gesto brusco, Alec le indicó la pisada bajo la ventana.

Laurel se quedó sin aliento al ver la marca en la tierra. El miedo la atenazó con sus fríos dedos. Estremeciéndose, dijo:

-¿Un ladrón?

-Puede ser. Pero quizá -añadió suavemente- solo sea alguien sumamente interesado en lo que haces cuando te encierras en casa. ¿Había ocurrido antes algo parecido?

Ella sacudió la cabeza.

-No, porque Sticks siempre andaba por aquí.

-Pero ya no está -sus palabras estaban cargadas de significado.

-¿No creerás que alguien se ha librado de él solo para...?

-No sería la primera vez.

-¿Pero quién ha podido ser? -preguntó ella, desesperada-. ¿Quién haría una cosa así?

-Cualquiera -contestó con dureza-. Tú eres una mujer hermosa que vive sola y apartada de todo el mundo. Lo sorprendente es que no haya ocurrido antes.

Ella cerró los puños y le dio la espalda mientras exclamaba:

-¿Por qué ocurre todo esto ahora? Sticks, todos esas horribles habladurías, alguien que me espía... ¿Qué he hecho yo?

Él la agarró del brazo y la obligó a girarse para mirarlo. Con voz áspera. dijo:

-¡Tú no has hecho nada! No debes pensar que esto es culpa tuya.

-Entonces, ¿de quién es? -preguntó ella, intentando en vano desasirse.

-Quizá mía. Quizá de nadie. ¿Quién sabe? ¡Pero no es culpa tuya!

-¿Cómo lo sabes? Tú no tienes ni la menor idea de cómo soy, ni de lo que hice o no hice. ¡Ni siquiera eres capaz de imaginar lo que soy capaz de hacer cuando tengo una buena razón!

Una leve sonrisa curvó los labios de Alec. Sacudió la cabeza y dijo en voz baja:

-Apostaría todo lo que poseo a que no eres capaz de hacerle daño a nadie a propósito. Pero tienes razón en una cosa: no te conozco lo suficiente para imaginar las cosas que eres capaz de hacer. Pero te prometo una cosa. Algún día llegaré a conocerte hasta ese punto.

Aquellas palabras se derramaron sobre ella como una bendición. Deseaba creerlas, lo necesitaba más que cualquier otra cosa que hubiera soñado.

Pero no se atrevía a creerlas, y se puso a la defensiva. Dijo con énfasis:

-No tientes a la suerte.

La sonrisa de Alec se hizo más amplia, más dura. La soltó y apoyó los puños cerrados sobre las caderas.

-¿Y qué vas a hacer? -le preguntó, suavemente burlón-. Ya me has despedido.

-Puedo llamar a la policía -no sabía de dónde había surgido aquella amenaza. Solo sabía que no podía bajar la guardia.

-Hazlo -dijo él, y en el fondo de sus ojos se agitaron oscuras sombras-.

No sería nada nuevo.

Laurel no lo había dicho en serio. ¿O sí? ¿Y qué había querido decir él? ¿Que lo rumores eran ciertos, que estaba familiarizado con la policía porque había ido a prisión por el asesinato de su esposa, de aquella mujer mucho mayor que él?

—Pero, si lo haces -continuó él después de una breve pausa-, tendrás que vértelas con tu viejo amigo el sheriff Tanning. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Ella lo miró con asombro. No quería vérselas ni con Dan Tanning ni con nadie, ¿pero cómo lo sabía Alec?

-Vete -musitó-. Vete y déjame en paz.

-Lo haría si creyera que iba a servir de algo -contestó él con firmeza-. Pero no lo creo. Al menos, por ahora. Así que tendrás que seguir aguantándome.

-Eso es lo que tú te crees -le espetó ella-. No puedes trabajar para mí si no te pago.

Él se rió suavemente.

-Vamos, Laurel, esto no tiene nada que ver con el trabajo. Pero tú ya lo sabes, ¿no es cierto?

-No. No lo sé —logró decir ella, a la defensiva.

-Yo creo que sí -dijo él, con expresión serena-. Y también sabes que no puedes esconderte de esto, ni de nada... Ya no.

10

Cuando Alec apareció a la mañana siguiente, Laurel estaba plantando rosales. Habían llegado la tarde anterior, en la furgoneta marrón del reparto: doce rosales en macetas de plástico. Laurel los había regado en abundancia y había cortado sin contemplaciones las flores y los capullos nuevos para que conservaran su vigor. Esa mañana las estaba plantando antes de que hiciera demasiado calor.

Se incorporó al ver que Alec se dirigía hacia ella con paso vivo y ligero. Sus muchos arañazos y magulladuras empezaban a cicatrizar, y ya no cojeaba. Parecía tan seguro de sí mismo, que Laurel sintió una punzada de desesperación.

Pensó en recordarle que lo había despedido, en decirle que se fuera y no volviera nunca. No quería hacerlo, pero sabía que sería lo mejor. Aunque, de todas formas, ¿qué sentido tenía? Él seguramente no le haría caso.

Alec se inclinó para agarrar la pala que Laurel sostenía, pero esta la mantuvo con firmeza. Él la miró fijamente. Ella sintió que se le aceleraba el corazón. Soltó bruscamente la pala y dejó que él la agarrara. Una expresión de triunfo iluminó la oscura superficie de los ojos de Alec, pero de sus labios no salió ni una palabra.

Plantaron juntos las rosas, las abonaron y las regaron. Se movían a la par, sin apenas hablar, comprendiendo intuitivamente los gestos del otro, anticipándose a sus necesidades, como si llevaran años trabajando codo con codo. Resultaba extrañamente satisfactorio, a pesar de que el sol caía a plomo y estaban empapados de sudor.

Después, tomaron café y cruasanes en la terraza. O, mejor dicho, ella tomó café y él una infusión.

Miraban el sol que caía, implacable, más allá de la cornisa del tejado, y apenas hablaban. Les parecía mejor así. Él bostezó una vez, cubriéndose la boca con el puño. Al instante, ella hizo lo mismo.

Alec se río un poco y luego la risa desapareció de su rostro. Dijo suavemente:

-¿Anoche estabas demasiado asustada para dormir?

-Estaba un poco nerviosa -admitió ella.

Alec vaciló, como si quisiera decir algo, y después desvió la mirada sin decir nada.

Al cabo de un momento. Laurel preguntó:

—¿Y tú, por qué no has dormido?

-Tengo demasiadas cosas en la cabeza -contestó él.

Ella abrió la boca para preguntarle a qué se refería, pero la expresión hermética y dura de su cara la disuadió.

Juntos trabajaban a gusto. Los proyectos y las tareas compartidas daban a su relación una apariencia impersonal. Sin embargo, algo más profundo se agitaba entre ellos. Ambos lo sabían, aunque preferían ignorarlo. Pero resultaba difícil obviarlo cuando paraban y se miraban a la cara el uno al otro.

Al cabo de un rato, se levantaron y volvieron al trabajo.

Esa mañana marcó la pauta de los días siguientes. Solo variaban las tareas que emprendían y el lugar donde tomaban sus almuerzos improvisados. Hicieron muchas cosas: podaron los arbustos, cambiaron de lugar algunas plantas, abonaron y regaron, limpiaron y quemaron sin cesar durante varios días.

Alec acabó de talar el pino, cortándolo en secciones de un metro y medio de longitud; después, llevó rodando los troncos hasta el borde del bosque, donde los colocó formando cuadrados para hacer compost. A la mañana siguiente, apareció con varios sacos de materiales para hacer piedra artificial apilados en la parte de atrás de la vieja camioneta de la abuela Callie. Laurel y él se pasaron tres días construyendo un pórtico de estilo italiano con columnas de diverso tamaño.

Al final de la semana, el jardín había empezado a adquirir su aspecto final. Los macizos de rosas de la parte delantera, en torno a la fuente, habían tomado forma con la adición de clavellinas, salvia azul y margaritas africanas, todo ello festoneado con un seto de boj. Las grandes camelias y los demás arbustos plantados en los rincones de la valla añadían equilibrio y perspectiva al conjunto. Los magnolios habían sido despojados de sus ramas bajas a fin de subrayar sus augustas proporciones, y los rosales viejos de las glorietas aportaban armonía y claridad.

El lado derecho de la casa se había convertido en un rincón especial. La tapa del antiguo aljibe sostenía una colección de macetas hechas por Laurel y llenas de geranios europeos. Enfrente, a lo largo de la valla, una pérgola se arqueaba sobre un banco, y en medio del arriate de arbustos que se extendía más allá se abría un estanque rectangular, lleno de nenúfares, sobre el que caía, desde lo alto de una columna, el agua de un surtidor.

En el rincón izquierdo de la parte de atrás, el nuevo pórtico italiano señalaba la entrada a un jardín romano, en el que, junto a un sendero de baldosas, crecían la albahaca, el orégano y el tomillo. El centro, también enlosado, estaba flanqueado por columnas coronadas con macetas de hiedra, vides y áloe. Al fondo, en medio de la pared sin desbastar, colgaba la *Bocca della Verità* de Laurel.

Al otro lado de la casa, en una de las paredes exteriores del garaje, habían colocado un gran sátiro báquico esculpido por Laurel. Alec lo había convertido en una fuente de la que, a diferencia del original al que imitaba, no brotaba vino, sino agua. Esta caía sobre un pilón adornado con plantas acuáticas. A ambos lados de la escultura habían plantado vides, con la idea de que, algún día, llegaran a enmarcar la figura del sátiro.

Junto al porche trasero, al lado de la vasija marina de Laurel, pusieron otros espejos de agua para formar lo que Alec se complacía en llamar un jardín zen. Una vasija mas honda recogía el agua de un surtidor que goteaba delicadamente, produciendo ondas que se extendían, rizándose, hasta los bordes del recipiente, y retornaban otra vez al centro con el ritmo constante del latido de un corazón.

El jardín cobraba vida día a día. El agua atraía a los pájaros, las ranas y las libélulas. Sapos, camaleones y lagartos de cola azul aparecían entre la vegetación. Las mariposas volaban describiendo tirabuzones, y las abejas zumbaban laboriosamente entre las llores. Laurel observaba todo aquello y

sonreía, sintiendo que su espíritu se relajaba y se expandía en aquel espacio único que Alec y ella habían creado con sudor, esfuerzo, y también, por qué no, con amor.

Pero la paz duro poco. Fue el propio Alec quien la rompió.

Estaban tomando un almuerzo tardío sobre una manta vieja tendida sobre las baldosas del jardín italiano, a la sombra de un cedro. Laurel había acabado de comer y estaba sentada con las rodillas alzadas, mirando a Alec, que apuraba una lata de refresco. La línea morena de su garganta, la forma en que se movía al tragar, le producía una extraña sensación en el abdomen. Estaba tan concentrada que apenas notó que Alec bajaba la lata vacía, la estrujaba con una mano y luego decía sin mirarla:

-¿Te importaría sacar tu coche del garaje?

Laurel sintió el impulso inmediato de negarse, pero lo reprimió. En lugar de eso, le preguntó:

—¿Para qué?

Él se giró hacia ella y la miró fijamente.

—Tengo que cortar el césped y las enredaderas del otro lado de la cerca. Al fondo del garaje hay un cortacésped, pero no puedo alcanzarlo a menos que muevas el coche.

La petición era razonable. Sin embargo, una de las principales razones por las que Ivywild se encontraba en semejante grado de dejadez era que Laurel no soportaba subirse al coche, y, por lo tanto, no podía usar el cortacésped.

-No creo que funcione -dijo, con voz deliberadamente indiferente.

-¿E1 coche o el cortacésped?

-Ninguno de los dos -dijo ella con crispación.

-El cortacésped no hace falta que funcione, porque puedo arrastrarlo fuera para echarle un vistazo. El coche creo que funcionará, porque ya lo he revisado. Le he cambiado unas cuantas piezas, y también le he puesto una batería nueva. Lo he arrancado para probarlo, pero no quería moverlo sin decírtelo -se quedó esperando, con expresión impasible.

-¡No tenías derecho a hacer eso!

Él se encogió de hombros.

-Alguien tenía que hacerlo.

-Yo no te lo he pedido.

-Pero tampoco dijiste que no lo hiciera. Vamos, Laurel. No tiene importancia. Solo tienes que sacar el coche marcha atrás.

-¿Sabes que...? -empezó a decir ella, pero se interrumpió.

-Sí, lo sé -dijo él con aspereza-. Y también sé que uno no se libra del miedo sucumbiendo a él. Hasta ahora lo has hecho muy bien; has salido de la casa y pasas cada vez más tiempo fuera, trabajando conmigo. Es hora de dar un nuevo paso.

-Oh, por favor -dijo ella, burlona-, no te pongas zen conmigo. No soy una idiota, ni una niña a la que puedas embaucar. No quiero conducir ese coche. No sé cómo decírtelo más claro.

-Lo que está claro es que tienes miedo.

Ella apretó más fuerte los brazos alrededor de las rodillas.

-¿Y qué? Todo el mundo tiene miedo de algo. Hasta tú.

Un brillo de sorpresa apareció en sus ojos.

—¿De qué tengo miedo yo?

-Del fracaso -dijo ella sin vacilar-. De fallar a la gente, sobre todo a los que dependen de ti, a los que quieres. Te esfuerzas tanto porque crees que con eso lo arreglarás todo. Pero no entiendes que no todo puede arreglarse.

-No te pongas existencialista conmigo -dijo él, devolviéndole la pelota-. Por lo menos, yo lo intento.

A ella le costó un gran esfuerzo sostener su mirada. Buscando una apoyatura más sólida, dijo:

-Da igual, porque, de todas formas, las ruedas del coche están en mal estado.

—No, ya no lo están.

Ella entornó los ojos.

-¿Le has puesto ruedas nuevas a mi coche?

—¿Y qué si lo he hecho?

-¿Qué te hace pensar que voy a pagar unas ruedas que no quiero?

-No tienes que hacerlo. Eso corre de mi cuenta.

-Pero tú no puedes permitirte... --empezó a decir ella, pero se detuvo al advertir la súbita crispación del rostro de Alec. Tomó aire y lo soltó lentamente-. Devuélvelas.

—No -contestó él con firmeza.

-Pues buscaré las llaves y sacarás el Buick tú mismo, porque yo no pienso hacerlo.

Ella observó un momento y después dijo:

-Parece que el otro día te gustó que te llevara en brazos.

-Quizá consigas meterme en el coche a la fuerza -lo desafió ella, alzando la barbilla-, pero no conseguirás que lo conduzca.

-¿Te apuestas algo?

En su cara no había ni rastro de una sonrisa. Con acerba ironía, ella dijo:

-Oh, claro. Con una amenaza lo consigues todo. ¿Qué clase de actitud es esa?

-La mía.

Ella estaba temblando, pero no sabía si era por miedo a hacer lo que él le pedía, o por la rabia que le producía que la obligara a hacerlo. Con los labios apretados, le dijo:

-No puedo.

-Sí, sí puedes.

-¡No! ¡Te lo juro, no puedo!

-Demuéstramelo -dijo él-. Deja que vea cuánto te afecta y demuéstrame que soy un bastardo por obligarte. ¿Por qué te resulta tan difícil?

-¡No quiero que me veas! -las lágrimas le quemaban los ojos. Parpadeó rápidamente, intentando retenerlas.

-¿Por qué? ¿Qué más te da? A ti no te importa lo que yo piense.

-Sí, sí me importa -sus palabras, no del todo coherentes, procedían de algún lugar remoto de su interior.

-Entonces, hazlo por mí -dijo él con suavidad-. Porque yo te lo pido.

¿Cómo iba a hacerlo? Cielo santo, ¿cómo? Pero si no lo intentaba, él la

tomaría en brazos y la metería a la fuerza en el coche. No quería pasar por aquello, no lo necesitaba. Otra vez no. Sin embargo, él no iba a desistir, no cejaría hasta que ella diera su brazo a torcer. Así que, qué más daba. Cuanto antes, mejor.

Se levantó tambaleándose y se dirigió al porche trasero de la casa. Las llaves del coche estaban colgadas en el perchero de bronce que había junto a la puerta, en el mismo sitio donde las había dejado cinco largos años antes. Las agarró, y al sentir el frío del metal en la palma de la mano, la recorrió un escalofrío.

Maisie, que estaba fregando los platos, se dio la vuelta y le preguntó, preocupada:

-¿Qué pasa? ¿Por qué gritabais?

-Por nada --dijo Laurel. No quería hablar de ello, ni siquiera quería pensar en ello. Si conseguía vaciar su mente, tal vez pudiera hacerlo. Sí, eso liaría. Debía dejar la mente completamente en blanco. Se alejó de Maisie y abrió bruscamente la puerta trasera.

Se lo demostraría. Sí, eso haría. Hombres, todos eran iguales. Así había salido de la casa aquel día, el día de la muerte de Howard, dando un portazo, y había recorrido a toda prisa el camino de cemento que llevaba al garaje. Estaba tan dolida y furiosa que apenas sabía lo que hacía, ni hacia dónde se dirigían sus pasos.

Howard le había dicho que trabajaba demasiado en el jardín, que descuidaba la casa y a los niños para dedicarse en cuerpo y alma a unos rosales que, además, costaban demasiado caros. Pero si se podían permitir una camioneta para Evan, también podían permitirse unos cuantos rosales, y ella iba a ir a comprarlos ese mismo día, en ese mismo momento, le gustara a Howard o no.

El garaje, como siempre, olía a fertilizante mezclado con aceite rancio y polvo viejo. Abrió la puerta de golpe y se sentó tras el volante. Puso la llave en el contacto. La giró y oyó el ruido del motor. Se giró para abrocharse el cinturón de seguridad.

Automáticamente. Sin pensar. Miró por el retrovisor. No había nada tras ella. Metió la marcha atrás y pisó el acelerador. No pensar, no recordar. Moverse. Girarse y mirar por encima del hombro derecho, solo para asegurarse. Así había visto a Howard aquel día, apareciendo desde el jardín delantero. Howard, corriendo tras ella, gritándole y...

¡Alec!

Alec estaba detrás del Buick.

Laurel pisó el pedal del freno con todas sus fuerzas. ¡Demasiado tarde! El parachoques golpeó contra algo, produciendo un ruido sordo. El golpe la lanzó hacia delante, contra el cinturón. Durante un instante se quedó sentada, completamente inmóvil. Luego, dando un gemido, dobló los brazos sobre el volante, se inclinó sobre él y se deshizo en lágrimas.

La puerta del coche se abrió de golpe. Alec se inclinó, extendió el brazo, puso el freno de mano y apagó el motor. Luego la agarró del brazo y la sacó fuera, acunándola contra él, abrazándola, susurrándole al oído.

-Está bien, no ha pasado nada. No me has dado, no me has dado. Las ruedas traseras han chocado con un tronco, nada más.

Ella lo oía, pero apenas entendía sus palabras. Se abrazó a él, atrapada por aquel horrible recuerdo y por un pánico nuevo, distinto.

Alec le sujetó la nuca con una mano y ella escondió la cara en el hueco de su cuello.

-Cálmate. Has pisado el freno en cuanto me has visto, tan rápido como era humanamente posible. ¿Comprendes, Laurel? Intentaste parar, lo intentaste. Frenaste, pero de todas formas chocaste con el leño, igual que chocaste con tu marido aquel día. No pudiste parar. Era imposible, ¿es que no lo ves? Mueve el coche, y verás las marcas del frenazo que lo demuestran. ¿Me oyes, Laurel? Intentaste parar, pero no pudiste. Fue un accidente. Solo fue un accidente.

Alec sentía una angustia intensa, desgarradora. Sentía el dolor de Laurel, su terror y su aflicción como si fueran propias. Sentía las lágrimas ardientes que humedecían su camisa y seguían fluyendo, cayendo sin cesar.

No había imaginado que sería así. Esperaba que ella se enfadara, pero que al mismo tiempo se sintiera aliviada al saber que era inocente. Se había preparado para un chaparrón de recriminaciones y quejas, pero no para aquello. Y no había imaginado que le resultaría tan duro de aceptar, que cada lágrima de Laurel lo quemaría como si fuera ácido.

Había querido liberar a Laurel de sus miedos, no causarle una angustia mayor. Al notarla temblar en sus brazos, sintió una opresión en el pecho y un nudo en la garganta. Solo podía pensar en acunarla suavemente y esperar el castigo que merecía.

Pero era tan dulce abrazarla, tan dulce que ella se lo permitiera... Podría quedarse así para siempre, hablando sin sentido, acariciándole el pelo, grabando en su memoria la sensación de sus cálidas curvas, de su suave feminidad. Incluso disfrutaba de su dependencia, de su debilidad, de una forma extraña..., excesiva.

-No llores, Laurel -dijo, con la voz quebrada, hablando contra su pelo-. Por favor, no llores. Tenías razón. Tengo miedo de fallarle a la gente a la que quiero, miedo de equivocarme, de fracasar, de no hacer bien las cosas. Me he pasado, pero creía que era por tu bien. Y sigo pensando que todo acabaría bien si quisieras montarte en el coche e intentaras...

Ella se puso rígida, en parte por la impresión, pensó Alec, pero también por la rabia. Alzó la cabeza y dijo con incredulidad:

—¿Quieres que vuelva a subirme al coche?

-No es un monstruo, solo es una máquina hecha de metal y plástico. Solo hace lo que tú le ordenas.

—¡Casi te atropello! -su expresión cambió-. Creía... ¿Has dicho que choqué contra un tronco? -él asintió-. ¿Insinúas que... que lo tiraste detrás del coche para que chocara contra él? ¡Maldito canalla!

Laurel se aferró a su camisa y lo zarandeó, pero Alec apenas se movió.

-Bueno, quería demostrar una cosa -dijo con calma-, y me pareció mejor que dejar que me atropellaras.

-Eso es cuestión de opiniones -dijo ella con rabia-. En cualquier caso, ¡me da lo mismo! Eres el hombre más insoportable, arrogante y falto de

principios que he conocido nunca. Apuesto a que ni siquiera querías arreglar el cortacésped.

-Te equivocas. Me gustaría echarle un vistazo ahora mismo. Te agradecería que tuvieras la bondad de volver a meter tu bonito trasero en ese coche -era una pura provocación, tan arrogante y descarada como espontánea. Pero no le importaba que Laurel lo insultara, mientras dejara de llorar.

-¿Ah, sí? -exclamó ella, entornando los ojos-. ¿Y tú por qué no vuelves a ponerte, y vemos lo rápido que eres capaz de saltar cuando te...? -se detuvo, tomó aire y se llevó una mano crispada a la boca.

Él esbozó una sonrisa.

-Te pongo furiosa, ¿eh?

-No quería decir eso -dijo ella: su expresión había cambiado-. Oh, Alec...

-Lo sé. No te preocupes. Además, tengo la piel muy gruesa y la cabeza muy dura. No podrías hacerme daño aunque lo intentaras -la agarró del brazo y la llevó de nuevo hacia la puerta abierta del coche-. Voy a apartar el tronco y a meterme contigo en el Buick. Esta vez, saldrás marcha atrás con toda facilidad. Luego miraremos las marcas de los frenos.

Ella se resistía a avanzar. Le temblaban tanto las manos que Alec pensó que tendría que sacar el coche él mismo. Por fin, ella apretó los dientes e hizo avanzar el coche marcha atrás. Cuando el Buick estuvo fuera, Alec le enseñó dos pares de marcas de frenazos: una negra y reciente, la otra difuminada y recubierta de polvo y hojas. Al ver que la tensión desaparecía del rostro de Laurel, no pudo evitar preguntarse por qué nadie se las había mostrado antes.

Pero era fácil de adivinar. Nadie la había escuchado. A nadie le había preocupado cómo se sentía por la muerte de su marido, por los pensamientos culpables que giraban en círculos dentro de su cabeza. Y nadie se había molestado en ofrecerle respuestas.

Él lo sabía porque lo había experimentado, una y otra vez.

Pero Laurel Bancroft era una mujer muy fuerte. Cuando todo acabó, se volvió hacia él y le sonrió con expresión de alivio y serenidad. Su voz sonó clara y tranquila cuando dijo:

-Gracias. Alec.

Gracias. Después de lo que le había hecho. El se sintió como si le hubiera dado una medalla. Una medalla que se le clavó en el corazón.

La tarde se tornó opresivamente calurosa y húmeda. Alec se puso a trabajar en el cortacésped; le cambió las bujías, limpió el carburador, quitó los residuos de gasolina del depósito y afiló las cuchillas. Pero no quiso ponerlo en marcha porque Laurel estaba descansando. Después de mirarlo trabajar unos minutos, había ido a tumbarse en el balancín del porche delantero. Llevaba tanto tiempo quieta que Alec pensaba que estaba dormida. Sonrió al pensarlo, porque ello significaba que se sentía segura a su lado. También le pareció una señal de que, en parte, se había liberado de la culpa y de la angustia y había recuperado la paz. Eso esperaba, al menos.

Laurel se levantó poco antes de la hora a la que Alec solía marcharse. Para entonces, se había levantado el viento y amenazaba lluvia. Alec acabó

pronto y se marchó a casa. Hasta consiguió descabezar una breve siesta antes de que la abuela Callie lo llamara para cenar.

A medianoche estaba de nuevo en Ivywild, sentado en el banco, bajo la pérgola. Se había llevado un impermeable que había encontrado en el armario de su abuela. La lluvia que amenazaba poco antes se había desvanecido, pero durante la hora anterior se había formado por el noroeste una masa de nubes negras. En ese momento se cernía sobre la casa, y su panza plana se estremecía como si contuviera gigantescos embriones de relámpagos, en lugar de lluvia.

Alec no había llevado la Harley hasta la casa; la había dejado aparcada en el bosque, a unos kilómetros de distancia, carretera abajo. Laurel no debía saber lo que hacía, lo que había estado haciendo cada noche desde que encontrara la pisada. Todo el mundo tenía sus puntos flacos, y el de Alec era su repugnancia a mostrar delante de una mujer sus impulsos más absurdos. Sabía que hacer de guardaespaldas resultaba un poco melodramático, pero al fin y al cabo era él quien se quedaba sin dormir. Si a él no le importaba, a los demás tampoco tenía por qué importarles.

Pero a Laurel le importaría, por supuesto. Se preocuparía e insistiría en que se fuera hasta que él se viera obligado a hacer algo drástico para hacerla callar. La mayoría de los métodos que imaginaba no contribuían precisamente a hacerle más llevadera la vigilia. Pero hacían que las horas pasaran más rápidamente.

También lo ayudaba ver de cuando en cuando la sombra de Laurel a través de una ventana. Eso, y mirarla en las raras ocasiones en que salía a la terraza y caminaba arriba y abajo, disfrutando del aire fresco de la noche. La forma en que su pelo y su vaporosa bata se agitaban y refulgían a la luz de la luna alimentaba las fantasías de Alec.

Esa noche, sin embargo, las nubes habían tapado la luna. Pero al cabo de unos días habría luna llena. Y la luna llena marearía la noche de Belanus, la noche que señalaba el principio del verano. Alec se preguntaba si Laurel lo sabía, si conocía las impúdicas leyendas asociadas a aquella noche y a los sátiros que ella seguía esculpiendo.

Durante la noche de Belanus, solía decir el señor Wu, los paganos que reverenciaban a la diosa Tierra se ataban flores y cintas en el pelo y bailaban desnudos entre los trigales para celebrar la vida, el amor y la fecundidad. Después hacían el amor a la luz de la luna para sellar el vínculo entre la madre tierra y sus hijos. A Alec le parecía una costumbre muy juiciosa.

El sátiro, por otra parte, era el símbolo de la lujuria que esperaba agazapada en la oscuridad o eso habían creído los padres del Cristianismo. En realidad, aquella tradición era una metáfora de la sensualidad que latía en todos los seres de la naturaleza, y de la forma en que la luna llena y la noche calurosa afectaban a los amantes.

Si Laurel ignoraba las implicaciones de sus esculturas. Alec no se las revelaría. Si las conocía, aquello arrojaba una luz completamente distinta sobre la cuestión.

Alec se removió, incómodo, en el banco de piedra. Sería mejor que pensara en otra cosa, en cualquier cosa. Últimamente, sufría a menudo

aquel irremediable estado de excitación. Lo sorprendía que nada, ni siquiera el trabajo agotador, le impidiera reaccionar así al pensar en abrazar a una mujer. Pero no a cualquier mujer, sino a la viuda Bancroft. A la señora Bancroft. A Laurel. Gruñó para sus adentros al darse cuenta del efecto que le producía solo pensar en su nombre.

Esa noche había luz en el salón, y también en el dormitorio. Debía de ser casi medianoche y Laurel todavía estaba levantada. Quizá fuera por la siesta que se había echado esa tarde. O quizá no pudiera dormir pensando en lo que pasaba a su alrededor. O en aquella tarde, cuando él la había abrazado.

En fin, mejor sería que él pensara en otra cosa.

Aquella vigilia lo obligaba a descuidar a Gregory. Se sentía mal cargar a la abuela con aquella responsabilidad, pero ella lo entendía. De todas formas, su hermano parecía sentirse mejor con la nueva medicación. Dormía durante periodos más largos y parecía menos abatido. Incluso se manejaba mejor.

Y, además, no pasaría mucho tiempo vigilando a Laurel. No tardaría mucho en averiguar qué estaba pasando en Ivywild.

La tormenta se acercaba. El viento, cada vez más fuerte, zarandeaba los árboles del bosque que había tras él y arrastraba sus hojas. El rugido amortiguado del trueno sacudía el aire. El relámpago se agitaba en lo alto del cielo nocturno, proyectando una luz azulada que saltaba de nube en nube.

Alec oyó el coche segundos antes de verlo al fulgor de un rayo. Bajaba por la carretera lentamente.

Él se levantó del banco con un movimiento suave, saltó la valla y se deslizó sigilosamente hacia la linde de la arboleda. Apenas había alcanzado las sombras de los árboles cuando el vehículo dobló la curva y pasó muy despacio junto a la entrada de coches de Ivywild. Era un modelo antiguo de Lincoln; su potente motor apenas se oía por encima del ruido del viento y los truenos. Era de color claro, pero con aquella oscuridad era imposible distinguir su tono exacto. Sin embargo, una cosa era evidente. Quienquiera que estuviera al volante no pretendía nada bueno. Iba con los faros apagados.

Alec salió en su persecución, maldiciendo por lo bajo. Corrió, oculto entre las sombras de la arboleda, intentando acercarse lo suficiente para ver la matrícula. Pero tenía que acercarse mucho, porque apenas había luz.

No le fue posible. O el conductor había visto lo que quería, o, al ver las luces de la casa encendidas, había preferido no arriesgarse a que lo descubrieran. Pisó el acelerador y se alejó rápidamente carretera abajo.

Alec lanzó unos cuantos juramentos y se quedó parado, mirando el vehículo que se alejaba. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Tenía que haber algo más de lo que le habían contado, pero no tenía ni la más remota idea de lo que podía ser.

Justo cuando se dio la vuelta para regresar a la casa, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Eran frías, pero tan esporádicas que Alec no se apresuró. Se metió las manos en los bolsillos, retrocedió lentamente por la cuneta, se acercó a la valla y la siguió en dirección a la pérgola. Volvió a saltar por encima de los postes y aterrizó en una parte del arriate de flores

que había dejado convenientemente desnuda.

Un trueno rugió y resonó como el disparo de un cañón. Al instante siguiente, un relámpago produjo una explosión de luz blanca. Alec se quedó inmóvil, asombrado por aquel súbito estallido de energía; se quedó con los pies clavados al suelo, bajo aquel fulgor deslumbrante, antes de que el mundo volviera a sumirse en la oscuridad.

Cuando la luz ya se desvanecía, vio una pálida forma que se movía entre las sombras de la terraza. Aquella forma avanzó y se inclinó sobre la barandilla.

La voz de Laurel, perfectamente firme y carente de expresión, llegó flotando hasta él en la oscuridad.

-Será mejor que entres -dijo-. Es una gran tentación dejar que te chamusques, pero no creo que fueras un buen abono para mis rosas.

-Me arriesgaré -dijo él secamente.

Ella cruzó los brazos. Al cabo de un momento, dijo:

-¿Qué tal si te pongo en nómina?

-¿Qué dices? -su voz era lacónica, impasible.

-Está visto que necesito un guardia nocturno. Podrías dormir en el trabajo.

Seguramente Laurel no pretendía decir lo que parecía..., o lo que él quería interpretar. Con tono desconfiado, preguntó:

-¿Qué quieres decir?

-No puedo dormir sabiendo que estás ahí fuera, con esta tormenta. Esta casa tiene seis habitaciones. Seguramente alguna te gustará.

-No lo dudo, ¿pero qué dirán los vecinos? -él intentaba resistirse, pero temía que fuera una batalla perdida.

-¿Quién va a enterarse?

-Mi abuela y Gregory, por ejemplo.

-¿Y dónde creen que estás ahora? -preguntó ella, irritada-. Entra, te estás mojando.

Era cierto. Pero Alec ni siquiera lo había notado. Se quedó donde estaba, debatiéndose, y descubrió que no era ni la mitad de noble de lo que pretendía ser. Por fin, dejó de luchar.

11

-¿Por qué?

La pregunta parecía bastante natural, pero al hacerla Laurel sintió que estaba tentando a la suerte. Alec parecía distinto aquella noche; había algo extraño en su forma de moverse, en su manera de hablar. En cierto sentido, ello hacía que Laurel también se sintiera distinta. Sabía que su pregunta entrañaba algún peligro, pero no le importaba.

Había conducido a Alec a un dormitorio de la parte central de la casa y le había dado una toalla para secarse. Había estado a punto de dejarlo para que se secara, pero se había dado la vuelta cuando ya estaba en el umbral. Dejó caer aquella pregunta, sabiendo que él la comprendería. Alec se quedó callado un momento, mirándola desde el centro de la habitación, con la toalla entre sus manos fuertes y morenas.

-Porque no me gustan los merodeadores -dijo al fin-, y odio pensar que alguien pueda aprovecharse de que estés aquí sola.

-Yo no soy responsabilidad tuya.

-¿Ah, no? -preguntó él, y sonrió.

Una sonrisa encantadora. Como había dicho Gregory, para Alec era muy sencillo. La luz que prendía en sus ojos era lo que la retenía, pensó Laurel. Era serena y grave, pero también parecía reírse de ella, de él y del mundo, invitándola a compartir la broma. Y ella deseaba compartirla. Lo deseaba muchísimo.

Intentando combatir aquella debilidad, Laurel dijo:

-No quiero serlo, sé cuidar de mí misma.

La sonrisa de Alec se hizo más amplia, como si aquella fuera la broma más divertida de todas.

-No puedo evitarlo. Eres la clase de mujer a la que un hombre desea cuidar.

La textura aterciopelada de su voz, la intención que creyó entender en ellas, y las palabras mismas le produjeron un estremecimiento.

-Tengo una pistola -lo informó, alzando la barbilla-, y sé cómo usarla.

-Me alegro por ti. ¿Pero alguna vez has disparado a algo un poco más peligroso que una lata vacía?

-No. ¿Y tú?

-Yo tengo otros métodos de defensa -dijo él, y empezó a secarse los hombros con la toalla. Continuó sin interrupción-. ¿Conoce a alguien que tenga un Lincoln?

Era una pregunta fácil.

-Mamá Bancroft. Zelda, la hermana de Howard. La mitad de los médicos y abogados del pueblo. Tu abuela. Es una marca muy popular, y además es el único concesionario de coches que todavía funciona por aquí.

Él frunció el ceño mientras se pasaba la toalla por el pelo; luego la tiró sobre el brazo de una silla y empezó a desabrocharse la camisa. Era hora de que lo dejara solo, pensó Laurel.

-En fin, si tienes todo lo que necesitas, creo que será mejor decir buenas noches.

Él la miró de arriba abajo.

-Claro -dijo bruscamente-. Buenas noches.

Ya en su cuarto. Laurel apagó la luz y se tumbó en la cama con dosel. Arropada hasta la barbilla, escuchó la lluvia. Todavía caía con ritmo sostenido. Los relámpagos resplandecían más allá de las ventanas con el fulgor constante y de baja intensidad que Laurel siempre asociaba con la amenaza de los tornados. Confiaba en que no se estuviera fraguando uno. El viento causaría un desastre en el jardín, aunque no tocara la casa.

Ella, sin embargo, se sentía a salvo del tiempo. Siempre había sido así, en Ivywild. La vieja casona se había resistido a las tormentas durante más de un siglo. Aguantaría unas cuantas más.

También se sentía a salvo de cualquier amenaza, al menos por el momento. Era una insensatez, y lo sabía..., dadas las cosas que la gente decía de Alec. Pero así era.

Pensó en cómo lo había visto antes, de pie en el jardín, silueteado por el fuego plateado de los truenos que resplandecía en su pelo y arrancaba destellos a su pendiente, dándole una apariencia sobrenatural, como salida de un mito o de un sueño. Había deseado salir a su encuentro, tocarlo, como no había deseado nada en toda su vida. En lugar de eso, lo había invitado a entrar.

Debía de estar loca.

Invitar a su casa a un asesino, a un hombre que se aprovechaba de mujeres mayores. Sí. ¿Y se sentía segura? Sí, por extraño que pareciera.

Él no dormía. Laurel oyó el crujido familiar de ciertas tablas del suelo; Alec caminaba por el vestíbulo, iba de una ventana a otra del salón, pasaba junto a su puerta y revisaba el resto de las habitaciones. Le pareció que salía al porche trasero y se quedaba allí un momento, y que luego entraba de nuevo.

¿Qué pasaría si se levantaba y lo seguía, si se acercaba a él en la oscuridad? Si lo rodeaba con sus brazos y se apretaba contra él, ¿la abrazaría él? ¿La llevaría a la cama y la amaría mientras caía la lluvia y los truenos relucían en sus ojos?

No se atrevía, por supuesto; no podía ni tan siquiera atreverse a soñar tal cosa. Pero aquella idea la hizo removerse, inquieta, sobre el colchón y apartar las sábanas para aliviar la súbita oleada de calor que la embargó.

Hacía mucho tiempo que pensamientos semejantes no la atormentaban. Resultaba perturbador que la acometieran en ese momento. Tal vez cualquier hombre atractivo y apuesto pudiera haberlos despertado, pero Laurel no lo creía. En realidad, estaba segura de ello.

Se sentía viva, excitada, por tener a Alec en la casa. Podía ser simplemente la sensación de clandestinidad de la situación, el placer secreto de hacer algo que sabía que todo el mundo consideraría escandaloso. También podía ser que estuviera disfrutando de encontrarse al borde del peligro, después de tantos años insulsos y tristes.

Se había sentido razonablemente contenta con la monotonía infinita, segura, de su existencia antes de que Alec apareciera ante su puerta. Ahora, todo había cambiado. Podían decirse muchas cosas de él, pero no que fuera triste.

Alec había vuelto al vestíbulo; Laurel reconoció el chasquido de una tabla de la tarima junto a la mesa de mármol, aunque no podía oír sus pasos sigilosos. El se detuvo junto a su puerta, escuchando. Laurel se quedó inmóvil; el corazón le martilleaba en el pecho.

¿Qué haría si Alec abría la puerta y entraba, si se deslizaba en la cama junto a ella? Si la abrazaba. La tocaba. La cubría con su peso cálido, duro. No lo sabía, no podía imaginarlo.

Él siguió andando. Laurel dejó escapar el aliento en un largo y silencioso suspiro. El ruido de la lluvia sobre el tejado repiqueteaba en sus venas, en su mente. Pasó mucho tiempo antes de que se desvaneciera en el silencio, y mucho más antes de que ella se hundiera en el sueño.

Por la mañana. Alec se había ido. Su cama estaba hecha: nadie la había usado. Era casi como si Laurel hubiera soñado que había estado allí... salvo por la rosa recién fresca, mojada por la lluvia, que había en un jarrón, sobre la mesa de la cocina. Y cuando él apareció a su hora habitual, sonrió pero no le deseó los buenos días.

El día pasó, de algún modo. Alec aprovechó el fresco de las primeras horas para cortar el césped y podar al otro lado de la valla, y no se acercó a la casa. Comieron juntos, pero no dijeron nada de la noche anterior, ni de la que se acercaba. Después, él siguió cortando el césped. Cuando se marchó al final de su jornada, el aire llevaba el olor dulce de la hierba cortada secándose al sol.

Laurel se bañó temprano e intentó leer un rato. Alec iría; estaba segura. Y, aun así, se sobresaltó y dejó caer el libro al oír que llamaban a la puerta.

La luz que salía de la casa se reflejó en sus ojos cuando Laurel abrió la puerta. También iluminó el sacó de dormir que llevaba, enrollado, bajo el brazo.

-Hola -dijo Laurel, y de inmediato pensó que el saludo sonaba estúpido y agitado en labios de una mujer adulta. Alec se había duchado antes de ir; Laurel sintió el olor a limpieza, a jabón y el perfume sutil de una loción con aroma a madera y hierbas.

Él sonrió gravemente.

-Creo que dormiré aquí fuera, en el porche, si no te importa.

-¿Por qué iba a importarme? -preguntó ella, aunque por alguna razón le importaba. Parecía como si él estuviera rechazando su hospitalidad, o como si se considerara a sí mismo poco más que un perro guardián, como Sticks, que también solía dormir en el porche. Laurel abrió la puerta de par en par y añadió-: Pero no sé por qué quieres hacerlo.

-Creo que es lo mejor -dijo él, entornando los párpados-. Este es mejor sitio para vigilar. Tú puedes hacer como si no estuviera.

Sí, claro. Podía hacerlo; nada más fácil. Desde luego.

-Lo que tú quieras -dijo ella en tono formal.

-Lo que yo quiero... -empezó a decir con voz contenida. Se detuvo, apretando los labios para impedir que salieran las palabras-. Así oiré si viene alguien, y podré dar de vez en cuando una vuelta por fuera sin molestarte.

-Pero si alguien viene, también te verán enseguida -dijo ella.

Al percibir la preocupación que había en su voz. Alec se sintió conmovido. Nunca se le había cruzado por la imaginación que ella temiera que le hicieran daño. No podía recordar la última vez que alguien, aparte de la abuela Callie, se había preocupado por lo que le ocurriera. Aquello lo hizo sentirse humilde. Y al mismo tiempo le produjo una asombrosa sensación de invulnerabilidad.

-No te preocupes por mí -dijo suavemente-. Estaré bien.

Ella se apresuró a decir:

-No estoy preocupada. ¿Pero y si viene alguien y no lo oyes?

-Lo oiré.

-Bueno, si estás tan seguro -se mordió el labio un momento-. No tienes por qué hacerlo, ¿lo sabes, verdad?

-Lo sé -dijo él, mirándola con una lenta sonrisa-. Pero voy a quedarme de todas formas, si a ti te da igual.

-No es que me importe. pero...

-¿Pero qué?

-Todavía no sé por qué te preocupas por mis problemas.

-Si te dijera que es porque estoy locamente, apasionadamente -enamorado de ti, ¿me creerías? -preguntó, ladeando la cabeza.

Ella lo miró fijamente, con expresión divertida.

-No.

Lástima. Él lo intentó otra vez.

-Supón que te dijera que aliento deseos extremadamente impropios respecto a tu cuerpo.

-Me parece sumamente improbable.

El rubor de Laurel era evidente a pesar de la penumbra; estaba inquieta y le temblaba la voz. Era hora de retirarse.

-¿Tú crees? ¿Y si te dijera que tengo un sentido de la responsabilidad exagerado respecto a mis mayores?

-¡Vaya, muchas gracias!

-Supongo que eso tampoco sirve -dijo, con tono apesadumbrado-. Bueno, entonces no me queda más que la verdad, y es que me están saliendo canas de tanto preocuparme por que estés aquí sola. Quiero decir que, si algo te ocurriera, adiós a mi trabajo, ¿y qué haría entonces?

-Canas, ¿eh?

-Claro. ¿Ves? -inclinó la cabeza y señaló una parte donde sabía que le crecían unas pocas.

Ella se puso de puntillas para mirar. Sorprendida, dijo:

-Es verdad que tienes canas.

-Uno de estos días compararemos las tuyas y las mías -contestó él rápidamente, irguiéndose-. Eso, por no mencionar mis arrugas.

-Son las líneas de la sonrisa -lo corrigió ella, mirando los pliegues de las comisuras de sus ojos.

-Exactamente. Años contra vivencias, ya te lo dije -la miró fijamente para asegurarse de que captaba el mensaje. Ella parpadeó-. Ahora que ya sabes que solo estoy protegiendo mis intereses, ¿está todo aclarado?

Ella permaneció callada tanto tiempo que Alec empezó a alarmarse; después, movió la cabeza.

-¿Qué voy a hacer contigo?

Era un comentario demasiado bueno para dejarlo pasar. Además, se sentía tan aliviado que estaba aturdido y fuera de sí. Sonrió con audacia y dijo lentamente:

-Lo que quiera, señora. Todo lo que quiera.

-De acuerdo -dijo ella, apartándose de él bruscamente-. Después de tener esta pequeña charla, creo que el porche tal vez sea el mejor sitio para ti, después de todo.

Alec vio la puerta cerrarse tras ella; la luz se apagó. Tomó aire y luego lo soltó dando un suspiro que terminó en un estremecimiento. Laurel no le había creído ni una sola palabra. Había pensado que todo era una broma, o eso al menos le había dado a entender. Él no sabía si alegrarse o lamentarlo.

Dejó el saco de dormir en el suelo y se agachó para desenrollarlo. Se tumbó sobre él de espaldas, juntando las manos tras la cabeza. Hacía fresco allí fuera, a pesar de lo calurosa que era la noche. El porche cubierto había sido construido para dormir en las noches de verano, antes de que existiera el aire acondicionado, y estaba orientado de cara a los vientos dominantes. La brisa llevaba el olor de la madreselva y el aroma penetrante del jazmín que crecía en el jardín italiano. Los sonidos melodiosos de las fuentes llegaban hasta él como una suave armonía tripartita. Sería tan fácil dormirse, pensó, si estuviera allí para dormir...

Pero no era así. No, claro que no. Y haría bien en recordarlo.

Laurel se obligó a recorrer todo el camino hasta su cuarto sin detenerse. Al entrar en la estancia en penumbra, se apoyó en la pared y cerró los ojos.

No, no pensaría en ello. No lo haría. De todas formas, él no lo había dicho en serio. Solo se estaba burlando de ella.

Era curioso, pero ya no se sentía mayor que Alec. Era algo que tenía que ver con el aplomo que él demostraba, y con la certeza de que tenía muchas más experiencias que ella. Por no hablar de las canas.

«Locamente, apasionadamente enamorado...»

Sus labios se curvaron en una sonrisa al recordarlo. Aunque no fuera sincero, había conseguido que ella se sintiera mejor. ¿Encanto? Sí, desde luego, Alec tenía encanto de sobra.

Sin embargo, ¿y si lo había dicho en serio? ¿O acaso quería que así lo creyera para franquearse la entrada en su casa? Pues le había funcionado, ¿no? En cierto sentido, al menos, pues estaba durmiendo en el porche.

Sí, pero podría haber traspasado el vestíbulo. ¿Por qué había rechazado aquella ventaja si lo que quería era seducirla, llevársela a la cama, llevarla al huerto o como quiera que se dijera?

Pero, en realidad, la palabra «seducción» tenía muchos otros significados, pues implicaba persuasión, por no hablar de cierta sutileza en lo referente a lo físico. Sí, y era muy propio de ella distraerse con la semántica.

¿No era eso exactamente lo que Alec estaba haciendo, sin embargo: seducirla con su ingenio y sus sonrisas, con su preocupación por su bienestar y su seguridad, y por las cosas que le proporcionaban placer? Tal vez no fuera del tipo sofisticado y empalagoso, cargado de cumplidos, gestos grandilocuentes y regalos caros, pero ello no hacía menos eficaces sus métodos.

Ella no tenía intención de sucumbir. Sería estúpido, después de las advertencias que había recibido.

¿Por qué se habría interesado por ella? No era rica, ni famosa. Solo tenía una cuenta bancaria decente y la mitad de una casa que había heredado junto con sus hijos, según las leyes de herencia de Luisiana. Ninguna de las dos cosas merecía la atención de un auténtico caballero de fortuna. ¿Pero por qué, si no por el dinero, se había acercado a ella?

Le estaría bien empleado si ella aceptaba su oferta y lo utilizaba como él pensaba utilizarla a ella. Si aceptaba el placer fugaz que él le ofrecía y no le daba nada a cambio, no podría culpar a nadie, más que a sí mismo.

¿Pero podía hacerlo Laurel? ¿Se atrevía? ¿Podía hacer el amor con él dejando a un lado los sentimientos? ¿Podía tratar el sexo como la comida: algo que se tomaba en respuesta a un apetito? ¿Podía mantener su corazón a raya si dejaba que Alec la tomara en sus brazos?

¿Por qué no? Los hombres lo hacían sin cesar, ¿verdad?

Pero la sola idea le parecía fría, mecánica, inhóspita. Cuerpos entrelazándose en la oscuridad. Carne contra carne, y cada uno de ellos intentando desesperadamente obtener placer del otro sin entregarse nunca. Un mero... ¿cómo era aquella frase ramplona? ...un mero intercambio de fluidos corporales. ¿Qué sentido tenía, si al acabar los dos volverían a estar tan solos como cuando empezaron?

Además, ¿qué demonios le diría cuando volviera a trabajar a la mañana siguiente? «No trabajes mucho, cariño. Reserva tus fuerzas para esta noche».

Cielo santo, no.

Entonces, ¿por qué rebuscaba entre sus principios y sus inclinaciones menos admirables en busca de respuestas para una situación que tal vez nunca se produjera? No tenía ninguna prueba de que Alec la deseara en ningún sentido. Solo había bromeado; como cualquier hombre de su edad. «Era una broma, señora, solo una broma. ¿No lo entiende?».

Sí, lo entendía, claro que sí. Una broma a su costa.

Se apartó de la pared y se acercó a la cama. Se tumbó de espaldas en su postura habitual, se arropó con la sábana y cerró los ojos con fuerza contra la quemazón de las lágrimas. Y cuando la noche acabó, el único vestigio de Alec era una rosa de su propio jardín.

La noche siguiente, no lo esperaba hasta después de las diez. Laurel había descubierto al fin que esperaba a que oscureciera para que su entrada pasara inadvertida. Esa noche era la noche de Belanus, y habría aún mucha luz cuando regresara. Aquel secretismo le parecía un poco de capa y espada, pero no le importaba. Empezaba a gustarle fingir que Alec no era más que su empleado a la luz del día, y luego recibirlo de noche como a un amante

secreto.

Había sacado limonada y unas galletas suaves y cremosas que Maisie había hecho esa tarde. Se las comieron sentados en la escalinata de atrás, hablando de forma inconexa. Él quería saber si el ama de llaves había dicho algo de su vigilia nocturna. Maisie no había dicho nada, pues él había sido muy discreto: no había deshecho la cama, no había dejado ni un plato ni una taza en el fregadero. Nada. Aparentemente, nadie había visto su moto, ni había reparado en sus idas y venidas. Al menos, ningún rumor lo situaba de noche en casa de Laurel. Fuera así o no, esta tenía la agradable sensación de que estaba burlando a los difamadores.

Pero sabía que no debían tentar a la suerte, y por eso no salían adonde pudieran verlos. Laurel leyó un rato después de volver a entrar en la casa una fascinante novela medieval que Maisie le había recomendado. Pero no pasó mucho tiempo antes de que apagara la luz. Se quedó tumbada un rato, preguntándose si el suelo del porche no sería demasiado duro para Alec a pesar del saco de dormir, si necesitaría una almohada, o si tendría calor y le iría bien un ventilador. Podía levantarse y preguntárselo, como probablemente haría una buena anfitriona.

Excusas. Se ordenó a sí misma parar y dormirse, se acomodó y realizó ejercicios de respiración hasta que se quedó dormida.

Se despertó sobresaltada una hora después. Estaba aturdida por el sueño, pero lo bastante alerta como para saber que algo no iba bien. Un ruido resonaba al borde de su conciencia. No conseguía retenerlo, pero sabía que lo había oído.

Se apoyó sobre un codo, retiró la sábana que la cubría y se deslizó fuera de la cama. Su bata yacía a los pies de la cama: la agarró y se la puso. Descalza, con paso seguro, cruzó la habitación en penumbra, se quedó escuchando un momento en la puerta, y luego la abrió y salió al vestíbulo.

En ese instante, el pomo de la puerta principal giró con un chasquido suave, furtivo. Laurel se puso rígida, se quedó completamente paralizada al reconocer el mismo sonido que la había despertado. Se dio la vuelta y cruzó rápidamente el vestíbulo en sentido contrario. Puso ambas manos sobre la puerta trasera y la abrió con cuidado, intentando impedir que las viejas bisagras chirriaran. Cuando salió al porche, vio el saco de dormir de Alec. Estaba vacío.

¿Dónde estaba? ¿Sería él quien intentaba abrir la puerta principal? Era improbable. Alec estaba a su lado cuando había echado la llave, para asegurarse de que el cierre era seguro.

¿Habría oído al merodeador y habría ido a investigar? ¿Estaría en el jardín delantero, vigilando a quien intentaba entrar? ¿,O habría quedado tendido allí fuera, herido después de luchar con el intruso?

Laurel se rodeó el cuerpo con los brazos, intentando controlar los temblores que la sacudían. Pensar. Tenía que pensar. ¿Qué podía hacer?

Volver a entrar en la casa era una insensatez. Quienquiera que estuviera en la puerta podía estar ya en su interior. Pero tampoco podía quedarse donde estaba... No, porque Alec podía necesitar ayuda. Pero si salía corriendo en la oscuridad, podía entorpecer lo que estuviera haciendo para protegerla.

La noche más allá de los cristales del porche no era muy oscura. La luz densa y plateada de la luna llena lo iluminaba todo con su fulgor. Brillaba sobre la hierba, se reflejaba, titilando, en los cristales de agua agrupados junto a un rincón del césped, y convertía las hojas de los árboles y los arbustos en formas recortadas en cristal oscuro. Bajo su resplandor, había pocos sitios donde esconderse.

¿Dónde estaba Alec?

Laurel no podía quedarse allí, esperando a que volviera, esperando a que el merodeador la encontrara. Tenía que hacer algo, aunque se equivocara.

Se dio la vuelta, salió del porche y cerró la puerta de cristales con exquisito cuidado. Bajó sigilosamente la escalinata y se escabulló por el sendero hacia la esquina de la casa. Se detuvo junto al antiguo aljibe y miró rápidamente a su alrededor. Nada se movía, salvo las formas grisáceas de los árboles que agitaba de cuando en cuando la brisa. Laurel no podía oír otro sonido que el ruido del agua y el canto amortiguado de los grillos y las ranas del bosque.

La belleza sobrenatural de la luz de luna y de la vida vehemente que fluía a través de ella la cautivó. Pero no tenía tiempo para detenerse, pues cada mancha de sombra podía esconder un peligro desconocido, y cada paso podía llevarla frente a quienquiera que hubiera matado a Sticks. El corazón le martilleaba en el pecho. Le sudaban las manos, a pesar de los escalofríos que la recorrían. Le costó un enorme esfuerzo moverse. Se deslizó suavemente junto a la pared en sombras. Dio dos pasos. Se detuvo a escuchar. Dos pasos más.

Cuando llegó a la esquina redondeada de la casa, se puso de puntillas para mirar al otro lado. Nada se movía bajo el cielo. Dejó escapar un gemido de angustia. Si no había nadie, ¿adónde habrían ido? Se dio la vuelta bruscamente, aterrorizada de pronto al pensar que pudieran estar tras ella.

Nada. Suspiró trémulamente.

¿Dónde diablos estaba Alec y qué hacía? ¿Y qué hacía ella escondida allí, jugando al gato y al ratón con algún fisgón? Si hubiera sido más lista, habría buscado su pistola y la habría llevado consigo. Pero no se le había ocurrido. Cerró los puños, intentando mantener a raya el miedo. Al mismo tiempo, sintió una rabia amarga por no poder estar ya segura y oculta en su propia casa.

Oculta. Aquella palabra afloró con facilidad. ¿Tenía razón Alec, entonces? ¿Se estaría escondiendo realmente, asustada de la vida y del vivir? Era posible, y sin embargo no era capaz de señalar con precisión el momento en que había decidido no volver a salir de Ivywild. Su repugnancia a salir en el coche y enfrentarse a la gente se había convertido en una total reclusión tan gradualmente que no se había dado cuenta.

Ahora había sido arrancada de su casa, forzada a salir a la noche iluminada por la luna. Pero no tenía sitio adónde ir. Lo único que podía hacer era encontrar a Alec.

Sintió la llegada de las lágrimas, pero las reprimió. No se compadecería de sí misma. Ni se dejaría acorralar y amenazar sin resistencia. Reclamaría su paz, haría lo que quisiera con su casa y su tierra, con su tiempo, su

dinero y su vida, y nadie la detendría. Nadie.

Lo cual estaba muy bien, pero seguía temblando de miedo. Se obligó a moverse otra vez por el sendero.

El agua de la fuente brincaba y caía entre las rosas nuevas, de hojas brillantes. El perfume de las clavellinas, mezclado con la fragancia de las rosas, se elevaba como un vapor por el aire cálido. Laurel giró junto a la escalinata frontal, rodeó el estanque de ladrillo de la fuente y se dirigió a la puerta de la valla. Se quedó parada, con las manos apoyadas sobre un poste. Sobre ella, las rosas Zéphrine Drouhin movían sus pálidas cabezas, cuyo color rosa oscuro la luna volvía gris violáceo.

Entonces, lo oyó: un roce de pisadas tras ella, un susurro en el sendero, al otro lado de la esquina que ella acababa de doblar. ¿La había visto quien estuviera allí? ¿Sabían dónde estaba?

Laurel no esperó a averiguarlo. Abrió la puerta y la atravesó. Después agachó la cabeza y echó a correr.

Corrió a lo largo de la verja y por el camino que llevaba al garaje; luego giró y lo rodeó. El jardín trasero se extendía ante ella, un espacio resplandeciente, sombreado por los árboles y arbustos que bordeaban la tapia trasera de la casa. Laurel tenía que cruzarlo para alcanzar la escalinata trasera. Una vez dentro de la casa, buscaría la pistola. Si podía asustar al intruso, tal vez luego podría encontrar a Alec. Con la mirada fija en los dibujos geométricos que formaban los escalones iluminados por la luna y su sombra negra, hizo un último esfuerzo.

Algo grande y oscuro saltó de repente ante ella. Laurel gritó, intentó girarse, pero chocó contra un muro cálido y duro como una roca. Brazos como cables de acero la rodearon, obligándola a detenerse. Cuando tomó aire para gritar, una mano firme le tapó la boca. Un aliento cálido le acarició la mejilla y agitó su pelo; Alec musitó junto a su oído:

-Por fin te encuentro.

Ella se apretó contra él. Le castañeteaban los dientes. Intentaba recuperar el aliento. Temblaban de forma tan incontrolada que la voz le salió en jadeos entrecortados:

-Pensaba que... que eras...

-Cielo santo, ¿por qué? -le quitó la mano de la boca y la abrazó.

-Oí el pomo de la puerta... girar, y tú te habías... ido.

-Solo quería asegurarme de que estaba bien cerrado. No quería asustarte.

Alec le había dicho antes algo sobre hacer una ronda alrededor de la casa. Como un policía de guardia, quería asegurarse de que todo estaba cerrado. Ella se había asustado sin motivo. Saberlo era un alivio, pero no hacía desaparecer el doloroso residuo de terror que le quedaba. Sacudió la cabeza en silencio y se apoyó contra su cuerpo; necesitaba sentir su sólida presencia para recuperar el equilibrio. Su mejilla rozó la piel suavemente cálida de Alec allí donde su corazón latía con una cadencia regular, incesante. No llevaba camisa. Aquel descubrimiento sorprendente penetró en la mente de Laurel y la tranquilizó como nada podía haberlo hecho.

-Lo siento -musitó él, acariciándole el pelo una y otra vez, acunándola tan suavemente como si fuera una niña-. Lo siento.

-Tenía tanto... miedo -dijo ella contra la firmeza de su hombro musculoso-. Miedo de que tu hubiera pasado algo.

-No me ha pasado nada, ni me pasará -le aseguró él. Ella le pasó un brazo alrededor de la cintura para abrazarlo más fuerte, y él le puso el pelo detrás de la oreja y le acarició la mejilla-. Eh, mírame. He dicho que estoy bien.

Ella se echó hacia atrás un poco para mirar su cara. En los rasgos en sombras de Alec había preocupación y remordimiento. Y también un reflejo de algo que le hizo emitir un sonido suave, jadeante.

Alec la deseaba. El deseo irradiaba de sus ojos, de su voz, de sus caricias. Estaba bajo control por el momento, pero aún así era perfectamente visible.

Ella también lo deseaba. Lo había deseado desde la primera noche en que él emergió de entre la maleza del jardín como un antiguo guerrero abriéndose paso a través de un bosque encantado. Lo deseaba allí, en ese preciso momento, con una vehemencia repentina y temeraria a la que no le importaba quién o qué fuera él, ni lo que sucedería después.

La luz de la luna se derramaba cálidamente a su alrededor, benigna y acogedora. La noche murmuraba de deseo y lujuria. Se agitaba a su alrededor como una sustancia corpórea, incitándolos a una pasión que era dulce, natural y desprovista de culpa.

-¿Laurel? -dijo él, y su nombre salió de sus labios más parecido a una súplica que a una pregunta.

Ella alzó la mano y trazó con los dedos la línea de su boca, como había deseado hacer tantas veces. Acarició el hoyuelo de su mejilla como si estuviera moldeado en cálida arcilla. Pasó los dedos suavemente por su garganta y a lo largo de su clavícula, hasta el dragón que se enroscaba sobre su hombro. Dejó escapar un suspiro de placer y plenitud, como si sintiera dentro de ella su piel levemente broncínea y atesorara aquel recuerdo.

-Sí -contestó; su voz era al mismo tiempo un ruego y una respuesta.

Por un fugaz instante, lo miro a los ojos y vio que se enturbiaban, convirtiéndose en estanques serenos. Después, él bajó los párpados. Inclinó la cabeza y se apoderó de su boca.

Él sabía a la frescura de la noche y a deseo, a dulce provocación y a promesa. Era la seguridad que ella necesitaba, pero también el peligro que temía. La abrazó con reverencia, vacilando, con un atisbo de desesperación. Luego, con un leve gemido, su abrazo cambió, haciéndose más audaz. Su beso se convirtió en un ansia hambrienta, exigiéndole que compartiera su ardor, que aceptara su dominio.

Ella lo deseaba, y lo hizo. Se le erizó la piel, la sangre le palpitó en las venas. El sentir su cuerpo contra ella le produjo una violenta oleada de calor que desvaneció el temor que sentía y dejó en su lugar alegría. Suspirando, se abrió para él, se movió hacia él, pidiendo más, dándolo todo.

La intensidad de su abandono era conmovedora. Ignoraba cuánto deseaba que la tocara. La desarmó, borrando de su mente toda precaución. Deseaba sentir su piel desnuda contra el cuerpo de Alec, necesitaba sentir sus manos y su boca sobre su propio cuerpo. Ardía en deseos de tenerlo dentro de ella, de que llenara su vacío con su pálpito vehemente.

Alec se tambaleó al sentir que ella se movía, apretándose más fuerte contra él. El sabor dulce de su repentina rendición se le subió a la cabeza como un vino denso, potente. Aturdido, tomó lo que le ofrecía y pidió más. Sentía un deseo feroz, y un miedo atroz a que ella no supiera lo que hacía. Con los labios y la lengua, la incitó a un frenesí semejante al suyo.

No debía hacerlo, y lo sabía; aún no había perdido del todo el control. Si hubiera sido el hombre que ella se merecía, se habría retirado, hubiera esperado a que ella estuviera menos vulnerable. Se estaba aprovechando de su miedo y su soledad, permitiendo que su deseo se impusiera a su deber. Reconociéndolo, se maldijo a sí mismo.

Pero ella era tan hermosa, tan perfecta. Sus curvas parecían hechas para sus manos. Laurel respondía a sus más ligeros movimientos como si sus mentes estuvieran tan mezcladas como sus cuerpos. Él no podía resistir ni un instante más, y no lo intentó. Tomaría cuanto ella le permitiera: su suavidad, su gracia y su dulce pasión. Las usaría para construir una memoria común, de los dos. Y si no podía retenerla a su lado, atesoraría aquel recuerdo hasta que fuera viejo y arrugado, y necesitara su fuego para darle calor a su último aliento.

Estaba indefenso, abierto a cuanto ella deseara de él. Ella podía usarlo, herirlo, hasta destruirlo. Podía hacerlo inadvertidamente, con una caricia, una palabra, una mueca. Podía hacerlo aún más fácilmente diciéndole que se marchara. Probablemente lo haría; sería casi inevitable, con el tiempo.

Pero hasta entonces, Laurel sería suya, lo supiera ella o no, lo aceptara o no. La poseería, la saborearía y la absorbería, la llevaría hasta el último bastión de su alma. La haría suya hasta tal punto que, cuando él se hubiera ido, Laurel lo necesitaría como el alimento y el agua, y nunca jamás volvería ningún hombre a satisfacerla.

Había una cosa más que podía hacer por ella.

Se inclinó, la tomó en brazos y echó a andar hacia el jardín italiano. Se agachó bajo el pórtico y penetró en su corazón umbrío. Allí, junto a la *Bocca della Veritàˆ*, la dejó en el suelo.

-Te quiero -le dijo, sosteniéndole la mirada y poniendo la mano en la Boca de la Verdad-. Eres mi vida. Nunca volveré a amar a otra mujer como te amo a ti, nunca desearé ni necesitaré a otra persona como te deseo y te necesito a ti en este momento. Nunca te haré daño, nunca te abandonaré a menos que me pidas que me vaya. Te lo juro. ¿Me crees?

¿Lo creía? Laurel no lo sabía, ni podía encontrar las palabras para explicarle lo poco que le importaba. No, en ese momento, no mientras la luna los envolvía con su luz esplendorosa y la brisa de la noche acariciaba su piel caliente. Pero él exigía una respuesta, y ella no podía soportar dejarle saber que no podía darle ninguna.

Extendió una mano, pasó los dedos sobre los músculos de su pecho, apoyó la palma contra él y lo acarició en círculos suaves por el simple placer del contacto. Con voz suave dijo:

-Creo que me quieres ahora, en este lugar, en este momento. No pido más.

Él emitió un sonido de alivio, y también de desesperación. La tomó de las manos y la atrajo hacia sí. Luego tomó su boca otra vez, como si tuviera sed de su aliento dulce, húmedo.

La rodeó con los brazos, sintiendo las puntas duras de sus pechos que presionaban contra él, la superficie plana de su vientre contra su miembro ardiente, el roce elástico de sus muslos que parecían firmes y suaves incluso a través de los vaqueros que llevaba él. La quería desnuda y bajo él, agitándose, suplicante. Y la tendría. En ese preciso momento.

Bajó las manos por la espalda de Laurel y acarició la suave curva de sus caderas a través de la seda de la bata y el camisón. Luego, lentamente, comenzó a recoger los pliegues de la tela, subiéndola, mientras hundía la lengua en el néctar de su boca. No podía contenerse, no podía parar. Laurel tenía un sabor tan delicioso que se estremecía por dentro con la agonía del placer. Con movimientos bruscos aunque pretendía ser tierno, apresurado aunque deseaba ser pausado, subió la tela y, liberando la boca de Laurel, le quitó ambas prendas.

Luego se detuvo, asombrado por la perfección de alabastro de su cuerpo y por su completa inconsciencia hacia su propia belleza, por el misterio de sus ojos, sus manos abiertas y los bellos rizos rubios de la abertura entre sus muslos, solo una pizca más oscuros que su cabello, que se agitaba, temblando, a su alrededor.

Debía de estar loco, enloquecido por la luna y la abstinencia durante el tiempo que llevaba trabajando para aquella mujer. Era una locura, pero no podía moverse, no podía extender las manos y tocarla. Un respeto reverencial se lo impedía, porque en el fondo sabía que no tenía derecho a hacerlo.

Laurel, incómoda bajo su mirada devoradora, dio un paso adelante. Bajando los párpados, puso las manos sobre su cinturón y desabrochó la hebilla y el botón, bajó la cremallera de sus vaqueros. Dejó que sus dedos vagaran por la superficie dura y plana de su vientre, disfrutando de aquella sensación, antes de deslizarlos bajo el elástico de los calzoncillos y por sus caderas.

Él era tan fuerte, tan poderoso, que Laurel sintió un estremecimiento que podía haber sido miedo, o tal vez anhelo. Lo tocó suavemente, acariciándolo, recorriéndolo con los dedos, la palma de la mano, la muñeca. Él lo aceptó; aceptó, también, sus manos sobre las curvas duras de sus glúteos cuando ella se los apretó, atrayéndolo con firmeza hacia ella. Dejó escapar un suave gemido y, liberado de su trance, la arrastró consigo y se tumbaron sobre las baldosas del suelo, todavía calientes por el calor acumulado del día.

Se movían a la par, absorbiendo la esencia del otro con labios y lengua, buscando los puntos más sabrosos y placenteros. Ella le lamió el lóbulo de la oreja y probó el brillo plateado de su pendiente, sintió su fuego. Él acarició sus pechos y los mojó con la lengua, haciendo que sus pezones se endurecieran y sonrojaran, brillando a la luz de la luna. Ella pasó la lengua por su piel firme y morena, saboreando su salobridad. Él le lamió desde el cuello hasta las rodillas y otra vez hacia arriba, deteniéndose de vez en

cuando para explorar más profundamente alguna zona. Sus gemidos y gritos suaves, sus jadeos y palabras entrecortadas llenaban el aire. Sus sombras se agitaban y arqueaban, y luego se confundían interminablemente.

Por fin se unieron, maravillados, ardientes, en un súbito estallido de gloria. Por un instante, Laurel miró la cara de Alec, sobrecogida por la expresión salvaje, arrolladora, de sus ojos negros. Él abrió los dedos de una mano para cubrir uno de sus pechos, y el tamaño y el fuerte contraste de aquella mano sobre la carne pálida de Laurel era extraño, embriagador. Ella dejó escapar un suspiro cuando Alec pellizcó el pezón suavemente, y tembló bajo aquella exquisita tortura, arqueándose hacia él. Lentamente, él movió una mano hacia el lugar por donde estaban unidos para estimular el placer de Laurel mientras la observaba con una expresión ardiente, sensual. Ella podía haber sentido miedo o repugnancia por su dominio; pero, en lugar de eso, ardía de deseo. Estiró una mano para tocar la de Alec, para apretarse más contra él. Sus labios formaron una súplica silenciosa.

De pronto, Alec perdió su aplomo. Dejó escapar un gemido áspero, y se hundió dentro de ella. Febril y desesperado, la poseyó con vehemencia, dejando que sintiera su poder. Ella lo tomó y respondió con el suyo, aferrándose a él, rodeándolo con brazos y piernas.

La noche latía sobre ellos, a través de ellos, resonando en su sangre en medio de aquel ritual atávico, de aquella magia rítmica que perlaba la piel de ambos de sudor, palpitaba en sus corazones y atravesaba como en un murmullo sus mentes. Su amor era viejo y nuevo al mismo tiempo, un lazo espiritual y un glorioso arrebato físico. Más allá de la razón o el entendimiento, se movían y golpeaban y usaban el uno del otro. Ella sentía su dureza caliente, recubierta de seda, empujando, llenando el vacío de su soledad. Él se hundía en la profundidad líquida y en su embrazadura satinada y comprendía que aquel era el único hogar que conocería, el único que necesitaría. Con el cuerpo tenso y la mente enturbiada, intentaban convertirse en uno solo; dos partes de un todo. Y se acercaban cada vez más, cada vez más.

Él la tomó de las manos y se las apretó con fuerza, entrelazando los dedos al tiempo que le levantaba los brazos por encima de la cabeza. Le dejó sentir su peso, y raspó su vientre y sus pechos con la suave fricción de su vello corporal. Luego tomó su boca y la llenó como llenaba su cuerpo, ansioso por alcanzar el contacto pleno al sentir los primeros estertores de su orgasmo.

Ella se arqueó hacia él con un suave grito al sentir la agitación interna de su alma, y se contrajo a su alrededor con deseo convulsivo. Él respondió con un último embate violento.

El mundo se enturbió, retrayéndose a su antiguo esplendor, mientras la luna descendía sobre ellos, iluminando sus cuerpos sudorosos, ofreciéndole la liberación de la locura, el beneficio de la paz. A su alrededor, la noche de verano cantaba, preñada de vida, desafiando a la muerte; y ellos formaban parte de todo aquello.

12

-Tienes un cuerpo precioso -dijo Alec -para tu edad…

Estaban en la ducha; el agua se derramaba sobre ellos. Se miraban el uno al otro y sus frentes se tocaban. Alec deslizaba sus manos cubiertas de jabón por el cuerpo de Laurel, fingiendo asegurarse de que no le quedaba arenilla de las baldosas del jardín italiano. La mayor parte del agua caía por su cuello inclinado y sus hombros. Salpicaba hacia todos lados, obligando a Laurel a mantener los ojos cerrados. Pero aquello no le costaba gran esfuerzo, pues así podía concentrarse en las sensaciones que le provocaban las caricias cuidadosas de las manos de Alec.

Con voz trémula, le preguntó:

-¿Y tú qué sabes de cuerpos de mujer? Eres tan joven que no has tenido tiempo de aprender mucho sobre el tema.

-Estoy haciendo todo lo posible por recuperar el tiempo perdido.

-¿Esto es todo lo posible?

Él bajó las manos por su espalda y la apretó contra sí para que ella pudiera sentir su dureza húmeda, caliente, contra su pubis. Con voz ronca, contestó:

-Ni lo suenes.

-Eso creía -musitó ella, frotando las caderas contra él-. ¿Me haces un favor? -mientras hablaba, se inclinó hacia atrás y apoyó los hombros en la pared de la ducha, y después lo hizo colocarse entre sus piernas abiertas.

-Lo que sea, mientras no tengamos que parar.

-Nunca -ella se enjugó el agua de los párpados y le lanzó una sonrisa cargada de la euforia que bullía en sus venas-. Solo quería… ¿Puedes mover tu dragón para mí?

Él se estremeció suavemente y se echó a reír.

-¿Cuál de ellos?

-¿Tienes más de uno? -el placer resonó en su voz.

-Uno está caliente y el otro no —se acercó y extendió los brazos para unir sus cuerpos de una única y poderosa embestida-. ¿No lo notas?

-Oh, sí… Sí… Ahora… -jadeó ella de forma incoherente al tiempo que él se hundía en su interior-. ¿Puedes… puedes moverlos a la vez, entonces?

-¿Así?

-Algo… así -dijo ella, jadeando.

-Dios, Laurel -musitó él, y se le erizó el vello de los brazos.

Ella respiraba trabajosamente, jadeando.

-¿Y… y el otro?

-Mira -dijo él. Puso una mano a cada lado de los hombros de Laurel y tensó los pectorales al tiempo que daba lentas y rítmicas embestidas, hacia delante y hacia atrás, encima de ella, contra ella.

-Sí -musitó Laurel-. Oh, sí.

Era fascinante la forma en que el dragón tatuado de su pecho, que daba la vuelta sobre su hombro, ondulaba al ritmo de sus movimientos. Los de dragón de más abajo, más lentos, eran aún más avasalladores.

Nunca, en toda su vida, había sentido Laurel una sensualidad tan libre

y natural. Fluía a través de ella sin trabas, milagrosamente. Era Alec quien la había liberado, pues no consentía ningún pudor, no dejaba nada oculto, o negado. La mojigatería era totalmente ajena a su naturaleza; le parecía inútil y no la permitía. Y eso era lo que Laurel necesitaba: aquella aceptación fácil, desinhibida, de lo verdadero y natural entre un hombre y una mujer. La había deseado durante toda su vida.

También Alec era lo que necesitaba, lo que siempre necesitaría.

Pero no le exigiría promesas. Estaría agradecida por aquel momento y no miraría más allá. No le importaba lo que quisiera de ella, en realidad. Fuera lo que fuese, se lo daría. Le debía algo por todo lo que había hecho, por los cambios que había introducido en su vida. Aunque la estuviese utilizando, Laurel no tenía derecho a quejarse, pues también lo estaba utilizando a él. Era posible que el deseo que sentía por su juventud, por su fortaleza, y el reflejo que de sí misma veía en sus ojos, el reflejo de una mujer atractiva y deseable, fuera mucho más valioso que cualquier cosa que él pudiera tomar de ella.

-Quédate conmigo, Laurel -dijo él, mirándola a los ojos, cuya oscuridad indicaba que se había dado cuenta de su abstracción momentánea.

-Sí —dijo ella, y sus ojos parecieron aclararse al mirar los de Alec-. Estoy aquí.

Una sonrisa curvó la boca de Alec, dándole una apariencia de inefable dulzura. Luego, inclinando la cabeza, lamió el pezón erecto de uno de sus pechos con su lengua cálida, húmeda.

Ella se puso de puntillas, entregándosele, y hundió los dedos entre la seda negra de su pelo, musitando:

-Siempre estaré contigo.

Más tarde, yacían juntos en la cama de Laurel; esta apoyaba las caderas contra la pelvis de Alec, y él le rodeaba la cintura con un brazo de modo que podía acariciarle con la mano los pechos. Ella tenía los ojos abiertos y miraba la oscuridad, preguntándose qué sería de ellos. No había forma de saberlo, desde luego.

Sus pensamientos descendieron entonces a la pregunta más inmediata de qué iba a decirle ante la mesa del desayuno. Lo cual era una tontería, y lo sabía, pero era también la clase de cosas mundanas que la gente rara vez tenía en cuenta cuando pensaba en las relaciones salvajes y apasionadas.

Pero no había de qué preocuparse; Alec no se quedó tanto tiempo. Cuando el primer atisbo del amanecer apareció tras las cortinas, se levantó, se desperezó y se inclinó sobre ella para darle un beso en la frente. Se quedó quieto un instante, y después apartó la sábana y se deslizó fuera de la cama.

Ella podía actuar como una cobarde y fingirse dormida. Pero Alec no se merecía aquello, pensó, ni ella tampoco.

-No hace falta que te vayas -dijo suavemente, abriendo los ojos.

Él se detuvo.

-Lo sé, pero…

-¿Pero qué?

-Debería ir a ver a Gregory.

Laurel estaba segura de que no era eso lo que había querido decir, o, al

menos, no lo era del todo,

-Te preocupa mi reputación, ¿verdad?

-Tú eres una mujer respetable -contestó él con suavidad-. Hay que pensar en ello.

Ella se apoyó sobre el codo.

-La gente cree que nos acostamos desde hace semanas. Lo que tú hagas o no hagas no importará. De todas formas, a mí no me importa... si a ti tampoco.

Él volvió a tumbarse a su lado y extendió una mano para acariciarle la cara.

-En mi caso, mi reputación mejoraría si me sorprendieran pasando la noche con la viuda Bancroft. Pero no quiero hacerte daño.

Ella pensó en decirle que ya era demasiado tarde para preocuparse por eso, pero aquella observación le pareció inútil. Bajó los párpados un instante y preguntó:

-¿Estás seguro de que no te importa lo que dirá alguna gente, como la abuela Callie?

En la voz de Alec apareció una entonación burlona.

-¿Quieres decir que si me importa que la gente diga que he seducido a la mujer madura más sexy del norte de Luisiana?

-No -dijo ella enérgicamente-. Más bien, que yo te he seducido a ti.

-¿Hay alguna diferencia? -ladeó la cabeza; por su expresión, en la penumbra, parecía haberla comprendido perfectamente.

Ella asintió.

-Está la pequeña cuestión de quién dio el primer paso.

Alec contestó, divertido:

-Por lo que yo recuerdo, fui yo. Pero tú puedes darlo cuando quieras. Por favor.

Ella sonrió un poco y le acarició el pecho.

-Ya sabes a lo que me refiero.

-Puede, pero pensaba que anoche te había curado de esa clase de miedos.

-Lo intentaste con todas tus fuerzas -un atisbo de reminiscencia resonó en su voz.

-Pues tendré que poner más empeño -dijo él; sus palabras estaban cargadas de significado. Y de promesas.

Alec volvería. No tenía intención de permitir que lo que había sucedido fuera algo puntual. Ella no había querido, no había podido, darlo por sentado. Laurel suspiró levemente. Luego, dándose cuenta de que él esperaba una respuesta, lo cual indicaba que también tenía dudas, lo miró fijamente y dijo con viveza:

-¡Más te vale!

Los rasgos de Alec se suavizaron, pero conservaron su sonrisa. Le acarició la boca con un dedo.

-Me quedaré, si tú quieres. Solo tienes que decirme lo que prefieres.

-Quiero que hagas lo que te apetezca -dijo ella suavemente.

-¿Lo que me apetece a mí? -su voz se hizo más profunda-. Pues, entonces, volver a meterme bajo la sábana y hacerte el amor un año o dos,

hasta que no pudieras pensar, y mucho menos moverte.

-Eso suena bien -contestó ella, esbozando una sonrisa.

-Lo recordaré -su expresión se tornó más seria-. Pero suceda lo que suceda de noche, cuando llegue el día creo que debo volver a ser tu empleado y el nieto de la abuela Callie otra vez, al menos hasta que averigüemos que sucede por aquí. Alguien tiene un serio problema. No sé qué es exactamente, ni cómo encajo yo en todo esto, pero tenemos que andar con pies de plomo, por tu bien. ¿De acuerdo?

Ella asintió; aquello tenía sentido. Sin embargo, en cuanto Alec la besó rápidamente y salió de la cama, empezó a echarlo de menos. Estaba perdida, perdida del todo.

El sol se levantó y apareció Maisie. Laurel se duchó, se vistió, y desayunó sola. Al cabo de un rato, oyó a Alec llegar en la moto, como si no hubieran pasado apenas dos horas desde que se había ido. Ella dejó pasar el tiempo en el interior de la casa, tratando de mantener su rutina normal, aunque deseaba salir y comprobar si Alec parecía el mismo, si actuaba hacia ella de la misma manera que la noche anterior.

También la preocupaba su propio comportamiento. Alec quería que siguiera tratándolo como a un empleado, pero a ella iba a resultarle realmente difícil darle órdenes al hombre que había compartido su cama. No creía que fuera a funcionar.

Pero no había de qué preocuparse. Sin necesidad de ninguna indicación, Alec se puso a trabajar en la valla. Era una tarea de la que ya habían hablado días antes. Pero como era exactamente lo que Laurel quería que hiciera, fue como si le hubiera leído el pensamiento. Al menos, a ella le gustaba creer que así había sido.

Los dos mantuvieron la compostura durante la mañana, sobre todo porque Laurel se pasó casi todo el tiempo en su taller de cerámica. Pero tropezaron con un pequeño problema a la hora de la comida.

El día era tan caluroso que Maisie la sirvió en la mesa de la cocina. Los tres se acabaron sus emparedados de ensalada de pollo acompañados de té helado, y luego Maisie se levantó para llevar a la mesa el postre de arándanos frescos con nata batida. Maisie prescindió del postre, porque las semillas de los arándanos se le metían bajo el armazón de la dentadura postiza, y se acercó al fregadero, colocó los platos sucios en el lavavajillas y se puso a limpiar la encimera.

Alec, mirando rápidamente a Maisie, que les daba la espalda, le dijo a Laurel:

-Tienes nata en la boca.

Ella se lamió el labio inferior.

—¿Ya?

—No -dijo él, con mirada intensa. Se levantó a medidas, se inclinó y le dio un rápido beso para quitarle la nata con la lengua.

Justo en ese momento. Maisie se giró hacia la mesa con un paño húmedo en las manos. Alzó una ceja al tiempo que Alec volvía a tomar asiento.

-Solo estaba limpiando un poco por aquí -dijo él, con expresión inocente.

-Ya -Maisie puso la mano que sostenía el brazo sobre la cadera-. A ver si tienes más cuidado.

-¿Por qué? ¿Tienes alguna queja?

—Tú pon las manos llenas de pintura donde no te corresponde, y te meterás en un buen lío.

-¿Dónde? -preguntó Alec; se miró las manos y luego miro la cara y el hombro de Laurel, allí donde la había tocado.

-¿He dicho yo que las hubieras puesta ya? Solo te he dicho que tuvieras cuidado.

Alec le lanzó una mirada de compresión y dijo, suavemente burlón:

-Sí, señora.

Maisie asintió, pero al volver hacia el fregadero sonreía. Alec miró a Laurel y movió la cabeza.

No se portó tan bien al día siguiente. Pero fue porque lo provocaron.

Laurel estaba trabajando en el cobertizo cuando oyó un coche que se acercaba. No se paró frente a la casa, sino que giró por la entrada de los coches y se detuvo justo detrás del auto de Laurel, en el garaje abierto. Laurel, que sabía que aquello significaba casi con toda certeza la llegada de algún familiar, salió del cobertizo a tiempo para ver a su cuñada saliendo del coche.

Zelda, la hermana de Howard, era la única de la familia que se había mostrado particularmente afectuosa con Laurel. Habían ido juntas al colegio, aunque Zelda iba unos cursos por delante. Laurel la había visto muy poco en los dos o tres años anteriores, más por un distanciamiento natural que por mala voluntad por parte de su cuñada.

Zelda no había cambiado en absoluto. Todavía tenía el pelo amarillo, tirando a beige, gracias al uso pródigo de tintes, y cortado a media melena, al estilo de los años veinte, lo cual no le favorecía nada a su cara cuadrada. Su vestido ligero, de rayón, resultaba un poco estrecho para su plúmbea figura: llevaba, además, dos botones de la falda desabrochados, lo cual resultaba excesivo. E] carmín rojo oscuro de sus labios y la sombra azul grisácea de sus ojos formaban una combinación un tanto inadecuada. Pese a todo, de ella irradiaba una alegre camaradería al saludar efusivamente a Laurel con la mano. Al instante siguiente vio a Alec, y se quedó con la boca abierta.

Laurel no podía reprochárselo, pues Alec era algo digno de ver. El pelo le relucía al sol de la mañana con la iridiscencia del plumaje de un pájaro exótico. Se había quitado la camisa, y los músculos de la parte superior de su cuerpo se movían bajo la piel mientras sostenía con una mano una lata de pintura, y se inclinaba para observar el poste que estaba pintando. La mancha blanca de pintura que decoraba su abdomen contrastaba llamativamente con su piel morena.

Zelda cerró la puerta de su coche y se dirigió hacia la verja lateral.

-¡Vaya, Laurel, cariño! -dijo con lasciva apreciación-. ¡Eso es lo que yo llamo un buen ejemplar!

Laurel estaba familiarizada con la actitud descarada y frívola de Zelda,

y con su tendencia compulsiva a flirtear con todo lo que fabricara testosterona. Pero Alec no. Laurel vio que se ponía rígido y se ruborizaba. Con tono un poco seco, dijo:

-Este es Alec Stanton, Zelda. Pero ten cuidado, porque va armado con una brocha.

-Sí, y apuesto a que no solo con eso -contestó la cuñada de Laurel con una risita-. Hola, Alec. Cuando acabes aquí, puedes venir a mi casa, ¿me oyes?

Él hizo un gesto con la cabeza para responder al saludo, pero parecía molesto. Sería una buena idea sacar a Zelda de allí antes de que dijera algo a lo que Alec se sintiera inclinado a contestar con su habitual franqueza.

-Todavía le queda mucho trabajo por aquí -dijo Laurel, mirando a Alec con una sonrisa rápida y furtiva-. Vamos dentro, Zelda, veremos si Maisie ha hecho café.

Mirándolos a los dos con ávido interés, Zelda dijo:

-No me extraña que no quieras desprenderte de él. Si yo fuera tú, lo tendría encadenado a la cama, te lo digo de verdad. Creo que pasaré del café. Mamá me ha dicho que estabas reformando el jardín, y me muero de ganas de verlo.

-Lo ha hecho casi todo Alec. Ha trabajado mucho, y muy bien.

-¡Apuesto a que sí!

Laurel le lanzó a la otra mujer una mirada seria y directa; ella también empezaba a irritarse.

-Deja que te enseñe la fuente y los espejos de agua de la parte de atrás.

-Sí, quiero verlo todo, querida. Quiero hacer la visita completa, no pienso conformarme con menos -ignorando a Laurel, que había echado a andar hacia la parte de atrás de la casa, se acercó a la puerta de la verja y extendió una mano para abrirla.

Alec levantó la vista rápidamente.

-Tenga cuidado con…

Demasiado tarde. Zelda retiró la mano de la verja, pero ya se la había manchado de pintura.

-¡Mierda! -dijo, con expresión de fastidio. Después, una sonrisa lasciva curvo sus labios y le lanzó a Alec una mirada radiante-. Claro que algunas veces merece la pena acabar con los dedos pegajosos, ¿no? No tendrás por casualidad un pañuelo que puedas prestarme, ¿verdad, cariño? -su mirada descendió lentamente más debajo de la cintura de Alec y se detuvo en el pañuelo que colgaba del bolsillo de atrás de sus vaqueros.

Con expresión impasible, Alec sacó el pañuelo y se acercó para dárselo por encima de la valla. Zelda batió los párpados y extendió la mano para que él se la limpiara. Él se detuvo, observándola.

Laurel se puso furiosa. Se acercó a ellos y le arrebató de la mano a Alec el pañuelo manchado de pintura.

-Ya me encargo yo. Gracias, Alec.

Él le lanzó una mirada insondable al oír su tono de desdén. Se alejó y volvió a su pintura.

-Aguafiestas -dijo Zelda con sorna al aceptar el pañuelo que Laurel le tendía; empezó a limpiarse los dedos manchados.

Laurel no respondió. Cuando la otra mujer acabó, agarro otra vez el pañuelo, lo usó para abrir la puerta de la verja y se lo devolvió a Alec. Después, llevó a Zelda a través del jardín delantero y la guió enérgicamente hacia la fuente.

-Interesante -comentó la hermana de Howard sin mirar apenas la primorosa construcción-. Es bonito -dijo sobre los rosales nuevos que Laurel le indicaba-. Bueno, de acuerdo, iré -comentó cuando Laurel la llevó a la parte lateral de la casa para enseñarle el estanque de los lirios y las macetas llenas de flores colocadas sobre el viejo aljibe. Pero sus ojos se iluminaron cuando llegaron al jardín italiano, en un rincón del jardín trasero.

-Vaya -exclamó, asombrada-. Aquí es donde celebráis las orgías, ¿no?

Laurel giró la cabeza rápidamente para mirar a la otra mujer; no sabía si la había oído bien.

-¿Las qué?

-Las orgías, cariño. Ya sabes. La luz de la luna, el vino y ese dulce jovencito de ahí enfrente, desnudito y dispuesto.

-Cielo santo, Zelda -contestó, intentando aparentar que aquello le parecía una broma de mal gusto-. ¿De dónde has sacado semejante idea?

-Se me ha venido a la mente de manera natural, corazón. Creo que lo habría pensado de todas formas aunque la gente no andara murmurando a diestra y siniestra. Claro que también dicen que tu Alec y tú adoráis a ídolos aquí fuera, y no sé cuántas cosas más.

Laurel se quedó sin habla unos segundos. Por fin, dijo con voz trémula.

-¡Eso es ridículo!

-¿Ah, sí? -Zelda miró las columnas y las baldosas bordeadas de matas de hierbas, y luego posó la mirada en la *Bocca della Verità* que colgaba en la tapia posterior-. La mayoría de la gente tiene una fuentecita para pájaros y unas cuantas petunias en el jardín. Esto es completamente decadente.

-Seguramente, ¿tú no creerás esas tonterías? -Laurel no pudo ocultar la angustia que resonó en su voz. En su cabeza iba creciendo una idea que le hacía un nudo en el estómago y hacía que sintiera como si un tornillo presionara su cerebro.

Zelda suspiró; sus ojos reflejaban preocupación.

-Lo que yo crea no tiene importancia, cariño. Lo que cuenta es lo que la gente va diciendo. Pensé que debías saberlo. Me imaginé que nadie iba a decírtelo.

-Sí, bueno, yo... me alegró de que lo hayas hecho.

-No sé qué le pasa a la gente algunas veces. La verdad es que parece que disfrutan metiendo cizaña.

Laurel movió despacio la cabeza.

-Esto es distinto, por alguna razón, o a mí me lo parece por lo menos. Que hablen es bastante natural. Es lo que la gente hace cuando se junta, lo que establece los criterios de la comunidad. Pero las cosas que dicen y hacen son absolutamente mezquinas. ¿Has oído lo de esa carta?

-Algo he oído, pero nada más. Alguien lo mencionó en la tienda, pero parece que nadie ha visto la famosa carta.

—¿Y no te parece un poco...?

-¿Extraño? -acabó Zelda al ver que Laurel se detenía.

-Puede ser. Por lo menos, da la impresión de que hay algo personal detrás de todo esto.

Su cuñada frunció el ceño.

-¿Piensas que alguien va detrás de ti?

-Eso es lo que parece.

-Cielos, no lo sé. Pero tendrás que admitir que estás dando de qué hablar.

-¿Qué quieres decir? -dijo bruscamente, pues no estaba dispuesta a admitir semejante cosa.

-Bueno, Hillsboro es un sitio bastante mojigato.... conservador, ya sabes. Ya sería bastante escandaloso que te liaras con un hombre más joven, pero si además es de la costa oeste, la cosa es diez veces peor. Todo el mundo sabe cómo son allí, con todas esas sectas y esos líos sexuales tan extraños.

-¡Por Dios, Zelda! En California no todo el mundo es así.

-Puede, pero nunca convencerás de eso a la gente de Hillsboro. Además, tu Alec no es precisamente el típico cateto, ¿o no?

No lo era, desde luego, y Laurel daba gracias porque no lo fuera. Pero apenas empezaba a darse cuenta de lo extraño que era. Con voz crispada, dijo:

-¿Pero qué tiene eso que ver con todo esto?

—No te enfades conmigo, corazón. Yo entiendo por qué te gusta, de veras. La verdad es que, en cierto sentido, me recuerda a mi padre: ese atractivo y ese carisma tan viril que las mujeres, jóvenes o viejas, adoran y que las vuelve locas. Supongo que por eso he salido a él. Pero solo trato de mostrarte lo que parece.

—No puedo evitar lo que parece, Zelda. Es mi vida.

-Lo sé, lo sé. Y tienes todo el derecho a destrozarla como quieras -cuando Laurel tensó la boca, Zelda añadió apresuradamente-: Era una broma, solo una broma.

Laurel no sonrió. Al cabo de un momento, preguntó:

-¿Te ha pedido tu madre que vinieras a hablar conmigo?

La otra mujer se puso una mano sobre su ancha cadera.

-Debes de estar de broma. Tú sabes que mamá y yo no nos llevamos bien desde que me pilló en el asiento de atrás del coche del sheriff Tanning... con las manos en la masa, tú me entiendes.

Laurel recordaba vagamente el revuelo que aquel incidente causó en la familia. Había sido la comidilla durante dos semanas unos años atrás, siete u ocho meses después de que Howard muriera.

-Pensaba que eso era agua pasada.

—Para casi todo el mundo, sí, pero ya conoces a mamá.

Laurel asintió.

-Vino a verme. Parecía creer que necesitaba consejo, pero yo sé cuidar de mí misma.

-¿De veras, Laurel? -Zelda movió levemente su rubia cabeza-. No quiero meterme donde no me llaman, pero tú no eres precisamente la mujer más mundana que conozco.

Laurel sabía que Zelda se consideraba a sí misma una mujer de mundo

porque desde el instituto no había dejado de saltar de cama en cama. Además, se había escapado de casa siendo una adolescente y se había ido a Nueva York. Se había pasado un par de años dando tumbos por la Gran Manzana hasta que Mamá Bancroft la encontró y la llevó a casa otra vez.

—No veo que tiene que ver eso -dijo Laurel con cierta aspereza.

-¿Ah, no? Tú te casaste siendo solo una niña, y desde que Howard murió has estado aquí sola. Sería realmente muy fácil que cualquier tipo te embaucara y se aprovechara de ti.

-¡Yo no soy tonta, Zelda!

-Yo no digo que tu Alec vaya a hacerlo. ¿Cómo iba a decirlo, si no sé nada de él? Pero la cuestión es que tú tampoco.

Zelda miraba por encima del hombro de Laurel mientras hablaba. Esta siguió su mirada y vio que Alec había acabado su trabajo al otro lado del jardín, o que quería estar cerca por si lo necesitaba. Se había trasladado con su pintura a la pérgola y al banco cercanos. Era evidente por la expresión seria de su rostro que las había oído.

Mirándola directamente a los ojos, Laurel le dijo a Zelda:

-Sé todo lo que necesito saber.

La otra mujer alzó sus hombros redondeados en un elocuente gesto de indiferencia.

-Entonces no puedo decirte nada más, ¿verdad? Excepto que tengas cuidado -lanzó a Alec una mirada traviesa-. Ah, sí, y la próxima vez que hagáis una orgía, ¡acordaos de invitarme!

-Claro -dijo Laurel con tono seco y sarcástico.

Alec habló al mismo tiempo, con tono tan ácido como la mirada que le lanzó a la hermana de Howard.

-Y usted acuérdese de traer sus propias uvas.

Al comprender lo que quería decir, los ojos de Zelda se abrieron como platos y un color rojo purpúreo moteó su piel por debajo del maquillaje. Laurel soltó una carcajada, pero la disfrazó tosiendo. Alec, imperturbable, volvió a su pintura.

Zelda dejó escapar un suspiro audible. Luego soltó una risita insegura.

-En fin, me lo tengo merecido. Recuérdame que no vuelva a picar a tu Alec, ¿quieres?

Laurel se mordió el labio para evitar reírse y se volvió hacia el garaje.

—Todavía no has visto la otra fuente. Está por aquí.

-Echaré un vistazo rápido -dijo su cuñada, mirando furtivamente a Alec-. Luego tengo que volver a la tienda. Dentro de media hora tengo que hacer un moldeado.

Se alejaron y doblaron la esquina de la casa en dirección a la fuente de Baco. Zelda fingió quedar impresionada, pero apenas se detuvo frente a ella antes de acercarse a su coche, como si estuviera deseando marcharse. Cuando llegaron junto al Lincoln, dijo.

-Ven a verme, Laurel, cariño, y te arreglaré el pelo, en mi casa. Si es que puedes alejarte de tu... de Ivywild.

Laurel le agradeció el ofrecimiento y añadió las frases huecas y amables de rigor. Luego, cuando Zelda se alejó en el coche, volvió a donde Alec estaba trabajando.

Él dejó la brocha y sacó el trapo para limpiarse las manos, mirándola acercarse Su expresión puso nerviosa a Laurel.

-¿Eso es lo que crees? -dijo él cuando ella estuvo lo bastante cerca para escucharlo-. ¿Que intento aprovecharme de ti?

-Eso lo ha dicho Zelda. No yo.

Él volvió a guardarse el trapo en el bolsillo.

-Pues no es cierto. Nunca lo haría. Nunca jamás.

-Lo sé -dijo ella suavemente. Y era cierto, al menos en tanto pudiera mirarlo a los ojos y ver la sinceridad que brillaba en ellos como el oro en el fondo de una corriente caudalosa.

La mirada de Alec cambió, se hizo más cálida al contemplar el rostro de Laurel. Una lenta sonrisa afloró a su boca.

-Claro que tú puedes aprovecharte de mí todo lo que quieras. La verdad es que puedes desnudarme cada vez que tengas ganas de... uvas.

Ella rompió a reír; no pudo evitarlo. Sacudiéndose por la risa, se precipitó en sus brazos y apoyó la frente contra su pecho caliente por el sol.

-Oh, Alec -exclamó-, ¿has visto su cara?

Alec la había visto, y no le había gustado ni una pizca. Miró hacia lo lejos por encima de la cabeza de Laurel, sin ver nada, y sintió que su alegría se desvanecía, reemplazada por un feroz instinto de protección. Dios, ¿qué estaba ocurriendo? No podía creer las cosas que aquella mujer le había contado a Laurel. Si la mitad de ellas era cierta, Laurel y él estaban en un grave apuro.

Los habían estado espiando, o eso parecía. Alguien los había visto en el jardín italiano. Era la única explicación para aquellos rumores sobre una orgía.

La sola idea le daba ganas de estrangular a quien fuera con sus propias manos. Confiaba en que Laurel no se hubiera dado cuenta, pero sabía que era mucho pedir. Ella era demasiado lista para que nada le pasara desapercibido. Lo que significaba que no diría nada al respecto, desde luego. No era la clase de mujer que decía todo lo que se le pasaba por la cabeza. A veces Alec deseaba que así fuera. Se sentiría mejor si estuviera seguro de lo que pensaba.

Como si percibiera su humor, Laurel se quedó en silencio entre sus brazos. Se movió, se echó hacia atrás, apoyándose en sus brazos. Con expresión penetrante, le dijo:

-Anteanoche había alguien ahí fuera cuando... cuando dormiste en el porche. Yo oí algo detrás de mí. Por eso iba corriendo cuando estuve a punto de tirarte al suelo. En ese momento pensé que te había oído a ti, pero que habías dado la vuelta y habías ido por el otro lado para salirme al encuentro.

-No -contestó él secamente-. Yo fui a la parte de atrás después de revisar la puerta principal. Tú llegaste por detrás de mí, y yo me di la vuelta al oírte.

Ella asintió tristemente.

-Quienquiera que estuviera ahí, nos vio.

Alec respiró hondo y suspiró.

-Lo siento.

—¿Por qué? No es culpa tuya que haya un fisgón rondando por aquí.

-Fue culpa mía que no nos fuéramos a la cama como la gente normal. Pero es que... estabas tan increíblemente hermosa a la luz de la luna y te deseaba tanto, deseaba ver la luna en tus ojos mientras te hacía el amor. Y no quería que recordaras, que hicieras comparaciones con tu marido, fuera lo que fuera lo que hubo entre vosotros.

-Lo sé -dijo ella, mirándolo fijamente-. Fue perfecto. Por eso es tan terrible que alguien intente convertirlo en algo feo.

-No pueden hacerlo, a menos que nosotros se lo permitamos. Nosotros somos los únicos que controlamos lo que pensamos sobre ellos.

-Sí -dijo ella, con apenas un susurro.

-De todas formas -continuó él-, tú estabas en tu casa, sin molestar a nadie. Quien estuviera ahí fuera es quien debería sentirse avergonzado.

Ella le lanzó una leve sonrisa para agradecerle su esfuerzo, pero no parecía convencida. Al cabo de un momento, dijo, casi para sí misma:

-¿Pero por qué? ¿Por qué hace alguien una cosa así? Yo no les he hecho nada.

Él la abrazó más fuerte.

-Esa gente no necesita ninguna razón. Además, puede que no vayan detrás de ti.

—¿Qué quieres decir?

-Tú estabas bien hasta que aparecí yo, ¿o no? -su voz sonó crispada.

Ella vaciló solo un momento antes de contestar.

-No, no lo estaba.

-No me refiero a eso y tú lo sabes -dijo él, inquieto-. Y no me mires así si no quieres que demos más de qué hablar.

Ella le lanzó una leve sonrisa que enseguida se desvaneció.

-Odio pensar que Marcia y Evan se hayan enterado.

-Si tienen un poco de sentido común, y un poco de lealtad hacia su madre, no creerán ni una palabra.

-¿Aunque en parte sea cierto? -desvió la mirada.

Él sintió que se le encogía el corazón.

-Eso es lo que de verdad te importa, ¿verdad? Lo que piensen ellos.

-Soy su madre.

Parecía avergonzada y triste, y era por culpa de Alec. Dolido, pero con firmeza, le dijo:

-Tú eres humana.

-Debería haber tenido más...

-¿Más qué? -la interrumpió-. ¿Dignidad? ¿Respeto por ti misma? ¿O solo el suficiente sentido común para no liarte conmigo?

-Oh, Alec -dijo ella con un suave reproche.

Él sabía que debía callarse, dejarlo pasar, pero no podía.

-Desearías que así fuera, ¿verdad? Desearías que yo no hubiera aparecido, o que me marchara para poder volver a recuperar tu cómoda rutina.

-Eso no es cierto, pero me pregunto si no sería una buena idea ser un

poco más discretos, al menos hasta que se acaben las habladurías.

-Ser más discretos --repitió él-. Por ejemplo, dejándote en paz.

-¡Yo no he dicho eso!

-Solo porque no te atreves a decirlo. Eres demasiado buena para herir mis sentimientos ordenándome directamente que salga de tu cama, así que estás buscando una forma de que lo haga yo mismo -estaba hablando en exceso, impulsado por su desesperación al ver que todo lo que había conseguido se iba por el desagüe. No podía soportarlo. A veces caía en aquel impulso autodestructivo Y solo lo aliviaba desahogarse completamente.

Ella estaba pálida y había lágrimas en sus ojos.

-No quería hacerte daño.

-Pues me lo has hecho.

-Pero ya que lo dices —prosiguió ella como si él no hubiera hablado-, puede que lo mejor sea que duermas en otro sitio.

-Bien.

-Con eso no quiero decir…

-No te preocupes, no voy a enfadarme y a salir huyendo en busca de un sitio donde llorar. Puedo mantenerme alejado un día o dos porque tú me lo pides, pero no vas a librarte de mí para siempre. No me importa si el mundo entero nos espía y se escandaliza. Ni siquiera me importa que tus hijos se queden mudos de la impresión. Me tienes en tus manos, Laurel. Te guste o no, soy tuyo.

Había algo más que ella no sabía, pero que al final llegaría a entender. El hecho era que él también la tenía en sus manos. Era suya, y no iba a dejarla escapar.

13

Laurel se quedó trabajando hasta tarde en el cobertizo. Maisie fue a decirle que se marchaba y a preguntarle por un recado que debía hacer en la ciudad antes de ir a trabajar a la mañana siguiente. Poco después de que se hubiera ido. Laurel oyó alejarse la moto de Alec. Se quedó escuchando su eco un rato, mirando al vacío. Cuando el sonido se desvaneció al fin, cerró los ojos con fuerza, súbitamente triste, y apretó la mano sobre el cincel que sostenía. Luego dejó escapar un profundo suspiro, abrió los ojos, y comenzó de nuevo a modelar el barro que tenía frente a ella.

La plancha en la que estaba trabajando era distinta a las demás. Por una parte, era una mujer. Por otra, la cara estaba rodeada por un diseño intrincado que representaba un motivo floral, en lugar de vides y hojas. Pero la principal variación era que su expresión no era serena.

La mujer del relieve intentaba liberarse. Tenía una mirada de desesperación, como si se estuviera asfixiando. Tenía la boca abierta en un grito, luchaba contra sus ataduras. Luchaba, pero perdía.

Las primeras planchas habían resultado técnicamente fáciles, pero aquella se acercaba más al tipo de expresión emocional que Laurel había querido explorar. También era perturbadora. Laurel sabía por qué, pues era lo suficientemente imparcial para reconocer sus propios rasgos en los de la mujer atrapada. Sin embargo, no se había elegido a sí misma como modelo de manera consciente, no había pretendido que la figura reflejara algo personal. Había surgido, pensó, del torbellino que había dentro de ella.

Al mismo tiempo, sin embargo, había una suave vulnerabilidad en los rasgos de aquella mujer. Laurel ignoraba a qué se debía, y no podía asociarla consigo misma. Pese a todo, esa blandura hacía su prisión, de alguna manera, más difícil de soportar. Y, al mismo tiempo, hacía a la figura más perturbadora.

Perdió la noción del tiempo. Siguió trabajando, sin sentir hambre, ni fatiga, plasmando en aquel rostro de barro el miedo y el amor, puliendo aquella imagen para que cobrara vida. La luz fue apagándose, y Laurel encendió los grandes fluorescentes del techo. La noche se hizo más profunda y más fría, y la brisa que entraba por la puerta abierta llevaba la fragancia de las madreselvas y las rosas. Pese a todo, Laurel no levantó la cabeza… hasta que oyó de nuevo el rugido de la Harley.

Alec había vuelto, a pesar de que ella había creído que no lo haría.

En su interior creció la rabia al pensar que había ignorado su advertencia, pero, tras ella, casi anegándola, había un dulce arrebato de excitación. No iba a salir corriendo a su encuentro, sin embargo, ni a cambiar su rutina para avenirse a su capricho.

Volvió a inclinarse sobre su obra, pero había perdido la concentración. Estaba atenta al sonido de sus pasos, esperando que fuera a buscarla. No podía imaginarse que no lo hiciera; casi siempre lo hacía. ¿Pero por qué tardaba tanto?

Oyó el roce de sus pisadas acercándose. Su sombra, proyectada por la luna, cruzó el umbral.

No era Alec. Aquella certeza resonó en su mente en el instante en que comprendió que él nunca entraría tan furtivamente. Le dio un vuelco el corazón. Se levantó del taburete de un salto. Con los ojos desorbitados, se giró hacia la puerta sosteniendo en la mano, como un arma, el cincel.

El hombre se deslizó bajo el resplandor azulado de los fluorescentes. Una sonrisa maliciosa cruzó su cara, y ladeó la cabeza a manera de saludo.

—Buenas noches.

-Gregory -cerró los ojos y volvió a sentarse en el taburete al sentir que le fallaban las piernas.

-No quería asustarla.

-No, no, no te preocupes -logró componer una sonrisa desvaída-. ¿Qué tal te va?

Él hizo una mueca.

-Todavía estoy aquí, lo cual ya es algo, supongo. Pero seguramente esperabas a Alec.

-No exactamente, pero pensaba haberlo oído llegar.

-La moto, sí. La tomé prestada, más o menos. Alec se fue a la cama temprano, supongo que estaba molido. En cualquier caso, no parecía que fuera a usarla, así que…

Ella no sabía qué decirle al hermano de Alec. Apenas lo conocía, y la extrema gravedad de su enfermedad pendía a su alrededor como un paño mortuorio. La conversación con él era en cierta medida como cruzar un campo de minas: cualquier palabra dicha a la ligera podía causar efectos inesperados. Además, él parecía ser una de esas personas que no tenía ni idea de cómo mantener una conversación amable. Preguntarle por su familia parecía el mejor envite, hasta que averiguara qué quería de ella.

-Bueno, ¿qué tal está la señorita Callie?

-Bien, supongo. Trabaja demasiado, pero parece que le gusta.

Laurel sospechaba que, en opinión de Gregory, todo el mundo trabajaba demasiado.

-¿Quieres tomar algo? ¿Un café, o quizá un poco de la tarta que Maisie ha hecho hoy?

Los ojos de Gregory se iluminaron.

-Supongo que no tendrá whisky escocés con soda.

-Bourbon con agua -le ofreció ella, aunque se preguntaba si debía hacerlo. Era improbable que Gregory debiera mezclar el alcohol con lo que fuera que se tomaba para el dolor.

-Eso servirá -dijo él.

Ella lo observó un momento, pero decidió que seguramente sabía lo que quería y necesitaba. Apagó las luces del cobertizo, cerró la puerta y caminó junto a él hacia la escalinata del porche. En realidad, agradecía la compañía. La casa estaba tan silenciosa y oscura que daba la impresión de que dentro podía esperarla cualquier cosa, o cualquier persona, sobre todo teniendo en cuenta que había dejado la puerta trasera abierta.

Gregory estaba tan nervioso como ella, o eso parecía. Mirando a su alrededor, le dijo:

-Esto es muy tétrico. No sé cómo lo soporta. Yo no me quedaría solo en esta casa ni por todo el oro del mundo.

-Uno se acostumbra a todo -contestó ella sencillamente, mostrándole el camino a través del porche cerrado y de las puertas francesas que daban al vestíbulo, y encendiendo las luces a su paso.

—¿Nunca piensa en marcharse, en vivir en otra parte?

-¿Dónde, por ejemplo? -en la cocina, tomó un vaso y lo llenó con hielo que sacó de la nevera. Rebuscó en los armarios y sacó una botella de bourbon.

-En cualquier parte -contestó él-. Florida, California, Arizona... Venda esta antigualla y váyase. No hay nada que la retenga aquí.

-Excepto mis hijos.

-Ellos ya son mayores, ¿no? ¿Se las apañan bien solos? -contestó él, tornando la bebida que le ofrecía.

-Supongo que sí. ¿Pero qué iba a hacer yo en Florida o en California?

-Lo mismo que hace aquí.

Ella sonrió mientras se servía un vaso de agua y se sentaba a la mesa, frente a él.

-¿Para qué molestarse, entonces?

Él se echó a reír. Cayó el silencio mientras bebía un largo trago; luego suspiró y dejó el vaso sobre la mesa. Se quedó mirándolo, reflexionando. Al cabo de un momento dijo.

-Estoy preocupado por el pobre Alec.

-¿Le pasa algo?

-Sí -le lanzó una mirada directa-. Usted.

Ella se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre la cintura.

-No sé a qué te refieres.

Él alzó su hombro huesudo.

-Bueno, verá. Mi hermano es un buen tipo, pero a veces se vuelve raro, se pone tan noble como si fuera una especie de superhéroe. Cree que tiene que proteger al mundo entero.

-Yo a eso no lo llamaría raro.

-¿Aunque lo que está haciendo sea malo para él?

-Para sus intereses, querrá decir -dijo ella con sencillez-. ¿Como, por ejemplo, relacionarse con una mujer varios años mayor que él?

Él esbozó una fina sonrisa.

-Sabía que lo entendería enseguida.

-Sí, pero no sé por qué crees que es tan malo para él -ella tensó los brazos alrededor de sus costillas, sin atreverse a mirar al hombre del otro lado de la mesa.

-Porque ya ha pasado por esto, y salió mal. Intenté advertírselo a usted la última vez, pero supongo que no dio resultado. Alec no necesita que otra mujer se enamore de él y que luego se quite de en medio cuando las cosas se pongan feas. Esta vez, Alec no lo soportaría. Lo sé.

-¿Quitarse de en medio? ¿Intentas decir que su mujer se suicidó?

Él dio un bufido.

-Esa es la idea generalizada.

-Pero alguien me dijo que lo habían detenido por asesinato.

-¿Ah, sí? Vaya, cuánto saben. En realidad, los polis pensaron que Alec podía haberle echado una mano, por así decirlo, pero la oficina del fiscal no

pudo formular cargos. Nunca hubieran ido a juicio si los hijos no les hubieran presionado.

-Ya veo. Qué desconsiderados -apretó los labios firmemente.

-Desde luego, teniendo en cuenta que Alec llevaba meses cuidando a la vieja día y noche.

La vieja.

¿Así era como la veía Gregory?, se preguntó Laurel. ¿Como una vieja a la que Alec cuidaba día y noche?

Él continuaba hablando.

-Simplemente, no quiero que vuelva a pasar por algo parecido. No estoy seguro de que Alec pudiera soportarlo, preguntándose sin cesar qué hizo mal y atormentándose por lo que podía haber hecho para impedirlo. Parece duro, y supongo que lo es en lo que a fuerza física se refiere, pero se toma las cosas demasiado a pecho. Si algo le ocurriera a usted, creo que se hundiría. Completamente.

¿Tenía razón Gregory? Laurel deseaba poder saberlo.

-Puede ser -dijo cautelosamente-, pero no sé qué quieres que haga yo al respecto.

-Libérelo. Hágalo ahora, mientras todavía puede. Despida a Alec por su propio bien. Es la única forma de que deje de preocuparse, porque ahora se siente responsable de usted, y él nunca le vuelve la espalda a las que él considera sus responsabilidades.

A pesar de su dolor, ella dijo intencionadamente:

-A diferencia de otros.

-Eso es -la risa de Gregory fue breve-. Sé que Alec vale tres veces más que yo, siempre lo he sabido. Y también sé que es hora de que deje de intentar rescatar a todo el mundo y piense en sí mismo.

-¿Estás seguro -preguntó suavemente- de que es él quien te preocupa? ¿Estás seguro de que no temes que invierta su tiempo ocupándose de otras personas, en vez de ocuparse de ti?

Él se recostó en la silla y dejó caer las manos sobre el regazo. Mirándola abiertamente, dijo:

-Parece blanda, pero sabe jugar sucio.

-Solo en defensa propia -dijo ella secamente.

-Sí, bueno, yo también. Piense lo que quiera, a mí me da igual. Alec es mi hermano, y esta vez estoy mirando por él. Nunca ha tenido suerte, ¿sabe? Así que ha llegado a un punto en que ya no espera nada, solo toma lo que puede. Pero se merece algo mejor. No quiero que llegue a nada profundo con usted. No, si al final va a salir perdiendo.

Ella lo miró prolongadamente después de que dejara de hablar. Luego, suspiró.

-De acuerdo, lo siento. Estoy segura de que estás preocupado, pero yo también lo estoy. No quiero herir a Alec en ningún sentido. Ya hemos discutido esta situación y hemos acordado que sería mejor que no... En fin, que a partir de ahora mantuviéramos una relación profesional, de jefe y empleado. Aparte de despedirlo, lo cual no funcionaría, porque ya lo he intentado, no sé qué más puedo hacer.

-¿Lo despidió?

Ella asintió.

-Y siguió viniendo, de todas formas.

-¿Y ahora cree que va a mantenerse alejado solo porque usted lo diga? -preguntó Gregory con una carcajada.

-No está aquí ahora -señaló ella con cierto énfasis.

-Estaba cansado, y no me extraña. Además, no es ningún tonto. Le dará tiempo para que se tranquilice, para que lo eche de menos.

¿Era Alec tan calculador? A Laurel no le gustaba pensarlo, ¿pero cómo podía saberlo? A pesar de todas las horas que habían pasado juntos, lo conocía poco más que a Gregory.

-Pues no sé qué espera que haga -dijo.

-No le dé esperanzas que no piensa cumplir, porque eso lo mataría. Protéjalo de sí mismo. Líbrese de él.

-¿Y si no se va?

-Usted es lista, encontrará un medio.

Sí, ¿pero quería hacerlo? Esa era la cuestión.

Pero, al menos, no tenía que buscar la respuesta en ese preciso momento.

-Lo pensaré.

-Me parece justo.

Gregory apuró el resto de su bourbon con agua y se levantó. Ella no hizo esfuerzo por retenerlo, pero lo acompañó hasta la puerta principal. En los escalones de la terraza, él se detuvo y se dio la vuelta.

-No le dirá a Alec que he venido, ¿verdad?

-¿Hay alguna razón para que no lo haga? -preguntó ella, más para ponerlo en un aprieto que porque pensara contarle a Alec las noticias.

-No le gustará saber que intento arreglar las cosas a sus espaldas. Él es así de divertido: cree que puede meterse en todo lo que quiere, pero se pone furioso si alguien interfiere en sus asuntos.

-La mayoría somos así, imagino -contestó ella.

Gregory vaciló, como si quisiera forzarla a dar una respuesta más clara; luego, cerró los labios con firmeza. Con un cortante «Buenas noches» bajó las escaleras y caminó hacia la moto. Al cabo de un momento, se marchó, derrapando sobre la rueda trasera de la moto, antes de adentrarse en la noche.

Laurel se quedó mirando a lo lejos algún tiempo, con la mirada fija en el lugar donde la estela roja y brillante de sus luces traseras había desaparecido en la oscuridad. Por fin, se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa.

Horas después, se sentó, muy rígida, en la cama. Se había quedado sin aliento. El pulso le martilleaba salvajemente en las venas. Por un instante, su corazón latió tan fuerte en sus oídos que no pudo oír nada más. Luego lo oyó otra vez: el ruido que había interrumpido sus sueños.

Sonaba como un vaso rompiéndose, sólo que más fuerte. Un fuerte estruendo lo siguió, como de algo que cayera y se hiciera añicos al golpear contra el suelo. Aturdida por el sueño profundo del que había sido

arrancada, Laurel no podía entender qué estaba oyendo.

Luego lo supo. Las esculturas de su jardín. Alguien las estaba destruyendo.

Retiró las sábanas bruscamente y se deslizó fuera de la cama. Se acercó, temblando, a la ventana del dormitorio. Abrió un poco la cortina y miró afuera.

Nada.

La luna se había puesto, el jardín trasero estaba oscuro y silencioso. No se divisaba ni un atisbo de movimiento.

También el ruido había cesado, tan repentinamente como había comenzado. Quizá quienquiera que estuviera allá afuera había oído sus pasos dentro de la casa y la había visto en la ventana. ¿Qué estaría haciendo en ese momento?

Laurel se dio la vuelta, salió del cuarto, bajó al vestíbulo y se acercó a los cristales laterales de la puerta principal. Parecía haber más luz en el jardín delantero, quizá porque los árboles no estaban tan cerca de la casa. Aun así, no vio ni rastro de ningún intruso.

La vista desde el comedor no era mejor, ni desde los pequeños cristales de la puerta trasera. Puso la mano en el pomo de la puerta. Luego se detuvo y la retiró.

No podía hacer nada para salvar sus esculturas; de eso estaba segura. No había razón, pues, para precipitarse en la oscuridad, y sí muchas razones para quedarse dentro, donde estaría relativamente a salvo. Pero la idea de que hubiera alguien merodeando por su jardín y destruyendo su propiedad la ponía furiosa. Todo su trabajo, el orgullo de las cosas logradas, destruido en cuestión de segundos. Iba contra su naturaleza quedarse allí, sin hacer nada, cuando lo que quería era salir tras ellos y preguntarles quién les daba derecho. Quería devolver el golpe, agredir a alguien.

Pero el sentido común se lo impedía. Quienquiera que hubiera allí fuera, tendría un arma de alguna clase en sus manos. Además, era muy posible que esa misma persona hubiera matado a Sticks. La inclinación que había demostrado hasta entonces por el espionaje, el vandalismo y el envenenamiento no parecía indicar que estuviera perfectamente cuerda. Podía estar esperando a que abriera la puerta.

Pero Laurel no iba a quedarse de brazos cruzados. Estaba cansada de que hablaran de ella y la advirtieran y la atemorizaran.

Primero, llamaría a Dan Tanning e informaría a la oficina del sheriff. Eso sería un comienzo. Luego podía combatir el fuego con el fuego pidiéndole a Maisie que llamara a la gente y les contara las cosas que estaban sucediendo y quién podía estar tras ellas. Mejor aún, podía meterse en el coche e ir ella misma a la ciudad, a la peluquería de Zelda…

El coche. Dejar Ivywild e irse a la ciudad. Así como así. ¿De dónde había salido esa idea?

¿Podía hacerlo cuando solo unos días antes aquello le había parecido imposible? ¿Eran sus razones lo bastante fuertes como para sostenerla en semejante trago? ¿Era posible cuando su corazón palpitaba tan fuerte que hacía temblar el camisón y la sola idea la hacía sentirse enferma y débil?

¿Pero qué otra opción tenía? No podía sencillamente abandonarse a lo

que aquel loco le tuviera reservado. No podía esconderse permanentemente mientras alguien se acercaba más y más…

No. No quería pensar así. No lo haría.

Podía llamar a Alec. Si recurría al teléfono, él estaría allí al cabo de unos minutos. Se ocuparía de todo mientras ella se sentaba, miraba y aplaudía.

Sí, pero no quería hacerlo: no quería involucrarlo más de lo que ya lo estaba, ni sentir que le debía nada más. Era hora, al fin, de que combatiera en sus propias batallas.

Mientras permanecía allí, vacilando, oyó el sonido del motor de un coche que arrancaba y luego se alejaba en la oscuridad. Su perseguidor se había ido. Había actuado rápido y había desaparecido. De nuevo.

Estaba segura de que ya no la amenazaba, pero no podía estar segura a menos que se aventurara fuera. Tenía que hacerlo, impulsada por su necesidad de ver el daño que había causado. Se pasó aún casi una hora escuchando y mirando por las ventanas antes de reunir el valor suficiente.

El destrozo era total. Su *Bocca della Verità* estaba hecha añicos, como si la hubieran destrozado con un mazo, y la fuente de Baco era una ruina. Los espejos de agua habían sido vueltos del revés y destruidos, las macetas de flores de encima del aljibe yacían, rotas, en el estanque de los lirios. La destrucción había sido deliberada y metódica, como si quien la había causado hubiera disfrutado con ello.

Podía llamar a la policía; realmente, debía hacerlo. Pero, pensándolo mejor, los destrozos no eran tan importantes en términos de dinero, y la idea de las explicaciones que tendría que darles a Dan Tanning y a sus ayudantes la dejaba paralizada de indecisión y vergüenza.

No podría soportarlo. Pero algo tenía que hacer. De alguna manera tendría que averiguar quién había tras aquella campaña de terror, y detenerla.

¿Y si fuera el propio Alec? Había negado ser el merodeador la noche que habían hecho el amor, ¿pero y si era mentira? ¿Y si había sido una argucia para que dependiera más de él? En cuanto a destruir los relieves y otras piezas del jardín hechas por ella, él era la única persona que sabía exactamente dónde estaban y lo que significaban para ella. Y al irse estaba tan enfadado como para destrozar cosas más grandes y, con mucho, más valiosas. Laurel no quería pensar que se hubiera tomado una revancha tan mezquina. ¿Pero cómo sabía ella de qué era capaz?

También podía haber sido Gregory, pues tampoco estaba precisamente contento con ella. O podía haber sido Mamá Bancroft. Y, pensándolo bien, Zelda no parecía muy contenta la última vez que Laurel la había visto. ¿Estaría todo Hillsboro contra ella?

Desde luego, no tenía ninguna evidencia de que, quienquiera que hubiera estado allí esa noche, sintiera la más mínima animadversión hacia ella. Podía ser un caso de fría y calculada revancha, lo cual era infinitamente peor. Y tal vez debía dejar de pensar en ello antes de perder los nervios.

Imposible.

Mientras yacía tumbada, despierta, mirando la oscuridad y sintiendo el

gran vacío de la enorme habitación a su alrededor, su mente giraba en círculos interminables. Pensaba una y otra vez en las distintas personas que podían tener algo contra ella. Una y otra vez, pensaba en Alec y en la forma en que la había mirado esa tarde, y en las cosas que le había dicho.

Hasta cuando se quedó dormida, siguió oyendo en sueños el sonido de la terracota rompiéndose. Una presencia invisible la obligaba a caminar paso a paso, con los pies ensangrentados, sobre las piezas rotas. Y al final del camino estaba su coche, con la puerta abierta, esperándola. Pero sabía que, una vez se subiera a él, perdería el control y sería conducida adonde no quería ir. Sabía, también, que nunca podría encontrar el camino de regreso a Ivywild.

14

Empezaron a temblarle las manos cuando se estaba maquillando. Intentaba no pensar en lo que iba a hacer esa mañana, pero no servía de nada. Cuando recorrió el camino entre la casa y el garaje, se sentía aturdida y le temblaban las rodillas. Le costó un gran esfuerzo abrir la puerta y deslizarse dentro del coche. Después, no consiguió obligarse a girar la llave.

Agorafobia. Ese era el nombre de su problema. Poco tiempo antes, habría negado que lo tuviera. Habría jurado, además, que la única razón de que no saliera de casa era que no tenía interés en ir a ninguna parte. Alec le había demostrado lo contrario. Ahora. Laurel tenía que reconocer su miedo a dejar Ivywild.

Estaba segura de que lo vencería esa mañana, pues sospechaba que el suyo era un caso bastante leve. Tenía mucho tiempo. Se tardaban menos de quince minutos en llegar al salón de belleza de Zelda, y tenía al menos una hora. Lo único que tenía que hacer era girar la llave y sacar el coche del garaje. Ya lo había hecho antes, con Alec a su lado. Seguramente podría hacerlo otra vez.

Pero le costó aún cuarenta minutos y dos vueltas a la casa: una para ver si había apagado el horno, y otra para asegurarse de que había desenchufado la plancha. Sabía que eran excusas, pero era incapaz de actuar de otro modo. En ambas ocasiones, fue la rabia lo que la obligó a volver a salir de la casa y a montarse en el coche. Eso, y el temor a lo que podía ocurrir si no hacía algo por impedirlo.

Por fin puso en marcha el motor y llevó el Buick hasta el final del camino, frente a la carretera. Aún le temblaban las manos y las rodillas, pero se había acostumbrado y ya no le importaba. El temor a haber olvidado las normas de circulación zumbaba en su mente, pero consiguió dominarlo. Se limpió en la falda las palmas sudorosas de las manos, agarró con fuerza el volante, levantó el pie del freno y pisó el acelerador.

Salió a la carretera. A medida que pasaron los minutos y los kilómetros, las manos dejaron de temblarle. El miedo y la angustia dejaron paso a la satisfacción, que rápidamente se convirtió en una cautelosa euforia.

¡Lo había conseguido! Estaba conduciendo, mantenía el coche en el canil, estaba acostumbrándose a la sensación de dominar el vehículo otra vez. Gracias a Dios, aún tenía algo de tiempo antes de salir a la autopista. Gracias a Dios, ya había recorrido aquel camino con Alec, en la moto, aunque entonces era él quien conducía.

Alec la había ayudado más de lo que Laurel había creído. ¿Lo sabía él? ¿Había identificado su problema desde el principio? Seguramente sí; pero no por ello la había hecho sentirse más torpe, lo cual decía mucho en su favor.

Alec era un hombre poco corriente. Y ella solo empezaba a comprenderlo.

Cuando al fin aparcó frente al salón de belleza, Laurel apoyó la cabeza sobre el volante y cerró los ojos. Se sentía agotada, como si hubiera corrido un maratón. Sin embargo, su tormento no había terminado aún. No sólo tenía que volver a casa, sino que debía pasar la hora siguiente con Zelda.

Su cuñada, que estaba poniéndole los rulos a una anciana de pelo blanco, la recibió con un grito ronco.

-¡Laurel, cariño, ven aquí! Siéntate, quita las revistas de encima de esa silla. ¡Es como en los viejos tiempos, cuando venías a que te peinara!

El local de Zelda no era nada elegante. Situado en los bajos de una casita, su suelo de vinilo, su lavabo y su secador habían conocido tiempos mejores. Frascos y botes de laca llenaban los armarios de color burdeos colocados bajo las ventanas, y, junto a la puerta de atrás, un cepillo hacía guardia sobre un montón de pelo. El lugar tenía, sin embargo, cierto aire de prosperidad, con su hilera de productos nuevos y sus relucientes carteles.

Laurel habló con la mujer de los rulos, a la que reconoció como una maestra de escuela jubilada..., jubilada hacía mucho tiempo, en realidad. La señorita Dacey debía de tener ochenta y cinco o noventa años, pues la anciana mujer le había dado clases a su madre.

-Hacía mucho tiempo que no te veía, querida -dijo la anciana.

Laurel, despejando el asiento que Zelda le había indicado, se sentó y murmuró algo acerca de salir más a menudo.

-Ya era hora -dijo Zelda con tono franco-. Justamente le estaba diciendo a la señorita Dacey que no es sano que estés encerrada allí, en Ivywild. Yo me siento en parte culpable, de verdad. Debería haber ido a visitarte más a menudo, y haberte convencido para ir de compras o al cine. Pero no te preocupes, eso va a cambiar a partir de ahora.

-Agradezco tu interés, pero estoy segura de que tienes otras cosas de que preocuparte -dijo Laurel con cuidadosa amabilidad.

-Sí, bueno, claro -dijo Zelda cándidamente, al tiempo que tomaba un rulo de la bandeja que había a su lado-. La familia y todo eso. Además, tengo que trabajar, cosa que tú no has tenido que hacer nunca.

-Me mantengo ocupada con la casa y la cerámica -dijo Laurel, manteniendo la sonrisa a pesar del tono desdeñoso de su cuñada. Luego, viendo la oportunidad de sacar a relucir lo que había ido a decirle, continuó-. Esta semana voy a estar muy ocupada en el taller de cerámica. ¿Puedes creer que anoche alguien entró en el jardín y destrozó los relieves que tanto tiempo me había costado hacer?

-No me digas -contestó Zelda, parándose mientras ponía un rulo-. ¡Qué barbaridad!

-También intentaron romper las columnas que Alec y yo hemos hecho, pero son demasiado duras. Ojalá se hayan dislocado el hombro intentando empujarlas.

-Vaya -dijo Zelda con una ceja alzada y una sonrisa-. Estás sedienta de sangre, ¿eh?

-¡Me gustaría tener una pistola y hacerles un agujero! Y puede que lo haga la próxima vez que alguien entre en mi jardín en mitad de la noche.

La hermana de Howard ladeó la cabeza.

-¿Eso incluye a ya sabes quién?

-Si te refieres a Alec Stanton, eso es asunto zanjado -contestó Laurel secamente.

-Oh, oh -dijo Zelda, enrollando el último mechón de pelo de la cabeza de su cliente; después, agarró el bote de laca que tenía preparado-. Parece

que ha perdido tu favor.

-Podría decirse así -musitó Laurel, apartando la mirada de la otra mujer. No sólo era cierto, sino que le parecía conveniente que aquella información se difundiera.

El olor penetrante de la laca llenó el aire cálido y húmedo. Se hizo un corto silencio mientras Zelda rociaba cada uno de los rizos de la cabeza de la anciana.

La señorita Dacey inclinó el cuello hacia delante y miró a Laurel. Con voz temblorosa, dijo:

-No estarán hablando del nieto de Callie Stanton, ¿verdad?

Zelda entornó los ojos, pero Laurel compuso una sonrisa.

-¿Lo conoce?

-Conozco a Callie desde hace años, aunque no puedo decir que conozca al joven Alec. Pero lo he visto por aquí y parece un joven muy amable.

-Vaya, señorita Dacey, ¿no me diga que le gusta su melena? -dijo Zelda, burlona.

-¿Y por qué no? -preguntó la anciana alzando las cejas-. No tengo nada en contra del pelo largo, siempre que esté limpio. Dios sabe que la gente joven siempre tiene que ser diferente. Esto me recuerda la época en que las mujeres empezaron a cortarse el pelo. La gente decía cosas terribles de las chicas que se lo cortaban. Parecía que todas ellas eran la personificación del diablo. No lo eran, desde luego, como tampoco lo es ese joven. Además, la mitad de los hombres que salen por la televisión tienen el pelo largo.

-Eso es muy cierto, señorita Dacey -dijo Laurel, sonriendo-. Estoy completamente de acuerdo con usted.

La mujer de pelo blanco se ruborizó de placer.

-Es simple sentido común.

-Pues mucha gente no piensa lo mismo -añadió Zelda sacudiendo la cabeza al acabar con la laca; después ayudó a la señorita Dacey a levantarse y la condujo al secador-. Ayer mismo oí a alguien que decía que había que echarlo del pueblo.

-Eso es mezquino y cruel -dijo enérgicamente la anciana mientras cruzaba la habitación arrastrando los pies-. Cuando yo era niña, embadurnaron a un forastero con brea caliente, lo llenaron de plumas y lo pasearon por la ciudad atado a una traviesa de ferrocarril. El pobre hombre estuvo a punto de morir.

-Eso fue hace mucho tiempo -dijo Laurel-. Seguramente, ahora no harían una cosa así.

-Es difícil saber lo que hará la gente cuando se enfada -la mujer de pelo blanco se sentó. Zelda encendió el secador, ahogando su voz.

Laurel miró a su cuñada con incredulidad y cansancio.

-¿De dónde sale todo ese odio y ese desprecio? No lo comprendo.

-¿Quién sabe cómo empiezan las cosas? -dijo Zelda, alzando uno de sus hombros gordezuelos-. Supongo que si has despedido a Alec, no podrás seguir con las reformas en Ivywild.

-Bueno, en realidad, Alec todavía está trabajando -contestó Laurel distraídamente.

-Pensaba que habías dicho que era asunto zanjado.

-Me refería a que no hay nada entre nosotros -sonrió levemente-. No sé cómo la gente podía pensar que lo había, siendo yo mucho mayor que él.

-Eso mismo me decía yo -comentó Zelda con franqueza, y luego rompió a reír al ver la expresión de Laurel-. Era una broma, solo una broma. Ahora ven, siéntate en esta silla y dime qué quieres que te haga en el pelo.

Laurel hizo lo que le pedía, aunque no le apetecía. Zelda le lavó la cabeza y le cortó las puntas, pero, después, en lugar de peinárselo al estilo sencillo que Laurel prefería, empuñó la espuma de peinar y un cepillo de marcar. Cuando se marchó, Laurel lucía uno de los cardados especiales de Zelda, que le daba el aspecto vulgar de una prostituta barata. Sentía una necesidad tan imperiosa de cepillarse el pelo y reparar aquel desaguisado, que estaba a medio camino de Ivywild cuando se dio cuenta de que ya no le daba miedo conducir.

Alec estaba en el cobertizo, mirando el último relieve que Laurel había hecho. Sintió un nudo en la garganta al tocar el rostro crispado de aquella mujer casi oculta, atrapada entre las flores. El deseo de romper el barro cocido le resultaba casi insoportable, como si con ello pudiera liberar a aquella figura.

Era Laurel, por supuesto. Hasta ese momento, Alec no había comprendido que su confinamiento le causaba tanto dolor. Había creído que era una elección. Se había equivocado. Laurel luchaba con todas sus fuerzas por liberarse, pero sus armas eran débiles.

Él podía ayudarla, si le dejaba. ¿Por qué no se lo permitía? ¿Era solo porque no se fiaba del todo de él? ¿O tal vez porque, en cierto sentido que no llegaba del todo a entender, él formaba parte de lo que la mantenía cautiva?

Laurel ya se había ido cuando Alec había llegado esa mañana. Había dejado una nota para Maisie diciendo dónde estaba, pero ninguna para él. Alec había empezado a preocuparse inmediatamente, pensando que podía tener un accidente, o llegar a alguna parte y detenerse, incapaz de conducir de vuelta a casa. Eso había sido antes de ver los fragmentos de barro dispersos por el suelo.

Laurel había estado sola en Ivywild mientras aquello sucedía. Debía de haberse sentido aterrorizada. Pero no lo había llamado, no lo había esperado para contárselo. Se había ido al salón de belleza como si aquella cita fuera más importante.

Alec deseó que estuviera allí, deseó que hubiera salido a recibirlo a la puerta, que le hubiera gritado como si fuera culpa suya que las piezas de cerámica de las que se sentía tan orgullosa hubieran sido destruidas. Tal vez así él se habría enfadado tanto que habría olvidado que le había fallado a Laurel.

Nunca debería haberse ido. Cuando ella lo había despedido, había sabido que aquello era un error, que debía seguir su instinto y quedarse a su lado. Pero se había dejado dominar por el orgullo, y aquel era el resultado.

Sin embargo, había aprendido algo importante. Había aprendido que Laurel lo necesitaba, aunque fuera incapaz de admitirlo.

Había entrado en el cobertizo para ver en qué estaba trabajando Laurel últimamente, confiando en que hubiera acabado algo que sirviera para sustituir a las piezas destruidas. Pero aquel relieve nuevo no le servía. La figura femenina era demasiado íntima, demasiado intensa, para ser expuesta a la ligera.

Dejó la pieza y miró a su alrededor, buscando otra cosa. Su mirada se posó en una caja que había en una estantería alta, casi oculta al fondo de una balda.

Se quedó atónito al abrir la caja y ver su propio rostro. No era de extrañar que ella hubiera escondido aquel retrato. Laurel era una buena escultora. Demasiado buena. Aquella cara de barro mostraba la delicada sensibilidad que él hacía todo lo posible por esconder.

-¿Qué estás haciendo?

Él se giró rápidamente y miró a Laurel, sorprendido. Estaba tan absorto que ni siquiera había oído su coche. Con voz firme, contestó:

-Estoy mirando.

-¿Y qué miras? -ella entró en el cobertizo.

Él parpadeó y la miró detenidamente.

-¿Qué te has hecho en el pelo?

Ella levantó una mano y se pasó los dedos por las ondas elevadas y los rizos tiesos, aplastándose el pelo.

-Eso no importa. Quiero saber por qué has entrado aquí.

Él se quedó callado un momento, observando el aspecto entre angelical y libertino que tenía Laurel con aquel peinado. Por fin, dijo:

-Estaba buscando otra pieza que colgar en el jardín, pero parece que no hay ninguna.

-No. Ahora, si no te importa..

-Si quieres colgar mi retrato, no me importa. Incluso me sentiría halagado.

-No era mi intención halagarte -dijo ella secamente-. Créeme.

-¿Y cuál era? -su cara se crispó, y añadió con aspereza-. De veras me gustaría saberlo.

-Ninguna -dijo ella-. Solo quería... jugar con el barro. Algo así como hacer garabatos, supongo.

-Pues me encantaría ver qué haces cuando te lo tomes en serio.

Laurel miró el relieve de la mujer que había sobre el banco.

-Lo dudo. El resultado se parecería demasiado a una gárgola. Asustaría al mismo demonio.

Él movió la cabeza.

-No te subestimes. Tú tienes talento.

-Tengo cierta destreza -dijo ella-. Pero da igual. Solo pretendo disfrutar. En fin, si no tienes nada que hacer, estoy segura de que se me ocurrirá algo.

-En realidad -dijo él, sonriendo y avanzando hacia ella-, tenía unas cuantas ideas. Pero estoy abierto a cualquier sugerencia.

-¡Para!

Ella extendió una mano como si pensara que aquello lo haría detenerse. Él siguió avanzando hasta que los dedos de Laurel chocaron contra el muro de su pecho.

-¿Dónde quieres que pare? -sus palabras estaban cargadas de ironía-. ¿No te parece que ya es un poco tarde para trazar una línea?

-Pensaba que habíamos acordado ser...

-Discretos, sí. Pero solo en público. No en privado, y no siempre -se quedó pensando un momento-. Al menos, yo no recuerdo esa parte del trato.

-Tú sabes muy bien que era eso lo que quería decir.

Le temblaba la mano que tenía apoyada sobre su pecho. Con una sonrisa irónica, él dijo:

-Conozco un modo de arreglar las cosas.

-Apuesto a que sí -replicó ella.

La sonrisa de Alec se hizo más amplia.

-Vamos, Laurel, vas a matarme. ¿A qué crees que me refería?

-No tengo ni idea -dijo ella-, pero supongo que será algo... lascivo -respondió ella, alzando, desafiante, la barbilla.

Él tomó su mano y le besó suavemente los dedos.

-Bueno, yo no lo creo, pero supongo que todo depende de por qué te cases.

Ella lo miró con estupor.

-¡Casarse!

-Sí, es ese sacramento ordenado por Dios y consagrado...

-¡Sé lo que es! Pero me sorprende que hayas dicho eso -intentó liberar su mano, pero Alec se lo impidió.

-No lo he dicho porque sí -dijo él enfáticamente-. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Ella se quedó perfectamente inmóvil.

-Debes de estar bromeando.

-En realidad -dijo él-, no se me ocurre un modo mejor de acallar las habladurías, ¿a ti sí? Además, piensa en las ventajas. Como yo soy diez años más joven que tú, tenemos la misma esperanza de vida. No volverás a quedarte viuda. Yo adoro a las mujeres maduras... y, además, mírate: eres perfecta en todos los sentidos.

-Alec...

-Y luego está también esa cuestión que tú has mencionado, la de la compatibilidad sexual...

-¡Yo no he hablado de eso!

Él la miró con los ojos entornados.

-¿Ah, no? Pensaba que sí. Tú necesitas mucho amor, ¿y sabes qué? Da la casualidad de que yo tengo la edad justa para dártelo.

-Has pensado en todo, ¿no? -dijo ella con los labios tensos.

-Sí. No hacía falta ser un genio, sobre todo después de darme cuenta de lo que siento por ti.

-Me ha parecido entender que me quieres.

Sus palabras no contenían alegría. Laurel no se las creía. Él contestó seriamente:

-Sí, así es.

-Me quieres desde el momento en que me viste -él asintió, mirándola con curiosidad-. Siempre me querrás, aunque se me ponga el pelo blanco y me quede sin un solo diente.

-No me importa si eres calva, o si tienes suficiente pelo para tres mujeres -dijo él, mirando su peinado.

-Qué conmovedor. ¿Pero estás seguro de que lo nuestro durará tanto? -preguntó ella, y su voz se volvió estridente-. ¿O crees que yo pensaré en suicidarme cuando te canses de mí? Y, si la idea no me parece muy atractiva, ¿me echarás tú una mano?

Él sintió que su aliento se detenía como si le hubieran dado una patada en el pecho.

-¿Quién te ha dicho eso? -preguntó en voz baja.

—¿Y eso qué importa? Lo sé.

-Tú no sabes nada.

-Ella murió, ¿no es cierto?

-Sí, así es.

-¿Voluntariamente?

-Estaba enferma. Iba a morirse, de todas formas.

-Y a ti te arrestaron por su asesinato.

Él apartó la mirada y se llevó una mano a la cabeza, que empezaba a dolerle.

-Es una larga historia. Pero yo no maté a mi mujer.

-Querrás decir que no te hallaron culpable.

-¡No pongas palabras en mi boca! Lo que ocurrió en California no tiene nada que ver con nosotros. Esto es diferente. Tú eres completamente distinta a la señora Chadwick. En muchos sentidos eres tan joven que en realidad yo me siento mucho mayor que tú... Pero, de todos modos, esto no tiene nada que ver con la edad, ni con la tuya ni con la mía. Tiene que ver con dos personas que se ríen, y hablan, y disfrutan de las mismas cosas.

—¿Así que se trata de eso? -siseó ella-. ¿O del dinero y las comodidades?

-Laurel -empezó a decir él, dando un paso hacia delante.

-No -ella retrocedió-. Sencillamente, no. No quiero casarme. Ni contigo, ni con nadie. Ni ahora, ni nunca.

El se acercó de nuevo.

-¿Es por mí -preguntó-, o por ti? Puede que la idea te dé demasiado miedo.

-Puede que sea por todo. No lo sé -contestó ella-. Pero la respuesta sigue siendo la misma.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. Él gritó a su espalda:

-¿Qué ocurrió? ¿Qué te hizo Howard para que detestes el matrimonio? Y ya que hablamos de eso, tengo otra pregunta... ¿Fue tan grave como para que lo mataras?

Ella lo oyó, pero no respondió.

Él se quedó donde ella lo había dejado, con la mirada perdida. Al cabo de un momento, se volvió para mirar los relieves que Laurel había hecho: su cara y la de ella, un hombre perverso y una mujer atrapada. Se le escapó una breve carcajada. Tomó en brazos las planchas de terracota, se las llevó al jardín italiano y las colgó una al lado de la otra en el lugar que antes había ocupado la *Bocca della Verità*.

Después, agarró un hacha y arremetió contra la arboleda que crecía

junto a la parte de atrás de la casa.

Si quitaba la maleza, quienquiera que merodeara por allí tendría menos sitios donde ocultarse. Pero, sobre todo, necesitaba cansarse, dar rienda suelta a su furia, para evitar hacer algo violento.

Estaba allí, en la arboleda, con el hacha entre las manos, cuando llegó el coche de policía. Se quedó perfectamente inmóvil, mirando al hombre de uniforme que salió del vehículo, cruzó el jardín delantero y subió la escalinata de la casa.

Laurel levantó la mirada de las facturas al dejar de oír los golpes secos, rítmicos, del hacha. Ya se había levantado y caminaba hacia la parte delantera cuando oyó que Maisie abría la puerta. Cuando llegó al vestíbulo, el ama de llaves y el sheriff acababan de entrar y Dan Tanning, con el sombrero entre las manos, respondía a las preguntas de rigor que Maisie le hacía. Laurel se acercó para saludarlo y él se volvió hacia ella con una sonrisa en su cara ancha.

-Espero que no te importe que haya venido -dijo con voz lenta y profunda-. Me he enterado de que tenéis problemas y he venido a echar un vistazo.

-Ya sabes que siempre eres bienvenido -dijo ella-. Supongo que habrás hablado con Zelda.

Él bajó la cabeza y se sonrojó ligeramente.

-Zelda me corta el pelo de vez en cuando. Me pasé por allí esta mañana, poco después de que tú te fueras. Está preocupada por ti.

-Te agradezco que hayas venido, pero no creo que puedas hacer nada. No vi a nadie.

-De todas formas, me gustaría ver los destrozos -movió el sombrero en un gesto vago que abarcaba el exterior de la casa.

-No queda mucho que ver -dijo ella en tono vacilante al tiempo que le indicaba la puerta principal. Avanzó delante de él por la terraza.

-¿Lo habéis limpiado todo? -él la miró con los ojos entornados por debajo de sus espesas cejas.

-Sí, esta mañana a primera hora.

-¿Y quién lo ha limpiado?

-Alec.

Él dejó escapar un sonido bronco que podía significar cualquier cosa.

-Echaré un vistazo, de todas formas, si no te importa. Puede que encuentre algo.

Ella lo guió por el jardín. Mientras caminaban, era consciente de su sólida presencia y de su penetrante mirada. El sheriff Tanning era un hombre franco y sencillo. Todo lo que decía, lo decía en serio..., ni más, ni menos. En cierta forma, era un alivio.

Intercambiaron unos cuantos comentarios insulsos acerca del tiempo mientras se dirigían a la parte de atrás. Por fin llegaron al jardín italiano. Laurel sintió que se le crispaban los nervios al penetrar bajo el pórtico y ver allí colgados los relieves de la mujer y el hombre, el uno al lado del otro.

Había sido Alec, por supuesto. Sin duda quería decirle algo. Él, a

diferencia del sheriff, no era un hombre simple.

Respiró hondo y le habló al sheriff de las piezas de terracota destruidas. Él asentía comprensivamente. Miró un instante los dos relieves, pero no hizo ningún comentario. Solo dijo:

-¿No habéis encontrado nada que pudiera haber servido para causar estos destrozos?

-¿Te refieres a un bastón o algo parecido?

-Un leño, un bate de béisbol, un martillo, una palanca, cualquier cosa —ella negó con la cabeza-. Lástima. Eso podría habernos dado algún indicio de si han sido solo unos críos o alguien que sabía lo que hacía. Incluso podríamos haber sacado alguna huella dactilar.

-Puedo preguntarle a Alec, pero estoy segura de que si hubiera encontrado algo, me lo habría dicho.

Él la miró fijamente, pero no dijo nada. Laurel se dio la vuelta, salió del jardín italiano y se dirigió a la parte lateral del garaje, donde había estado la fuente de Baco. Allí ya no quedaba nada de interés. Alec había tirado el agua, y la tinaja vacía tenía un aspecto triste bajo la cañería desnuda del surtidor.

Dan silbó al ver las marcas de golpes en la pared de madera del garaje.

-Esto no me gusta, Laurel. Me da mala espina. Sé que no es de mi incumbencia, pero me gustaría que no te quedarás aquí sola por las noches.

-Llevo sola mucho tiempo. Ahora las cosas no son diferentes.

—Yo creo que sí, y no lo digo sólo por lo que me ha contado Zelda. He ido a ver a la señorita Callie, y está muy preocupada por todo esto. Tal vez deberías pedirle a alguien que se quede contigo por las noches.

-¿A quién? ¿A Mamá Bancroft? ¿A Zelda? -ella se esforzó por mantener un tono despreocupado-. No me parece una buena idea.

-¿Qué me dices de Evan? Quizás él pueda ir y venir a la universidad en coche durante un par de semanas. O a lo mejor tu hija y tu yerno podrían quedarse contigo.

Evan era una posibilidad. En cuanto a Marcia y Jimmy, tal vez su hija estaría de acuerdo, pero su marido no querría saber nada del asunto.

-Lo pensaré.

-Bien -hizo una pausa-. Mientras tanto, sentaré a una de las chicas de la oficina delante del ordenador, a ver qué encuentra en los archivos de California sobre... ciertas personas.

-¿Te refieres a Alec?

-Y a su hermano.

-No creo que sea necesario.

-Puede que sí, puede que no. Si están limpios, no pasará nada. Si no... Bueno, es mejor saber a qué atenerse.

Ella no podía hacer nada para impedírselo.

-Puede que encuentres una o dos cosas, pero nada que yo no sepa.

-Ya veremos -contestó él-. Pero no te preocupes demasiado. Intentaré pasarme por aquí más a menudo cuando haga la ronda, o mandaré a uno de mis ayudantes.

-No tienes por qué hacerlo.

-Lo sé -dijo él, en voz baja-, pero tú sabes que siempre he estado loco

por ti, Laurel. Después de la muerte de Howard pensé que quizá podríamos estar juntos, pero entonces... -dejó la frase sin acabar y apartó la mirada.

Laurel supuso que estaba pensando en la mala suerte que había tenido al ser sorprendido con Zelda. Ella ni siquiera se hubiera acordado de ese asunto si su cuñada no se lo hubiera mencionado unos días antes. Aunque, por lo que a ella concernía, poco importaba. Dan le agradaba, poseía buenas cualidades, pero entre ellos no había química. Al menos, desde el punto de vista de Laurel. Estar a su lado no le producía absolutamente ninguna alteración en los latidos del corazón. A diferencia de lo que le pasaba cuando estaba con Alec.

-Te lo agradezco -dijo ella con voz queda-, pero supongo que algunas cosas sencillamente no funcionan.

Él la miró un instante y luego volvió a desviar la mirada.

Más allá, en la arboleda que había tras la casa, se oyó de nuevo el golpe del hacha contra la madera. Con la mirada fija en el lugar del que procedía el sonido, Dan dijo:

-Así que el nieto de la señorita Callie sigue rondando por aquí. Supongo que eres mayorcita para saber lo que haces.

-Prefiero creer que sí.

—¿Tendrás cuidado?

-Sí, lo tendré.

-Bien -se pasó una mano por el pelo y volvió a ponerse el sombrero, con el ala baja-. Creo que será mejor que me vaya. Piensa en lo que te he dicho.

Ella asintió y lo acompañó hasta la entrada, donde estaba aparcado el coche patrulla. Él le dirigió una breve sonrisa de despedida, entró en el coche y se alejó. Pasó largo rato antes de que Laurel se diera la vuelta y volviera a entrar en la casa.

15

Cuando Laurel salió del cuarto de baño, Alec estaba tumbado en la cama de la habitación, apoyado en los almohadones, con las manos detrás de la cabeza. Solo llevaba puestos unos vaqueros y tenía una sonrisa dulcemente íntima.

Ella se quedó parada, con la mano crispada sobre el cepillo del pelo con el que se estaba desenredando la madeja enmarañada de su pelo húmedo. El corazón empezó a brincarle en el pecho. La boca se le quedó seca de repente. Enseguida se preguntó si el algodón blanco de su camisón sería tan transparente como sospechaba. Como si eso importase ya.

Con voz neutra, le preguntó:

-¿Cómo has entrado aquí?

-Yo sabía forzar cerraduras antes de saber andar. Es un milagro que no te hayan robado todo lo que tienes. O que no te hayan robado a ti -mientras la contemplaba con aquel ligero camisón, sus ojos desprendían calor.

-Supongo que tendrás alguna excusa -se pasó el cepillo por las puntas del pelo, sin mirar a Alec.

-Unas cuantas. Primero, necesitas a alguien que se quede de guardia, aunque no lo creas... y yo estoy disponible. Segundo...

Ella levantó la vista al ver que se callaba.

-¿Segundo?

Él sonrió y dijo con voz ronca:

-He pensado que tal vez echabas de menos a tu jovencito, y que quizá quisieras jugar con él un rato.

Ella se sonrojó. Confiaba en que él no pudiera ver su rubor con aquella luz tenue.

-¿Después de las cosas que dijimos esta tarde? No puedes hablar en serio.

—¿No?

-¡Claro que no!

—Lástima -movió la cabeza burlonamente, pero en sus ojos había una sombra de dolor.

-¡Oh, vamos! -dijo ella, bajando el cepillo y echándose hacia atrás el pelo mojado- Seguramente no querrás que te tomen tan a la ligera.

Él se quedó pensándolo y sus labios adquirieron una expresión seria.

-Depende.

—¿De qué?

-De quién me tome —sugirió con una ceja levanta.

Ella cerró los ojos. De nuevo estaba bromeando. ¿O no? Era enteramente posible que estuviera preparado para hacer una cosa o la otra, dependiendo de la reacción de Laurel. Ella sabía que debía enfadarse, pero en realidad se sentía aliviada.

Él la miró fijamente y dijo:

—He conocido a muchas mujeres que, como tu cuñada, confunden la vulgaridad con la sofisticación. Lo que pueda decir Zelda no me preocupa, mientras no consiga ponerte en mi contra. Pero, por otra parte, parece que

eso puedo hacerlo yo solo cada vez que abro la boca.

El tono triste de su voz resultaba desarmante. Ella contestó, sin mirarlo:

-Los dos dijimos cosas que no sentíamos. La situación es tan extraña que supongo que no debe sorprendemos.

-Sí. Es una especie de mecanismo de autodefensa.

Era una excusa razonable, si ella estaba dispuesta a aceptarla. Nerviosa, ladeó la cabeza y empezó a cepillarse el pelo. Pero el cepillo se atascó de inmediato en su espesa melena, y Laurel lanzó una maldición.

-Eh, espera -exclamó Alec, saltando de la cama con ligereza-. Si sigues así, vas a quedarte sin pelo -se acercó a ella y le quitó el cepillo-. Déjame a mí.

Ella se resistió un momento, pero Alec la tomó por la muñeca con sus dedos fuertes y la condujo a la cama. Se sentó en el borde, hizo que Laurel se agachara entre sus piernas con la espalda vuelta hacia él, y, con sumo cuidado, liberó el cepillo y empezó a desenredarle los nudos con sistemática eficacia.

A Laurel le costó un esfuerzo asombroso no apoyarse contra él. No debía consentir aquello. Debía levantarse y ordenarle que se fuera. Debería haberle impedido que se acercara a ella. Y, ciertamente, nunca debería haber permitido que la tocara, ni siquiera con el inocente propósito de cepillarle el pelo.

No tenía ni una pizca de sentido común. Ni la más mínima fuerza de voluntad.

Al cabo de un momento se aclaró la garganta y dijo:

-Se te da muy bien.

-Es natural, ¿no te parece? -contestó él, sacudiendo su propia coleta por encima del hombro con un gesto rápido-. Además, siempre le cepillaba el pelo a mi hermana, cuando intentaba adecentarla para ir al colegio.

A Laurel se le encogió el corazón al evocar aquella imagen: un chico adolescente decidido a hacer que su hermana estuviera presentable, intentado ser una madre y un padre para ella. No quería emocionarse, sabía que él despreciaba su compasión, pero no podía evitarlo.

Antes de que Laurel pudiera recobrarse, él dijo:

-Me he enterado de que has amenazado con empezar a disparar a la gente.

Ella intentó mirarlo por encima del hombro, pero no pudo volver la cabeza, pues él la estaba agarrando del pelo. Desistió y pregunto:

-¿Quién te ha dicho eso?

-Una anciana llamó a mi abuela y le dijo que te había oído decirlo en el salón de belleza. Mi abuela me lo dijo cuando volví a casa esta tarde, después del trabajo.

-Estaba enfadada.

-Así que ahora, quienquiera que ronde por aquí vendrá armado.

Ella suspiró exageradamente.

-¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Poner ha otra mejilla? ¿Dejar que destrocen todo lo que nos ha costado tanto construir?

-No tienes que hacer nada, teniéndome a mí -sus manos eran suaves,

firmes, sobre el pelo de Laurel.

—Como no sabía que te tuviera a ti, ni a nadie, me pareció que lo mejor era arreglármelas sola.

—A mí siempre me tendrás. Te cases conmigo, o no.

Ella se giró para mirarlo, ignorando el tirón de pelo.

-¡No digas eso!

—¿Por qué no, si es cierto? No pretendía presionarte, ni pedirte más de lo que puedes darme. No volverá a ocurrir.

Ella odiaba el tono resignado de su voz, pero al mismo tiempo se preguntaba qué se ocultaba tras él, qué perseguía Alec.

-Alec, yo no creo que…

-No te esfuerces -dijo él con firmeza-. No tiene importancia, de veras. En este momento tú me necesitas y yo te necesito a ti. No tenemos que pensar en el mañana. Lo único que importa es el momento, este preciso momento.

-Pero tú te mereces algo más.

Los párpados de Alec temblaron y la línea bien perfilada de su boca se tensó.

-Deja que yo me preocupe por eso -su mirada se posó en los mechones sedosos que todavía sujetaba con una mano. En tono más suave, añadió-: La primera noche, cuando te vi salir de la casa, pensé que tu pelo era como un rayo de luna. Me gusta mucho más así, liso y suave, que como lo llevabas esta mañana.

-Gracias. A mí también -respondió ella en voz baja.

Él quería cambiar de tema, ¿y quién podía reprochárselo? Ella tampoco quería hablar de lo que les sucedía. No quería pensar en sus dudas, sus miedos y problemas. No podía hacerlo sintiendo el firme muro del pecho de Alec contra su brazo, y sus muslos tensos a ambos lados de sus caderas. El calor de su cuerpo la envolvía como una caricia. Su olor límpido, cálido, se le subía a la cabeza como un potente afrodisíaco. Lo deseaba con un ardor profundo que nada podía aliviar salvo sus caricias, su fuerza.

¿Qué había en él que le nublaba el pensamiento y destruía su fuerza de voluntad? Había oído hablar de hombres y mujeres que lo arriesgaban todo por un amante, pero nunca había esperado sentir aquel impulso. En ese momento, no le importaba lo que ocurriera después, ni lo que sería de ella. Le bastaba con que Alec estuviera allí, a su lado. Y sentía que moriría si él no la besaba.

Quizá él vio algo en su expresión, pues se detuvo. La miró fijamente, con ojos oscuros, inquietos, tumultuosos. Dejó a un lado el cepillo y la abrazó.

Alec se sintió como si hubiera ganado un premio maravilloso. Maravilloso.

Besó la deliciosa comisura de los labios de Laurel, tan tierna y húmeda como la de una niña. Pasó la nariz por el cálido satén de su mejilla. Le lamió la oreja y atrapó su lóbulo entre los dientes. Al mismo tiempo le acariciaba los costados, subiendo las manos para tocar sus pechos suaves y mullidos y

los pezones que se endurecieron de repente como suculentos capullos. Perfecta. Era tan perfecta, y tan sensible a sus más leves caricias… El suave gemido que dejó escapar resonó dentro de Alec con un eco que le llegó al corazón. Capturó con los labios aquel dulce gemido y lo retuvo en su interior.

Dios, la deseaba tanto que le dolía. La necesidad de sentirla desnuda contra su cuerpo era tan fuerte que extendió una mano para alcanzar el bajo de su camisón y se lo subió hasta la cintura. Solo se apartó de su boca un instante para sacarle el camisón por la cabeza. Luego volvió a besarla y la alzó en brazos. La hizo girarse completamente para mirarla a la cara, estrechándola contra sí, y se tendió de espaldas en la cama. Extendió las manos, la agarró por las nalgas y apretó su calor femenino contra él; el pelo de Laurel se derramó hacia delante, rozándole, acariciándole, volviéndolo loco con su fragancia húmeda, con su suavidad de seda que se extendía por su cara, su cuello, sus hombros.

Le encantaba; le encantaba su cuerpo, le encantaba besarla, saciar su sed en su calor húmedo y aterciopelado. Le encantaba el sabor dulce, a dentífrico de menta, de su boca. Le encantaba ella. Y tenía que poseerla en ese preciso momento, o estallaría.

La tumbó de espaldas y se echó sobre ella. Debatiéndose, maldiciendo entre susurros, se desabrochó la cremallera de los vaqueros, se los bajó y los tiró al suelo. Se deslizó dentro de ella, jadeando, casi sin aliento, aturdido por el placer. Las cálidas profundidades de Laurel lo rodearon; lo abrazaron, palpitando a su alrededor. El se hundió más adentro, atrayéndola con fuerza hacia sí.

Era suya, y quería que ella lo supiera, quería sentirlo allá adentro, donde solo él podía llegar. Quería que se uniera a él, que cabalgara con él, que lo tomara como él la tomaba a ella. Cuando Laurel se abrió para él, moviéndose para acomodarse a sus embestidas, Alec respondió con fuerza avasalladora, imprimiendo a sus movimientos una cadencia rápida, dura.

Ella respiraba entrecortadamente. Alec notó que se estremecía y se esforzaba por seguir su ritmo. Aquello alimentó su deseo, y se movió cada vez más fuerte. Cada vez más fuerte.

Él dejaba escapar suaves susurros sin sentido, aturdido por su necesidad de convertirse en parte de ella. Lo deseaba con una urgencia desesperada que brotaba del placer prodigioso que se dilataba dentro de él ahogándolo, consumiéndolo mientras entraba una y otra vez en el cuerpo cálido y húmedo de Laurel. Nunca había sentido un placer tan intenso, tan pleno. Nunca había deseado tanto llevarse a alguien consigo al corazón oscuro, rojo como el fuego, de su deseo más puro.

Oía los suaves gritos de Laurel, sentía sus estremecimientos de placer. Y de pronto se perdió, le entregó a Laurel todo lo que tenía mientras los músculos y tendones de su cuerpo se tensaban, dejándolo paralizado. Respirando con dificultad, con la mente en blanco, se quedó quieto, hundido en ella.

El frenesí pasó. Alec se calmó lentamente, hasta que pudo sentir de nuevo el latido del corazón de Laurel contra su pecho. Se quedó tumbado, apoyando la mayor parte de su peso sobre los codos.

Pasaron largos minutos, llenos únicamente por el lento ritmo de su respiración. Al fin, ella se estiró y alzó una mano para acariciarle el pelo, húmedo por el sudor. Con un estremecimiento de risa, dijo:

-Asombroso.

Los labios de Alec se curvaron. Una alegría ligera, aérea, lo embargó. Se movió, se deslizó fuera de ella y se puso de costado. Bajó la cabeza para lamerle un pezón todavía duro y tieso. Con voz perezosa. profunda y con un fingido acento sureño, dijo:

-Esto no ha sido nada, señorita.

Ella se echó a reír en silencio. Él sonrió, complacido por el efecto que tenía sobre ella. Laurel era tan sensible que a veces lo asombraba, provocándole una punzada de excitación pura. Deseaba quedarse con ella en la cama eternamente, poniendo en práctica todos los métodos que conocía para darle placer.

Aunque, en realidad, no tenía mucha experiencia. No le interesaba el sexo casual y efímero. Al igual que picotear golosinas cuando lo que necesitaba era una buena comisa casera, ese tipo de sexo no satisfacía su hambre más profunda. Además, era absurdo. El sida era el monstruo más terrible que acechaba en la oscuridad, pero también había otros que podían estropear para siempre una vida amorosa.

Lo cual le recordaba algo. Pasó los labios arriba y abajo por el cálido marfil de uno de los pechos de Laurel, mientras reunía sus pensamientos dispersos.

-Laurel...

-¿Qué? -dejó de acariciarle perezosamente la espalda.

-No utilizas ningún tipo de protección, ¿verdad?

Hubo una pausa larga antes de que ella contestara.

-No se me había ocurrido.

-Pues siento decir que a mí tampoco -lanzó un profundo suspiro.

-Podría... ser un problema. No soy lo bastante vieja para ser... inmune a las consecuencias.

-Lo sé. ¿Te molestaría? Quiero decir... Solo por curiosidad, ¿te molestaría tener un hijo ahora que Marcia y Evan son mayores?

Ella miró sombríamente hacia un rincón oscuro de la habitación.

-Creo que no. No, si estuviera segura de que saldría sano.

-Comprendo -dijo él, y sonrió-. ¿Pero te imaginas las habladurías? Aunque también habría muchas si aparecieras en la farmacia y pidieras un paquete de preservativos. Yo me ocuparé de eso.

-No hace falta. Yo puedo arreglármelas.

Por un instante, Alec pensó que se refería a que quería tener un hijo suyo. Esa posibilidad, seguida de la certeza de que no podía referirse a eso, lo dejó asombrado.

-Quiero hacerlo -dijo, con voz ahogada-. Es mi responsabilidad.

-Lo que tú prefieras -ella tenía la cara en sombras, los ojos casi cerrados.

-Lo que yo prefiero es... -empezó a decir él. lanzándole una mirada seria. Pero de pronto se quedó sin aliento. La cara de Laurel estaba bañada en una luz roja que bailaba proyectando formas triangulares y retorcidas.

¡Fuego!

Alec giró la cabeza hacia la ventana que había tras él. El resplandor movedizo del fuego brillaba alrededor de los bordes exteriores de la cortina. Alec lanzó una maldición, se incorporó de un salto, salió de la cama con un movimiento ligero y buscó sus vaqueros.

-Quédate aquí y llama a los bomberos -le ordenó por encima del hombro mientras, poniéndose los vaqueros, salía de la habitación.

Laurel hizo la llamada, pero no tenía intención de quedarse en la casa. Era su cobertizo el que lanzaba elevadas llamaradas al cielo de la noche, con toda su cerámica, su horno y sus bellos e inacabados tesoros dentro. Se puso el camisón y salió corriendo de la casa.

Se detuvo en el porche trasero al sentir el calor que llegaba hasta ella en ondas y el aliento sofocante, áspero, picajoso, de la destrucción. Se quedó mirando las rojas fauces del fuego que se veían a través de los ventanucos del cobertizo, las chispas que ascendían revoloteando y luego caían otra vez como estrellas fugaces. Luego vio a Alec agachado, conectando una manguera a una boca de riego.

Laurel cruzó el porche y bajó los escalones, voló sobre la hierba que sentía ya caliente y seca bajo sus pies. Agarró a Alec por el hombro y lo hizo girarse hacia ella.

-¡Déjalo! -gritó por encima del estruendo de las llamas-. Es demasiado tarde.

Él tenía una mirada sombría, una expresión decidida. Sobre los hombros desnudos tenía cenizas grisáceas que semejaban una cobertura de plumas.

-Tenemos que mojar la casa, hay que intentar salvarla.

Tenía razón, por supuesto, y ella lo sabía.

-Los bomberos estarán aquí dentro de quince minutos. Él se alejó, abrió la llave del agua y apuntó la manguera hacia la pared trasera y el tejado del garaje. Ya había sacado el coche y lo había dejado sobre el césped para que no estorbara al camión de los bomberos cuando estos llegaran.

Laurel se volvió para mirar Ivywild; el reflejo del fuego resplandecía sobre sus paredes. En la casa había docenas de piezas antiguas, desde un canapé de palo de rosa victoriano de ciento cincuenta años de antigüedad, a un servicio completo de porcelana antigua de París con platillos de postre y cubiertos a juego. Elegir entre sus muchos tesoros era tan difícil que Laurel ni siquiera quería intentarlo.

La finca disponía de mucha más agua que antes, pues Alec había instalado varias bocas de riego auxiliares. Había una con una manguera enroscada junto a lo que antes había sido la fuente de Baco. Laurel corrió a abrirla, arrastró la pesada manguera hasta donde estaba Alec y comenzó a arrojar un chorro de agua sobre la pared de la casa y el alto tejado.

Mientras trabajaban, ella le gritó:

-¿Cómo ha empezado? ¿Lo sabes? Puede que haya habido un cortocircuito en el horno del cobertizo.

-No lo creo -él alzó la cabeza y aspiró aire-. ¿Hueles eso?

Ella lo imitó y tosió al sentir el humo y otros efluvios familiares, ácidos, en los pulmones. Abrió mucho los ojos y lo miró entre remolinos de humo.

-¡Gasolina!

-Exacto. Alguien ha derramado gasolina alrededor del cobertizo, seguramente de la lata que había en el garaje, luego le ha prendido fuego y ha huido como un conejo. Y lo han hecho cuando yo estaba aquí, dentro de la casa -miró a Laurel con expresión culpable.

-Tú no podías imaginar que harían una cosa así.

-Debería haberme quedado montando guardia fuera en vez de... -se detuvo y cerró los labios con firmeza.

Ella, mirando el agua que dirigía hacia el tejado, dijo:

-No es fácil estar en guardia contra esa clase de locura.

—¿Y si le hubieran prendido fuego a la casa? ¿Y si hubieras estado sola, durmiendo? - su tono era rabioso.

-Pero no lo estaba -dijo ella, con el ceño fruncido-. Seguramente lo sabían, porque todavía había luz en la casa. Lo que significa...

-Lo que significa que no ha sido algo premeditado con antelación, sino una broma pesada que se les ha ocurrido a bote pronto. No querían matarte... esta vez.

El aire era denso y caliente, irrespirable, y las llamaradas rugían cada vez mas alto a sus espaldas.

-¿Por qué a mí? -gritó ella ásperamente-. Tal vez supieran que tú estabas conmigo.

Él sacudió la cabeza y se acercó para ayudarla a mojar la esquina de la casa.

-Al principio pensé que alguien de California podía haberme seguido hasta aquí. Pero ya no lo creo.

-¿Te refieres a los hijos de tu mujer?

-O a alguien relacionado con ellos -preciso e imperturbable, él dirigía el agua contra el edificio; el resplandor de las llamas proyectaba luces rojas en su pelo y teñía de amarillo cobrizo sus brazos y hombros cubiertos de sudor-. Pero eso no tiene sentido. Yo ya no soy una amenaza para ellos. Además, no soy yo el que da vida a la arcilla y tenía un perro guardián. Alguien conoce tu debilidad, Laurel, y la está utilizando. Alguien que sabe qué es lo que más amas. Piénsalo, porque puede que no se detengan aquí. Piensa en que más cosas que amas pueden destruir.

Ella no quería pensarlo, no podía soportarlo. ¿Qué amaba? A sus hijos, por supuesto. A Ivywild. Ah, y una cosa más. A una persona.

Amaba al hombre que trabajaba a su lado para salvar lo que ella más estimaba. Amaba a Alec.

Aquella certeza sacudió su corazón y su cabeza con la fuerza de un terremoto. Una certeza resplandeciente, insoportable, demoledora. ¿Cómo había ocurrido? Ella no había querido que aquello sucediera, no lo necesitaba, había abandonado toda esperanza de verse asediada algún día por aquella clase de locura sentimental. Estupidez premenopáusica, eso era; cambios hormonales parecidos a los salvajes altibajos que provocaban los enamoramientos de la pubertad.

No podía aceptar ese amor. Si lo ignoraba, tal vez se desvanecería. Seguramente podría ocultar el placer pueril, absurdo, que sentía al mirarlo, al hablar con él, al tocarlo; el deseo avasallador de que la estrechara en sus brazos; el dolor puro, profundo, de preguntarse qué aspecto tendría un hijo concebido por ambos, y cómo sería acunarlo en sus brazos.

Había intentado con todas sus fuerzas mostrarse razonable y distante. No lo había conseguido. Por el contrario, había sucumbido sin apenas una palabra de protesta, y sabía que lo haría otra vez a la primera oportunidad. Sin embargo, se preguntaba, angustiada, si un hombre que deseaba a una mujer, por la razón que fuera, se tomaría la molestia de matar a su perro guardián, destrozar los frutos de su creatividad y quemar el único lugar donde podía esconderse de él. Se preguntaba si ese hombre podría disponerlo todo para que a ella no le quedara nada, más que él.

Alec era lo único que le quedaba a Laurel. Y lo quería; realmente, lo quería.

Se preguntaba si la vieja señora Chadwick habría sentido lo mismo.

16

A quien pueda interesarle:

Laurel Bancroft es una mujer perversa. Ha sido sorprendida fornicando a la vista de Dios y de los hombres. Es repugnante, pero cierto. Anda por ahí desnuda y reverencia a los ídolos de su jardín. Satán ha entrado en ese jardín como la serpiente entró en el Edén. En su nombre, su amante y ella realizan actos impuros e indescriptibles. Mutilan animales y los sacrifican. Pregúntenle qué ha pasado con su perro. Si no la detenemos, la próxima vez matará a un hombre, a una mujer o a un niño. Su maldad ha sido en parte purificada por el fuego, pero eso no basta. Laurel Bancroft debería ser tratada como una bruja, indigna de vivir...

Laurel arrugó impulsivamente la carta. Había más, mucho más, pero no podía soportar leerlo.

La había encontrado en el buzón de la verja. El sobre era completamente blanco, de tamaño mediano, como tantos otros. La dirección estaba escrita a máquina. No había notado nada raro antes de abrirla.

Le temblaban las manos y los dientes le chirriaban. La ponía enferma de rabia pensar que alguien se atreviera a escribir tales cosas sobre ella, que pudieran convertir lo que había compartido con Alec en algo tan sórdido. ¿Cuántas personas habrían recibido cartas como aquella? Esas personas, ¿desdeñarían aquellas palabras repugnantes como el fruto de una mente enferma, o murmurarían y asentirían y se dirían que ya lo sospechaban? ¿Se mirarían los unos a los otros con furtivo placer, diciendo «Sí, cuando el río suena, agua lleva. Ya sabes que lleva años comportándose de un modo extraño, siempre sola allí, en Ivywild, como una reclusa, como si se avergonzara de algo...»?

Ya podía oírlos. Se volvía loca de solo pensarlo. Sentía una necesidad salvaje de hacer algo, cualquier cosa, para detener aquella campaña de difamación.

¿Quién era el responsable? ¿Quién? En realidad, solo se le ocurría una persona a quien podía importarle lo que ella hiciera, y esa persona era Mamá Bancroft. La anciana estaba obsesionada, convencida de que Laurel debía quedarse prisionera en Ivywild por lo que le había hecho a Howard, pero nunca había sugerido que Laurel fuera algo más que una homicida doméstica. En sus acusaciones nunca había habido ni la más leve referencia a los actos lujuriosos de que hablaba la carta. Y, ciertamente, Sadie Bancroft nunca había significado un peligro físico.

Pero eso había sido antes de la llegada de Alec.

Además, aquel anónimo no distaba mucho de las peculiares campañas de cartas públicas a las que su suegra solía adherirse. Si era ella quien la había enviado, sería un error dejar sin contestación sus amenazas implícitas.

Alec aún estaba trabajando en la arboleda de detrás de la casa, como llevaba haciendo tres días, desde que se había producido el incendio.

Llegaba temprano y se quedaba hasta tarde; parecía decidido a quitar cualquier parapeto tras el cual pudiera esconderse quienquiera que estuviera espiándolos. Laurel debía llevarle la carta, pues también lo mencionaba a él. Alec merecía saber lo que se decía de él.

Pero Laurel no tenía fuerzas para hacerlo. La carta no solo era horrible y dañina, sino también bochornosa. Ella no debía sentir vergüenza con Alec, pero la sentía: no podía evitarlo. Si hubiera podido confiar en él, creer en lo que decía sentir por ella, tal vez no le hubiera importado. Pero no podía.

Iría a hablar con Mamá Bancroft. Seguramente sería lo mejor.

Entró en su cuarto, tiró la carta sobre su cómoda anticuada y tomó el cepillo del pelo. Unas cuantas pasadas rápidas y su pelo quedó liso. Se lo recogió hacia atrás con un pasador y se puso un poco de brillo de labios. Al cabo de unos minutos, estaba fuera de la casa con las llaves del coche en la mano.

La casa que Mamá Bancroft se había hecho construir después de que Laurel y Howard se casaran era completamente distinta a Ivywild. Era un chalé bajo, al estilo ranchero, de ladrillo amarillento y mampostería, compacto, económico y completamente anodino. Estaba situado a las afueras de Hillsboro, al fondo de una pequeña parcela, y ni un solo arbusto, ni una flor, ni una enredadera suavizaban sus líneas rectangulares o aliviaban el tedio de su césped liso y verde. Laurel siempre había pensado que a la casa no solo le faltaba personalidad, sino que además parecía enorgullecerse de su mediocridad.

Había un coche en la entrada: el Honda rojo de la hija de Laurel. Esta aparcó tras él; justo en ese momento, Marcia salió de la casa con la cabeza agachada, buscando algo en su bolso. Levantó la vista cuando Laurel abrió la puerta de su coche y salió. Una expresión de estupor apareció en la cara de la joven, que avanzó lentamente hacia Laurel.

-Cielo santo, madre -dijo sin preámbulos-, ¿cuándo has vuelto a conducir?

-Buenos días a ti también -contestó Laurel con afecto teñido de ironía, y pasó un brazo por los hombros rígidos de su hija para darle un rápido abrazo. La burla iba dirigida tanto a Marcia como a ella misma. Estaba tan enfadada por la carta y la idea de enfrentarse a Mamá Bancroft, que apenas había notado que iba conduciendo; ni siquiera había pensado en sus miedos.

-Qué raro verte lejos de casa -dijo Marcia, devolviéndole torpemente el abrazo.

-A partir de ahora voy a intentar salir un poco más. ¿Tienes prisa? ¿Quieres que aparte el coche, o tienes tiempo de entrar y quedarte conmigo un rato?

Una expresión de profunda incomodidad cruzó la cara pálida de su hija.

-En realidad, iba al supermercado a comprar una cosa para la abuela. Volveré enseguida.

-¿Vas a hacer un recado para tu abuela? No estará enferma, ¿verdad?

-No, no. Solo que... Bueno, vas a enterarte de todas formas, así... En fin, la verdad es que me mudé aquí hace unos días.

Laurel observó el rubor que se extendía por la cara de su hija. Marcia miraba a todos lados, menos a los ojos de su madre.

—¿Por qué? -preguntó Laurel-. ¿Qué pasa? ¿Jimmy se ha ido de viaje?

-No, no es nada de eso. Ya que quieres saberlo, lo he dejado.

—¿Lo has dejado? -repitió Laurel lentamente-. Y te has ido con tu abuela en vez de venir a casa conmigo.

-No empieces, madre. Tú has estado muy ocupada con tu jardín y ese tal Alec. No quería ser un estorbo para ti.

-Tú nunca podrías ser un estorbo -dijo Laurel, dolida.

Marcia se encogió de hombros.

-Bueno, de todos modos no quería echar más leña al fuego. Jimmy estaba medio loco con todas esas habladurías, y se pasaba la vida despotricando contra ti y contra tu amiguito. Cuando le dije que me marchaba porque ya no podía soportarlo más, me dijo de todo. Dijo que yo era igual que tú. Yo intenté decirle que nunca habría mirado a otro hombre si él hubiera sido un poco menos fanático, pero eso hizo que se pusiera aun más furioso.

-¿Otro hombre? —dijo Laurel con incredulidad.

La rabia brilló en los ojos de su hija.

-No sé por qué te extraña tanto. Tú no eres la única que tiene una vida, ¿sabes? Pero eso da igual. El caso es que Jimmy me dio una bofetada. No tenía por qué soportar eso, así que me fui. Además, podría haberle hecho daño al niño.

-¿Al niño? ¿Qué niño? Marcia, ¿estás embarazada?

Su hija asintió con aire desafiante.

-Pues sí.

-¿Y no me lo has dicho? Dios mío, ¿no crees que me habría gustado saberlo?

-No te pongas así. Solo hace cuatro o cinco días que lo sé -dijo, poniéndose a la defensiva, aunque sus palabras tenían un filo sarcástico.

Cuatro o cinco días. Antes del incendio, antes de que las terracotas fueran destruidas.

-No puedo creer que Jimmy pusiera en peligro a su propio hijo -dijo Laurel-, ni que vayáis a separaros justo ahora.

-No es de Jimmy.

Laurel miró a su hija un instante, boquiabierta, sin poder evitarlo.

-Entonces, ¿de quién es?

-De alguien con quien solía salir, ¿de acuerdo? En fin, ya sabes cómo es Jimmy, tan metido en su trabajo y en las actividades de la iglesia. Siempre ha sido muy celoso. Me acusaba de esto y de aquello, y decía cosas que me hacían parecer como una especie de pervertida solo porque el sexo me gustaba, como a cualquier mujer normal con necesidades normales. Así que pensé, como de todos modos iba a ir al infierno, bien podía entregarme al pecado.

Amor y culpa, compasión y dolor se agitaron dentro de Laurel. Aquella joven madura había sido una vez una niña pequeña que cada vez que se hacía un arañazo corría hacia ella, llorando, pidiéndole consuelo. Todo eso se había perdido tras la muerte de Howard.

-Oh, Marcia, cuánto lo siento -dijo suavemente-. Lamento no haber sabido que tenías tantos problemas.

-No importa. Yo no quería que nadie lo supiera. No necesitaba que nadie más me dijera lo que tenía que hacer.

Aquellas palabras le recordaron algo a Laurel.

-Pues tú me dijiste lo que tenía que hacer respecto a Alec. ¿Cómo pudiste sentarte allí y decir aquello cuando tú estabas haciendo lo mismo..., o algo peor, porque tú todavía estás casada?

Marcia apretó los labios y bajó la cabeza; rebuscó otra vez en el bolso hasta que sacó las llaves del coche. Sin alzar la mirada, dijo:

—No es lo mismo en absoluto. Yo al menos elegí a alguien de mi edad. Me pregunto qué dirá tu Alec cuando sepa que vas a ser abuela.

A Laurel aquello no le importaba: en ese momento, solo le preocupaba su hija.

-Hija, sé que no hemos estado muy unidas, pero me gustaría ayudarte, si me dejas. Puedes quedarte conmigo si te apetece, todo el tiempo que quieras. En Ivywild hay mucho sitio, y a mí me encantaría que vinieras.

Su hija agitó las llaves y apartó la mirada.

—Muchas gracias, pero corren demasiados rumores por ahí. No creo que sea una buena idea.

-Por el niño. Ya veo -Laurel intentó ocultar el dolor que le causaba el rechazo de su ofrecimiento.

La angustia apareció fugazmente en los rasgos finos de su hija.

-Entre otras razones.

-Tu abuela, por ejemplo.

-A ella no le gustaría.

-Comprendo —dijo Laurel, resignada-. Bueno, aun así el ofrecimiento sigue en pie.

—Gracias. Lo recordaré -la voz de Marcia sonó más cálida, y al alejarse su mirada era un poco menos beligerante.

Laurel estuvo a punto de dejarla marchar, pero después, con un brusco cambio de tono, dijo:

-Espera. No habrás recibido una carta esta mañana, ¿verdad?

-¿Una carta? Creo que no. Aquí no, por lo menos -respondió su hija mientras abría la puerta del coche-. ¿Qué clase de carta?

Estaba mintiendo, y no demasiado bien, pensó Laurel. O tal vez estuviera diciendo la verdad en un sentido estricto, si había sido Mamá Bancroft quien había recibido la carta. En cualquier caso, Marcia, evidentemente, no quería hablar de ello.

-No importa -contesto Laurel, volviendo a su coche para dejarle paso a Marcia-. Solo era una sarta de mentiras inventadas por alguna mente retorcida -vaciló-. Aunque no vayas a vivir a Ivywild, ¿irás al menos a verme mas a menudo?

-Claro -dijo Marcia, pero no sonrió, ni miró a Laurel, y de inmediato cerró el coche y lo puso en marcha.

Cuando Laurel volvió a aparcar en la entrada de la casa, después de dejar salir a su hija, vio que se movían las cortinas de la ventana del cuarto de estar. Esbozó una sonrisa agria. Su suegra había estado observándolas.

Se estaría muriendo de ganas por saber qué se habían dicho Marcia y ella.

Así pues, a Laurel no le extrañó que las primeras palabras que salieron de la boca de Sadie Bancroft fueran:

-Supongo que tú hija te habrá dicho que está embarazada.

-Ah, ¿nos has visto ahí fuera? -dijo Laurel con fingida sorpresa al entrar en el minúsculo vestíbulo de la casa-. Deberías haberte unido a nosotras.

La otra mujer la miró fijamente, con la boca fruncida, moviendo las aletas de la nariz como si oliera algo desagradable. Estaba despeinada, tenía la cara hinchada y los ojos rodeados de ojeras negras. Su bata amorfa había tenido alguna vez un dibujo de flores azules y rosas, pero había sido lavada tantas veces que el color apenas se distinguía. Sus zapatillas de paño estaban muy ajadas, y tenían un corte en el empeine. Parecía que estaba enferma, o que llevaba días sin dormir.

—Estaba en la cocina -dijo finalmente.

-Supongo que estarías haciendo algo especial, como ahora tienes a Marcia aquí, contigo... Pero, por favor, sigue con lo que estuvieras haciendo. No quisiera entretenerte.

Laurel se acercaba a la zona de la cocina mientras hablaba. Todo en la casa era feo, desde el vinilo del suelo a las lámparas de los techos. Todo estaba, además, agresivamente limpio. La casa de su suegra siempre había sido así; Laurel casi lo había olvidado.

-Nos sentaremos aquí, en el cuarto de estar -dijo Mamá Bancroft, con tono autoritario.

—En realidad, no puedo quedarme mucho tiempo -dijo Laurel, volviéndose para mirar a la otra mujer-. He venido por...

-Marcia y Jimmy. Lo sabía. Supongo que el rumor se habrá corrido por toda la ciudad.

-Tú sabes más de eso que yo, imagino. Pero no, no he venido por Marcia.

Su suegra entornó los ojos.

-¿Es que no te importa lo que le pase a tu hija?

-¡Claro que me importa! -exclamó Laurel, perdiendo la paciencia-. ¡Marcia es carne de mi carne!

-Eso -dijo Mamá Bancroft- a la vista está.

-¿Tratas de culparme por su separación? -contestó Laurel de inmediato. —Si es así, déjame recordarte que mi hija te ha visto mucho más a ti que a mí desde que Howard murió. Tú eres quien la empujó a que se casara, quien decidió que Jimmy era un muchacho estupendo: recto, decente y cristiano, el perfecto marido. A mí me parecía un santurrón soberbio e insoportable, pero nadie se molestó en pedirme mi opinión. Así que no me culpes a mí de tus equivocaciones, porque no te servirá de nada. ¡Si le he fallado a mi hija, no ha sido por influirla, sino por no luchar para apartarla de ti y de tus prejuicios!

-¡Por todos los santos! ¿Cómo puedes decir una cosa semejante cuando todo el mundo sabe que vives en pecado con un hombre que podría ser el novio de tu hija?

-El pecado no tiene nada que ver con esto. Los dos somos libres de hacer lo que nos plazca. Además, Alec es por lo menos diez años mayor que Marcia.

-¿Es que la fornicación no te parece un pecado? -preguntó su suegra.

-Francamente, no creo que exista tal cosa. Pero fornicación es una palabra interesante, ¿no crees? ¡Tal vez por eso la utilizaste en los anónimos que has estado mandando por toda la ciudad!

Mamá Bancroft se llevó una mano al pecho y la miró con asombro.

-¿Crees que yo haría semejante cosa?

Parecía verdaderamente horrorizada ante la idea. Tenía la cara pálida y un ribete acuoso había aparecido en los bordes enrojecidos de sus párpados. Laurel no estaba dispuesta a dejarse conmover.

-¿Por qué no? Llevas años hablando de mí a mis espaldas, has hecho cuanto has podido para cargar sobre mí todo el peso de la culpa por la muerte de Howard. Y ahora piensas que voy a escapar del destino que según tu merezco. Salgo y hago cosas, encuentro una pizca de felicidad con otro hombre, y a ti se te pudre el alma. Así que estás haciendo todo lo posible por impedirlo.

-¡No es cierto! Yo también recibí una de esas horribles cartas esta mañana.

La comisura de la boca de Laurel se curvó.

-Si la has recibido, será porque tú misma te la has mandado.

Su suegra la miró con estupor. Después, una expresión maliciosa asomó a sus ojos.

—No he sido yo, pero da lo mismo, ¿verdad? Tú quieres que sea yo. Te gustaría que fuera yo, porque así no estarías tan asustada.

-¡Lo que estoy es enfadada!

-Puede ser, pero también tienes miedo -dijo con rabia la otra mujer-. Y es lógico que lo tengas, porque hay alguien, además de mí, que piensa que deberías ser castigada.

-¡Eso es una locura! -Laurel sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

-¿Ah, sí? Será mejor que empieces a hacer lo correcto, será mejor que dejes de acostarte con ese joven de esa forma tan repugnante, o...

-¿Repugnante? -repitió Laurel, indignada-. Francamente, esa idea me parece un poco extraña viniendo de alguien que en otra época se acostaba con hombres de todas las edades por razones no tan placenteras.

Mamá Bancroft se puso tan blanca como una hoja de papel. Se apartó de Laurel, gimiendo, y entró tambaleándose en el cuarto de estar, donde se dejó caer sobre una silla. Un leve sollozo escapó de su garganta mientras se balanceaba adelante y atrás, con las manos en el pecho.

Alarmada, Laurel fue detrás de ella.

-¿Estás bien? ¿Quieres que llame al médico?

-¡Apártate... de mí! -la otra mujer extendió un brazo, como si quisiera protegerse de ella.

-Hay que hacer algo, si realmente te encuentras mal.

-¡No! No necesito nada. Y menos de ti -dejó escapar un suspiró áspero-. Vete de aquí.

-Lo siento, pero no estoy segura de que deba hacerlo -contestó Laurel

secamente. Era imposible saber si la angustia de la otra mujer era auténtica, o solo una artimaña para evitar que continuara la discusión.

-No te quiero aquí, no te necesito, no me importa si no vuelvo a verte nunca más -dijo su suegra, sofocada-. Sal de mi casa.

Aquello sonaba más normal. Además, la anciana parecía estar recobrando su color, pensó Laurel. Si se quedaba, solo conseguiría disgustarla de nuevo.

-¿Quieres que llame a alguien? ¿A Zelda, tal vez?

-Puedo hacerlo yo misma -dijo secamente la otra mujer.

Laurel le dio la espalda y caminó hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo y miró atrás. La madre de Howard la miraba fijamente, con los labios tensos, descoloridos, y una expresión de rabia impotente en la mirada. Laurel salió de la casa y cerró la puerta con cuidado tras ella.

De vuelta en su coche, se quedó inmóvil tras el volante, con la mirada fija en el anodino chalé, tan ajado y yermo como la mujer que lo habitaba. Por sus venas cundían la rabia y el triunfo como ácido y bilis, pero Laurel no sentía ningún placer. Sentía compasión por su suegra. Y también sentía lástima por sí misma. Al ir allí a enfrentarse a su adversario, se había hallado frente a un fantasma de su propia mente. Y ya que lo había vencido. ¿qué más podía hacer?

Había estado segura de que era su suegra quien se ocultaba tras aquellos ataques. Podía verla envenenando a Sticks, no solo porque odiaba al perro, sino porque este la había asustado y le había hecho perder su dignidad. En cuanto a destrozar las terracotas y escribir los anónimos, ambas cosas le habían parecido la clase de actos cobardes que Mamá Bancroft podía haber imaginado para vengarse de ella.

Pero incendiar el cobertizo no era lo mismo. Resultaba difícil imaginarse a la anciana aparcando el coche lejos de la casa y atravesando el bosque en la oscuridad. Más difícil aún era imaginársela buscando la lata de gasolina, derramando el líquido inflamable, tirando la cerilla, quitándose velozmente de en medio.

Pero, si no había sido ella, ¿quién había sido?

En cierta forma, a Laurel le había resultado cómodo estar tan segura de la identidad de su agresor. Mamá Bancroft y ella eran viejas enemigas; se conocían la una a la otra y sabían a qué atenerse. Su guerra era trivial, incruenta y limitada. Solo podía dañar su orgullo, sus propiedades, sus sentimientos. Pero si había alguien más implicado, aquello lo cambiaba todo.

¿Quién la odiaba hasta ese punto?

Tenía que ser una venganza. Laurel prefería que fuera una venganza, y no un intento de Alec por aislarla y hacer que dependiera de él. En realidad, no lo creía capaz de eso. Seguramente Alec no era tan taimado, tan despiadado, tan diabólicamente astuto.

El marido de Marcia, Jimmy, la había difamado públicamente, y era lo bastante fanático como para creer que Laurel merecía un castigo por sus supuestos pecados. A Laurel nunca le había gustado, y él lo sabía. Sin embargo, ella siempre se había mostrado amable con él. Entre ellos no había habido una animosidad abierta, porque apenas habían tenido contacto. Sin

duda, Jimmy no la conocía lo suficiente como para poder destruir las cosas que más amaba.

¿Sería Gregory, tal vez? Él era listo, y tal vez retorcido. Amaba y al mismo tiempo odiaba a su hermano y había dejado claro que consideraba a Laurel un estorbo y un peligro para Alec. Separarlos podía parecerle un entretenimiento fácil, en medio de su lucha con la muerte. ¿Pero tenía fuerzas suficientes? Alec le había dicho que estaba mejor. ¿Pero qué significaba eso? ¿Significaba algo, en realidad?

Luego, estaba Zelda. El chismorreo era su pasión. Conocer los detalles de la vida de la gente la ayudaba a llenar el vacío de la suya propia, y embellecer esos detalles con una pizca de exageración y lujuria era la licencia poética propia de su arte. Alec la había ofendido con sus sarcasmos, y, además, ella no parecía muy complacida con los cambios en Ivywild. Sin embargo, no tenía razones para vengarse de Laurel, y difícilmente podía ponerse a despotricar sobre Satán y el pecado. Por otra parte, siempre había sido cariñosa con Laurel, a su manera.

¿Quién más había?

¿Maisie? Sería ridículo sospechar de ella. Y la abuela Callie estaba demasiado ocupada como para perder el tiempo con aquel asunto.

¿Marcia y Evan? Laurel se negaba categóricamente a sospechar de sus hijos. Era sencillamente imposible.

Dan Tanning se había tomado un interés inusual por ella últimamente, y quizá pensara que en Hillsboro podía hacer y deshacer a su antojo. Sin embargo, ¿por qué iba a querer hacerle daño? La tenue atracción que había existido entre ellos durante un corto periodo de tiempo no le daba motivos para tener celos de Alec.

A decir verdad, era difícil aceptar que alguien quisiera hacerle daño. La gente normal no se comportaba así. ¿Significaba eso que se enfrentaba a un loco? Y, si así era, ¿qué sentido tenía intentar buscar razones y móviles, si no había ninguno?

Laurel arrancó el coche y dio marcha atrás. Mientras se alejaba, vio que las cortina del chalé se levantaban y volvían a caer.

17

Alec vio a Laurel entrar en el garaje. Un momento después, ella emergió de la penumbra y miró hacia la arboleda haciéndose sombra con la mano sobre los ojos. Alec sabía que no podía verlo entre la espesura.

Ella estaba muy pálida y parecía nerviosa. Se dio la vuelta y se alejó, con los hombros un poco caídos. Alec pensó que su actitud no se debía a la desesperación, ni a la fatiga, ni a una sensación de derrota, sino a que había esperado verlo y no lo había encontrado. Él no quería moverse, pero sus pies lo condujeron fuera de la arboleda. Laurel se giró y lo miró.

Alec se detuvo, paralizado por la decepción. En realidad, Laurel no quería verlo. Se había sentido aliviada al no encontrarlo. La verdad estaba en sus ojos.

Pero él no debía dejar que aquello lo afectara. Sabía que ella lo necesitaba, y con eso le bastaba.

Al menos, Laurel no retrocedió al ver que Alec se acercaba. Se puso rígida cuando él la estrechó entre sus brazos, pero después suspiró y se entregó. Rodeándole la cintura, apoyó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos.

La luz oblicua del sol se derramaba sobre ellos. La brisa corría entre los árboles con un quejido desconsolado. En el jardín, más allá de la verja, las abejas zumbaban laboriosamente. Alec sintió una alegría amortiguada al tener a Laurel en los brazos y aspirar su perfume y el aroma de la savia de los árboles que había estado cortando. Luego, la brisa les llevó el olor acre de la madera carbonizada y húmeda y de las cenizas todavía calientes.

Contra la seda del pelo de Laurel, él dijo:

-He encontrado la carta.

Ella no se movió, pero Alec sintió que se ponía tensa.

-¿Qué carta?

-La que dejaste encima de tu cómoda. ¿No ibas a decírmelo?

-Yo... no lo sé -su voz era baja y temblorosa.

A Alec se le ocurrían varias razones por las que Laurel podía habérselo ocultado. Vergüenza. Preocupación por sus sentimientos. Miedo por lo que pudiera hacer. Y una más.

-¿Qué he hecho para que no confíes en mí? -preguntó.

-Nada -contestó ella, alzando la cabeza y soltándolo; se echó hacia atrás un poco, apoyó las manos sobre su pecho y levantó la mirada hacia él-. Solo... pensaba que podía arreglarlo yo misma. Creía que la había escrito mi suegra. Al parecer, me equivoqué.

Alec pensó que había algo más.

-Te fallé una vez -dijo-, tal vez incluso dos, y pensaste que te fallaría otra vez.

-No es eso. Pero pensé que podía arreglármelas sola -dijo ella en tono bajo y musical-. Mi suegra no es una mujer joven, y no creo que sea particularmente inteligente.

-Pero tú sí.

-¿De veras? Pues estaba tan enfadada que he estado a punto de

matarla. Pensaba que ella podría decirme algo.

-¿Como, por ejemplo, quién más conoce lo bastante Ivywild como para llegar hasta aquí en la oscuridad? Aparte de mí, naturalmente.

-Naturalmente -dijo ella-. Pero aún no he encontrado la respuesta.

Laurel no había dudado, incluso había conseguido esbozar una sonrisa, pero había una sospecha escondida en el fondo azul grisáceo de sus ojos. Temblaba un poco; Alec podía sentir sus estremecimientos ligeros y tenues. Su calor, su valor y su delicada vulnerabilidad, le dieron ganas de alzarla en brazos y demostrarle que no debía tener miedo de él.

Le costó un gran esfuerzo mantener un tono desenfadado.

-¿Estás segura de que no has pensado que yo podía ser la serpiente de tu Edén?

La expresión de Laurel reflejó su sorpresa y el esfuerzo que le costó controlarla. Pero al fin alzó una ceja con expresión irónica.

-Nunca he creído del todo en esa serpiente.

-¿Crees que Adán y Eva se comieron ellos solos la manzana?

-¿No te parece lo más lógico? Lo prohibido resulta irresistible sin necesidad de que intervenga el demonio.

-Pobre Adán -dijo él en voz baja-. Creo que la tentación que Eva le tenía reservada tenía poco que ver con las manzanas.

Ella le lanzó una mirada oblicua.

-¿De veras?

-Siempre he pensado que perdió su paraíso porque dejó que Eva cargara con todas las culpas. Habría salido mejor parado si hubiera tenido agallas para preguntar para qué demonios los habían hecho, si no para el amor.

-¿Delante de Dios? -preguntó ella, burlona.

-Si lo hubiera hecho, ahora seguirían juntos en el paraíso -dijo él-. Si es que Eva hubiera querido quedarse con él, claro.

La observó fijamente, preguntándose si comprendía la intención de sus palabras. Una vena temblaba en la frente de Laurel. La brisa agitaba un suave mechón de pelo dorado junto a su mejilla. El sol los quemaba, ponía una pátina de sudor sobre la piel de ambos. Sin embargo, el reguero de sudor que bajaba por la espalda de Alec, bajo su camiseta, se debía al miedo. Estaba luchando por algo importante, y estaba perdiendo.

-Sí, Eva se habría quedado con él -dijo ella.

-¿Tú crees? -su pregunta sonó suave-. ¿No crees que tal vez se hubieran separado para siempre porque Eva ya no hubiera podido seguir confiando en Adán?

La mirada de Laurel voló de una a otra de las pupilas de Alec, como si buscara en sus ojos algo que no estaba allí.

-Supongo que la mala conciencia de Adán podría haberse interpuesto entre ellos. Dicen que las faltas del pasado proyectan una sombra muy alargada.

Él suspiró profundamente. Antes de que pudiera decir nada, la puerta de la casa se cerró de golpe. Maisie salió a la terraza y miró a su alrededor. Al verlos, gritó:

-¡Vosotros dos, a comer!

-Ya vamos -contestó Alec, aliviado por aquella interrupción.

Era media tarde cuando apareció el hijo de Laurel. Esa vez, Evan iba solo. Al salir del coche, miró a su alrededor con aire desafiante, posiblemente causado por su nerviosismo. Alec se dio cuenta de que lo había visto allí, en la arboleda, aunque el chico fingió no verlo. Aquello le pareció una muestra de desdén. Pero también pensó que podía deberse simplemente a una aguda ineptitud para las relaciones sociales. Un saludo con la mano habría bastado, o incluso un gesto con la cabeza... Alec no era orgulloso, pero tenía su dignidad, y no soportaba que lo miraran por encima del hombro. Sin prisa, echó a andar hacia la casa.

Encontró a Laurel y Evan entre las ruinas del cobertizo de la cerámica. Cuando ella los presentó, Alec extendió la mano. Pensó que el chico rehusaría aquella cortesía, pero Evan captó la rápida mirada que le lanzó su madre, y le estrechó la mano.

Su apretón era firme. Por un momento, pareció que estaba poniendo a prueba su fuerza. Luego pareció ver algo en los ojos de Alec y, retrocediendo, masculló un saludo.

Laurel dijo con voz crispada:

—Evan también ha recibido una de esas cartas.

-¿La enviaron por correo? -preguntó Alec.

Evan sacudió la cabeza.

-Simplemente apareció en mi buzón, en el campus. Pero no he venido solo por eso.

Sus palabras contenían cierto tono de beligerancia, como si formaran parte de una discusión que había comenzado en cuanto el chico había visto a su madre. Laurel reforzó aquella impresión al decir:

—Te habría llamado para decirte lo del incendio, si hubiera creído que podías hacer algo al respecto. Pero no puedes hacer nada.

-Supongo que no me habrías llamado ni aunque hubiera ardido toda la casa.

Laurel le lanzó una mirada severa.

-Si me hubieras llamado a mí por lo de la carta en vez de acudir a tu tía Zelda, te lo habría dicho encantada.

Su hijo parecía incómodo.

-No sabia si estabas enterada. Pensé que sería mejor que no lo supieras.

-Y por eso se lo dijiste a tu tía. Para que difunda la noticia por toda la comarca.

-La tía Zelda no es tan mala. Además, ella también había recibido una carta. Pero, en fin, eso da igual. ¿No se te ocurrió pensar en cómo me sentiría sabiendo que tienes tantos problemas? ¡Eres mi madre!

Al decir aquellas palabras. Evan le lanzó a Alec una mirada desafiante. Este le dirigió una seca sonrisa. Laurel miró a uno y a otro antes de decir:

-Lo sé, y agradezco tu preocupación, de veras. Pero creo que en este momento debes concentrarte en tus estudios.

-Puedo enfrentarme con más de una cosa al mismo tiempo, mamá.

El chico estaba exasperado porque deseaba que le permitieran ayudar. Alec lo entendió enseguida, y aquello mejoró su opinión sobre Evan

Bancroft.

Laurel suspiró.

-Aquí no hay nada a lo que enfrentarse, Evan. No podemos hacer nada hasta que averigüemos quién hay detrás de todo esto.

-Podría quedarme contigo y vigilar. No sé qué pasa exactamente, pero deberías tener a alguien a tu lado, para que la gente sepa que no estás sola.

Alec esperó la respuesta de Laurel conteniendo el aliento. ¿Admitiría ella ante su hijo lo que había entre ellos, o aceptaría la oferta de Evan? Y, si permitía que su hijo se mudara a la casa, ¿qué pasaría con él?

Una brisa ligera sopló sobre el montón de cenizas humeantes del cobertizo. Alec notaba el olor de las ascuas todavía encendidas. Era como estar fuera de las puertas del infierno, esperando a conocer su destino.

Laurel, mirando hacia la arboleda, dijo:

-No necesito a nadie.

-No seas ridícula, mamá -contestó Evan-. ¿Qué pasaría si la próxima vez le prenden fuego a la casa? Ese enorme montón de madera seca ardería más deprisa que un montón de yesca. ¿Y si entran a robar? Podrían forzar cualquier ventana sin apenas esfuerzo, y la condenada casa es tan grande que te sería imposible oírlos antes de que fuera demasiado tarde.

Ella le lanzó una mirada dura que contrastaba con la pálida fragilidad de su rostro.

-¿Y qué crees que podrías hacer tú al respecto? ¿Tienes el sueño más ligero que yo? ¿Manejas mejor un arma?

-¡Al menos, seríamos dos para vigilar! -Evan miró a Alec un instante, con desafío.

Tres, no dos, pensó Alec, pero el hijo de Laurel ya lo sabía. Entonces, ella pronunció las palabras que había estado esperando oír.

-Alec se queda conmigo todas las noches, Evan. Ya tengo a alguien que cuida de mí.

El chico puso las manos sobre las caderas.

-Pues no lo ha hecho muy bien, por lo que veo.

Alec se estremeció ligeramente al oírlo, pero sus palabras no podían menguar la alegría que sentía.

-Tienes razón, Evan -dijo con suave aplomo-, o la tenías. Ahora ya sé a qué atenerme.

Laurel lo miró fijamente, con expresión sombría. Él le devolvió la mirada sin vacilar. Ella había admitido su relación. Lo había convertido oficialmente en parte de su vida delante su hijo, una de las pocas personas que significaban algo para ella. Sin embargo, Laurel no sonrió; no parecía feliz. Alec sintió una creciente congoja en el pecho.

—Deshazte de él -le dijo Evan a su madre-. No lo necesitas, y no hace más que avergonzarte.

-¡Evan! No tienes derecho a hablar así.

-Es la pura verdad -respondió su hijo, poniéndose muy colorado-. Yo puedo protegerte mucho mejor que él. Y de todas formas, cuando se haya ido ya no habrá nada de qué protegerte.

-Si creyera por un solo instante que eso es cierto -dijo Alec-, no estaría aquí.

-Pues es cierto -le espetó Evan.

-¡No! -gritó Laurel-. No quiero hablar más de esto. No hay razón para hacer ningún cambio. Además, puede que con el incendio se haya acabado todo.

Alec comprendió que tenía miedo de que Evan y él se enzarzaran en una pelea, y tal vez tuviera razón. Alec estaba refrenando su ira porque sabía que Evan tenía derecho a estar preocupado, pero su paciencia tenía un límite.

-Sabes perfectamente que no es así -contestó Evan con ira apenas contenida.

La cara oval de Laurel se puso tensa.

-Me niego a ver un fantasma en cada sombra.

-Claro -dijo acaloradamente su hijo-. ¡Por eso metes a uno en la cama contigo!

Alec dio un paso adelante, pero Laurel le puso una mano sobre el hombro para tranquilizarlo. Ella alzó la barbilla; tenía la cara como el mármol y los ojos de un azul glaciar, impenetrable.

-Vamos a dejar esto perfectamente claro, Evan. Después, no quiero volver a oír hablar del tema. Tu sitio está en la universidad. Debes concentrarte en tus estudios y sacar las mejores notas posibles este trimestre. No quiero que estés aquí; no quiero tener que preocuparme por si la próxima vez te atacan a ti. Tengo a Alec. No necesito a nadie más.

Alec comprendió de repente que Laurel lo estaba usando como escudo. Prefería reconocer su relación a tener que preocuparse, o incluso perder, a alguien a quien quería. ¿Pero significaba eso que Laurel pensaba de verdad que él era más capaz de cuidar de ella que Evan? ¿O significaba que él era prescindible?

«No necesito a nadie más».

Unos minutos antes, esas palabras le habrían parecido un prodigio. En ese momento, lo único que pensaba era: «Sí, ¿pero por qué?».

Evan intentó convencerla con todos los argumentos a su alcance, demostrando que poseía la inteligencia y buena parte de la capacidad de sacrificio de Laurel. Sin embargo, su madre no cedió.

Cuando finalmente Evan se marchó, Laurel se quedó mirándolo hasta que su coche se perdió de vista. Tenía los ojos ensombrecidos, y una expresión cargada de resignación. Al mismo tiempo, había en ella una serenidad conmovedora.

Se volvió hacia Alec, que estaba a su lado y dijo suavemente:

-Se está haciendo tarde. Hoy ya no puedes hacer nada más. Podrías ir a ver a Gregory, si tienes que hacerlo.

Él asintió.

-Últimamente lo he dejado solo con la abuela demasiadas veces.

-No hace falta que vuelvas -añadió ella, mirándolo a la cara-. A no ser que quieras hacerlo.

-Quiero hacerlo -la miró, observó la forma en que las sombras del atardecer se deslizaban por sus rasgos formando una filigrana de luces y sombras sobre su blusa y su falda. Ella no se atrevía a mirarlo a los ojos. En el interior de Alec se agitaba una pueril necesidad de oírle decir que no

quería que volviera. Necesitaba esa prueba de que se preocupaba por su seguridad, aunque sabía que rechazaría cualquier intento de protegerlo por parte de Laurel.

Pero ella no dijo nada. Solo le dirigió una lenta sonrisa y, con voz clara como el tañido de una campana, dijo:

-Date prisa, entonces.

Laurel se quedó mirando a Alec, que se alejaba a toda prisa en su moto, y pensó que siempre estaba mirándolo irse. Sabía que algún día él se marcharía para siempre y que ella se quedaría sola en aquella casona enorme y desolada. Pero aún no. Aún no.

Maisie salió de la casa con su enorme bolso colgado del brazo y su delantal doblado en la mano. Era hora de que ella también se fuera a casa. Bajó los escalones torpemente y se detuvo junto a Laurel.

-¿Estarás bien aquí sola? - le preguntó bruscamente.

Laurel asintió, sonriendo. Comprendiendo que Maisie sabía que Alec había pasado las últimas noches con ella, añadió:

-No será por mucho tiempo.

-Puedo quedarme mientras tanto. Mi viejo trabaja hasta tarde esta semana, y tengo tiempo de hacerle la cena.

-Y supongo que si alguien viniera por aquí con malas intenciones, le darías con el bolso en la cabeza -dijo Laurel con una sonrisa afectuosa.

-Se lo tendría merecido -Maisie se puso seria de repente-. Estoy preocupada por ti, querida. Este asunto es despreciable y mezquino, pero se nos está escapando de las manos.

—Sí, lo sé -dijo Laurel, pasándose los dedos por el pelo-. Todo esto es una locura; sobre todo, porque no entiendo a qué viene.

-¿Estás segura? ¿No sabes si has dicho o hecho algo que haya podido enfurecer a alguien?

Laurel sacudió lentamente la cabeza.

-A no ser que tenga que ver con Alec, no se me ocurre nada.

Maisie se quedó callada un momento.

-Si realmente todo esto se debe a él, tal vez no sea una buena idea que esté aquí de día y de noche.

-Eso tendrás que decírselo a él -contestó Laurel secamente.

-Sí, ya lo sé -Maisie frunció los labios-. Quizá yo podría hablar con Callie. A ella, Alec siempre la escucha.

-Sí, pero no estoy segura de que sirviera de nada en este caso. Y además...

-Además, a ti te gusta tenerlo por aquí.

Laurel sonrió con ironía.

-¿Tan transparente soy?

-Eres diferente, lo diré de esa manera -había preocupación y simpatía en la mirada de la anciana-. Bueno, está bien, me voy. Pero ten cuidado, ¿me oyes? Tened cuidado los dos. Asegúrate de que cierras bien la puerta cuando entres en casa.

-Lo haré.

Maisie asintió; después, se dio la vuelta y echó a andar hacia su coche.

-Te veré por la mañana.

Laurel no regresó inmediatamente a la casa. Le llamaron la atención los brotes de los rosales nuevos, y bajó por el sendero para cortarlos. Notó que Maisie se metía en su coche e intentaba encender el motor. Solo después del tercer intento infructuoso, Laurel levantó la vista.

Maisie salió de su viejo Cadillac y puso los brazos en jarras. Laurel caminó hacia ella.

-¿Tienes algún problema?

-Parece que hoy todo me sale mal. Supongo que tendré que llamar al viejo para que venga a buscarme, aunque no llegará a casa hasta las tantas.

-Yo podría llevarte -dijo Laurel-, pero entonces no tendrías forma de venir a trabajar mañana. Dudo que el taller de reparaciones mande a nadie a estas horas.

—Bah, de todas maneras el viejo puede arreglar el coche mucho más rápido y más barato.

—¿Sabes qué?, llévate mi coche -sugirió Laurel-. Necesita hacer kilómetros, y puedes traerlo por la mañana.

-¿Estás segura? Podrías necesitarlo.

Laurel se echó a reír, con un sonido seco.

-No voy a ir a ninguna parte.

Hubo más protestas, pero al final Maisie aceptó. Laurel fue a buscar las llaves y la anciana se llevó el Buick. Laurel se quedó sola.

Sola.

El canto de los insectos de los bosques circundantes resonaba muy alto en medio de aquel silencio. Los rayos oblicuos del sol ya no dejaban sentir su calor. El murmullo de la fuente del jardín tenía una nota melancólica, semejante a la tristeza de la lluvia en una tarde de invierno.

Laurel recorrió el sendero con paso apresurado y entró en la casa. Cerró la gran puerta delantera y echó la llave.

Más o menos una hora después, sonó el teléfono. Laurel estaba picando tomates sobre la tabla para hacer una cena ligera de pollo a la parrilla y ensalada. No quería contestar: en los últimos días, no había sucedido nada que le diera motivo para esperar buenas noticias. Sin embargo, podía ser Alec, o Evan, o incluso Marcia. Se preocuparían si no contestaba.

—¿Laurel? Soy Dan Tanning.

-Dan, ¿qué tal estás? —preguntó ella amablemente, sosteniendo el teléfono entre el hombro y el oído mientras seguía con su tarea.

-Bien, pero esto no es una llamada personal. No quiero disgustarte, pero ha habido un accidente.

Laurel dejó el cuchillo y agarró con fuerza el teléfono.

-¿No le habrá ocurrido nada a Evan, o a...?

-No, no. Se trata de Maisie. Se salió de la carretera a unos pocos kilómetros de la ciudad. Está mal herida. Tiene una pierna rota y heridas internas. Su médico ha llamado al helicóptero sanitario para trasladarla a Shreveport.

-Dios mío, Dan, ¿va a ponerse bien?

-No lo sé, pero por ahora está aguantando. Dice que no se marchará hasta que hable contigo.

-Ya estaría de camino al hospital, pero no tengo coche.

-Lo sé. Dios mío, Laurel, casi me volví loco cuando vi tu viejo Buick aplastado contra un árbol. Pero no te preocupes. Uno de mis ayudantes va de camino para recogerte. Estará ahí dentro de cinco minutos.

18

-Ahora no puedes entrar -dijo Dan al encontrarse a Laurel fuera de la sala de urgencias del hospital-. El médico está con Maisie, intentando explicarle a ella y a su marido cómo están las cosas. Ven, deja que te invite a un café.

-¿Cómo está? -dijo Laurel en voz baja, y dejó que la llevara hacia la sala de espera.

Dan tenía los ojos ensombrecidos.

—Está estable y consciente, es lo único que puedo decirte. No es una mujer joven, ¿sabes?

-Iba a jubilarse el año que viene -Laurel apretó los labios y respiró hondo, intentando contener las lágrimas-. No dejo de pensar que es culpa mía, que debería haberla llevado a casa.

-Entonces estaríais las dos aquí.

Él se giró bruscamente hacia la máquina de café que había en un rincón y regreso unos minutos después con dos vasos humeantes. El café era amargo, pero su calor la reanimó.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó. Tu ayudante dijo algo de un problema con la dirección.

-El manguito de la dirección se soltó y el líquido se derramó por todo el parabrisas. Maisie no podía ver, y por supuesto el volante se quedó rígido. No habría pasado nada si ella tuviera mejores reflejos o hubiera ido por un tramo recto, pero de aquí a tu casa solo hay curvas. Se asustó, perdió el control y estrelló el Buick contra un árbol.

Laurel le lanzó al sheriff una mirada compungida.

-No he usado mucho el coche últimamente.

—Maisie dijo que Alec Stanton lo revisó la semana pasada.

-Supongo que se le puede haber pasado algo -respondió Laurel rápidamente ante la insinuación de Dan.

Él miró su taza de café. Esta se dobló bajo la presión de sus dedos.

-He tenido noticias de California.

-¿Y? -se le aceleró el corazón.

-Él la mató.

No hacía falta preguntar a quién se refería.

-¿Cómo? ¿Qué ocurrió?

-Calmantes para el dolor. La autopsia mostró una sobredosis masiva. Ella se estaba muriendo, pero no lo bastante rápido, así que él la ayudó. Llevaban siete meses casados.

Laurel tenía los labios fríos, y el cerebro aún más frío.

-Entonces, ¿por qué no está en prisión?

-No encontraron pruebas suficientes para encerrarlo. A ella le habían prescrito el medicamento. Aparentemente, él acumuló las píldoras durantes varias semanas, o incluso meses -Dan se encogió de hombros-. El abogado de Stanton alegó que fue ella quien se las tomó, que cometió suicidio.

Ignorando el tono sarcástico de su comentario, ella preguntó:

-¿No hubo juicio?

-No por asesinato, pero hubo una especie de pantomima de proceso civil. A los herederos de la mujer no les hizo mucha gracia que les quitaran su herencia, como puedes imaginar... Sobre todo, que se la quitara el jardinero, un chico al que su madre había recogido por compasión. Lo acusaron de homicidio involuntario y pidieron una indemnización exorbitante por daños y perjuicios. No consiguieron que la acusación saliera adelante y, cuando todo acabó, los abogados se quedaron con la mayor parte del dinero.

-¡Pero eso no prueba que Alec fuera culpable!

-¡Cielo santo, Laurel! -contesto Dan exasperado-. Piénsalo. Un hombre se casa con una viuda rica veintitantos años mayor que él, y luego ella muere en extrañas circunstancias. ¿Tú qué crees que ocurrió?

-¿Y para qué iba a asesinarla si ella estaba tan enferma?

-Supongo que estaba demasiado impaciente. ¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Pero, si yo fuera tú, no aceptaría ninguna proposición de matrimonio de él.

Laurel sintió un escalofrío.

-Pero yo no soy rica..., ni mucho menos.

-¿Comparada con quién? Ivywild vale una fortuna, y no creo que te hayas gastado ni una parte de lo que Howard te dejó en el banco, ni de la indemnización del seguro.

-No sabía que mis finanzas fueran de dominio público -su voz estaba llena de desagrado.

—En Hillsboro todo es dominio público -dijo él con fastidio-. Apuesto a que tú misma podrías adivinar lo que yo gano en un año sin equivocarte mucho -tenía razón. Laurel apartó la mirada-. Para un estafador que no tiene nada, eres una presa interesante. Piénsalo..., solo te pido eso. Piénsalo -apuró su taza y la tiró a la papelera; después, se dirigió a la puerta-. Iré a ver si puedes ver a Maisie.

Oh, Alec. A Laurel le dolía el pecho cuando pensaba lo que debía de haber sufrido en California. Al mismo tiempo, su mente no encontraba reposo. Las cosas que Dan le había dicho eran terribles. Y tenían sentido. Pero, al menos, no tenía que pensar en ello por el momento. Un estruendo bajo, distante, anunció la llegada del helicóptero de evacuación médica. Si iba a hablar con Maisie, tenía que darse prisa.

Dejó su café frío sobre una mesa y entró en el vestíbulo. Dan iba a su encuentro. Le hizo un gesto con la mano.

-Por aquí.

La camilla donde yacía Maisie estaba situada junto a la puerta trasera del hospital, que se abría sobre la pista de aterrizaje del helicóptero. Tubos y cables de monitor colgaban de la camilla como adornos de Navidad, y un equipo consistente en un médico, dos enfermeras y dos celadores esperaba a su lado. El marido de Maisie, un hombre grande y desgarbado con las uñas llenas de grasa, estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja.

El médico se acercó a Laurel.

-Sea breve, señora Bancroft, y facilítele las cosas todo lo que pueda. Intente mantener la calma. Lo último que necesita es ponerse más nerviosa.

Laurel asintió distraídamente. Maisie había abierto los ojos y le tendía una mano, murmurando su nombre. El médico se apartó a un lado. Laurel se acercó al borde de la camilla, con las rodillas temblorosas, y tomó cuidadosamente los dedos fríos de Maisie entre sus manos. De pronto sintió miedo. Miedo de lo que Maisie pudiera decirle.

-Laurel, cariño, me alegro tanto de que estés aquí -dijo Maisie, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas por los calmantes que ya circulaban por su corriente sanguínea-. Temía que no llegaras a tiempo.

-Cálmate -dijo Laurel, esforzándose por mantener un tono de voz suave y firme-. Ya estoy aquí. ¿Necesitas decirme algo? ¿Por eso me has mandado llamar?

La cabeza blanca se movió ligeramente, asintiendo.

-Eras tú, no yo. Eras tú quien se suponía que debía ir en el coche. He estado pensando en Sticks y en Alec y en las cartas, y en todo eso. Debes tener cuidado, Laurel.

-Lo sé, y lo tendré -sus palabras eran automáticas, apenas significaban nada. En el exterior, el ruido del helicóptero ascendió hasta convertirse en un rugido. Su sombra triangular tembló sobre la pista de aterrizaje encementada, y un viento mecánico meció los altos pinos de los alrededores.

Maisie atrajo a Laurel hacia sí, temblando. Rápidamente, en un susurro, dijo:

-Es por lo del asesinato. Había oído rumores, pero no les presté atención. Debería haberlos escuchado.

El médico se acercó.

-Es suficiente, señora Bancroft. Es hora de irse.

Laurel se apartó a un lado. El equipo de enfermeras se adelantó, quitó los frenos de la camilla y recogió las vías del gotero y el equipo del monitor. El marido de Maisie se acercó a las puertas de cristales para abrirlas.

Pero Maisie no le soltó la mano a Laurel. Siguió agarrándola con fuerza desesperada cuando la camilla empezó a moverse.

—Habla con Callie -dijo, con ojos suplicantes-. Ella sabe más de lo que ha contado. Pero hablará contigo si le dices que yo te lo pedí. Tienes que hacerlo ahora mismo. ¿Me oyes?

Laurel retrocedió, murmurando que sí, apretándole la mano una última vez. Le pareció que Maisie parecía más tranquila, más serena al atravesar las puertas. Después, el personal del hospital cerró filas a su alrededor y su figura pálida y redondeada desapareció. Con seguridad y eficacia, la introdujeron en el helicóptero. Las aspas del rotor giraron más rápido, azotando el aire cálido y húmedo como si batieran merengue. Unos segundos después, Maisie se había ido.

Laurel se dio la vuelta lentamente y miró hacia el vestíbulo, guardando en su interior el dolor que Maisie, como una madre que llevara a la boca de su hijo una cucharada de jarabe amargo, le había provocado con sus sospechas. Se quedó parada.

Alec estaba allí, alto, fuerte y despeinado por el viento, con el casco de la motocicleta en la mano. Tenía los ojos tan rojos y vehementes como los del dragón que se ocultaba en su hombro. Había oído las palabras de Maisie. O quizá Dan, que estaba allí cerca, con la mano junto a la pistola de su

cinto, le había dicho algo que le había dejado clara la situación.

-Iba de camino a Ivywild y vi que sacaban tu Buick de una cuneta -dijo Alec, y sus ojos ensombrecidos, pero impenetrables, escudriñaron su cara-. La puerta del conductor estaba hundida y el asiento manchado de sangre. Pensé -añadió suavemente- que eras tú quien iba en el coche.

Ella suspiró.

-Alec, lo siento. ¿Sabes ya lo de Maisie?

-Sí, lo sé.

-Cuando Dan me llamó, solo pensó en ella. No se me ocurrió que tu...

-Déjalo -dijo él bruscamente, y las arrugas de las comisuras de sus ojos se suavizaron-. ¿Adónde vas ahora?

-No lo había pensado -se frotó las sienes, que empezaban a dolerle-. A casa, supongo.

Dan se acercó y se colocó entre ellos. En un alarde de autoridad, le dijo a Laurel:

-Yo te llevaré.

-He traído mi moto -dijo Alec.

No le rogó, ni le prometió consuelo o seguridad. No le tendió la mano, como hacía Dan. Lo único que hizo fue esperar, con los hombros rígidos y las piernas abiertas. A pesar de todo, Laurel sintió la fuerza de su voluntad rodeándola como un cable de acero, apretándola. No estaba segura de querer liberarse.

-Iré en la moto -dijo, sin mirar a Dan-. Creo me irá bien para despejarme un poco.

-¿Estás segura, Laurel? -Dan puso ambas manos sobre su cinturón... bajo los brazos quedaron al descubierto dos manchas de sudor.

Laurel le lanzó una leve sonrisa.

-Creo que sí.

-Entonces, no me culpes a mí de lo que ocurra.

-No se me ocurriría -dijo ella, salvando la corta distancia que la separaba de Alec. Lo tomó del brazo.

Los dos hombres intercambiaron una larga mirada: combativa en uno de sus extremos, impávida en el otro. Luego, Alec tomó la mano de Laurel y entrelazó sus dedos, apretándolos con firmeza mientras se volvía y avanzaba junto a ella por el vestíbulo.

El regreso a Ivywild no les llevó mucho tiempo. Cuando llegaron, Laurel solo había empezado a controlar su angustia y su mala conciencia, y no había conseguido ordenar los confusos pensamientos que procesaba su cerebro. Alec sostuvo la moto para que ella se bajara; luego desmontó y la siguió a la terraza. Cuando Laurel abrió la puerta, él la tomó del brazo antes de que entrara.

-Déjame a mí -dijo, y entró delante de ella con precaución, deslizándose a través de las habitaciones a oscuras que había a ambos lados del vestíbulo. Regresó al cabo de unos segundos y encendió la luz-. Parece que está todo despejado.

Ella se fue directamente a la cocina. Comenzó a hacer café, pero recordó que a Alec no le gustaba y sacó una botella de bourbon.

Él se quedó en la puerta, mirándola.

-No -dijo con voz tensa-. Por mí no lo saques. Prefiero que recuerdes que estaba lúcido y en perfecta posesión de mis capacidades mentales cuando hice mi confesión.

Ella dejó con cuidado la botella de whisky sobre la encimera. Cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

-No estoy segura de querer oírla.

-Pues creo que tendrás que hacerlo. Pagar por mis errores es una cosa, pero que alguien me convierta en cabeza de turco es otra bien distinta.

—¿Quién crees que intenta hacerlo? -ella se volvió para mirarlo, con la espalda apoyada en un armario.

-Buena pregunta. Podríamos pensarlo los dos juntos, pero primero conviene aclarar algunas cosas.

-Sobre tu mujer -dijo ella, apenas con un susurro.

-Sí, sobre mi mujer - repitió él . Es una larga historia. ¿Quieres la versión completa o una abreviada?

La observó con una mirada aniquiladoramente fija. Ella fue la primera en desviar la mirada.

-La que tú prefieras.

—No sé qué parte te contó Gregory. Sabes que nos mudamos a la casa Chadwick después de la muerte de nuestra madre, y que la señora Chadwick se interesó por nosotros, ¿verdad? -después de que ella asintiera. Alec continuó—. Ella estaba especialmente unida a Mita, mi hermana pequeña. Creo que disfrutaba mucho comprándole ropa y enviándola a la escuela. Mita era una niña inteligente y dulce... Todavía lo es.

La expresión de orgullo que cruzó su cara conmovió a Laurel.

-Mita es médico, ¿no?

-Pediatra. Recuerda muy bien que de niña estuvo muchas veces enferma y no había nadie allí para ayudarla. Hasta que apareció la señora Chadwick.

-¿Así es cómo llamabas a la mujer con la que te casaste: señora Chadwick? -Laurel no sabía si su pregunta procedía de la curiosidad o de la necesidad de demorar lo que no quería oír.

-Ella fue mi jefa y mi benefactora mucho más tiempo de lo que fue mi esposa.

—Entiendo.

-Lo dudo -dijo él, con la voz crispada-. No fue como crees, como todo el mundo parece creer. Yo no me abrí camino hasta su cama, no la adulé, ni la embauqué, ni ninguna de esas cosas ridículas que la gente piensa de un hombre joven que se casa con una mujer mayor. Yo entraba y salía continuamente de la casa. Solíamos hablar a la hora del té; ella lo servía cada tarde con cubertería de plata, porcelana, manteles de hilo, y todo eso... Éramos amigos. Luego, un día, me llamó para que fuera a verla al patio. Dijo que había ido al médico y que solo le quedaban unos meses de vida. Un año, como máximo. No quería dejarles lo que tenía a sus hijos, que nunca iban a verla ni se preocupaban por ella. Pero temía que causaran problemas, que pleitearan durante años, si testaba a favor de Mita y de mí. Si me casaba con ella, todo sería más fácil y, además, ella podría empezar a transferir sus bienes inmediatamente. Por otra parte, necesitaba a alguien que cuidara de

sus cosas, que cuidara de ella, cuando ya no pudiera valerse por sí misma.

-Así que aceptaste.

El se llevó una mano a la nuca.

—Solo era un acuerdo legal. Nunca compartimos habitación, nunca dormimos juntos. Por una parte, ella estaba demasiado enferma. Y, por otra, era para mí como una madre, así que hubiera sido completamente... incestuoso -Laurel emitió un suave sonido de comprensión. El se quedó mirándola un momento y luego prosiguió en tono más duro-. No pretendo decir que me hubiera negado a pasar por eso si ella hubiera insistido... Le debía demasiado para negarme. Pero no era la clase de mujer que se hubiera conformado con mi gratitud, por muy fervientemente que yo se la hubiera demostrado, y en aquel entonces yo era demasiado joven para tener la delicadeza de fingir otra cosa.

Ella se preguntó fugazmente si ya era lo bastante mayor para eso. Sin embargo, preguntárselo no le pareció correcto, ni delicado.

-¿Y después?

-Después, una noche, cuando hacía unos seis meses que nos habíamos casado y ella ya no podía soportar el dolor, llegó el momento de agradecerle su generosidad. Me pidió que la matara.

—¿Matarla? -Laurel repitió sus palabras porque la voz de Alec sonaba tan amortiguada que no estaba segura de haberlo entendido bien. La respuesta, no obstante, estaba en su piel broncínea, ligeramente erizada. Ella añadió casi susurrando-. ¿Qué hiciste?

Él suspiró, se apoyo de espaldas y apoyó la cabeza contra la puerta.

—Yo quería hacerlo, de verdad, quería hacerlo. ¿Puedes entenderlo? Quería acabar con su sufrimiento insoportable, acabar con mi vigilia de noche y de día, acabar con toda aquella farsa agotadora. Habría sido muy fácil. Yo llevaba años estudiando artes marciales con el señor Wu, conocía todos los trucos que él podía enseñarme y unos cuantos más que había aprendido en la calle. Una ligera presión en la zona correcta, y todo habría acabado. Ella ni siquiera se habría enterado. No habría quedado ninguna señal -hizo una pausa-. Pero no pude. Sencillamente... no pude.

Ella dejó escapar un suspiro. Estaba tan aliviada que se sentía débil. Hubiera podido desmayarse si no hubiera estado apoyada en el armario. Con un susurro, dijo:

-Gracias a Dios.

Él giró la cabeza hacia ella; tenía una expresión perfectamente serena.

-Sí, claro -dijo escuetamente-. Como ves, soy un auténtico asesino nato.

-Tal vez deberías decirme cómo murió realmente tú mujer -en ese momento lo creía tan inocente como él proclamaba ser. Lo cual o bien la convertía en una necia obstinada, o era una prueba de que el amor era realmente ciego.

-La señora Chadwick era una mujer decidida. En eso, a veces, me recuerdas a ella. Cuando supo que yo no podía ayudarla a dejar este mundo, empezó a guardar los calmantes contra el dolor que yo le daba y a esconderlos en una mesita, junto a su cama. La noche en que por fin tuvo

un buen montón, llamó a una peluquera para que la peinara, le hiciera la manicura y la maquillara. Luego tomó un baño perfumado y se puso un camisón rosa de satén. Se sentó y escribió sus cartas de despedida: una para mí y una para sus hijos. Después se tomó todas las píldoras que había guardado y se tumbó en la cama con los pliegues de su camisón perfectamente ordenados y las manos juntas sobre el pecho, como una reina medieval sobre su tumba. Cuando fui a verla, estaba... -se detuvo y apartó la cara.

-Tú la querías -dijo ella suavemente.

Él metió los dedos en los bolsillos de su vaquero y tragó saliva visiblemente.

-No en el sentido en el que lo dices.

-No lo decía en ese sentido -le aseguró ella-. Solo... pensaba que entre vosotros había algo más de lo que me has dicho.

-Ella siempre fue amable conmigo -contestó él con mirada desafiante-. Me enseñó a hablar correctamente, a manejar los cubiertos, a apreciar las cosas bellas y a reconocer su valor cuando las veía. Nos acogió a Mita y a mí cuando no teníamos ningún sitio adonde ir. Nos protegió para que pudiéramos seguir juntos, nos vistió, nos mandó a la escuela, nos enseñó a sentir respeto por nosotros mismo. Yo la miraba exactamente de la misma manera que un tosco campesino de otro tiempo hubiera mirado a una distinguida dama que se mostrara compasiva con él. No me avergüenza decirlo, y no me arrepiento de nada. Excepto, tal vez, de no haber sido capaz de hacer la única cosa que ella necesitó de mí.

-Si era como dices, seguramente se sintió orgullosa de que no pudieras hacerlo -dijo Laurel-. De todas formas, parece que se las arregló sin ti.

-Yo sabía lo que estaba haciendo -reconoció él con una voz semejante a un cristal que se rompiera-. Encontré su provisión de píldoras en la mesilla semanas antes de que muriera. Las encontré y las dejé allí. Yo compraba sus medicinas tan a menudo como me atrevía, y le daba más medicación de la prescrita para que pudiera guardar una píldora de vez en cuando...

-Pero no podías saber que realmente lo haría.

Él le lanzó una mirada llena de antiguo dolor.

-Sí, lo sabía -dijo con énfasis-. Podía haberla detenido, pero no lo hice. Si eso me convierte en culpable de su muerte, entonces de acuerdo, soy culpable. Pero no lo lamento.

Laurel ya sabía la historia completa. Se quedó esperando a que en su interior se agitara algún sentimiento de condena. Pero no apareció ninguno. Ella difícilmente podía lanzar la primera piedra, pues arrastraba a duras penas su propia culpa. Tampoco sentía rechazo.

-Háblame de los problemas legales -dijo bruscamente.

Él giró la cabeza. Asombrado, dijo:

-Me crees.

-Sí.

-Así como así.

-Es la verdad, ¿no? -ella se ruborizó.

-Sí, pero esperaba... Pensaba que me costaría más convencerte.

Ella cerró los ojos, temiendo lo que él vería en ellos si la miraba

fijamente.

-Quiero oír el resto, de todas formas.

La mirada de Alec recorrió en el óvalo pálido de su cara, se detuvo en sus manos, que todavía temblaban ligeramente, y después se posó en la encimera, tras ella, y en los restos de la ensalada que Laurel estaba haciendo cuando llamaron para decirle que Maisie había sufrido un accidente.

-No has cenado, ¿verdad? -dijo él-. Come algo mientras hablamos, y te lo contaré.

-No creo que pueda comer, pero puedo hacerte un bocadillo.

-Yo ya he cenado. Intenta comer algo.

-No puedo, de verdad -al ver que Alec no perdía su mirada implacable, Laurel se dio la vuelta, irritada-. Está bien. Pero quiero que me cuentes todos los detalles.

Laurel lo escuchó atentamente mientras acababa de hacer la ensalada y se la comía. Era una historia lamentable de avaricia y envidia. Cuando los hijos, ya mayores, de la señora Chadwick no pudieron forzar a la fiscalía a presentar cargos de asesinato contra Alec, hicieron todo lo posible para asegurarse de que Alec no disfrutaba la herencia de su madre. El pleito había sido largo y virulento. La prensa amarilla se había recreado en los detalles escandalosos de la historia de la rica mujer madura y su joven amante. El veredicto final había favorecido a Alec y el caso había sido sobreseído, pero, como había dicho Dan, solo los abogados salieron ganando. Alec se había visto forzado a vender la propiedad para pagar sus honorarios. El resto, lo había invertido en pagar sus estudios y los de Mita, y más tarde, en los cuidados de Gregory.

Percibiendo la tristeza de la voz de Alec, Laurel comprendió que había sufrido mucho por la pérdida de su respetabilidad, y le pareció posible que su actitud y su apariencia poco convencionales fueran una reacción a todas aquellas críticas y sospechas que habían sido vertidas sobre él. Laurel odiaba pensar en las humillaciones que había soportado, sin tener a nadie a su lado, sin que nadie se pusiera de su parte.

Al menos, ya no hacía falta que acudiera a la señorita Callie para que le contara los detalles, como Maisie le había pedido. Ya sabía todo lo que necesitaba saber.

-Dijiste que los Chadwick podían tener algo que ver con lo que ha estado pasando por aquí -dijo-. ¿Lo dijiste por alguna razón en particular?

La boca de Alec se curvó con desagrado.

-Ellos solían actuar de una manera retorcida. Me hicieron la vida imposible durante tanto tiempo que supongo que tiendo a verlos en todas partes.

-Es lógico, pero Hillsboro está muy lejos de California.

Él asintió.

-Estaba tan absorto con los problemas de mi pasado, tenía tanto miedo de que te hicieran daño por mi culpa, que me llevó algún tiempo darme cuenta de que el blanco principal de esos ataques eras tú.

Ella bajó el tenedor, lleno de lechuga y tomate, que estaba llevándose a la boca. Con expresión tensa, dijo:

-Puede que te hagan daño a ti por mi culpa.

-Eso no importa -dijo él con voz intensa.

-Quizá no te importe a ti - afirmó ella lentamente, con expresión pensativa-. Pero para mí, lo cambia todo.

19

Alec estaba sentado en el balancín de la terraza en sombras y lo mecía con un pie, ignorando el chirrido de su cadena oxidada, mientras pensaba en lo que Laurel le había dicho. Una cosa era, o eso parecía, que él sufriera por sus propias decisiones, y otra bien distinta que resultara dañado por culpa de ella. El atisbo de preocupación que había en aquel fragmento de retorcida lógica hacía que una sensación extraña, casi imperceptible, corriera por sus venas. Alec pensó que debía de ser esperanza.

Laurel todavía estaba dentro. Se suponía que estaba tomando un baño, aunque la había oído hablar por teléfono un rato antes. Él había inspeccionado todas las ventanas y puertas, y después había hecho una ronda por el jardín y por la zona despejada que rodeaba la casa. Se había quedado un rato entre los árboles, mirando y escuchando, pero no había encontrado nada fuera de lo normal. Parecía que nadie rondaba por aquellos alrededores.

Escudriñó de nuevo la noche con mirada alerta y aceleró el ritmo del balancín empujándolo con más fuerza. Hacía todo lo posible por mantenerse vigilante, pero le resultaba difícil. No podía dejar de pensar en Laurel. Nunca olvidaría la forma en que ella había escuchado su historia: sin mostrarse horrorizada, sin escandalizarse, sin retroceder. Ella lo había comprendido.

Alce no estaba preparado para eso; no podía asimilarlo. Había esperado tener que usar todos los argumentos a su alcance para persuadirla de que se pusiera en su lugar. No lo habría sorprendido que ella lo hubiera echado.

Si antes no se había dado cuenta de lo especial que era Laurel, ya lo sabía. Su tolerancia era sorprendente. No se había asustado de lo que le había dicho, sino que simplemente había aceptado su palabra.

Tal vez fuera porque él le importaba, aunque Alec no se atrevía a darlo por sentado; ella nunca lo bahía dicho, al fin y al cabo. Sin embargo, aquello demostraba la confianza que tenía en él, y la gratitud que Alec sentía por aquel inesperado regalo brotaba dentro de él como un grito de triunfo. Sentía como si nada de lo que ella pudiera pedirle fuera demasiado, como si ningún sacrificio fuera demasiado grande. Laurel se merecía todo lo que pudiera darle.

Y la quería con toda su alma, con cada latido de su corazón. Sin ella, su vida carecía de propósito y de razón de ser. Ella era su paz, su luz, las aguas quietas de su alma. Era la luna y el sol, el dulce sueño, el placer de la brisa suave y la fragancia de las rosa. La protegería con su último aliento, aunque tuviera que morir en el intento.

La deseaba con una urgencia virulenta que consumía sus fuerzas. Quería acostarse con ella y no levantarse hasta que se hubiera saciado... es decir, al cabo de cincuenta años, más o menos. Quería ver y probar, acariciar y tocar cada parte de su cuerpo; conocerla tan íntimamente que pudiera distinguirla entre un millar de mujeres con un rozarla en la oscuridad.

Pensó en entrar, sacarla de la bañera y hacerle el amor sobre las baldosas frescas del suelo. O quizá ayudarla a secarse, enjugando una a

una las gotas de su espalda y su vientre con los labios y la lengua…

La puerta crujió al abrirse. Laurel caminó hacia él. Su camisón, su bata y la capa de su largo pelo se mecían al son de sus pasos suaves y deslizantes. Tenía un aspecto tan inocente, y sin embargo tan asombrosamente seductor, que Alec se quedó boquiabierto.

-¿Qué haces aquí fuera? -le preguntó; él detuvo el balancín y ella se sentó a su lado y escondió los pies desnudos bajo el camisón.

-Estaba pensando -fue lo único que logró decir él.

-¿En qué?

-En… cosas -dijo suavemente. No podía explicarle los complejos impulsos que sentía hacia ella. Volvió a mecer el balancín con un ritmo suave y regular.

-¿Cómo, por ejemplo, en por qué actúa la gente como la hace?

Él respondió, divertido:

-Sí. ¿Tú estabas pensando en lo mismo?

-Más o menos -prosiguió sin apenas vacilar-. Acabo de llamar para preguntar por Maisie. Ha soportado bien el vuelo y está estable.

-Eso es fantástico. Mi abuela se alegrará de saberlo.

Ella dio un profundo suspiro.

-Odio pensar que Maisie podía haber muerto -dijo con voz apagada.

-O podías haber muerto tú.

Ella asintió.

-Creo que tal vez por eso me siento tan… viva. ¿Te parece raro?

Él giró la cabeza para mirarla.

-Me parece natural.

-Pero es un poco cruel, ¿no crees?

-¿Por qué? Eso no significa que Maisie no te importe. ¿Qué alternativa tienes, de todos modos? ¿Fustigarte por lo ocurrido? No creo que eso sirviera de nada.

-Lo sé, pero no debería sentirme tan…

Se interrumpió. La sombra de la luna se movía sobre el jardín y la fuente ponía un contrapunto musical al susurro de la brisa nocturna. El olor de la madreselva y las rosas llegaba hasta Alec junto con la fragancia límpida, dulce, cálida y turbadora de Laurel.

Su mirada trazó un camino entre el óvalo blanco de la cara de Laurel y la curva grácil de su cuello, hasta sus pechos. Vio que tenía los pezones erectos y duros, como los brotes nuevos de una rosa.

—¿Qué es lo que sientes, Laurel? -preguntó él con voz profunda, firme-. ¿Qué es lo que quieres? Dímelo. O enséñamelo. No pensaré mal de ti, te lo prometo. Y no te fallaré. No hay nada que puedas pedirme y que no te dé con absoluto placer.

Laurel lo miró, asombrada por la comprensión que había en su voz.

—¿De veras quieres que lo haga?

-Por favor -dijo él con voz ronca.

Ella tragó saliva y extendió una mano para tocarle la cara, pasando las yemas de los dedos por sus rasgos duros y por el ángulo fuerte de su

mandíbula. Le acarició el cuello y apoyó la palma de la mano sobre el lugar en el que sabía que su dragón yacía entre su corazón y el suave algodón de su camisa. Luego, aferrándose a la tela para mantener el equilibrio sobre el balancín, se alzó sobre las rodillas y pasó un muslo sobre el regazo de Alec para sentarse a horcajadas sobre él.

-¿Qué -preguntó suavemente al sentarse- te parece esto?

-Te lo diré cuando recupere el aliento -dijo él. Impulsó con más fuerza el balancín y puso las manos sobre las curvas de las caderas de Laurel, sosteniéndola firmemente en la concavidad que formaban sus muslos.

-¿Está bien? -sus palabras eran un poco ansiosas.

-No -contestó él con un leve gruñido-. Yo diría más bien que es fantástico.

Ella dejó escapar un sonido que era a medias una risa y a medias un suspiro; después, deslizó su mano libre tras la cabeza de él, hundiendo los dedos entre su pelo. Encontró la tira de cuero que lo mantenía atado, la soltó y la tiró al suelo. Después, apretó la melena con fuerza.

-Me lo cortaré mañana, si no te gusta -dijo él.

-Yo te lo cortaré -dijo ella-, pero solo un poco. Me encanta tener un…

-Un sitio donde agarrarte -acabó de decir él, esbozando una sonrisa.

-Exacto -se alzó ligeramente para colocarse con mayor precisión sobre Alec.

Él dejó escapar un jadeo. Con voz entrecortada, dijo:

-Me parece justo avisarte de que, aunque esto es fantástico, podría conducirnos a cosas que darían motivos al autor de las cartas para lanzar una nueva andanada de anónimos.

-No me importa -contestó ella, pero añadió inmediatamente-: ¿Tú crees que nos está observando?

-La verdad es que no. Al menos, yo no he visto nada raro.

-Solo nos estamos balanceando —dijo ella, ladeando ligeramente la cabeza, sosteniéndole la mirada mientras bajaba y subía frotándose contra él con un movimiento ligero.

-Sí, ya.

-¿Estás seguro de que no te importa?

-Si paras, perderé la razón. Por no mencionar la calma y el aplomo.

-Eso no podemos permitirlo -dijo ella suavemente, inclinándose para apretar sus labios cálidos, suplicantes, contra los de Alec.

Laurel sabía a mujer dulce y a lujuria. Su lengua se deslizó sinuosamente dentro de la boca de Alec y se retiró antes de que él pudiera atraparla con una delicada succión. Él deslizó una mano entre ambos, creando un contacto más íntimo, una fricción más intensa contra la suavidad húmeda de Laurel. Ella dejó escapar un leve gemido.

Laurel no llevaba bragas: Alec lo descubrió al introducir la mano bajo la seda de su camisón. El cerebro estuvo a punto de estallarle. Peinando sus rizos con suave precisión, encontró la carne frágil que al final les daría a ambos el placer más intenso, y se concentró en ella. Y, mientras tanto, empujaba diligentemente el balancín.

Laurel liberó su boca y dejó escapar un suspiro de sorpresa y placer. Soltó la camisa de Alec y su pelo, y acarició con ambas manos la superficie

de su pecho. Luego, como si sintiera la necesidad desesperada de tocar su piel desnuda, buscó los botones de la camisa. Los desabrochó uno a uno, con dedos ora ágiles, ora torpes, según las caricias de Alec bajo el borde de su camisón.

-Eres tan bueno en esto que debes de haberlo hecho muchas veces -dijo ella casi sin aliento.

-No lo había hecho nunca. Pero aprendo rápido. Si hay un buen incentivo -ella se echó a reír y se inclinó para lamer sus pezones duros-. Bruja -musitó Alec.

-Demonio -gimió ella cuando él la recompensó con una incursión más profunda con un solo dedo, y un balanceo más fuerte. Al cabo de un segundo, le preguntó—. ¿Crees que tal vez el autor de las cartas tenía razón, y somos unos depravados?

-Si esto es depravación -dijo él-, yo no quiero ser normal.

-Sí -dijo ella, al tiempo que ponía las manos sobre la cinturilla de los vaqueros de Alec y desabrochaba el botón cobrizo.

Él la ayudó bajándose la cremallera y la tela del pantalón que constreñía los músculos de sus piernas, y empujándola hacia abajo para impedir que la cremallera metálica dañara la delicada cara interna de sus muslos. Laurel se sentó sobre él, suspirando al recibirlo profundamente en su interior. Alec la llenó, la sostuvo mientras movía las caderas con un balanceo lento y erótico. Ella suspiró, echándose hacia delante para apoyar su frente contra la de él, y cerró los ojos. El se quedó quieto, presa de sensaciones que apenas reconocía.

Después, se balancearon arriba y abajo. Subían y bajaban y subían otra vez, ligeros como el aire, unidos, y felices como pájaros. Eran libres, ajenos a la mezquindad y el dolor, a la duda y el miedo, incluso a la responsabilidad. Estaban vivos y gozaban de ello. Sabían que la vida era mágica, y la aceptaban con los corazones plenos, palpitantes, y la mente dispuesta.

-Mírame -dijo Alec, en voz baja y áspera.

Laurel lo oyó, oyó la profunda necesidad que había en sus palabras. Era difícil hacer lo que le pedía, pues se expondría a sí misma mas allá de la mera desnudez física, pero abrió los ojos lentamente. Él la miró fijamente invitándola a sumergirse en las negras profundidades de sus ojos. Allí estaba expuesto, sin evasivas ni restricciones, todo lo que él era, lo que había sido y lo que sería, para que ella lo tomara. Comprendiendo al fin, ella abandonó todo pudor y le permitió acceder a su yo más profundo. Él lo tomó, la tomó a ella, y la poseyó rápidamente mientras la noche se fundía, murmurando, a su alrededor.

Después, Alec se levantó y, apretándola contra él, todavía unido a ella, entró en la casa. Cayeron sobre la cama, riendo, para empezar otra vez. Cuando el momento trascendente llegó de nuevo, se quedaron por un instante casi saciados, casi felices, casi seguros. Casi.

Laurel se despertó lentamente. En la habitación, la luz era tenue y acuosa. Fuera estaba lloviendo: un aguacero cadencioso, iluminado por el destello fugaz del relámpago y sacudido de vez en cuando por el trueno. Era un sonido relajante, y al mismo tiempo excitante y erótico, semejante al

sueño tenue de las horas tempranas de la mañana. Ella sonrió levemente.

Giró la cabeza sobre la almohada y vio al hombre que había dormido a su lado. Él la estaba mirando con una expresión posesiva y melancólica, tumbado boca abajo, con la barbilla apoyada sobre los puños cerrados.

-¿Otra vez? -bromeó Alec; su tono aburrido e incrédulo contrastaba vivamente con el ardor de su mirada.

-Bueno. Si me prometes que no tendré que mover ni un músculo...

-¿Significa eso que puedo hacer contigo lo que quiera?

-Exactamente -dijo ella, y suspiró.

-¿Qué pasará si te mueves, después de todo?

Ella arqueó una ceja.

-No creo que lo consigas -respondió, sonriendo lenta y maliciosamente.

-Un desafío -dijo él-. Tu primer error -él se preparó para el ataque.

Largos minutos después, mientras ella yacía con los brazos y las piernas abiertos bajo él, sujeta a la cama por sus manos y la caliente y fiera dureza de Alec, este sonrió triunfalmente y declaró:

-Gané.

-Te has aprovechado injustamente de mi estado de indefensión -dijo ella, intentando no reírse.

-Sí, y lo haré otra vez en cuanto tenga ocasión. Y ya he pensado el premio que quiero por haberte ganado.

-Lo que sea. Estoy a tus órdenes.

-Ojalá -dijo él, riendo-. Lo que tenía en mente era un secuestro.

Laurel no estaba segura de que bromeara. La expresión de Alec había cambiado, la risa había desaparecido de sus ojos. Le preguntó cautelosamente.

-¿De qué tipo?

-Temporal, por desgracia. Estoy pensando en llevarte conmigo a California -se movió suavemente a su lado, provocándole una fricción deliciosamente placentera.

-California... -dijo ella, y su voz se desvaneció en un jadeo.

-Allí estarás a salvo.

Laurel comprendió que no bromeaba en absoluto. Estaba mortalmente serio. Sintió un escalofrío y cerró los ojos con fuerza. Luego, los abrió de nuevo.

-¿Se supone que tengo que estar de acuerdo -preguntó-, porque soy demasiado débil para negarme? ¿O pretendes obligarme a acompañarte?

A Alec le cambió la cara, sus rasgos se endurecieron hasta convertirse en cobre templado. La soltó bruscamente. Se apartó de ella y se sentó al borde de la cama, aferrándose al borde del colchón con ambas manos, con la cabeza inclinada hacia delante. La oscura y rizada cola de su pelo brillaba entre sus hombros. La piel se le erizó. Un escalofrío se apoderó de él. Después, se quedó quieto.

-¿Alec? -ella se incorporó y tendió una mano hacia él.

-¡No!

-No quería decir eso.

-Sí, sí querías -dijo, apartándola.

-Solo pensaba que tú... -se calló, incapaz de poner en palabras lo que

quería decir.

-Pensabas que pretendía utilizar el sexo para forzarte a aceptar lo que quiero que hagas. Yo nunca haría eso. ¡Nunca! Supongo que es culpa mía por jugar a la dominación, pero pensaba que sabías que solo era un juego. Pensaba que lo entendías.

-Lo entiendo. Ahora.

-No, no lo entiendes. Tú no sabes lo delgada que es la línea entre la apariencia y la realidad, lo fácil que es cruzarla cuando hay mucho en juego. Debes confiar en mí… tal vez incluso más de lo que yo confío en mí mismo. Pensaba que lo hacías, pero no puedes. No puedes, ni podrás nunca.

-Eso no es verdad -dijo ella, sintiendo un remordimiento insoportable-. En cualquier caso, no puedes esperar que te lea el pensamiento. Solo soy una mujer.

-Una mujer, mi mujer, a la que necesito proteger. Pero no puedo… tal y como están las cosas. Necesito alejarte del peligro, llevarte a algún sitio donde pueda cuidar de ti y de Gregory sin estar dividido entre los dos. Déjame hacerlo. Por favor.

El sonido desesperado de su voz hizo que Laurel sintiera una opresión en el pecho, pero el énfasis que Alec puso en el nombre de su hermano disparó una luz de alarma en su cabeza. ¿Era posible que Alec pensara que Gregory estaba detrás de las cosas que habían ocurrido? ¿Era esa la razón de que estuviera tan decidido a vigilarla? ¿O tal vez lo preocupaba más proteger a su hermano?

-Eres libre de irte. Yo no te retengo -dijo suavemente.

Él volvió lentamente la cabeza para mirada.

-Sí, sí que lo haces -contestó-. Pero hasta ahora no he sabido que me tenías atado tan fuerte.

20

Laurel estaba friendo beicon cuando estalló de nuevo la tormenta. Cuando sacó las sabrosas lonchas de carne de la sartén eléctrica y las puso a escurrir sobre un paño de papel, el mundo se había oscurecido, adquiriendo un color verde acuoso, y la lluvia caía en un chaparrón fuerte y retumbante.

Alec estaba en la ducha; Laurel podía oír el agua corriendo. No sabía si se quedaría a desayunar, y ella tampoco tenía hambre. Pero necesitaba fingir que algo era normal, aunque fuera solo una comida.

Estaba rompiendo huevos sobre la sartén cuando sonó el teléfono.

-¿Madre? ¿Puedes hablar?

Era Marcia. El sonido nervioso, estridente de su voz, hizo que Laurel sintiera un nudo en el estómago.

—Sí, ¿qué pasa?

-Qué alivio. Temía que él estuviera ahí... Alec, quiero decir.

-¿Y qué importa eso? -no pudo evitar el tono afilado de su voz.

-Importa, porque tengo que decirte algo sobre él -dijo Marcia con acidez-. O, al menos, sobre vosotros dos.

—Me parece que no quiero volver a hablar de ese tema otra vez -empezó a decir Laurel.

-No, claro, y no me extraña -fue la sorprendente respuesta-. Pero esto es diferente. Odio ser yo quien te lo diga, pero no quiero que tengas que oírlo en boca de otros. Anoche, el hermano Stevens predicó en contra tuya durante su sermón.

—¿Qué? -estiró una mano para apagar la sartén eléctrica. Aquello iba a llevarle un rato.

-Sé cómo debes sentirte, y lo lamento porque supongo que es culpa mía, en cierto sentido. Por Jimmy, ¿sabes? Él quería que fuera a ver al hermano Stevens para que me aconsejase respecto a nuestro matrimonio, pero me negué. ¿Para qué iba a hacerlo si sabía exactamente lo que iba decirme? Que el matrimonio es un sacramento y que debo rezar a Dios para que me enseñe el camino de la rectitud, y después suplicarle a mi marido que me dé otra oportunidad. Pero yo no pienso suplicarle, madre, ¡y no quiero otra oportunidad! Ya no puedo soportarlo. ¡No puedo soportarlo más!

-Oh, cariño -dijo Laurel, angustiada-. No sabía que fueras tan infeliz -debería haberlo sabido, pensó Laurel; y lo habría sabido, si hubiera salido de su ensimismamiento y hubiera mirado a su alrededor.

—No importa, no quería hablarte de eso. En cuanto al sermón, yo no estaba allí, pero me han dicho que el hermano Stevens empezó a hablar de Maisie, rezando por su restablecimiento, y que luego soltó un discurso sobre que Alec había estado trabajando en tu coche y que era el culpable del accidente. Insinuó que el coche no se había salido de la carretera por accidente, y que solo la gracia de Dios había impedido que tú estuvieras dentro -todo eso era cierto, hasta el momento. ¿Pero qué más había?-. ¿Madre? ¿Todavía estás ahí?

- Sí, sí, estoy aquí.

-Además, el hermano Stevens dijo que eras tú quien debía haber estado en el coche, pero que no había ocurrido de ese modo. Dijo que estás bajo un hechizo maligno, que Alec y tú habéis estado practicando ritos satánicos, matando animales, y todas esas cosas horribles que decían las cartas. Oh, madre, y dijo que si algo te ocurría, sería por la voluntad de Dios, que nunca deberías haberte mezclado con un hombre tan joven y con un pasado tan manchado de iniquidad. Son sus palabras, no las mías. Dijo que la ira de Dios os castigaría por vuestros pecados, y que todo lo que ocurriera sería por su voluntad.

Era como escuchar una sentencia de muerte. Aquellas palabras habían sido proclamadas en público y refrendadas por el poder de la Iglesia. A Laurel se le puso el vello de punta y se le entrecortó la respiración, aunque su reacción nada tenía que ver con el temor de Dios. Procedía más bien, de la clara y repentina comprensión del propósito que se ocultaba tras los últimos acontecimientos.

Quienquiera que estuviera detrás de lo que ocurría había elegido ya el modo en que acabaría. Alec y ella habían sido hallados culpables a los ojos de la comunidad.

Alec tenía razón.

Él iba a ser el chivo expiatorio.

Alec había sido elegido para el sacrificio. Lentamente, la sombra de lo que había ocurrido en California lo había alcanzado allí, en Hillsboro. Poco a poco, la responsabilidad de cuanto había ido mal en Ivywild había recaído sobre sus hombros. Finalmente, cuando todo hubiera acabado, él llevaría el peso de la culpa, y del castigo, por lo que le ocurriera a ella.

-¿Madre? -la voz de Marcia llegó a su oído ansiosa y preocupada-. ¿Me has entendido?

-Sí -contestó ella-. Sí, creo que sí.

-Yo no me creo nada de todo eso. Hace mucho tiempo que sé que no mataste a papá a propósito. Lo comprendí cuando me hice lo bastante mayor para pensar por mí misma. Lo entendí todo perfectamente cuando... bueno, cuando le fui infiel a Jimmy. Cuando él se volvió loco, me insultó y me dijo todas aquellas cosas horribles y mezquinas. Me recordó a la abuela y a cómo solía comportarse contigo. Yo no merezco que me traten así, y creo... ¡Oh, mamá, creo que tú tampoco lo mereces!

-Gracias, Marcia -dijo Laurel con la voz quebrada; la garganta casi se le había cerrado por la presión de las lágrimas-. Eso significa mucho para mí.

-Evan piensa lo mismo desde hace mucho tiempo.

-Yo... agradezco que me lo digas -Laurel estaba alegre y, sin embargo, al mismo tiempo, estaba triste. Debería haber recuperado a sus hijos mucho tiempo atrás. Había hecho falta que apareciera Alec para demostrarle que podía recobrar su respeto, que podía dejar atrás el pasado y pensar en el futuro, pensar en los demás.

-Bueno -prosiguió Marcia, con voz insegura-, ¿Qué vas a hacer?

-No lo sé. Tengo que pensarlo.

-No puedes quedarte ahí cruzada de brazos. Tienes que luchar contra todo esto, debes hacer algún movimiento, aunque te equivoques.

-Estoy segura de que tienes razón -¿pero y si hacía el movimiento

equivocado? ¿Quién saldría perjudicado? ¿Marcia? ¿Evan? ¿Alec? ¿Dónde acabaría todo aquello?

-Evan y yo te ayudaremos, si nos dejas -dijo su hija tímidamente, como si no estuviera segura de cómo seria recibida su oferta-. Solo tienes que decirnos qué debemos hacer.

Laurel respiró hondo, intentando retener un pensamiento que yacía dormido al fondo de su mente desde hacía días. Dejó escapar el aire lentamente y contestó:

-Puede que sea mejor que no haga nada, después de todo. Todo estaba tranquilo y en paz mientras estuve aquí, sola. Tal vez vuelva a ser igual si...

-¿Si te quedas en Ivywild tú sola? ¡No, madre!

Resultaba extraña aquella súplica viniendo de Marcia.

-Cariño, no se puede luchar contra las habladurías y las insinuaciones -dijo Laurel con voz tranquila-, y no puedes impedir que la gente hable. No sé quién está tan en contra de mi relación con Alec que es capaz de llegar a estos extremos para ponerle fin, pero en mi opinión solo tengo dos opciones: puedo quedarme, o puedo irme.

-¿Irte? ¿Quieres decir a otro sitio? ¿Con Alec?

-¿Debo suponer que no te gusta la idea? -sus palabras sonaron más cáusticas de lo que pretendía.

-No es eso exactamente.

-Entonces, ¿Qué es?

-El hermano Stevens insinuó que el hermano de Alec tiene sida, que el cáncer del que se está muriendo es del tipo que aparece en las últimas fases, cuando el sistema inmune ya no puede luchar más. Sabes que es contagioso, sobre todo en... situaciones íntimas. No quiero ponerme desagradable, ni absurdamente alarmista, pero, de verdad, madre...

-¿Qué insinúas? -dijo Laurel, en tono crispado.

-Un flirteo es una cosa, sobre todo teniendo en cuenta que no sabías lo de su hermano. Pero considerar siquiera la posibilidad de una relación estable, bueno, ¡eso sería casi un suicidio!

Laurel se quedó callada un momento. Su mente era un torbellino. Después, sus pensamientos se aposentaron, se solidificaron. Sabía exactamente lo que debía hacer. Y cómo hacerlo. También sabía que requeriría más valor del que nunca había necesitado para superar su miedo a salir de Ivywild.

-¿Madre?

-Sí, cariño, estoy aquí -dijo suavemente. Siempre estaré... aquí.

Después de colgar el teléfono, Laurel tiró a la basura la comida que había estado cocinando y abrió las ventanas para que el aire se llevara el olor. El sonido y el aroma de la lluvia entraron con el aire húmedo y cálido. Laurel sintió un escalofrío. Enferma. Se sentía enferma, helada y triste. Al mismo tiempo, estaba poseída por una calma oscura, congelada. Lo que iba a hacer le parecía correcto e inevitable, como si desde el principio, no hubiera habido otra solución.

Se apartó de la ventana y se dio la vuelta cuando Alec entró en la cocina. Juntó las manos y las apretó hasta que se le entumecieron.

Él llevaba el pelo mojado y echado hacia atrás, dejando ver la belleza

fuerte, angulosa de su rostro. La determinación brillaba en la oscuridad de sus ojos. No llevaba camisa; la mañana lluviosa de verano era cálida. El dragón de su hombro podía verse en su totalidad, incluyendo su cola, enroscada alrededor de su hombro. Retorcido y peligroso, parecía tener un brillo burlón en los ojos.

Laurel quería recordarlo así.

Alzó los párpados y lo miró a los ojos.

Alec se detuvo con los sentidos erizados por la intuición casi dolorosa de un peligro inminente. Escudriñó la cara pálida de Laurel. Se acercó cautelosamente y vio que ella se alejaba hacia el otro lado de la mesa.

-Como está lloviendo -dijo ella en un tono que chirriaba como un cuchillo sobre una tabla de cortar de cristal-, aquí no hay nada que hacer, y probablemente tú querrás pasar algún tiempo con Gregory. Creo que será mejor que te vayas a casa por hoy. En realidad, creo que lo mejor será que no vuelvas.

—Me estás despidiendo otra vez -sus palabras eran tan tensas y duras como el puño que había cerrado junto a su costado.

-Más o menos. Si me dices cuántas horas has hecho esta semana, te mandaré un cheque a...

-¡Al infierno con el cheque! Si es por lo que acaba de ocurrir en la cama...

-Lo que ha ocurrido en la cama solo me ha convencido de algo que debería haber comprendido hace tiempo -dijo ella con imperturbable serenidad-. Esto no va a funcionar. Aunque no fuera por el problema de la edad, nosotros somos demasiado diferentes.

-El problema de la edad -dijo Alec-, como tú lo llamas, no importa lo más mínimo. Ni tampoco nuestras diferencias. La verdad es que te doy miedo.

Ella abrió la boca como si fuera a negarlo, pero luego cambió de idea.

-Razón suficiente para dejarlo, ¿no te parece? El amor y el miedo no pueden ir de la mano.

-¿Quién lo dice? Tú me das mucho miedo, y aun así sigo viniendo, sigo intentando alcanzarte.

—¿Y eso qué demuestra? -alzó la barbilla-. ¿Valentía o temeridad? Aquí no hay nada para ti. ¿Cómo quieres que te lo diga más claro? Yo no soy ni lo bastante rica, ni lo bastante estúpida como para servirte de nada, salvo para unos cuantos revolcones. Eso ya lo hemos hecho. Ahora, se acabó.

Aturdido, Alec dijo:

-No para mí.

Ella se dio la vuelta, se agarró al respaldo de una silla y lo apretó tan fuerte que la carne de sus dedos se puso blanca alrededor de las uñas limpias y bien cortadas.

-¿Piensas que soy una desagradecida? Pues no lo soy. Sé lo que has hecho, o lo que has intentado hacer por mí. Me liberaste de mi prisión y me devolviste la confianza en mí misma, y ahora he vuelto a ser una persona completa. Pero lo cierto es que no pienso ir detrás de ti, suplicando tu

atención.

-Sí -contestó él entre dientes-. Pero en realidad lo que no quieres es que sea yo quien vaya detrás de ti implorando como un niño. No me quieres colgado de tus faldas, así que me echas. ¿No te parece un poco cruel?

-Puede ser -dijo ella, volviéndole la espalda, con ojos tan fríos como el mar del Norte-. Pero cuando estás excitado sueles morderme, y tengo que pensar en mi salud.

-Si te refieres a que soy un perro rabioso...

-Me refiero a que tu hermano tiene sida, y a que, de pronto, cualquier intercambio de fluidos corporales ha perdido todo su interés.

-¡Dios, Laurel! -le dolía el pecho como si le hubieran dado un golpe directo al corazón.

-Lo lamento. Parecías decidido a saber la verdad.

No parecía lamentarlo, ni ser particularmente consciente de lo que acababa de hacerle. Alec no podía respirar, apenas podía pensar; su mente era un torbellino. En tono cuidadosamente comedido. dijo:

—Desde el principio pensé que eras una mujer dulce, amable, cariñosa, encantadora y espiritualmente bella. Ese ha sido mi error. El tuyo es pensar que te habría tocado si creyera que podía causante la muerte. Yo no soy seropositivo. Gregory sí lo es, pero su enfermedad no es una plaga de la que haya que apartarse con horror y repugnancia. Es una tragedia humana, como otras muchas enfermedades que afligen a los pobres mortales. Es un drama, una esperanza truncada que se repetirá una y otra vez hasta que consigamos pararlo. O hasta que todos seamos fantasmas viviendo de un tiempo prestado.

-Muy poético -dijo ella con desdén-, pero yo estaba hablando de ti.

-Y yo también. Si eres capaz de dejarme por Gregory, es que no eres la mujer a la que yo creía amar. Así que por mí puedes volver a encerrarte aquí, en tu vieja casa, con tus viejas ideas, si eso es lo que quieres. Pero al final, no serás mejor que mi hermano. Seguirás encerrada en una prisión que tú misma te has construido, sobrellevando tu propia clase de muerte en vida.

En ese momento, su dolor era compartido, pensó Alec al ver que los ojos de Laurel tenían una expresión vacía, ciega. Saberlo no le produjo ninguna satisfacción, no puso fin a su dolor. Para eso necesitaba violencia, o el consuelo que solo ella podía darle. Temiendo dar rienda suelta a sus impulsos, se apartó y salió precipitadamente de la habitación y de la casa.

Estaba a medio camino de casa de su abuela, conduciendo a toda velocidad, cuando cayó en la cuenta de que solo llevaba puestos unos vaqueros. Estaban empapados, y la lluvia que le golpeaba la cara caía hacia atrás, mojándole el pelo. Pero la humedad de sus ojos no tenía nada que ver con el tiempo. Nada en absoluto.

Laurel espero hasta que oyó el rugido de la moto desvanecerse a lo lejos. Después, liberó el gritó que le oprimía la garganta como el filo de un cuchillo. Aquel grito traspasó el aire húmedo de la habitación y, antes de que su eco se extinguiera, Laurel sintió que le flaqueaban las rodillas y cayó

hacia atrás contra la pared que había tras ella, deslizándose hasta quedar sentada en el suelo. Se acurrucó allí y se disolvió en lágrimas amargas.

Hubiera permanecido tranquila y en silencio si hubiera habido alguien que pudiera verla o escucharla, pero no había nadie. Así que atronó las viejas paredes con sus sollozos desconsolados, dejando que su angustia llenara las habitaciones frías, vacías. Lloró hasta que se le hincharon los ojos, se le enrojeció la nariz y las mejillas se le pusieron coloradas de tanto secarse las lágrimas.

Le costó gran esfuerzo levantarse y caminar hasta el cuarto de baño. Allí se sonó la nariz y después empapó una toalla y se limpió la cara. Mientras se decía que no podía seguir llorando, veía su cara hinchada y sufría al recordar la mirada de dolor de Alec. Al recordar que lo había perdido, sintió una pena infinita, insoportable, y empezó de nuevo a llorar.

Horas después, en algún momento de la noche, su llanto cesó finalmente. Se quedó dormida, enroscada en medio de la cama que olía a Alec. Por la mañana, se levantó resacosa, aturdida y enajenada. Se sentía como si se hubiera convertido en el fantasma al que Alec se había referido: un espectro pálido y macilento que vagaba de habitación en habitación, de la cama a la mesa y de la mesa al dormitorio y vuelta a empezar.

Perdió la noción del tiempo, casi no sabía si era de día o de noche, si fuera había luz u oscuridad. A veces pensaba en llamar para preguntar por Maisie o hablar con Marcia, Evan o Zelda. Pero el esfuerzo le parecía excesivo.

Había perdido todo lo que le importaba. Sticks, muerto. Su cerámica, destruida. Maisie, herida. Alec. Alec. Alec. Se había ido.

Tan dolorosa como la amputación de una promesa era la muerte de la esperanza. ¿Quién había dicho eso o algo parecido? Alec, por supuesto, refiriéndose a Gregory. Pero aquella frase también valía para ella, como él le había gritado a la cara.

Como si fuera una prisionera que había estado a punto de escapar, volver a estar encerrada le resultaba doblemente difícil de soportar. Se sentía como si se estuviera ahogando, enterrada bajo todas aquellas infamias, mentiras y habladurías, asfixiada por aquellas ideas estrechas, por la malicia de las mentes mezquinas.

Olvidó recoger el correo. Dejó la fuente y los estanques como estaban, llenos de hojas caídas y residuos de la tormenta. Dejó de cortar las flores marchitas de los rosales. Permitió que el polvo y el polen se acumularan formando remolinos en el suelo de la terraza. Dejó que la leche se agriara en la nevera y que el pan se reblandeciera. Nada le importaba ya.

Estaba muriéndose lentamente, enterrada viva bajo sus recuerdos. Alec sentado, con la cabeza desnuda, en paz, sobre la tapa del viejo aljibe. Alec colocando cuidadosamente a Sticks en su tumba. Alec cayendo, inerte, del pino. Alec sentado sobre su moto; mostrándole la fuente; enseñándola a amar… Amándola.

Pero él ya no estaba en Ivywild. Se había ido. Así estaría a salvo. Eso, al menos, era un pequeño consuelo.

Estaba sola. Nadie la veía. Nadie la escuchaba. A nadie le importaba. Se sentía como si se hubiera vuelto invisible. Se había convertido en un

fantasma, y los fantasmas no podían amar. Pero podían sufrir. Podían morir de dolor recordando el amor. Recordando que habían matado su amor fríamente, deliberadamente.

21

Gregory se extinguía rápidamente.

A Alec le dolía mirarlo. Oírlo era casi más doloroso, pues Gregory no se moría calladamente. ¿Y quién podía reprochárselo?

Se negó a ir al hospital: prefería esperar el fin en la cama en la que, de niño, había dormido durante aquellos largos veranos que tanto recordaba. Alec avisó a Mita, que llegó enseguida. Tranquila, callada y eficiente, su hermana pequeña relevó a la abuela Callie en los cuidados de Gregory. Su experiencia médica demostró ser de inapreciable valor para que el enfermo no padeciera dolor. Sin embargo, Mita solo pasaba cortos periodos de tiempo en la habitación de Gregory. Este prefería que Alec se ocupara de sus necesidades personales y descansaba mejor cuando era él quien lo velaba, lo escuchaba maldecir y secaba sus lágrimas. De modo que Alec se sentaba, velaba y escuchaba y trataba de no pensar en nada más, en nadie más. No quería pensar en Laurel, sino solo en el hermano que iba a abandonarlo.

El repentino declive de Gregory era una buena excusa para explicar por qué ya no iba a Ivywild. La abuela pareció aceptarla, pero Gregory no. Sus preguntas eran directas y certeras. Alec no le daba más información de la necesaria, pero aun así su hermano extraía de esa pequeña cantidad de datos lo que quería averiguar, y sus comentarios sobre la falsedad y la volubilidad de las mujeres eran amargos.

A Alec le resultaba difícil soportarlos. No quería oír ningún sarcasmo contra Laurel, no permitía en su presencia ningún epíteto malsonante dirigido a ella. La inquina de Gregory procedía de su preocupación, y Alec lo sabía, pero aun así se levantaba y salía de la habitación cuando su hermano empezaba a hablar de Laurel, y no volvía hasta después de unas horas. Gregory aprendió a moderar su lenguaje para no perder la compañía de su hermano.

Mantenían largas discusiones en medio de la noche, cuando no podían dormir. Hablaban del pasado lastrado que compartían; de su madre y de su vagabundeo sin rumbo de un hombre a otro, en busca del amor perfecto; de la adicción a las drogas de Gregory y de las agujas infectadas con VIH; y del sida, cuya naturaleza hacía que la gente lo considerara, supersticiosamente, una especie de plaga medieval.

Esto último parecía ayudar a Gregory. A Alec, no tanto.

Sin embargo, en esas horas de la madrugada, cuando estaba bajo de defensas, su mente vagaba hacia Laurel y hacia las cosas que le había dicho. Por mucho que lo intentaba, no podía entender que lo hubiera despreciado de forma tan desabrida. No podía creer que fuera tan superficial, ni que sus afectos fueran tan volubles. O quizá no quería creerlo.

Una calurosa noche de principios de julio, estaba sentado leyendo una vieja novela del oeste de Zane Grey que había sacado de la estantería de su abuela, recostado en una silla, junto a la cama de Gregory. La frágil figura de su hermano apenas levantaba la sábana. Su cara dolorosamente pálida estaba en sombras, porque la única luz de la habitación procedía de una pequeña lámpara rinconera que había junto a la silla. El suave zumbido del

aire acondicionado amortiguaba los ruidos nocturnos. Enfriaba el aire de la habitación más de lo que Alec hubiera querido, pero lo soportaba porque Gregory, que luchaba contra la fiebre que lentamente lo consumía, necesitaba frescor.

Pasó una página. El sonido, aunque leve, produjo un cambio en la respiración de Gregory. Su hermano ladeó la cabeza y se quedó mirando a Alec largo rato. Tenía los ojos hundidos y los labios muy pálidos. Sus manos, extendidas sobre las sábanas, poseían una elegancia austera.

-¿Necesitas algo? -preguntó Alec suavemente.

Gregory empezó a sacudir la cabeza y luego se detuvo.

-Sí, tal vez sí. Necesito decirte que estaba equivocado.

-¿Sobre qué? -Alec colocó el libro sobre sus rodillas y puso una mano sobre la página.

-Sobre tu Laurel. Es más fuerte de lo que suponía.

Alec se puso alerta, aunque no movió ni un solo músculo, ni un tendón.

-¿A qué te refieres?

-Escuchó todo lo que le conté sobre ti y no dejó que la influyera. La mayoría de la gente habría retrocedido espantada, pero ella siguió haciéndome preguntas, buscando razones. Lo que le dije no la asustó. Juzgó por sí misma, y lo hizo bien. Me dejó impresionado. Y también celoso.

-¿Celoso?

-Nadie nunca me ha mirado a mí como ella te miraba a ti. Nadie me ha visto con tanta claridad.

-Eso no significaba nada -dijo él sencillamente. Estiró una mano sobre las páginas del libro y apretó hasta que dejó de sentir las yemas de los dedos.

-Eso pensé yo al principio. Pensé que era una de esas mujeres que quieren probar algo diferente, como si eligieran un postre raro porque les parece exótico. No quería que jugara contigo solo porque le apeteciera liarse con un hombre más joven..., con un don nadie.

-Muchas gracias -dijo Alec con notable falta de agradecimiento.

Gregory estiró la sábana.

-Ese tipo de relaciones no suelen durar ¿sabes? Pensé que merecías algo mejor.

—¿Y no se te ocurrió pensar que podía arreglármelas solo?

Gregory soltó una risa áspera.

-No, la verdad es que no. Llevas tanto tiempo trabajando sin parar que no has tenido mucho tiempo para relacionarte con mujeres. Además, tú no te tomas las cosas a la ligera..., nunca lo has hecho, no puedes hacerlo. Eres muy serio, solo te interesan las cosas duraderas. Yo sabía que Laurel podía hacerte daño sin pretenderlo, tal vez incluso sin saberlo.

Alec recostó la cabeza contra el alto respaldo de la silla y se quedó mirando el papel descolorido de la pared.

-En eso, al menos, tenías razón.

-Sí, pero como te he dicho, me equivoqué. Sea lo que sea lo que había entre vosotros, era especial. Yo lo veía cada vez que mencionabas su nombre, cada vez que pensabas en ella. Ahora creo que algo ha debido de

interponerse entre vosotros, algo relacionado con las cosas que están pasando en Ivywild. No sé qué es exactamente, y sé que no vas a decírmelo, pero sería una pena que resultara definitivo.

-Sí, ya -dijo Alec con apenas un susurro.

Gregory se quedó callado, con los ojos fijos en la cara de Alec. Después, una risa áspera sacudió su figura penosamente delgada.

-¿Crees que tengo algo que ver con todo ese lío? Eso es muy halagador, pero toda esa hostilidad requiere una gran cantidad de energía, y yo no la tengo. Ni la imaginación suficiente. Además, a mí me resultaría terriblemente duro convertir al mocoso de mi hermanito en la encarnación del diablo.

-Te pediría que me dieras tu palabra de Boy Scout, pero ninguno de nosotros fue nunca un Boy Scout -la mirada de Alec era directa.

-Cierto. Y además, ¿por qué razón iba a mentirte? -Gregory lo miraba fijamente: la luz de la lámpara ponía un brillo amarillo en su cara cubierta de sudor.

Alec quería creerlo. Suspiró, se pasó con cansancio la mano por los ojos y el pelo. Con una disculpa implícita, dijo:

-Solo era una idea muy vaga. Pero ojalá tuviera algún indicio de quién se ha tomado tantas molestias para asegurarse de que Laurel y yo no seguíamos juntos.

-Averigua el porqué -dijo Gregory-. Entonces te sería fácil imaginar el quién.

-Ese es el problema... No hay ninguna razón lógica.

-¿Nadie tiene nada que ganar?

-No, que yo sepa. No peligra la herencia de nadie, como en el caso de la señora Chadwick. Laurel es joven y tiene buena salud. Debería vivir cincuenta años o más. Incluso podría sobrevivirme.

-Entonces es que alguien debe de tener algo que perder.

-¿Cómo qué? Ya hemos descartado el dinero.

-Poder. Prestigio. Posición social. Secretos, tal vez. Esas son las cosas por las que la gente mata en esta parte del país.

-No lo había pensado de esa manera -dijo Alec, reflexionando.

-Debes considerar el asunto desde el lado práctico.

Era fácil distinguir la inteligencia en aquel rostro demacrado, y más fácil aún lamentar, con rabia impotente, su pérdida inútil.

-Debería haber hablado antes contigo -dijo Alec-. Parece que te has dado cuenta de muchas cosas que a mí me han pasado desapercibidas.

-Que no lo hayas hecho ha sido tanto culpa tuya como mía -contestó Gregory-. Yo estaba demasiado reconcentrado en mí mismo para serte de ninguna utilidad.

-Y yo tenía el pensamiento puesto en cosas totalmente distintas -dijo Alec con ironía.

-Pero eran cosas encantadoras. Si no lo hubieran sido, yo no habría tenido motivos para envidiarte.

-Tú deseabas a Laurel -dijo Alec con sencillez, sin apasionamiento.

-¿Y quién no? -dijo Gregory, e intentó sonreír débilmente.

Alec dejó a un lado el libro y estiró una mano para tomar la de su

hermano.

-Entonces, nos parecemos más de lo que parece.

El contraste entre sus manos, la una pálida y consumida, la otra fuerte y morena, era tan marcado que cualquier comparación solo podía parecer una broma. Gregory apretó suavemente los dedos de Alec.

-Sí -dijo, y sus labios se curvaron en una sonrisa trémula-. Puede que sí.

El reloj digital que había sobre la mesita de noche fue marcando lentamente el paso de los minutos. Alec pensó que Gregory dormía. Se equivocaba, pues al cabo de un rato su hermano se movió. Con voz vacilante, dijo:

-No creo que ya pueda hacer nada, ¿verdad? Respecto a Laurel, quiero decir. ¿No puedo hacer nada por vosotros?

Alec miró a su hermano a los ojos. Su voz era firme, aunque tal vez un poco ronca, cuando dijo:

-No, nada. No te preocupes más por eso.

Gregory cerró los ojos como si no pudiera seguir manteniéndolos abiertos.

-Me alegro.

Al cabo de un rato, su respiración se hizo un poco mas profunda, y pareció quedarse dormido. Las arrugas de dolor y enfermedad de su rostro fueron difuminándose, y pareció más joven de lo que había parecido en mucho tiempo. Más tarde, en la hora previa al amanecer, suspiró en sueños, y finalmente soltó la mano de Alec, que todavía apretaba. Su respiración se detuvo, dejando la habitación fría y en silencio.

Alec se levantó y se quedó de pie largo rato, con la mano sobre el rostro de su hermano. Después la alzó y se dio la vuelta. Cruzó la habitación con pasos sigilosos, y apagó el aire acondicionado.

Al servicio religioso celebrado en la capilla funeraria acudió gente que en vida de Gregory nunca había asomado la cara por casa de la abuela Callie. Aun así, su número no fue grande. La mayoría eran amigos de la abuela. Cuanto más ancianos eran, más cómodos se sentían con la muerte, y más respetaban sus rituales, o eso al menos le parecía a Alec.

Estaba sentado junto a su abuela, en el banco reservado a los familiares, con Mita a su lado. Uno o dos primos lejanos ocupaban el banco de atrás. Los demás asistentes estaban sentados mucho más atrás.

Y hablaban. El sonido de susurros y comentarios amortiguados rebotaba en olas contra las paredes, como una marejada. Alec podía sentir sus ojos clavados sobre su nuca, las miradas concentradas como un peso sobre sus hombros. El hedor de la curiosidad morbosa flotaba en el aire. Alec se negaba a que lo afectara. Había pasado un brazo sobre los hombros flacos de su abuela, y estaba fieramente concentrado en el ataúd cerrado de Gregory, con su cobertura de rosas rojas y blancas. Lo único que quería era que comenzaran las formalidades para que todo aquello acabara cuanto antes.

Fue el ruido creciente de los murmullos, como una perturbación en

una colmena, lo que lo alertó. Miró a su alrededor, siguiendo la dirección de las miradas de los que habían vuelto la cabeza.

Una suave maldición brotó de sus labios. Cerró los ojos fugazmente y después volvió a abrirlos. Ella aún estaba allí.

Era Laurel. Laurel: delgada, pálida, regiamente vestida de negro, e increíblemente bella con el pelo recogido como una corona brillante sobre la cabeza. Se quedó parada un momento en la puerta, observando la situación. Su cara pareció hacerse más blanca, si cabía. Después, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, bajó por el pasillo de la capilla hasta el banco donde se sentaba Alec.

Vaciló; tenía una mirada azul oscura nerviosa. Estaba temblando; unos suaves estremecimientos la recorrían sin pausa. A Alec le dio un vuelco el corazón al comprender el esfuerzo que le había costado estar allí, caminar hasta donde él estaba. Le tendió la mano.

Ella se acercó, tambaleándose ligeramente. Tenía los dedos helados; él le tomó la mano y la apretó con fuerza. Laurel se sentó junto a él y lo miró fijamente.

«Dios, qué idiota he sido», pensó Alec.

Ya no podía recordar las cosas que ella le había dicho, ni cómo se había sentido. Solo podía pensar en tomarla en sus brazos y reconfortarla para borrar la mirada afligida de sus ojos, en hacerla sonreír.

¿Qué estaba haciendo Laurel allí? ¿Por qué demonios se había ocultado durante semanas, y después aparecía en el lugar y el día más indicados para que se desataran de nuevo las habladurías?

A Alec solo se le ocurría una razón. Era por él, solo por él. Laurel había ido porque no quería que se enfrentara a todo aquello solo. Todavía le importaba un poco. Pero pensarlo no era saberlo, y no se atrevía a confiar en su instinto.

Tampoco se atrevía a mirarla, a sonreírle, a tocarla más allá de apretarle la mano fría. Debía soltarla, y lo haría en cuanto pudiera reunir fuerzas para hacerlo.

Justo entonces, cuando le hubiera gustado pasar mas tiempo con Laurel a su lado, la ceremonia comenzó sin más dilación y se precipitó hacia su fin. Las oraciones, las alabanzas, las palabras del sacerdote pasaron como una exhalación. Los asistentes desfilaron ante el ataúd y después todos salieron y se quedaron esperando, azorados, mientras cargaban el féretro en el coche fúnebre. Su abuela lloraba, y Alec la consoló un momento. Después, agarrando a su hermana del brazo, se dio la vuelta para presentarle a Laurel.

Pero ella ya no estaba allí. Se había ido, se había desvanecido tan sigilosamente como había llegado. El dolor lacerante que sintió Alec demostraba cuánto le importaba. Y también era un incentivo: un incentivo para que prometiera con resolución que actuaría en cuando pudiera.

Las obligaciones familiares y el decoro lo retuvieron en casa hasta el anochecer. Incluso entonces tuvo que escaparse mientras los demás recogían la cocina o se bañaban. Pero se sintió de nuevo él mismo en cuanto se quitó el traje, se puso los vaqueros y montó en la moto. El roce del suave aire nocturno le despejó la mente, y por primera vez en muchos días se

sintió animoso.

Las largas horas que había pasado sentado junto a Gregory le habían dado tiempo para pensar y recordar. No tenía todas las respuestas, pero creía tener alguna idea sobre las preguntas correctas que debía formular. Era hora de averiguarlo.

Laurel oyó la moto mucho antes de que aparcara junto a la puerta de la verja. No esperaba a Alec tan pronto. Había pensado que tal vez fuera al día siguiente, por la tarde, pues sabía los miles de detalles que había que atender tras la muerte de un familiar. Además, su hermana querría pasar más tiempo con él. No, Laurel no lo esperaba esa noche. Sin embargo, estaba preparada.

Se había pasado la tarde ordenando la casa, limpiado el polvo de los muebles, pasando frenéticamente la aspiradora y la mopa. Después había tomado un baño y se había puesto un vestido amplio, en tono amarillo pálido, con un estampado en colores azul turquesa y burdeos. Incluso había barrido la terraza antes de sentarse en el balancín para disfrutar de los olores y los sonidos del jardín. También se había imaginado lo que iba a decir: cómo iba a explicarle a Alec por qué se había presentado en el funeral después de haberle dicho que no quería volver a verlo.

Salió a su encuentro al pie de la escalinata, no muy lejos de donde lo había visto la noche de su llegada a Ivywild. Bajo la luz oblicua que llegaba del interior de la casa, parecía el mismo de entonces. Era igual de fuerte y corpulento, igual de guapo, igual de sensible tras su indolencia. Sin embargo, en torno a sus ojos y su boca habían aparecido arrugas más profundas, y en sus hombros había una desacostumbrada rigidez. Parecía un hombre que hubiera descubierto lo que quería y estuviera decidido a conseguirlo de una manera o de otra. Laurel sintió un escalofrío y se quedó inmóvil.

Él no perdió el tiempo con preámbulos. Se detuvo frente a ella con las manos apoyadas sobre las caderas y preguntó:

—¿Por qué?

-Por deber -contestó ella con una risa débil y asombrada. Había entendido perfectamente lo que quería decir-. ¿Por qué otra razón va la gente a los funerales?

-Pensaba que podía haber algo más.

-Bueno, sí -dijo ella-. Tal vez porque te debía algo por lo que trataste de hacer por mí, aunque el experimento no tuviera éxito.

-Oh, sí que lo tuvo -dijo él-. Pero tú lo has echado a perder.

La camiseta que llevaba, de un negro descolorido, cubría su dragón por completo. Era una lástima. Pero la tela suave y oscura se le ajustaba tanto a la dura musculatura que Laurel sintió el deseo de tocarlo. Apartándose de él con cierta desesperación, dijo:

-¿Quieres entrar? Puedo darte algo de beber.

Él se quedó donde estaba.

-Lo que quiero son respuestas.

-¡No puedo darte ninguna! -contestó ella, dándose la vuelta con

repentina irritación-. Lamento que hayas pensado que el hecho de que me haya presentado hoy significaba algo especial. No es cierto. Ha podido ser un impulso. O un gesto hacia la señorita Callie. O de piedad, si lo prefieres. No le des una importancia que no tiene.

-Eres tú quien le ha dado importancia, Laurel -dijo él con rabia contenida-. Primero te encierras en esta casa como una monja, sin ver a nadie. Cuando por fin sales, entras en el tanatorio de Hillsboro y te sientas a mi lado como si fuera lo más natural del mundo. Y lo has hecho a pesar de las cosas que dijiste. A pesar de lo que yo pudiera pensar. A pesar de que estabas literalmente temblando. Así que volveré a preguntártelo... ¿Por qué?

-Por mí -dijo ella, alzando la barbilla-. Lo he hecho por mí.

Él frunció el ceño.

-Creo que tendrás que explicarme eso.

La indecisión y la desesperación se confundieron en el semblante de Laurel, y después se desvanecieron.

-Quizá, después de todo, hiciste un buen trabajo conmigo, porque he descubierto que no puedo soportar volver a estar encerrada. Odio no tener nada que hacer salvo limpiar. Y detesto profundamente la sensación de que he sido derrotada sin siquiera haber empezado a luchar.

Parte de la tensión del rostro de Alec se desvaneció. Cuando Laurel se calló, cerrando los labios con fuerza. dijo:

-Así que has decidido no aguantarlo más.

-Podría decirse así. Cuando Zelda me llamó para decirme que Gregory había muerto, las paredes empezaron a caérseme encima. Sentí que quienquiera que me haya obligado a encerrarme de nuevo estaría acechando en algún sitio, observándome y riéndose, disfrutando por habérmelo arrebatado todo. Me puse furiosa.

Una sonrisa asomó a la comisura de los labios de Alec y después se extendió hasta alcanzar sus ojos con un brillo de puro placer. Sacudió la cabeza.

-Y yo que pensaba que eso tendría que hacerlo yo.

Ella pareció asombrada.

-¿Ponerme furiosa?

-Sí. Estaba dispuesto a hacer que te enfadaras con tal de sacarte de tu ensimismamiento. Si eso fallaba, estaba listo para tomar medidas más drásticas.

-¿Cómo cuales?

Él se acercó a ella con decisión. Justo entonces, una sombra avanzó hacia ellos por el sendero que llevaba a la parte de atrás de la casa y pasaba junto al aljibe y el estanque de los lirios. Alec la vio primero y agarró a Laurel del brazo para que se colocara a su espalda. La sombra fue convirtiéndose en una figura cuadrada ataviada con un llamativo vestido y por fin se transformó en Zelda. Esta tenía una sonrisa tímida en sus labios pintados de rojo oscuro. Avanzaba descuidadamente, y sus tacones de aguja repiqueteaban sobre el empedrado.

-Pero bueno, ¿qué hacéis los dos aquí fuera, en la oscuridad? -preguntó alegremente-. Algo escandaloso, espero.

-Cielo santo, Zelda -dijo Laurel, saliendo de detrás de Alec-. ¿De dónde

sales?

-De donde suelo aparcar, un poco más abajo por la carretera. Se me da bastante bien abrirme paso en la oscuridad, aunque esté feo que yo lo diga. Pero ya estoy cansada y asqueada, así que voy a dejar de hacerlo.

El asco asomó a la voz de Laurel cuando preguntó:

—¿Quieres decir que eras tú quien nos espiaba?

-Entre otras cosas —rió Zelda, alzando la mano derecha. La pistola que sostenía relució con un destello mortal-. Pero, como os decía, estoy harta. Así que voy a deshacerme de ti, querida Laurel. Ah, sí, y de tu jovencito. Creo que el pobre Alec está tan trastornado por la muerte de su querido hermano y por tu conducta, que podría pegarte un tiro. Y después matarse. Una terrible tragedia, pero qué mejor final para un amor tan apasionado. Me encanta. ¿A vosotros no?

22

-Esto es una locura -Laurel reaccionó con calma, a pesar del énfasis afilado de sus palabras.

-Oh, yo no lo creo -contestó Zelda, divertida-. Yo diría que mi plan es brillante. Tú eres la que está loca por aparecer en el funeral después de haber sido advertida tantas veces. Pero sabía que lo harías, simplemente lo sabía. No eres de fiar desde que nuestro querido Alec apareció por aquí.

Alec se movió junto Laurel y su mirada negra y amenazante recorrió a la otra mujer. Aterrorizada por lo que podía hacer, Laurel le puso una mano sobre el brazo. Tal vez pudiera persuadir a Zelda de que se explicara. Eso les daría tiempo para pensar, tiempo para hacer algo por desarmarla.

-¿Y antes sí era de fiar? -dijo Laurel-. No entiendo a qué te refieres.

Zelda sonrió compasivamente.

-Oh, cariño. Antes eras la dulce mujercita de Howard y él te mantenía a raya. Te vigilaba como un halcón; no podías ni respirar sin que él lo supiera. Reconozco que nos causaste algún problema cuando empezaste a hablar de reformar la casa, empezando por el jardín, pero él iba a ocuparse de impedírtelo. Entonces, tú lo mataste. Pero al final todo salió bien, porque tú te convertiste en una especie de mártir poseída por la culpa y era muy fácil controlarte. Lo único que teníamos que hacer era mantenerte encerrada con ese maldito perro como única compañía.

-¿Teníamos?

-Bueno, Howard, mamá y yo, al principio. Después, solo mamá y yo, claro.

—Claro -repitió Laurel, intentando comprender lo que estaba oyendo. Otra pregunta se formó en su mente. pero Zelda continuó alegremente:

—Mamá se enfadó mucho cuando Dan Tanning empezó a husmear a tu alrededor como un animal en celo. ¡El sheriff, nada menos! ¡Qué horror! -su sonrisa se volvió complaciente-. Pero yo me encargué de él. Dios mío, qué imbécil, creer que de verdad quería meterme con él en el asiento trasero de su coche patrulla. Qué baboso. Pero estaba tan avergonzado por las cosas que mama dijo de él, que no volvió a asomar la cara por Ivywild. Las habladurías son muy útiles, a veces; siempre que se refieran a otros, por supuesto.

-Ya veo.

La cara de la otra mujer se dilató con furia repentina.

—¡Y luego tuviste que empezar otra vez con el maldito jardín!

El músculo del brazo de Alec se puso duro como una roca ante el cambio de tono de Zelda. Laurel se apresuró a decir:

-No entiendo qué hay de malo en ello.

-No, claro, y ese es el problema, maldita estúpida. ¿Por qué demonios iba a tomarme si no tantas molestias? Dios mío, casi me dio un infarto por tu culpa el día que vine y vi lo que habías hecho, antes de poder acercarme tranquilamente para echar un vistazo. Pensaba que podías haber encontrado... -se interrumpió bruscamente, apretando los labios.

—Sticks -fue Alec quien pronunció el nombre del perro-. Tú mataste a

Sticks porque te impedía acercarte a la casa.

-Sí. Esa mala bestia nos odiaba a mamá y a mí.

Alec soltó una breve risa.

-Siempre supe que era un perro muy listo.

-Tú eras peor que él -Zelda se volvió hacia Alec con los labios fruncidos-. Estuviste a punto de pillarme un par de veces, y lo habrías hecho si no hubiera crecido jugando al escondite en los bosques que rodean Ivywild. Además, soy más rápida de lo que parezco.

-Tienes que serlo. Y más lista -añadió Alec secamente.

Laurel pensó que intentaba enfurecer a Zelda para desviar su atención de ella. Lo estaba logrando. La otra mujer lo apuntó con la pistola y entornó los ojos.

Laurel preguntó rápidamente:

-¿Qué se suponía que no debía encontrar? Creo que tengo derecho a saber qué es tan importante que tengo que morir por ello.

-Tú no tienes ningún derecho -dijo Zelda con rabia, volviéndose hacia ella-. Nunca lo tuviste. Le dije a mamá que era un error venderos la casa a Howard y a ti, le dije que tú le sobrevivirías, y que los idiotas de tus hijos podían meter las narices donde no los llamaban algún día. ¿Pero me escuchó? ¡No, claro que no! Ella no podía soportarlo. Tenía que librarse de la responsabilidad antes de que le fallaran los nervios y el corazón. ¡Jesús! Y pensar que todo fue culpa de esa vaca estúpida.

-La genética -dijo Alec- es muy fiable. Una vaca estúpida normalmente da a luz a...

-¡El aljibe! -exclamó Laurel, cortando el deliberado insulto que Alec pretendía pronunciar para que Zelda lo encañonara de nuevo-. Howard siempre se ponía furioso cuando los niños se acercaban a él, o cuando yo decía que quería plantar algo a su alrededor. Decía que era demasiado peligroso. Que las paredes podían hundirse. Pero tampoco quería que cortara los arbustos y la maleza que lo tapaban.

—Claro, porque tal vez fue ahí donde enterraron el cuerpo -sugirió Alec con tono afilado.

Zelda dejó escapar un suspiro de asombro.

-¿Cómo lo...? -se detuvo y su cara se contrajo al mirarlo-. Qué listo. No lo sabías, ¿verdad? Solo estabas probando. Bueno, te lo contaré, de todas formas, ya que no vais a poder iros de la lengua. Sí, ahí es donde enterramos el cuerpo. El cuerpo de mi querido papá desaparecido.

El padre de Zelda. El marido de Sadie Bancroft, el hombre que supuestamente se había ido décadas atrás, cuando Howard era un adolescente. Mientras Laurel asimilaba la idea y sus implicaciones, Alec se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros y sacudió la cabeza.

-Increíble -dijo, paternalmente sarcástico-. ¿Quién lo puso ahí? ¿Tú?

-Todos nosotros. Mamá, Howard y yo -una sombra se movió sobre su cara.

-Pero... ¿por qué? ¿Qué ocurrió? -preguntó Laurel.

-Él iba a dejarla porque mi madre iba a Leesville con demasiada frecuencia. Pero mamá dijo que a ella ningún hombre la dejaba y, para demostrárselo, sacó la pistola y... -Zelda se estremeció y se detuvo

bruscamente-. Fue horrible.

-Debió de serlo, porque tú lo querías, ¿verdad? -Laurel pronunció las palabras en voz baja, tentativamente.

La boca de Zelda tembló y sus ojos brillaron, humedecidos por las lágrimas.

-Yo era su niña, su princesita. Me llevaba a todas partes con él... A pescar, a cazar, a todas partes. Me enseñó a disparar un arma, a montar en bote, a arreglar un coche... -su voz se convirtió en un susurro-. Era mi padre.

-¿Viste cómo lo mataba tu madre? -preguntó Alec, ladeando la cabeza.

-Vi que lo apuntaba por la espalda, que gritaba, pero él siguió caminando. Yo la agarré, intenté quitarle la pistola. Pero se disparó y papá cayó al suelo. Mamá dijo... dijo que en realidad no quería disparar. Dijo que ella no había apretado el gatillo, que solo quería asustarlo, pero que yo...

-Te culpó a ti -dijo Laurel con asombro y compasión.

-Yo disparé. Creo que lo hice, al menos eso creo recordar... Pero no quería hacerlo. Nunca, nunca quise hacerlo. Yo no quería que mi padre muriera -casi parecía suplicar que la creyeran.

-Fue un accidente. Sin duda la policía lo habría entendido. No había necesidad de...

-¡No! -el pánico asomó a los ojos pálidos de Zelda-. Mamá dijo que no nos creerían. Que todo el mundo se enteraría y dirían cosas mezquinas y malvadas a nuestras espaldas.

-Todo habría salido a la luz, ¿verdad? -dijo Laurel-. Que tu madre se acostaba con los soldados por dinero. Que su matrimonio era un desastre desde hacía años. Y que una vez ella le derramó aceite caliente en un oído.

-¡Cállate! ¡Cállate! -gritó Zelda, dando un paso hacia Laurel.

Alec intentó bloquearla, pero Laurel se movió a su alrededor.

-La gente lo sabe, de todas formas -dijo-. Las mujeres mayores siempre lo han sabido. Maisie me contó algo al respecto, y quería que fuera a hablar con la abuela Callie para que me contara el resto, pero yo la entendí mal.

Zelda soltó una fea carcajada.

-Ya sé que la gente siempre ha murmurado a nuestras espaldas. Decían que yo me había acostado con medio equipo de baloncesto antes de los dieciséis años, y con la otra mitad después de casarme. Ni la mitad de eso es cierto. Y Maisie era la peor de todas. Ni yo ni mi familia le gustamos nunca, siempre se ponía de tu lado. Me alegro... me alegro de que esa vieja zorra estuviera en tu coche cuando se salió de la carretera. Me alegro de que ocurriera así, aunque eras tú quien debía estrellarse en la cuneta.

-No creo que Maisie supiera lo que le hiciste a tu padre..

-Yo no le hice nada. Yo lo quería de verdad, pero no quería ir a la cárcel. Mamá me dijo que eso sería lo que me ocurriría, y que a ella también la encerrarían porque yo era menor de edad. Lo único que podíamos hacer era sacarlo al jardín y... -Zelda se interrumpió; tenía los ojos muy abiertos por el horror del recuerdo. Respiró hondo y comenzó otra vez-. Oh, Dios, sus brazos y sus piernas se golpeaban por todas partes. Y cuando cayó en el hoyo su cabeza golpeó contra algo... Yo lo oí. Solía soñar que no estaba muerto, que estaba allí tumbado, desangrándose, o que intentaba salir

escarbando como una especie de horrible monstruo.

-Lo que planeas para nosotros no será mejor -la advirtió Alec-. Te perseguirá siempre, aunque te salgas con la tuya. Además, puede que alguna gente, como la abuela Callie, empiece a sospechar -dio un largo paso hacia delante-. ¿Por qué no me das la pistola?

Alec había permitido que Laurel pusiera distancia entre ellos, y en ese momento se alejó un poco más. Tal vez pensaba que podría convencer a Zelda para que abandonara su plan, o tal vez no; Laurel no lo sabía. Pero si no lo conseguía, pretendía reducirla, aunque para ello se expusiera a que Zelda le disparara.

Laurel quería vivir; lo comprendió en ese momento. Deseaba liberarse del pasado que la había mantenido recluida en Ivywild y explorar el ancho mundo y todo aquello que la vida le ofrecía. Pero no sin Alec. Nunca sin Alec.

Tenía que hacer algo, y hacerlo rápido, o él moriría.

Se movió hacia delante con lenta determinación. Si Zelda le disparaba, Alec tendría su oportunidad, una fracción de segundo para hacer lo que planeaba.

Usó su voz firme, fuerte y profunda como arma.

-Tú realmente no recuerdas haber matado a tu padre, ¿verdad, Zelda? Como yo no recuerdo haber matado a Howard. Eso también fue un accidente. No habría ocurrido si él no hubiera estado tan aterrorizado ante la idea de que yo comprara rosas para plantarlas junto al aljibe, si no hubiera querido detenerme a toda costa. Pero todavía me persigue el sonido del coche golpeándolo, aún siento como si hubieran sido mi carne y mis huesos los que lo golpearon, en vez del acero y el cromo del coche. Su muerte siempre pesará sobre mi conciencia, como nuestra muerte pesará sobre la tuya.

-Esto es diferente -dijo Zelda, intentando reírse-. Yo soy diferente.

-¿De veras? Pero la muerte de tu padre sigue atormentándote, ¿no es cierto? Y no solo porque quizá fuiste tú quien provocó el disparo que lo mató. ¿Por qué te atormenta? ¿Es que acaso tuviste la oportunidad de salvarlo aquella noche?

Zelda soltó una carcajada áspera, casi histérica.

-¡No seas ridícula! Estaba muerto cuando lo metimos en el aljibe. Muerto, ¿me oyes? Y no penséis que soy tan estúpida como para no darme cuenta de lo que pretendéis. Dios, qué par de imbéciles... Los dos dispuestos a sacrificarse por el otro -su voz se volvió estridente-. Tengo suficientes balas para los dos, creedme.

-Lo que no tienes -dijo Alec, hablando para Zelda, aunque tenía los ojos fijos en los de Laurel- es la generosidad suficiente para entender el impulso de salvar a la persona a la que se ama. No tienes corazón, ni sensibilidad. Te falta inteligencia para apreciar estas cosas. Nadie te ha dicho nunca que eres su norte y su hogar, el aire que respira y el alma que alegra sus días. Nadie te ha dicho nunca que la vida no tiene sentido sin ti, que el tiempo dejará de existir si tú no estás. Nadie te ha dicho nunca que te ama más que al último suspiro de esta vida transitoria y pequeña, y que te amará aún más después de la muerte.

-¿Has acabado? -preguntó Zelda con desprecio exagerado.

Sí, había acabado. Laurel podía verlo en sus ojos. Con el corazón acelerado, la respiración entrecortada, las lágrimas empañándole la visión, buscaba una forma de impedir lo que iba a ocurrir, de detener a Alec. Pero no había ninguna. Ninguna. Así que solo quedaba una cosa por hacer.

-Te quiero -musitó-. Yo también te quiero.

Él la escuchó, y un dulce regocijo brilló en sus ojos. Pero ya en ese instante se daba la vuelta, girándose con fuerza seca, controlada. Contrayendo los músculos, ejecutó el rápido ataque que le había enseñado un viejo jardinero chino, demasiado rápido para seguirlo, demasiado poderoso para detenerlo. Un giro de la cintura, una patada seca con toda la extensión de la pierna.

Un instante demasiado tarde.

Zelda disparó, abriendo una brecha de fuego en la creciente oscuridad. Al mismo tiempo, el pie de Alec, enfundado en una bota, la golpeó en la cintura, empujándola hacia atrás. La pistola salió disparada. Su negro metal brilló al describir un arco en el aire. Después, cayó al suelo. Zelda gritó al caer sobre las zarzas enmarañadas de un viejo rosal trepador. Su chillido casi ensordeció el sonido amortiguado de una bala penetrando en la carne.

Un gritó salió de la garganta de Laurel. Se inclinó para agarrar a Alec cuando este se tambaleó y se desplomó. Se le doblaron las rodillas bajo su peso. Se dejó caer al suelo y usó los muslos para amortiguar la caída de Alec.

Él se llevó la mano al pecho. Cuando la alzó, la sangre brilló bajo la luz tenue del jardín.

-El arma -dijo ásperamente-. Busca el arma.

Laurel lo tumbó en el suelo. Miró a su alrededor frenéticamente y vio la pistola. Se precipitó hacia ella mientras Zelda empezaba a patalear y a quejarse, debatiéndose para soltarse del abrazo del viejo rosal.

Cuando Laurel regresó con la pistola en la mano, la otra mujer dejó escapar un gemido estrangulado que se convirtió en un áspero sollozo. Cayó hacia atrás, arañada y ensangrentada, entre las zarzas.

Laurel apenas lo notó. Se acercó tambaleándose a Alec, dejó la pistola a su lado y le apartó la mano de la herida. Su pecho era una maraña de tela húmeda, roja y negra, pero él tenía una expresión serena cuando levantó la vista hacia ella. En la oscuridad de sus ojos brillaba la alegría de alguien que ha buscado y hallado su propio grial y ya puede descansar y olvidar sus tribulaciones.

Cuando Laurel le levantó la camiseta, vio que su dragón tenía a un lado un agujero grande, supurante.

Alec se humedeció los labios.

-¿No... he fallado?

Las lágrimas mojaron los párpados de Laurel.

-No. Nunca has fallado.

-Bien -su boca se curvó levemente.

Una sola lágrima se deslizó por la mejilla de Laurel y cayó como una cuenta de plata sobre el pecho de Alec. Él no lo vio. Sus ojos estaban cerrados, hundidos en sus cuencas, y, a la luz de la luna que se alzaba, sus

labios ya no sonreían.

La enfermera era joven y atractiva, y poseía una sonrisa cínica y una evidente conciencia de su poder. Cuando entró en la sala de espera, miró a quienes había allí sentados y dijo con impaciencia:

-¿Familia de Alec Stanton?

La abuela Callie se levantó, apoyándose con dificultad en los brazos de la silla.

-Yo soy su abuela.

-Pueden entrar ahora.

-¿Está...? -su voz se desvaneció.

-El médico de guardia hablará con ustedes en cuanto tenga tiempo.

Mientras Mita se levantaba para rodear a su abuela con los brazos, Laurel se apartó rápidamente de la ventana del otro lado, donde había estado apoyada. Juntas, las tres se dirigieron hacia la puerta.

La enfermera le cortó el paso a Laurel.

-¿Es usted de la familia?

-No -logró decir ella con los dientes apretados.

-Entonces tendrá que esperar aquí.

La abuela Callie se detuvo. Laurel hizo lo mismo y respiró hondo; después, dejó salir el aire lentamente.

-No pienso esperar aquí.

-Debo insistir -dijo la mujer uniformada.

Durante las últimas semanas, Laurel había sido vilipendiada, amenazada y burlada. Había visto a su perro muerto y su propiedad destruida. Esa noche se había enfrentado a una asesina y había visto cómo disparaba al hombre al que quería. No tenía humor para más impedimentos. Con la cara enrojecida y mirada fría, contestó:

—Váyase al infierno.

Marcia se puso en pie y miró a su hermano, que estaba sentado a su lado. Los dos se acercaron a la enfermera y cada uno de ellos le puso una mano en un brazo.

—Esta noche, Alec Stanton le ha salvado la vida a mi madre -dijo Marcia apresuradamente—, y ella hizo lo posible por salvarlo a él. Yo no me pondría en medio si fuera usted. Podría ser realmente peligroso.

Laurel lanzó a su hija una sonrisa fugaz y agradecida. Marcia asintió con la cabeza. Después, Laurel pasó suavemente el brazo alrededor de la cintura de la abuela Callie y le hizo un gesto a Mita con la cabeza. Pasaron junto a la enfermera y salieron al pasillo.

Alec yacía en una cama, fornido y moreno contra las sábanas, a pesar de la palidez de su rostro. Estaba vivo: las máquinas que lo rodeaban piaban y zumbaban sin cesar. Pero tenía los ojos cerrados y su respiración era muy débil. Además, el vendaje de su hombro estaba abultado y cubierto de tubos que bajaban por su brazo y desaparecían por el borde más alejado de la cama.

La abuela Callie suspiró trémulamente.

-Gracias a Dios, gracias a Dios. No podría haber soportado que... que le

hubiera pasado lo mismo que a Gregory.

-Sí, abuela -dijo Laurel suavemente. Miró a Mita a los ojos, tan parecidos a los de Alec, antes de acercarse a la cama.

Se hizo un largo silencio mientras lo miraban. Alec dormía, inconsciente, bajo los efectos de la anestesia.

Al cabo de un rato, la abuela Callie se acercó y le tocó la mano con un gesto suave, apaciguador. Con los hombros caídos por el cansancio, se volvió hacia la puerta. Al ver que Laurel vacilaba alzó una mano.

-No, no, yo solo necesito sentarme un momento. Mita puede venir conmigo. Tú quédate. Así habrá alguien por si… por si se despierta.

La puerta se cerró sin hacer ruido detrás de las dos mujeres. Laurel volvió al instante junto a la cama. Tomó la mano de Alec y sintió su fortaleza. Estaba allí, aquella fortaleza, aunque él no estuviera consciente, de alguna extraña manera, él seguía dominando la habitación, empequeñeciéndola.

Laurel se quedó allí, de pie, y perdió la noción del tiempo. Del exterior le llegaban diversos sonidos: las voces de las visitas que se iban, el ruido de una silla de ruedas, los anuncios de la megafonía… Más tarde oyó que las enfermeras se relevaban, apresurándose por los pasillos. No se movió; se quedó acariciando suavemente la mano de Alec.

De pronto, él abrió los ojos y la miró con una expresión confusa y el ceño ligeramente fruncido.

Ella había tenido mucho tiempo para pensar qué haría cuando llegara ese momento, si llegaba. Sonrió levemente y dijo:

-Hola. ¿Quieres casarte conmigo?

La mirada de Alec se volvió bruscamente opaca. Señaló levemente con la cabeza hacia su hombro y dijo con voz ronca:

-¿Tan grave es?

Ella debería haber sabido que no sería tan fácil. Dejó escapar un suspiro y dijo:

-Hay otras razones para casarse, aparte de las promesas de última hora que se hacen junto al lecho de muerte… y que tú no necesitas. Y aparte de la piedad.

Él arqueó una ceja.

-¿Por gratitud, entonces?

-Como dijo amablemente Marcia hace un rato, tú me salvaste la vida, pero yo también te la salvé a ti. ¿Dónde queda la gratitud en ese caso?

—¿Tus hijos están aquí? -hablaba con firmeza, pero en voz no muy alta.

Ella asintió.

-Han venido a apoyar a su madre, como deben hacer los hijos.

—¿Y no les… importa?

-Si les importa, no lo dicen, porque saben que no serviría de nada -él la miró fijamente, sin vacilar, y ella se rió ligeramente-. En realidad, no creo que se atrevan. Parece que nos hemos convertido en una pareja formidable a ojos de Hillsboro. Nuestra reputación sin duda crecerá en cuanto se haga de día y se corra la noticia de lo que hemos hecho.

Una expresión divertida cruzó fugazmente la cara de Alec, que estaba muy pálido debajo de su pátina morena.

-Fuiste tú quien lo hizo.

-Pero no lo hice sola. Y así quiero que sea a partir de ahora.

-Tú no me necesitas.

—Te equivocas -dijo con énfasis deliberado. Después continuó apresuradamente, en parte para no cansarlo, pero también porque temía que, de otra forma, perdería el valor-. Me pediste que me casara contigo, y me negué. Siento haberte hecho daño, pero en ese momento creía que había razones importantes. Ahora ya no lo creo. Pero si tu orgullo exige que te lo suplique, estoy dispuesta a suplicártelo.

—¡No hace falta! -la repugnancia que le producía aquella idea asomó en la curva de su labio superior.

-Entonces, ¿es que has cambiado de idea?

-No, pero...

-Pero de pronto te parezco más vieja y más decrépita de lo que creías, y has decidido que prefieres buscar a una más joven para mecerte en el balancín con ella.

-¡Dios, no! No estás jugando limpio.

Ella dijo alegremente:

-¿Quién ha dicho que tenga que jugar limpio? ¿Pero es eso lo que te preocupa? Mecerte en el balancín con una más joven, quiero decir. Aunque también podría haber dicho compartir la ducha contigo, o el jardín iluminado por la luna...

-Laurel...

El sonido de su nombre en los labios de Alec, la mirada de sus ojos, fueron suficientes para que se le helara el corazón. Para combatir su angustia, exclamó:

-¿Qué más quieres? Te dije que te quería.

-Sí, pero fue bajo coacción. Como la última cena de un condenado a muerte, o su último deseo.

-¿Eso es lo que piensas? -preguntó ella, respirando profundamente. Después, frunció el ceño-. Yo también podría pensar lo mismo de ti y de todas las cosas que dijiste.

Una lenta sonrisa curvó la boca de Alec; movió la cabeza de un lado a otro.

-No vas a darme la satisfacción de oírtelo decir otra vez, ¿verdad?

-¿Otra vez? Bueno, sí, puede ser. Puede que te lo diga entre el balancín y la ducha... Pero en realidad no estoy siendo justa contigo. Supón que te dijera que el matrimonio te convertiría en abuelo de la noche a la mañana.

-¿Qué? Ah, Marcia, supongo. El soborno no te llevará a ningún lado.

Con voz un tanto tensa, ella preguntó:

-¿De verdad no te importa?

-A mí me gustan los niños, pero nunca he sido abuelo, ni he tenido un abuelo que me sirva de modelo. Tendrás que enseñarme cómo se hace.

-Yo tampoco he sido abuela nunca -lo informó ella con fingida indignación.

-Entonces aprenderemos juntos. Tal vez el soborno funcione, después de todo.

-Tengo más que ofrecerte -dijo ella, con los ojos brillantes.

-¿De veras? -él se detuvo y esperó-. Bueno, ¿vas a decírmelo o no?

Ella tragó saliva y asintió.

-Necesito un jardinero. Pasará mucho tiempo antes de que Maisie vuelva a trabajar, si es que vuelve, así que yo estaré demasiado ocupada con la casa como para ocuparme del jardín.

-¿Durante cuánto tiempo?

-La duración del contrato es indefinida. También necesito un modelo para mis esculturas, porque voy a volver a trabajar en ellas en cuanto haga construir otro cobertizo. Lo cual me recuerda...

-Que necesitas un carpintero.

-¿Se te da bien la carpintería? -tenía una mirada esperanzada, pero algo vacilante.

-Yo -contestó él- soy un maestro con el martillo. Y con muchas otras cosas.

-Bien. Porque no me apetece estar sola por las noches, así que también necesitaré un vigilante nocturno. Sí, y ya que estás allí, puedes ser útil para calentarme los pies fríos... y otras cosas.

-Vas a volverme loco -dijo él con seriedad. Ella giró la cabeza un poco. No sabía si estaba bromeando.

-¿Por qué dices eso?

-Porque ahora mismo me apetece hacerte muchas cosas, y no puedo moverme.

-Ah -las lágrimas solo resquebrajaron un poco su sonrisa-. Eso es otra cosa. Porque no creo que pudiera vivir sin saber qué aspecto tendrá tu pobre dragón cuando salga de debajo de esas vendas.

-Acércate -dijo él, con un destello en los ojos-, y tal vez te deje echar un vistazo.

Ella miró por encima del hombro.

-No sé. Antes había una enfermera que ni siquiera quería dejarme entrar, y no creo que le hiciera mucha gracia encontrarme tendida en la cama contigo.

Él le apretó la mano.

-Yo me encargaré de ella. Ven aquí.

-Bueno, pero aún no me has dicho si te casarás conmigo.

-Y no voy a decírtelo... hasta que me cuentes qué más tienes reservado para mí.

Ella apoyó una rodilla sobre la cama y después la bajó.

-Ni siquiera has dicho que serás mi jardinero.

-¿Ah, no? Eso también podemos discutirlo. Junto con los incentivos y las bonificaciones. Y las horas que podré dedicarle al trabajo después de buscar un empleo como ingeniero en algún sitio a un distancia razonable en coche.

-Eres un hombre duro, Alec Stanton -dijo ella, suspirando mientras se tumbaba a su lado.

Él extendió su brazo sano y la estrechó contra su costado.

-Sí, lo soy -musitó contra su mejilla-. ¿Qué vas a hacer al respecto?

-Ahora mismo, no mucho, pero supongo que de eso también podemos hablarlo.

-Por hablar -dijo él-, he terminado en este estado.

-Yo pensaba que había sido por trabajar en el jardín -dijo ella, cerrando los ojos y absorbiendo su fortaleza y su poder.

-Es lo mismo -contestó él algo distraído, mientras intentaba averiguar cómo tocarla sin hacerse daño-. Ambas cosas son interminables.

-Como el amor —sugirió ella, acercándose a él.

Alec suspiró, satisfecho, y le rozó ligeramente sus labios. Al moverse para darle un beso más profundo, musitó:

-Exactamente igual que el amor.